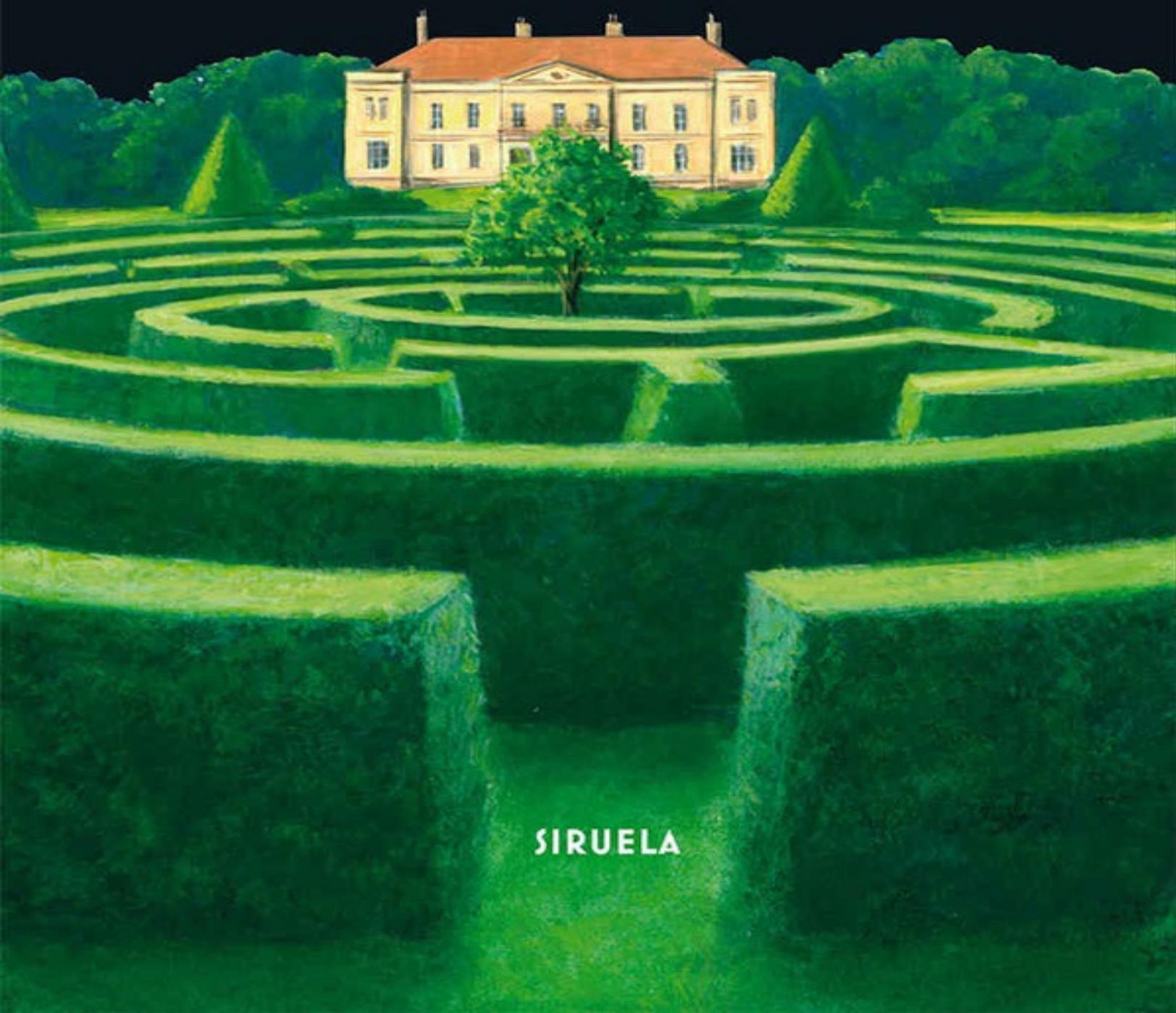


# J. J. CONNINGTON



## ASESINATO EN EL LABERINTO



SIRUELA

J. J. Connington

ASESINATO EN EL LABERINTO

Traducción del inglés de  
Esther Cruz Santaella

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

Edición en formato digital: marzo de 2018

Título original: *Murder in the maze*

En cubierta: ilustración de © Die Kleinert / Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© The Professor A. W. Stewart Deceased Trust

© De la traducción, Esther Cruz Santaella

© Ediciones Siruela, S. A., 2018

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-17308-72-8

Conversión a formato digital: María Belloso

# Índice

1. El caso Hackleton
2. El suceso en el laberinto
3. Los resultados inmediatos
4. El jefe de policía
5. Las pruebas del caso
6. El toxicólogo
7. La vasija de curare
8. Oportunidad, método y móvil
9. El robo en Whistlefield
10. El tercer ataque en el laberinto
11. Las teorías del Escudero
12. El cuarto ataque
13. El dardo
14. El cheque falsificado
15. Los asuntos del secretario
16. El último ataque en el laberinto
17. El sitio del laberinto
18. La verdad del caso

## El caso Hackleton

Neville Shandon estaba de pie junto a la ventana del estudio de su hermano, contemplando con satisfacción las tierras de Whistlefield. Aquel era un buen lugar para recuperarse, pensó, sobre todo cuando solo podías arañarle un par de días seguidos a la agotadora presión del ejercicio de la abogacía. Los ojos de Neville se desplazaban lentamente sobre la panorámica de verdor que descansaba frente a él, prado tras prado, bajando hasta donde surgía un destello de plata en el lugar en el que el río atravesaba la finca. Más allá, aparecían las extensiones de las Praderas Bajas, entrecruzadas en un punto y otro por el verde más oscuro de los setos; a continuación, la larga curva de la carretera principal; y al final, cerrando el horizonte, la suave pendiente del monte Longshoot, coronado por la aguja de su iglesia. Una abeja zumbaba perezosa por la ventana abierta, hasta que, sorprendida por un movimiento, salió disparada mientras la nota que emitían sus alas se hacía más intensa y distante conforme la abeja se desvanecía bajo la luz del sol. El abogado, asesor de la Corona, dejó que su atención se desviase durante un momento hacia los grajos que describían su cómodo vuelo por las cimas arboladas cercanas al río; seguidamente, con algo más que una aparente reticencia, le dio la espalda al paisaje.

—Hiciste muy bien en comprar Whistlefield, Roger —comentó mientras regresaba al interior de la habitación—. Es el lugar más relajado que conozco. Si no fuese porque puedo bajar aquí de vez en cuando, me costaría mucho mantenerme en forma para hacer mi trabajo. ¡Imagínate estar en los tribunales un día como este! Además, el caso ese de Hackleton me ha tenido

bastante agobiado: una historia con mucha más enjundia de la habitual.

Su hermano gemelo hizo un gesto de asentimiento general, aunque sin verbalizar ninguna respuesta audible. Entre aquellos dos hombres había algo más que el típico parecido familiar. Se asemejaban mucho en altura y constitución; los dos tenían el pelo gris e iban bien afeitados; e incluso las líneas duras que marcaban las comisuras de la boca del abogado tenían sus homólogas en las curvas bien esculpidas que le daban al rostro de Roger Shandon un tinte ligeramente intimidador. De un modo intencionado o no, los gemelos acentuaban su parecido físico con una manera similar de vestir.

«Tenemos el mismo sastre —explicó Roger en una ocasión—. Cuando voy a verlo, le digo: “Hazme un traje como el último de mi hermano”. Creo que Neville le encarga lo mismo. El buen hombre tiene nuestras medidas, así que en esa visita no hace falta nada más. Neville y yo tenemos casi los mismos gustos en cuanto a tonos, por lo que, normalmente, todo sale a pedir de boca».

La similitud entre los gemelos calaba mucho más allá de la superficie. Los dos debían su éxito en la vida a una cierta rudeza de carácter unida a una abundancia de energía. En el estrado, Neville se había forjado una reputación de interrogador brutal y dominante, y su práctica como abogado de lo penal había hecho poco para suavizar esos modos profesionales. El ascenso de Roger a la prosperidad había sido más misterioso. Se sabía vagamente que había ganado dinero en Sudáfrica y en América del Sur, aunque él nunca hablaba sobre los métodos exactos que lo habían conducido hasta su fortuna. Tras regresar a casa con cuarenta y cinco años y descubrir que su hermano era una eminencia ante el estrado, Roger había adquirido la pequeña finca de Whistlefield y, aparentemente, se había contentado con instalarse en el campo y romper de cuajo con los intereses de su pasado.

El tercer hermano, Ernest, apenas parecía pertenecer a la misma familia que los gemelos. Pese a ser cinco años menor, no tenía ni la vitalidad ni la energía tan manifiestas en sus hermanos mayores; el contraste se veía acentuado además por la debilidad de sus ojos, que contemplaban con indiferencia el mundo desde detrás de las lentes cóncavas de sus quevedos. A partir de los veinte años, tras quedar a cargo de sí mismo y con un par de cientos de libras

al año para sus gastos, se había limitado a vegetar sin ni siquiera intentar emprender ningún negocio; y una vez que sus hermanos se hubieron labrado sus fortunas, él adoptó el papel de parásito sin pensárselo, se trasladó a Whistlefield y continuaba viviendo allí desde entonces. Roger había caído en la costumbre de darle una paga fluctuante, que Ernest racionaba lo mejor que podía haciendo apuestas a pequeña escala.

—¿De qué va el caso Hackleton ese del que estabas hablando? —preguntó Ernest con cierto interés anodino.

Neville miró a su hermano con una expresión entre perpleja y despectiva. Durante días, el caso Hackleton había ocupado con toda sordidez de detalles numerosas columnas en la mayoría de los diarios, dado que su complejidad se había visto avivada por los frecuentes intercambios dramáticos entre los testigos y el abogado. Había dejado ver la mejor faceta de Neville Shandon, que iba conduciendo inexorablemente a los acusados de una admisión perjudicial a otra.

—¿Nunca lees la prensa, Ernest? —quiso saber el abogado.

Le molestaba bastante poco el desconocimiento mostrado por su hermano respecto a uno de los mayores casos en los que él había desempeñado un papel crucial. Los intereses de Ernest eran limitados, como bien sabía Neville, y no tenía sentido esperar que se saliese de sus dominios habituales sencillamente por implicación familiar. La curiosidad en general era la última cualidad que podía suponersele a Ernest.

El hermano menor parpadeó, se quitó las lentes, las limpió y se las volvió a colocar con cuidado antes de responder.

—No. Al menos, no toda. (Malditos quevedos, no se me acoplan a la nariz hoy, sea por lo que sea. Es la quinta vez que se me caen). Suelo mirar la prensa, Neville. Hojeo las noticias deportivas todos los días. Aunque nunca leo la columna de Justicia. Normalmente, no logro entenderla, y cuando lo hago, me parece terriblemente aburrida. Al menos para mí es aburrida; así que, por lo general, no la miro.

El abogado se encogió ligeramente de hombros. Estaba por encima de la nimia vanidad y no le afectaba la falta de interés de su hermano por su trabajo.

—Pues entonces deja estar también el caso Hackleton. Es un enredo infernal. Me ha llevado meses de trabajo abrirme camino. Si por lo que sea me vengo abajo antes de ponerle fin, dudo mucho que un ayudante pueda ocuparse de él y alcanzar algo cercano al éxito. De todos modos, creo que esta semana veremos el final.

Roger había estado escuchando el diálogo sin mover un músculo. La absoluta falta de curiosidad de Ernest no le sorprendía. Casi podría haberla predicho. El hermano menor nunca había tenido el más mínimo interés en lo que no le afectaba de forma directa. Los triunfos familiares no significaban nada para él, salvo porque indirectamente contribuían a su bienestar.

El abogado volvió a moverse hacia la ventana y miró fuera, al paisaje. Una nube de grajos captó su atención: surcaban juntos el aire y luego se separaban formando una masa de individuos giratorios.

—Después de disfrutar de algo así, solo pensar en el aire que se respira en los tribunales me pone enfermo —dijo al fin.

—Hackleton se presentará para el resto de tu interrogatorio pasado mañana, ¿no? —preguntó Roger.

—Sí. Es un listo de mil demonios. Es capaz de ver los puntos ocultos, como los veo yo, y por lo general logra evitarlos, más o menos. Hasta el momento se ha escapado por los pelos, pero todavía me tiene que llegar el turno de atraparlo. Las pasará canutas como caiga en algún despiste. Esta demanda civil por incumplimiento de contrato no es más que un paseo preliminar, si es que las cosas salen como yo espero. Una sola grieta en su caso y el fiscal caerá sobre Hackleton de inmediato. En esta demanda en concreto, quedan demasiadas historias en la trastienda que no podemos sacar a la luz, aunque saldrán si el asunto acaba remitiéndose al juzgado de lo penal. Entonces podremos llegar de verdad hasta el fondo de este caso.

—Eso mismo deduje yo cuando leí la historia. Cualquiera habría sido capaz de entender que ahí detrás había mucho a lo que no podíais echar mano.

—En cuanto salga todo a la luz, será el final de Hackleton. Cinco años en prisión es lo mínimo que podría esperar. Magnífica perspectiva para un hombre que vive a base de champán. Es un tipo increíble: bebe como un cosaco y aun así tiene una mente casi tan clara como la mía.

—¿Y crees que lo atraparás? ¿Se ha dado cuenta él?

—Espero que sí.

—Por lo que he oído sobre ese hombre, no es que tenga muchos escrúpulos de los que presumir. Empezó su carrera especulando con los barcos de emigrantes irlandeses cuando la hambruna, ¿no? Creo recordar que tuvo algún problema con las aseguradoras en más de una ocasión.

El abogado asintió.

—Homicidio preterintencional, sencillamente. Pero eso para Hackleton sería una menudencia. Haría cualquier cosa por dinero.

Roger se quedó como pensando en aquello antes de volver a hablar.

—Si es un hueso tan duro de roer como dices, creo que yo me andaría con pies de plomo de estar en tu lugar, Neville. Me parece que eres el eslabón débil de la cadena.

—¿Yo? ¿De dónde sacas esa idea? Estoy tocando el final de este caso con la punta de los dedos, ya te lo he dicho. Nadie lo conoce tan bien como yo.

—A eso es precisamente a lo que me refiero. ¿Y si ese Hackleton te echa encima a una panda de matones antes de que finiquites el interrogatorio? Una buena tunda te dejaría fuera de juego justo durante el tiempo necesario para que te mantuvieses apartado del caso, y eso es lo único que Hackleton necesita. Tú mismo dices que manejas todos los hilos del caso, y supongo que no habrás destapado todas tus cartas ni siquiera de cara a favorecer a tu ayudante. No habría sido propio de ti. Siempre has sido de los que se guardan un buen as en la manga.

—Eso es cierto —admitió Neville con una sonrisa sombría—. Nadie podría manejar a Hackleton del modo en el que lo haré yo esta semana. Pero no tengo ningún miedo en especial a las palizas ni a esa clase de cosas. Por lo que veo, aquí no podría asaltarme nadie: es imposible hacer algo así a plena luz del día en los prados de Whistlefield. Y no tendrán muchas oportunidades de cogerme ni de camino a la ciudad ni en el propio Londres. Puedo admitir la posibilidad de que esas cosas te pasen cuando te involucras en los asuntos de Hackleton. Es algo que está sobre la mesa; y que no haya ocurrido antes no quiere decir que no vaya a suceder alguna vez. No estoy nervioso, por supuesto, aunque no pienso correr ningún riesgo saliendo bien entrada la

noche hasta que este tema se haya solucionado.

El rostro de Roger Shandon reflejaba el tono sombrío de la sonrisa de su hermano.

—Entiendo bastante bien cómo te sientes. De hecho, yo estoy más o menos en el mismo barco, y por eso se me ha pasado por la cabeza que también pudiera ser tu caso.

El abogado lo miró fijamente.

—Algo nuevo de tu turbio pasado que empieza a aflorar, ¿no? No me hacen mucha gracia algunos de tus viejos conocidos. ¿De quién se trata ahora?

Roger sonrió con descaro. Su hermano sabía ciertas cosas sobre cómo había conseguido su dinero; y es que a veces a Roger le había resultado útil buscar consejos legales sin tener que meter a alguien ajeno en problemas demasiado cercanos al límite de lo legal.

—Es otro caballero que viene con una reclamación... De Ciudad del Cabo esta vez. Dice que me hizo de agente para algún negocio de intermediación financiera cuando estuve por allí. Asegura que yo me llevé todos los beneficios de aquello y que eran suficientes como para dividirlos cómodamente en dos. Según él, luego lo dejé vendido ante las autoridades y pasó un periodo recluido en el Breakwater o algún sanatorio por el estilo. Tardó unos años en curarse en aquel sitio, y odiaba el tratamiento: demasiado ejercicio al aire libre con comida sencilla y demasiados uniformes rondando para su gusto. Esa parte es bastante certera: acaba de salir de su reclusión. Respecto al resto de la historia, confío en que el buen hombre no cuente con que yo lo corrobore bajo juramento.

—¿Hablamos de chantaje? —preguntó el abogado, someramente—. Tendré una charla con él, si quieres. A lo mejor con mis dotes persuasivas... —Las duras líneas en torno a la boca de Neville se acentuaron—. Ayudo a llevarlo por el camino de la honradez. No habrá ningún problema.

Roger asintió a modo de agradecimiento.

—Te pondré sobre aviso si es necesario, pero lo veo poco probable. Me da la sensación de que es uno de esos perros ladrones poco mordedores, de los que recurren a cosas como «la bolsa o la vida», ya me entiendes. Cuando, por supuesto, me negué en rotundo a pagarle un solo penique, empezó de

inmediato a echar espumarajos por la boca, amenazándome con liquidarme. Tim Costock, el Vengador *in Fraganti*, y cosas del estilo. Lo dejé rabiar a gusto. No me pareció la clase de tipo capaz de hacer algo más que rabiar. Además no puede probar nada.

—Supongo que no —admitió Neville, consciente por experiencias pasadas de que su hermano dejaba muy pocos rastros que pudieran aprovechar sus enemigos—. Bueno, quiero darle un repaso rápido a mis notas del caso Hackleton esta tarde. ¿Dónde hay un sitio en el que estar libre de cualquier interrupción? Con esta juventud por la casa, uno nunca puede disponer con seguridad de un espacio a solas durante media hora seguida; incluso aunque te vayas a tu habitación, habrá alguien que empiece un duelo al piano. Creía que tocar el piano había pasado de moda, pero lo llevo oyendo todos los días desde que llegué aquí.

—Ese es Arthur —lo interrumpió Roger Shandon, irritado—. Nadie más toca esa cosa del demonio.

Aparentemente, Ernest había estado meditando en profundidad. En ese momento, dirigió una mirada anodina a su hermano mayor.

—Prueba con el laberinto —le aconsejó.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Neville—. ¿«Prueba con el laberinto»? Suena a un anuncio de té o a un enigma de esos, como el de «Oro parece».

Ernest elaboró más su sugerencia.

—Me refiero al laberinto —explicó laboriosamente—. Como el que tienen en Hampton Court, río abajo, cerca de la casa de botes. Seguramente ninguno de los visitantes encontrará el modo de llegar a alguno de los dos centros, y ninguno de nosotros dos vamos a molestarte. No solemos ir allí. Al menos, yo no.

La cara de Neville se había iluminado con la primera frase.

—Ah, ¿te refieres a nuestro laberinto? Estábamos hablando del piano cuando te has metido en la conversación, Ernest, y no encontraba la conexión. No es mala idea. Como bien dices, seguro que nadie me molesta si me instalo en alguno de los dos centros. Además, ahora mismo quiero disfrutar de todo el aire fresco que pueda. Será mejor estar fuera que en

ningún sitio de la casa. Iré al Cenador de Elena.

Avanzó hacia la puerta mientras hablaba, aunque, antes de llegar a ella, sonó un piano no muy lejos y los primeros compases del *Frühlingsrauschen* de Sinding le llegaron a los oídos. Neville se dio la vuelta con la mano en el picaporte.

—Por cierto, Roger, ¿qué pasa con nuestro joven sobrino? Parece estar bien. Un poco deprimido, quizá, pero nada fuera de lo normal. ¿Qué dice el médico?

El rostro de Roger se nubló.

—¿Arthur? Ese joven es una lata. Unas tres veces a la semana se encapricha con el piano y entonces se pasa el día entero tocando una pieza constantemente, como una máquina automática, salvo por los errores. Detestable. No sabes cómo odio el sonido de *Canción de primavera* y de *Frühlingsrauschen*. Tienes que haberlo oído esta mañana, y ahora está empezando otra vez.

El abogado asintió.

—Sí, pero ¿y su ánimo general? ¿Ha superado esa encefalitis del todo? ¿El médico de la ciudad encontró algún daño permanente?

La cara de Roger desveló una cierta satisfacción.

—Ah, el especialista parecía saber muchísimo la última vez que lo examinó, pero prácticamente en eso quedó todo. Da la sensación de que no tienen mucha idea sobre la enfermedad del sueño. Entendí que dijo que las células del cerebro están todas revueltas por la inflamación y el resultado puede ser cualquier cosa que a uno se le ocurra. Por supuesto, Arthur ha tenido suerte de salir sin ningún daño físico: la vista y el oído y todo lo demás están bastante bien. Pero parece que es imposible saber qué cambios han podido producirse en la estructura cerebral, en cosas que normalmente no suelen manifestarse. Es probable que esté bien del todo, por lo que se ve. O, insisto, a lo mejor cualquier día se vuelve un maniaco homicida y entonces, seguramente, se vaya a por el pariente más cercano que tenga a mano. La clase de persona perfecta para tenerla rondando.

Evidentemente, al abogado esa profecía le pareció exagerada.

—Yo lo veo bastante normal.

—Bueno, a mí no me preocupa mucho —admitió Roger—. Es solo que me ha puesto de los nervios hasta tal punto que me resulta casi imposible verlo y no abofetearlo. Tendré que deshacerme de él, creo, mandarlo a un viaje en barco o algo así.

—A lo mejor tú también le pones de los nervios a él, lo mismo que te ocurre a ti —empezó a decir Ernest en voz baja—. Suele pasar. Cuando uno empieza, el otro lo sigue. Así son las cosas normalmente. No me sorprendería nada... ¡Vaya, Sylvia! No te esperaba todavía, no hasta dentro de bastante rato. No estoy listo del todo.

Una muchacha de veintipocos años había entrado en la habitación y estaba allí plantada, mirando a su tío con bien fingida indignación.

Sylvia Hawkhurst, la hermana de Arthur, el pianista, se había quedado huérfana antes de alcanzar la mayoría de edad; y dado que sus tíos eran sus fideicomisarios, Roger Shandon se los había llevado a ella y a su hermano a Whistlefield. A Sylvia le gustaba «jugar a ser ama de llaves», como ella misma decía, y Roger aprendió pronto que su sobrina sabía llevar su pequeña institución mejor que cualquier ama de llaves contratada. Las cosas empezaron a funcionar como un reloj después de que Sylvia tomase el mando y Roger no tardó en ver que el secreto de la administración de su sobrina era que todo el mundo en la casa la adoraba. Había una cosa a la que Sylvia se había negado en rotundo: «Si te parece, tío, mejor no tenemos hombres en el servicio, al menos, no en la casa en sí. No me importa que haya un chófer, claro. Pero sé de lo que es capaz una muchacha y preferiría mantenerme dentro de mis limitaciones, si a ti te da igual». Su tío la había dejado hacer y nunca había encontrado ningún motivo para quejarse de los resultados.

No obstante, la administración doméstica de Sylvia le ocupaba muy poco tiempo: salía de caza cuando era temporada, conducía su propio coche, jugaba al tenis bien y al golf mejor aún, y estaba considerada como una de las mejores bailarinas de los alrededores. Lo más extraño de todo era que, pese a su aspecto, disfrutaba de la misma popularidad entre las mujeres que entre los hombres.

Cuando Sylvia entró en la habitación, Ernest abandonó su asiento con la meticulosidad que lo caracterizaba y empezó a soltar una disculpa

ligeramente avergonzada por no estar preparado, pero la sobrina lo interrumpió con fingida irritación.

—¡Ni siquiera tiene las botas puestas este hombre! —se quejó—. ¿Cómo es que consigo llevar todo en hora en esta casa menos a ti? ¿Alguna vez en tu vida has estado listo para algo, tío Ernest?

—Es que siempre tengo muchas cosas que hacer, Sylvia. Ha sido un día muy ajetreado.

A Sylvia le temblaron un poco las comisuras de los labios, pese a sus esfuerzos por mostrarse indignada.

—¡Muy ajetreado, dice! Recuerdo exactamente todo lo que has hecho. Has jugado al tenis esta mañana durante treinta y cinco minutos, ni uno más. Luego has organizado un gran torneo de tiro con las escopetas de viento y has aburrido como una ostra a todo el mundo, a excepción de Arthur, que da la casualidad de que es capaz de derrotar a todos los demás. Después, has entrado en la casa y supongo que habrás estado leyendo la prensa hasta el almuerzo. Y desde entonces, has permanecido sentado fumando. Debes estar agotadísimo, pobrecito. ¿Crees que podrás arreglártelas con las botas ahora mismo, o voy a tener que traértelas yo en una bandeja de plata y echarte una mano? Preferiría no hacerlo, así que si eres capaz de ocuparte tú solito, voy a por el coche. Ponte el reloj delante y pellízcate a cada minuto, así no te quedarás dormido del todo. ¡Rapidito, tío! —concluyó, ya más seria—, quiero salir lo antes posible.

—¿Dónde lo vas a llevar? —preguntó Roger.

—Voy al pueblo de Stanningleigh a hacer unas compras antes que nada y luego me acercaré donde los Nayland a decirles que se vengan a jugar al tenis. Cuando el tío Ernest se ha enterado, me ha rogado que lo lleve en el coche una parte del camino y lo deje en la entrada este, para darse un paseo por la carretera principal hasta el puente y echarle un vistazo al río.

—He pensado que me gustaría mirar a ver si está bien para pescar ahora mismo —añadió Ernest, como explicación ulterior—. Se me ocurrió hace unos días, pero nunca he encontrado tiempo, por una cosa o por otra. Era como si siempre se me viniese a la cabeza justo cuando estaba empezando a hacer algo. Así que hoy, como Sylvia iba a ir en esa dirección con el coche de

todas maneras, he pensado que...

Se detuvo al observar cómo los ojos indignados de Sylvia se fijaban sobre él.

—¡Las botas! —dijo la sobrina con mordacidad y sostuvo la puerta para que el tío saliera.

—Tardo uno o dos minutos en estar listo —le aseguró él apresurado mientras abandonaba la habitación.

—Los hombres son una cosa maravillosa, ¿verdad? —les comentó Sylvia en tono confidencial a los dos tíos que quedaban en la sala, al tiempo que se cerraba la puerta—. Me parece que ya va siendo hora de que el tío Ernest se case. Es sencillamente incapaz de cuidar de sí mismo. Vosotros dos al menos podéis cruzar la calle solitos, pero el tío Ernest me tiene preocupada de verdad, y mucho. Creo que me he visto una arruga nueva cuando me estaba cepillando el pelo esta mañana.

—En el almuerzo me he estado preguntando cómo es que tenías un aspecto tan extraño —reconoció Neville—. Ahora que lo mencionas, te la veo en la frente. Casi tan profunda como esta.

Se tocó una de las líneas marcadas que le bajaban por uno de los laterales de la cara hasta la boca.

Sylvia se echó a reír.

—Me estás asustando, tío. Tendré que mirarme esos estragos en un espejo antes de aventurarme a ir a la calle. ¡Adiós!

Salió apresurada de la habitación. Neville consultó la hora en el reloj que llevaba en la muñeca.

—Ya tenía que haberme ido. Creo que seguiré el consejo de Ernest y probaré con el laberinto para aislarme. Es poco probable que alguien se moleste en entrar allí esta tarde, y no puedo soportar esta música de piano de Arthur. Es cada vez más irritante, como has dicho tú antes, Roger. Me marchó. Aunque primero tengo que coger mis notas.

A Roger pareció asaltarle una idea cuando el abogado abrió la puerta.

—Creo que yo también probaré con el laberinto esta tarde. Me noto con algo de sueño y allí se está tranquilo. No te molestaré. Pero, si a ti te da igual, me iré yo al Cenador de Elena. Estoy acostumbrado a una silla que hay allí,

que me va como un guante. Tú puedes ir al Estanque de Narciso. No hay diferencia ninguna entre ellos, los dos están en el laberinto.

—Muy bien. A mí me da lo mismo, siempre que no me interrumpa nadie — aceptó el abogado, que asintió abruptamente y abandonó la habitación.

Cuando su hermano se hubo marchado, Roger Shandon se acercó a su escritorio y se puso a trabajar con unos cuantos papeles. El piano distante parecía haberse hecho más intrusivo cuando Roger se quedó solo. Repetía el *Frühlingsrauschen* con una persistencia agotadora y un error reiterado en un acorde concreto. Roger frunció el ceño en gesto irritado mientras se afanaba con los documentos que tenía delante, tomando algún que otro apunte en un bloc de notas.

—¡Maldito muchacho! Tengo que hablar con él de esto. Es imposible concentrarse con la mitad de la mente ocupada en preguntarse si va a volver a cometer el mismo fallo por enésima vez.

Siguió trabajando unos minutos, hasta que se levantó y llamó al timbre del servicio.

—Dígale al señor Stenness que venga, si lo encuentra —le ordenó a la criada que había acudido.

Con Ivor Stenness, Roger se había garantizado un secretario personal ideal. Stenness no solo mostraba la eficacia de una máquina, sino que poseía toda una serie de cualidades no menos importantes. Cuando su jefe tenía los cables cruzados, ni siquiera la orden más arisca lograba plegar el talante del secretario. Era capaz de asumir la responsabilidad en su justa medida en situaciones de emergencia sin pasarse ni un pelo. Y, a ojos de Roger, el mérito especial de Stenness era su capacidad para mantener la boca cerrada. Nunca pedía explicaciones que pudieran resultar difíciles de dar; y nunca revelaba la más mínima sorpresa cuando, como ocurría a veces, abría cartas amenazadoras.

«Si alguna vez tengo que poner sobre el papel una confesión de asesinato, Stenness la pasará a taquigrafía, luego la mecanografiará y me pedirá la firma, sin despeinarse. Por lo que a él respecta, será una carta sin más», solía afirmar Roger.

Las otras cualidades de Stenness encontraban más demanda entre el resto

de la gente de la casa. Tenía buenos modales naturales y dominaba diversos juegos lo bastante bien como para resultar útil cuando se necesitaba a alguien para formar un equipo de cuatro para el golf o una mesa de *bridge*, cosa que ocurría a menudo. Mirándolo distraídamente, su aspecto podría sugerir que empleaba a un ayudante de cámara de primera categoría; y es que siempre parecía ir con ropa nueva y tenía el don de saber llevarla.

Con todo, no suponía ningún riesgo emplear a una persona como él en una casa con una joven muchacha. De algún modo, Stenness exhibía una eficacia demasiado inhumana como para resultar atractivo a muchachas más jóvenes que él, y el hombre tampoco mostraba el más mínimo deseo de atraer. Sylvia lo trataba como a un buen amigo, si bien tenía docenas de amigos a quienes trataba exactamente del mismo modo.

—¡Ah, Stenness! —Roger levantó la vista cuando el secretario entró—. He repasado estas cartas y he hecho algunas anotaciones. A ver si puedes dejarlas listas hoy en algún momento. Solo hay una que necesita alguna aclaración. Aquí está...

El rostro sonriente de Neville Shandon asomó un instante por la puerta. Llevaba en las manos un fajo de papeles. Al ver a su hermano ocupado con el secretario, asintió sin decir nada y cerró la puerta tras de sí.

Roger continuó con su explicación del asunto que le ocupaba, mientras el secretario tomaba alguna que otra nota. Cuando acabaron las instrucciones, el zumbido de un coche que se alejaba de la fachada de la casa atrajo la atención de Roger, que cruzó la habitación para mirar por la ventana. Sylvia iba al volante y junto a ella viajaba Ernest Shandon. Ambos levantaron la vista al pasar bajo la ventana del estudio y Sylvia saludó con la mano. Roger observó cómo el coche salía en un giro abrupto del camino principal, rumbo a la entrada este, y pronto desaparecía tras una hilera de rododendros.

«A lo mejor han acercado a Neville. Pasarán junto al laberinto de camino a la entrada este», reflexionó Roger mientras se giraba de vuelta al interior de la habitación.

El sonido del piano se reafirmó en el silencio que en comparación siguió al paso del coche. Roger hizo un gesto de impaciencia.

—Supongo que es mi sobrino el que está tocando, ¿no? —quiso saber.

—Antes estaba disparando unos dardos a una diana en el jardín, pero creo que ha entrado hace unos minutos —le explicó Stenness.

—Suena a su manera de tocar. Desde que tuvo ese ataque de la enfermedad del sueño, siempre titubea un poco en los acordes, como si no supiese manejar los dedos a la perfección. Y eso hace que este estruendo sea aún más duro de soportar.

Stenness se abstuvo de hacer comentario alguno. Roger, tras una pausa, continuó irritado.

—¿Dónde están las visitas, Stenness? Ojalá lo hubiesen sacado de la casa. Algunos días se encuentra perfectamente y ni se le ve. Otros días, se sienta y aporrea ese piano hasta que te repiquetea el cerebro al mismo son.

—He visto a la señorita Forrest y al señor Torrance ir hacia el rosal hace unos minutos.

Stenness se limitó a responder a la pregunta directa e hizo caso omiso discretamente de la exasperación de Roger. No era asunto suyo intervenir en riñas familiares.

—Bueno, es todo lo que tengo para ti ahora mismo, Stenness. Cuando pases junto a la puerta, haz el favor de decirle a mi sobrino que venga. Tengo que poner fin a este fastidio. Se ha alargado ya bastante tiempo.

El secretario asintió con un gesto, recogió los documentos y salió de la habitación. Unos segundos después, la música de piano cesó abruptamente en mitad de un compás y el oído de Roger percibió el «clang» de la tapa del teclado al cerrarse sin cuidado. Al momento, el sobrino entró en el estudio.

Para darse tiempo de aplacar su irritación, Roger se abstuvo de hablar de inmediato. Le hizo señas a su sobrino para que se sentase mientras sacaba la petaca del tabaco y se afanaba en preparar un cigarro para fumárselo. Tras encenderlo bien, se giró.

—¿Es necesario que martillees el piano durante horas y horas, Arthur? Por supuesto que detesto interferir en tus placeres sencillos, pero el estruendo infernal que provocas ha tenido ya un largo recorrido. Has tocado el *Frühlingsrauschen* al menos dos docenas de veces hoy, y eso suman veinticuatro veces más de las que quiero oírlo. Después de hoy, puedes quitarlo del repertorio. De hecho, podrías dejar el piano en general, para

siempre. Estoy cansado de oírte tocar. Fastidias a todo el mundo creando el caos a todas las horas del día. Busca un entretenimiento más tranquilo o vete de la casa.

Las cejas de Arthur Hawkhurst se levantaron en un gesto de leve sorpresa ante la queja de Roger.

—No tenía ni idea de que te estuviese molestando, tío.

—Bueno, pues déjalo ya.

—A lo mejor me he excedido un poco con el *Frühlingsrauschen*. No lo había pensado. No sé cómo, pero parece que nunca logro terminarlo entero sin cometer algún error en uno o dos acordes, y quiero sacarlo limpio, una vez al menos.

—Tengo un buen par de oídos. No pienses que se me han pasado por alto tus errores, que sencillamente lo hacen todo aún más irritante.

Arthur dudó antes de admitir sus fallos.

—Bueno, no habrá más *Frühlingsrauschen*, pues. ¿Y la *Barcarolle*? La de Offenbach, digo. ¿Alguna objeción?

—Sí. Estaría bien que entendieses que no vas a aporrear ese piano nunca más.

—Ah, ¿lo decías en serio? Creí que estabas de broma, tío. Es que el piano me gusta. Me dejarás usarlo a veces, ¿verdad?

—No. Ya he tenido bastante.

—Pero es que...

El rostro de Roger se había ido oscureciendo.

—¡Pero es que nada! Tengo cosas más importantes de las que hablar contigo. ¿Qué edad tienes ya? Veintidós o veintitrés, ¿no? ¿Y nunca has dado un palo al agua en tu vida hasta ahora? Un expediente brillante, ¿no? —Hizo una pausa, caminó hasta la ventana y volvió—. Hay que ponerle fin a esto. Ya me ha tocado mantener a un holgazán, a tu tío Ernest. Y si crees que tengo por costumbre recoger a holgazanes, estás muy equivocado. Supongo que me quedaré a cargo de tu tío de forma sempiterna, pero no me propongo aumentar mi elenco de parásitos a tu cuenta. Tendrás que buscar algo que hacer. No voy a dejar que te quedes para siempre rondando por Whistlefield.

La cara afable de Arthur se había oscurecido a su vez.

—Podrías ampliar tu repertorio de buena educación sin exagerar las cosas, creo yo. No soy ningún holgazán. Soy un inválido.

Roger obvió el ruego.

—Whistlefield no es un hospital.

—Ni un manicomio. Querías decir eso, ¿no? Es mejor que vayas con cuidado, tío. Hay ciertas cosas que la gente no olvida una vez que están dichas.

El mal genio de Roger, nunca demasiado oculto bajo la superficie, estalló ante el comentario de su sobrino.

—Ya basta, Arthur. Te doy tres meses más. Después de eso, te las arreglarás por ti mismo. No te vas a morir de hambre. Tienes dinero suficiente para seguir con vida aunque lo peor empeore. En cualquier caso, yo me lavo las manos contigo.

Arthur Hawkhurst no mostraba más control que su tío cuando las cosas le penetraban la piel.

—¡Qué maravilla de tío! Digno de un cuento de los Grimm, desde luego. Sal ahí y muérete de hambre, Arthur, querido. Los pajaritos te cubrirán de hojas ¡y yo me quedaré con el dinero que te dejó tu madre! Así es como funcionan las cosas, supongo. Me maravilla que alguien como tú tenga derecho a la vida.

Aquella acusación tan flagrantemente absurda paralizó a Roger durante un momento. Después de todo, el chaval no estaba en sus cabales. No había que tomárselo en serio.

—¡Eres tonto del todo, Arthur! —Fue lo único que concedió Roger como respuesta.

No obstante, el cerebro perturbado de Arthur se había salido de su equilibrio normal y su ira encontró una vía de escape con una feroz amenaza mientras se marchaba de la habitación.

—Bien podría adelantarme y ocuparme de ti, antes de que sigas causando daño. ¡Ándate con cuidado!

Cuando la puerta se cerró bruscamente tras su sobrino, Roger volvió a acomodarse en su silla. El arranque de Arthur había sido una sorpresa absoluta. Desde que cayó enfermo, daba la impresión de que el muchacho

necesitaba mano dura y nada más. Había holgazaneado por la casa en un estado no muy alejado de la melancolía y al principio había hecho falta ejercer una presión constante para conseguir que se interesase por los asuntos cotidianos. Poco a poco, había mejorado y había pasado a un estado de feliz irresponsabilidad. Y a esas alturas, cuando los especialistas estaban adoptando una postura optimista ante el futuro, llegaba ese colapso en forma de algo no muy alejado de la locura, sin ningún tipo de advertencia previa.

«Tendré que hacérselo mirar. Evidentemente, no está tan avanzado en el camino de la recuperación como pensábamos», meditó Roger.

La amenaza de Arthur lo había dejado por completo indiferente. Casi la había olvidado cuando volvió a levantarse de la silla. En sí misma, parecía poco importante, nada más que unas palabras rabiosas lanzadas en mitad de un estado de frenesí. Roger salió de la casa y emprendió el camino que conducía al laberinto.

Stenness vio la figura pasar hacia la hilera de rododendros y, en cuanto desapareció, el secretario se dirigió hacia el estudio de Roger. En uno de los estantes había una guía de horarios; Stenness la bajó y empezó a estudiar las horas de los trenes.

«No puedo irme más tarde de esta hora —se dijo por fin—. El siguiente tren no me dejaría en Londres a tiempo para coger el enlace del puerto».

Dirigió la mirada a la ventana y recorrió con ella todos los prados.

«Bueno, será difícil y doloroso marcharse de aquí, pase lo que pase. Ojalá pudiese ver más allá de esta noche y saber dónde estaré».

Cambió a un pensamiento nuevo.

«Poniéndome en lo peor, nada importará mucho si no lo consigo».

Volvió a colocar la guía en el estante y subió a su habitación. Tras cerrar la puerta con pestillo, se puso a guardar deliberadamente sus cuchillas y otros artículos de aseo en un maletín. Cuando había completado la tarea, echó un vistazo a toda la habitación.

«¿Nada más? No. El resto de las cosas me esperan en Londres».

## El suceso en el laberinto

Howard Torrance pasó un rato moviéndose inquieto hasta que se dirigió a la muchacha que tenía al lado.

—Es un poco soso estar aquí sentados sin hacer nada. ¿Y si bajamos a las pistas de tenis y echamos un partido?

Vera Forrest conocía bien los síntomas. Un buen número de hombres habrían estado encantados de tener la oportunidad de monopolizarla y no habrían pedido nada más que sentarse allí a la sombra en compañía de la muchacha. Pero Howard tenía un excedente de energía física que solo podía quemarse con el ejercicio continuo. «¿Y luego qué vamos a hacer?» era una frase que se colaba en sus charlas como un grito de batalla reiterado. Además, el joven parecía haber elevado la pereza al primer puesto en su lista personal de pecados mortales. Vera lo miró de modo travieso y decidió burlarse de él un poco, antes de dejarlo salirse con la suya.

—No, muchas gracias —respondió serena.

Howard tenía una segunda sugerencia preparada.

—¿Quieres que nos acerquemos al campo a jugar unos hoyos?

—No, gracias.

—¿Y si vamos en coche hasta Stanningleigh? Necesito tabaco, y te invito a una caja de bombones.

—No.

Howard la miró con gesto de sospecha.

—¿Es un juego nuevo? «No, muchas gracias. No, gracias. No». Intentando responder cada vez con menos palabras, ¿eh? Bueno, pues con esta última

has llegado al final del camino. Aquí es cuando la mente magistral dice: «¡Jaque mate!». ¡Ejem! ¿Te gustaría coger un bote y salir a dar una vuelta por el río? No puedes decir que no en menos de dos letras.

Vera no expresó ninguna respuesta audible, sino que meneó la cabeza en gesto de negativa. Su compañero admitió la derrota con elegancia.

—No pensé que fueras a conseguirlo. Has ganado. ¿Quieres una olla o un reloj barato? El resto de los premios ya están dados. —A continuación, como olvidando las tonterías y poniéndose serio, añadió—: ¿Qué vamos a hacer? No podemos quedarnos sentados así todo el día. El tiempo vuela y esas cosas.

Vera contemplaba las sombras sobre la hierba.

—Avanzando está, desde luego. En realidad, poco nos queda para hacer gran cosa antes del té.

—Porque supongo que la señorita no puede pasar sin su té. ¿La señorita quiere té?

—La señorita quiere té —admitió Vera seria.

Howard consultó la hora.

—Una pena que hayamos desperdiciado la mejor parte de la tarde sentados holgazaneando —comentó en tono desconsolado.

Permaneció en silencio unos segundos, evidentemente dándole vueltas a varios proyectos en su cabeza.

—Te propongo una cosa —sugirió al fin—. ¿Has estado en el viejo laberinto, ahí abajo, junto a la casa de botes? ¿No? Yo tampoco. ¿Y si vamos corriendo y probamos suerte? Nos separamos a la entrada y el primero en llegar al centro gana. Dicen que es un enigma de los buenos.

—Bueno, si eso te hace feliz, no me importa. Pero un momento... ¿El laberinto no tiene dos centros? Me lo contó alguien alguna vez.

Howard le quitó hierro a la objeción.

—El primero en llegar a uno de los dos centros gana. Cuando lo hagas, dilo en voz alta. Confío en que tu sinceridad innata te impida hacer trampas.

Se estaba muy bien bajo los árboles, y Vera trató de postergar el momento fatídico de marchar aunque fuese solo unos segundos.

—¿Cuántas entradas tiene el laberinto?

—Bueno, no sé cuántas exactamente. Cuatro o cinco, creo. Es igual. Tú

coge la primera que nos encontremos, sea la que sea. Luego ve a la derecha y yo iré a la izquierda, o al revés si lo prefieres. Y el mejor gana. Me apostaré una caja de bombones o una lata de cacao, si insistes. Venga, anda, vamos a dejar de pudrirnos aquí... Estoy viendo que me ha crecido un poco de musgo en el dedo del pie desde que nos hemos sentado, y no me sorprende.

Vera cedió y se levantó de su asiento con fingida reticencia.

—¿Un poco entumecidas las articulaciones de llevar tanto tiempo sentada? —le preguntó Howard con lástima—. Se te pasará en un momento.

Mientras paseaban por los tramos de pasto que bajaban hasta el laberinto, a Vera le llamó la atención la quietud del terreno.

—Whistlefield es un lugar encantador, ¿verdad, Howard?

—Espléndido —admitió él cordialmente—. Unas pistas de tenis de primera clase, un buen campo de golf a solo un cuarto de hora, el río es bastante decente para navegar, hay espacio de sobra en la casa para bailar y creo que en algún sitio de la zona crían una manada de sabuesos otterhound.

—No sabía que fueses agente inmobiliario.

Howard captó la pulla, pero no se ofendió.

—Ha sonado a la típica cháchara que sueltan, ¿no? «Agua corriente, gas y luz eléctrica. Teléfono. Alcantarillado principal». Bueno, no hay nada de lo que avergonzarse, ¿no? Whistlefield está más que bien.

—Qué suerte tiene Sylvia de estar aquí. Por cierto, ¿dónde ha ido esta tarde, lo sabes? No la he visto desde el almuerzo.

—Salió con el coche a casa de unos amigos para invitarlos a jugar al tenis mañana. Tengo que reconocer que Sylvia se ocupa bien de sus visitas. No para.

—¿Y el resto de nuestros vecinos?

—Uno de los tíos se ha ido con Sylvia. Los otros dos estaban en el estudio la última vez que los vi. Stenness anda por ahí. Me crucé con el joven Arthur cuando me mandaste a la casa hace unos minutos. Salía de la armería con una mirada muy fea en los ojos y una escopeta de viento en la mano. Lo saludé tan alegremente y me respondió con un rugido. Parecía molesto por alguna cosa, bastante irritable, incluso. Le deseé una buena caza y le pregunté si iba al bosquecito a disparar a los conejos. Lo único que recibí fue una respuesta

gruñona, me dijo que iba en busca de un tiro al blanco, si no había otra manera. Parecía decidido a rebajar su mal humor matando algo, cualquier cosa.

El rostro de Vera desveló compasión.

—¡Pobre Arthur! Ese muchacho lo tiene complicado, Howard. Aquella enfermedad horrenda que tuvo lo ha cambiado una barbaridad.

La expresión de Howard mostraba que él también compartía los sentimientos de Vera.

—Una pena. Era un chaval brillante. Bueno, y lo sigue siendo, pero no es lo mismo, en cierto modo. A veces está deprimido y se pasa la mitad del día con ganas de holgazanear sin hacer nada. No tiene un brío auténtico. Y algunos días muestra un talante extraño. Cuando me lo he cruzado ahora, por ejemplo, parecía dispuesto a morderme la molleja. Desde luego, no es un hombre de sociedad.

Vera dejó a un lado el tema, que amenazaba con ensombrecerles el ánimo a los dos. Les caía bien Arthur Hawkhurst, pese a los ocasionales fogonazos de anormalidad que había mostrado desde el ataque de encefalitis letárgica.

—Estarás jugando limpio, ¿no, Howard? ¿Nunca en la vida has entrado en el laberinto?

—No supondrás que voy a hacer trampas para ganar una lata de cacao, ¿no? Es increíble el concepto tan bajo que algunas muchachas tienen de los hombres. ¿Resentida desde la cuna, acaso? Y desconfiada de nacimiento, puede ser. Deshazte de ese sentimiento o se adueñará de ti, Vera. Ve a cavar al jardín cuando notes que te sobreviene un ataque.

—¡Bueno, no me lo restriegues más! Conozco muy bien tu lema: «Sudar es el mejor tratamiento» o algo así, ¿no? Solo preguntaba por pura curiosidad. No tenía intención de poner en tela de juicio tu honradez.

—Disculpas del día de hoy debidamente recibidas y aceptadas. He vuelto a hablar como un agente inmobiliario, ¿no? Venga. Te echo una carrera estos últimos cien metros y te doy ventaja hasta ese rododendro. La mitad de una lata de cacao, en vista de lo mercenaria que eres.

Vera rechazó la oferta, así que cubrieron caminando el último prado hasta llegar a la entrada al laberinto más cercana.

El laberinto de Whistlefield era una reliquia de tiempos pasados en los que ese tipo de cosas estaban de moda. No obstante, lo habían mantenido en buen estado de conservación, pues los jardineros de Roger Shandon invertían una cantidad considerable de su tiempo de trabajo podando los setos ornamentales para darles forma de muros verdes. Con un perfil en cierto modo irregular, el laberinto ocupaba casi un cuarto de hectárea de terreno; en ese espacio tan limitado había comprimidos más de ochocientos metros de senderos y la ruta más corta a cualquiera de los centros medía al menos doscientos treinta metros de longitud. Con todo, poca gente, más allá de los expertos, podría abrirse paso hasta el Cenador de Elena o el Estanque de Narciso caminando solo doscientos treinta metros. El laberinto de Whistlefield superaba con mucho en complejidad a sus homólogos de Hatfield y Hampton Court. Sus setos, con más de tres metros y medio de altura, tenían una frondosidad impenetrable y, en cuanto al diseño, seguía el modelo «isla» hasta tal punto que los incautos exploradores podían pasarse una hora recorriendo ese diminuto archipiélago sin avanzar ni medio metro hacia los recovecos más interiores y sin ni siquiera darse cuenta de que estaban simplemente dando vueltas por inercia a la silueta de un seto aislado.

Se habían perdido temporalmente tantas personas en el laberinto — incapaces de conseguir ayuda ni siquiera gritando, por lo alejado que el lugar quedaba de la casa— que al final hubo que tomar precauciones para evitar percances similares en el futuro.

Cuando Vera y su acompañante llegaron a la puerta alta de hierro situada en el seto exterior que marcaba una de las entradas, se encontraron frente a un pequeño panel informativo en el que había colgado un cuerno anticuado.

SE ACONSEJA A LAS VISITAS  
QUE VAYAN A ACCEDER AL LABERINTO  
QUE LLEVEN CONSIGO ESTE CUERNO  
PARA PEDIR AYUDA SI ES NECESARIO.  
AL SALIR DEL LABERINTO, SEAN TAN AMABLES  
DE DEVOLVER EL CUERNO A SU SITIO.

Howard se acercó al panel y leyó la nota con evidente menosprecio.

—¡Parece que en esta casa andan sobrados de incompetentes! —comentó en tono mordaz—. Me sorprende que no tengan una silla de ruedas y a un tipo que la empuje para llevarte hasta el centro, y finiquitado. Como si alguna persona de inteligencia normal no fuese capaz de abrirse camino en un terreno del tamaño de un campo de lavanderas.

—¿Has estado alguna vez en un laberinto? —preguntó Vera.

—No, no que yo recuerde.

—Ajá. Pues haz el favor de descolgar el cuerno y dármelo. Yo no soy una orgullosa.

Howard cogió el cuerno de donde estaba y se lo entregó a Vera.

—¿De qué nos sirve tener un cuerno, si no vamos a entrar juntos?

Vera lo miró con frialdad.

—Cuando me pierda, haré sonar el cuerno y alguien vendrá a llevarme hasta la salida. Cuando te pierdas tú, podrás practicar ejercicios de respiración pidiendo ayuda a gritos. En fin, tú tienes una voz mucho más alta y potente que la mía. Estarás bien, seguro. Pero si crees que no vas a llegar a la potencia pulmonar necesaria, puedes dar la vuelta hasta la siguiente entrada y ver si allí hay otro cuerno. Diría que en todas las entradas habrá uno.

Ese comentario hirió el amor propio de Howard.

—Yo no voy a perderme. No te preocupes demasiado por mí. Bueno, a por el centro.

—Vamos, pues. Yo cogeré el sendero de la izquierda, por aquí, y tú puedes ir hacia la derecha. Quien llegue primero al centro que grite «¡Gané!» y luego emprenda el camino hacia la salida. Si en el centro hay empate, entonces el primero en salir será el ganador. ¡No te apartes de tu honradez y no grites hasta que no estés en el centro! Con estas indicaciones basta, creo. ¡Venga, vamos!

Vera avanzó con prisas por un corredor estrecho durante casi veinte metros y luego giró bruscamente a la derecha cuando el sendero cambió de dirección. Continuó de nuevo hasta llegar a un promontorio formado por un seto que la obligó a desviarse hacia un recoveco en el verdor, de donde volvió a salir al camino principal. Dobló otra esquina a la derecha y entonces le

pareció haber llegado a un callejón sin salida.

«Vaya fiasco como haya elegido un callejón muerto nada más empezar. Howard se divertirá de lo lindo con esto en cuanto se entere», pensó.

Sin embargo, al llegar al muro de setos que parecía bloquearle el camino, se topó con un giro oculto a la derecha.

«¡Y después de caminar todo esto, sigo estando en el borde exterior del laberinto! Aunque este giro me va a adentrar hacia el centro».

Hasta ese punto, el progreso de Vera había sido de una extrema sencillez, pero entonces empezaron a abrirse ante ella senderos alternativos cada pocos metros. Los setos altos lo aislaban todo menos el cielo, y pronto Vera descubrió que se había desorientado por completo y estaba deambulando al azar. Durante un tiempo avanzó apresurada, eligiendo siempre los giros que según parecía tenían más probabilidades de acercarla a donde suponía que estaría el centro; pero, al final, el continuo serpenteo la confundió tanto que ni siquiera sabía decir en qué dirección debía caminar para llegar a los tramos interiores del laberinto. Los largos corredores en zigzag terminaban continuamente en muros en blanco y, al recorrerlos adelante y de nuevo atrás, Vera dudaba cada vez más sobre su orientación. Cuando pensó en usar el sol como punto de referencia, era demasiado tarde: para ese momento, había perdido toda noción de su paradero.

«Estoy segura de que he visto ese parche de hojas marchitas en el seto más de una vez ya —se dijo mientras se paraba para examinarlo con más atención—. Sí, estoy segura de que he pasado por aquí hace unos minutos. Debo de estar volviendo sobre mis pasos y recorriendo el mismo terreno una y otra vez».

Al ir extinguiéndose sus propias pisadas, el silencio del laberinto se apoderaba de Vera, que agudizaba los oídos para captar el sonido de Howard mientras este se movía en algún lugar, más allá de aquellos impenetrables muros verdes vivientes.

«Si de verdad me quedo aquí atrapada, siempre puedo hacer sonar el cuerno y vendrá alguien que conozca el lugar para sacarme».

Escuchó de nuevo, con más atención. Entonces, de repente, no hubo necesidad de agudizar el oído.

Primero fue un golpe seco amortiguado, que inconscientemente Vera reconoció como algo familiar, aunque no supo identificarlo en ese momento. A continuación, casi en el mismo instante, la voz de un hombre emitió un grito inarticulado en el que parecían mezclarse sorpresa, dolor y furia. Tras un momento de silencio, un peculiar chirrido metálico llegó a los oídos de Vera, seguido por un segundo golpe seco y otro grito de dolor. De nuevo, se oyeron el peculiar rechinar metálico y otro de esos golpetazos amortiguados que le resultaban familiares, y luego, más bajo en esa ocasión, un último grito. Seguidamente, volvió a hacerse el silencio.

Vera se quedó paralizada por lo que había oído. En un destello de clarividencia, supuso que detrás de esos sucesos inexplicables se estaba produciendo una tragedia: estaba ocurriendo algo espantoso muy cerca, al alcance de su mano, aunque aislado de ella por los altos muros verdes que la encerraban allí. Nunca antes había oído esa nota en la voz de un hombre. Totalmente impactada por aquella inesperada revelación de violencia, permaneció quieta un momento con las rodillas temblándole, mientras el pulso le latía en la garganta tan fuerte como para impedirle emitir ningún sonido. Y entonces, en un esfuerzo, se encontró la voz.

—¡Howard! ¿Estás ahí? ¿Qué ha pasado? Ay, ¿qué ha pasado?

—Estoy aquí.

Vera no alcanzaba a distinguir de qué dirección venía el grito de Howard. Los setos elevados parecían desviar el sonido, de manera que resultaba imposible determinar ni siquiera aproximadamente la ubicación de quien hablaba.

—¿Qué han sido esos gritos, Howard? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Alguien está herido. Pero no puedo llegar al sitio. Quédate donde estás, Vera. Voy a ver si logro encontrar el camino hasta ti.

Vera escuchó atentamente en el silencio posterior. En el laberinto se movían pies. Era evidente que Howard estaba haciendo lo posible para avanzar en la dirección de Vera. Pero, más allá de eso, la muchacha no era capaz de detectar ningún otro ruido, aunque agudizó los oídos lo más que pudo. Había esperado oír los gemidos del hombre herido, pero nada quebró la quietud hasta que Howard la volvió a llamar. La voz de su compañero parecía

estar más lejos que antes.

—Vera, grita algo. He perdido tu dirección.

Vera volvió a gritar y Howard le respondió. Sin embargo, mientras escuchaba, a la muchacha le parecía que los pasos de Howard retrocedían y se perdían en la distancia. Evidentemente, Howard se había encontrado con que el camino directo estaba bloqueado y había tenido que retroceder por algún pasaje largo para probar de nuevo por otro sitio.

Entonces, sorprendida por haberse olvidado hasta ese momento, se acordó del cuerno que llevaba en la mano. Con eso llegaría la ayuda. Debía haberlo recordado antes, pero la impresión se lo había borrado de la mente. Mientras procedía a llevarse el cuerno a los labios, de nuevo los nervios se le alteraron con otro grito procedente de los recovecos interiores del laberinto.

—¡Un asesinato!

Reconoció la voz de Howard, teñida de horror. Fue una exclamación en voz alta más que un grito de ayuda, según percibió Vera con alivio. Howard no había caído en una trampa. Antes de que la muchacha pudiera recomponerse otra vez, Howard volvió a gritar, aquella vez con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Un asesinato! ¡No dejes que nadie salga del laberinto!

Los nervios de Vera estaban casi en sintonía con la impresión del descubrimiento. La imagen de un acto rápido y terrible de violencia le cruzó la mente. Debía de haber ocurrido bastante antes, porque recordaba que después de los tres gritos no había escuchado ningún tipo de sonido. A menos de veinte metros de ella, quizá, a un ser humano le habían quitado la vida a golpes y, de no ser por esos gritos, ella no se habría enterado de nada.

Vera volvió a alzar la voz.

—¡Howard! Estoy asustada. ¿Qué ha pasado?

—Han matado a uno de los Shandon. Me he topado con el centro al tratar de llegar hasta ti. Tiene sangre en el abrigo. —Se detuvo un momento, evidentemente para recuperar el aliento, y luego volvió a gritar—: ¡Un asesinato! ¡Ayuda! ¡Aquí en el laberinto! ¡Un asesinato!

Vera contuvo la respiración, escuchando, ansiosa por oír algún grito de respuesta desde el mundo exterior, que a esas alturas parecía tan pacífico e

inalcanzable. Y entonces, en el silencio, oyó el sonido de un hombre corriendo rápidamente por los pasajes del laberinto.

—¿Eres tú, Howard? He oído a alguien correr no lejos de donde estoy.

En cuanto hubo hablado, el ruido de las pisadas a la carrera cesó de golpe.

—¿Eres tú, Howard? —volvió a gritar, nerviosa.

Entonces se oyeron unos crujidos y desgarrones, y luego la voz de Howard sonó al otro lado del laberinto.

—Estoy aquí. Estoy intentando llegar hasta ti. He tratado de trepar por el seto, pero no es buena idea. ¿Qué has dicho? No lo he entendido.

—Hay alguien moviéndose por el laberinto, Howard. He oído sus pasos.

—¿Me oyes, Vera? —replicó la voz de Howard Torrance, con esa desconcertante indeterminación en cuanto a su procedencia que el laberinto parecía conferir.

—Sí.

—Bueno, pues no hagas ningún ruido más. No uses el cuerno. Mantente en un silencio absoluto y trata de buscar la salida del laberinto. Si ves a alguien al doblar una esquina, grita hasta desgañitarte, pero si no ves nada, sigue en silencio y con pasos delicados. Hay alguien en el laberinto y no quiero que sepa dónde te encuentras.

Vera permaneció unos minutos apoyada en el seto alto, tratando de sobreponerse al pánico en el que la habían sumido las últimas palabras de Howard. Su acompañante había tenido cuidado de no decírselo a las claras, pero Vera adivinó lo que había detrás de sus indicaciones: el asesino seguía en el laberinto y en su camino hacia la salida podía toparse con ella. Si eso ocurría, Vera era una testigo demasiado peligrosa como para dejarla con vida. La joven no debía esperar misericordia ninguna. ¿Y qué esperanza de escapar iba a tener? Allí, encerrada entre aquellas paredes enormes, aislada de toda ayuda en mitad del intrincado laberinto, sería de lo más fácil silenciarla definitivamente.

Vera volvió a escuchar con atención, pero a sus oídos no llegó ningún sonido. El asesino parecía haberse abierto camino hacia alguna parte más remota del laberinto. De repente, un estrépito a sus pies la asustó provocándole una agonía de terror. Era el cuerno, que la joven había dejado

caer en la intensidad de su concentración en los sonidos que la rodeaban. Se agachó para recogerlo de nuevo y pensó entonces que aquel objeto no haría más que entorpecerla, así que lo dejó donde había caído.

Sin embargo, se dio cuenta de inmediato de que el sonido del golpe del cuerno en el sendero debía haber revelado su posición, si es que el asesino estaba acechando cerca. Trató de escuchar otra vez, pero el corazón le palpitaba como un martillo y el pulso de la sangre en los oídos ahogaba todos los sonidos externos. Notó como si se le formase un bulto en la garganta y sintió que iba a asfixiarse. Con un esfuerzo físico, dominó sus dificultades.

«¡Histeria! Si me dejo llevar por ella, me estaré conduciendo directamente a las manos de esa bestia», se dijo.

Al fin, el pitido de los oídos remitió y Vera fue capaz de volver a escuchar. Durante unos instantes no oyó nada. Luego, bastante cerca, al lado, crujió una ramita seca, como si alguien hubiese puesto el pie sobre ella. El asesino no había abandonado el laberinto.

Vera se sintió casi incapaz de moverse, pero al final se obligó a ponerse en marcha. Cualquier cosa era mejor que permanecer en el lugar en el que el asesino podría haberla oído tirar el cuerno. En silencio, avanzó sigilosa por el corredor. Una vez que empezó a moverse, todo la impulsaba a echar a correr, aunque se esforzó en luchar contra esa tentación.

«Si empiezo a correr, estoy acabada. Seguiría corriendo, no sería capaz de parar en una esquina, y es en las esquinas donde debo tener cuidado, o podría darme de lleno contra él».

Y entonces, pese a su propia voluntad, la mente de Vera fabuló unas vivas imágenes de ese encuentro. Pudo ver a una vaga figura alzándose para bloquearle el paso. Casi encogiéndose físicamente, se imaginó que la figura tenía un cuchillo en la mano y la hoja goteaba la sangre de la víctima anterior. Se le vino a la cabeza lo seguro y pacífico que era el mundo normal, y ella había tenido que meterse en el matadero en busca de un rato de entretenimiento sin sentido. El Minotauro se movía por el laberinto.

Al final del pasaje, Vera se obligó a sí misma a detenerse y asomarse con cuidado por la esquina. No había nadie a la vista, así que se aventuró a un nuevo camino. Luego llegó a una bifurcación y Vera eligió el pasaje que

parecía ofrecer ante sí la panorámica más despejada. A continuación, otra esquina y más precauciones.

A esas alturas, se movía al azar, con toda la atención concentrada en evitar al asesino invisible. En un momento oyó pasos: alguien que caminaba en el lado opuesto del seto junto al que Vera estaba agachada. Contuvo la respiración y le dio forma a aquella figura terrible que había fabulado. Caminaba ligeramente igual que ella misma, y Vera casi temía que la figura escuchase sus pálpitos por cuánto se había acercado. Entonces, cuando la muchacha pensaba que no podía aguantar más, las pisadas retrocedieron sigilosamente, alejándose.

«Si vuelve a ocurrir algo así, grito. No puedo pasar por esto dos veces, ya está».

Tras doblar a salvo dos esquinas más, en un pasaje recto, un objeto metálico brilló a los pies del seto: a Vera se le encogió el corazón al reconocerlo como el cuerno que había tirado.

«Estoy de vuelta en el mismo sitio. ¡Nunca saldré de esta trampa!».

La muchacha se puso otra vez en marcha, caminando con el mayor sigilo posible, aunque en sus oídos agudizados el sonido de sus pisadas parecía hacer eco y resonar por todos los corredores de verdes muros.

«¡Seré tonta! Debería haberme quitado los zapatos hace rato. Así podría ir todo lo rápido que quisiera sin hacer ningún ruido».

Se descalzó y recuperó algo de confianza al descubrir lo sigilosamente que podía moverse.

«Ahora tengo que mantener la cabeza fría y salirme del camino que seguí la vez anterior».

En un giro que recordaba, cogió un sendero nuevo y lo recorrió con toda precaución. Volvió a oír el sonido de unos pasos, pero estaban más alejados esa vez y, tras detenerse unos segundos, se sintió a salvo para reanudar la marcha.

«Si no salgo pronto, voy a desmayarme».

No obstante, se negaba a rendirse. La idea de estar tumbada indefensa en uno de aquellos corredores desiertos a merced del asesino oculto la mantenía en pie.

«Se creería que estoy fingiendo y no querría dejarme como cabo suelto».

Tan solo pensar en correr esa suerte bastó para que Vera se armase de valor e hiciese un intento desesperado por escapar del laberinto. Pero entonces flaqueó en su autocontrol: empezó a avanzar apresurada por los corredores interminables y, antes de que hubiesen transcurrido muchos segundos, había echado a correr. Pronto, iba volando hacia delante por los pasajes, resbalando al doblar las esquinas a toda velocidad, lanzándose a ciegas contra setos que le bloqueaban el camino en callejones sin salida, ansiando únicamente sacarle ventaja al asesino fantasma que sentía que le pisaba los talones. Todo pensamiento de precaución u orientación había salido volando mientras Vera huía sin rumbo por los senderos tortuosos.

Cuando sintió que no podía esforzarse más, apareció un hueco más amplio de lo usual en uno de los muros verdes y Vera se lanzó hacia él con la esperanza de que fuese una de las salidas. Sin embargo, en lugar de los extensos prados de Whistlefield, se encontró ante sí un diminuto espacio abierto, encerrado en verdor por los cuatro costados.

Había unas cuantas sillas de jardín esparcidas por el lugar, a la sombra de los setos. Una de ellas estaba volcada y al lado descansaba, bocarriba, el cuerpo de un hombre vestido con franela gris. Vera nunca antes había visto a un hombre muerto, pero no necesitó mirar dos veces para saber que se había topado con la víctima de la tragedia.

«¡Es Roger Shandon!».

Casi inconscientemente, se dio cuenta de que el cuerpo no mostraba ningún signo visible de violencia. Roger parecía haberse desplomado al levantarse de la silla. Vera no vio ningún charco de sangre que pudiese indicar cómo había muerto.

Los nervios de la muchacha no pudieron seguir aguantando la tensión. La visión del cuerpo demostró ser el golpe final, más de lo que Vera podía soportar. Casi con indiferencia, notó cómo se oscurecía el cielo azul, que se volvía violeta y, luego, negro. Retrocedió un par de pasos justo antes de caer desmayada.

Cuando recobró el sentido, fue para oír el sonido de su propio nombre, aunque al mirar a su alrededor no pudo ver a nadie junto a ella.

—¡Vera! ¿Estás ahí? ¿Por qué no respondes?

Poco a poco, volvió a recuperar la consciencia y se dio cuenta de que era la voz de Howard Torrance, llamándola sin cesar.

—¡Vera! Responde si puedes. ¿Qué te ha hecho chillar de esa manera?

Eso significaba que debía de haber emitido algún grito involuntario antes de desmayarse. Vera le dio vueltas al asunto en la cabeza mecánicamente, sin saber muy bien aún dónde estaba, hasta que de pronto lo recordó todo y se incorporó poniéndose de rodillas. Tenía cerca el cuerpo de Roger Shandon, así que giró la cabeza para no ver al hombre muerto.

—¡Vera!

La joven recobró la compostura y respondió en voz alta, aunque debilitada.

—Gracias a Dios que te encuentras bien —oyó que contestaba Howard—. ¿Dónde estás?

—He llegado al centro, donde está el cuerpo. Ay, Howard, ¿qué hago?

—El asesino se ha marchado, creo. ¿Puedes caminar? Aléjate de ese sitio de inmediato. No me sorprende que chillaras al encontrarte con ese panorama. Si vas dando voces con la mayor frecuencia que puedas, intentaré encontrar el camino hasta ti.

Con esfuerzo, Vera se obligó a ponerse en pie de nuevo. Parecía que se le habían acabado las fuerzas casi del todo, pero, por pura voluntad, logró avanzar y salir del diminuto recinto al corredor verde. ¡Cualquier cosa con tal de alejar el cuerpo de su vista! Era un recordatorio demasiado lúgubre de los peligros del laberinto.

Pasó un rato apoyada en el seto, justo al salir del centro, tratando de reunir energía suficiente para lanzarse de nuevo al laberinto. Al menos un horror había desaparecido. Howard había dicho que el asesino había escapado del laberinto, así que no debía tener miedo de encontrarse con ese demonio en su recorrido. Parecía que habían transcurrido horas desde que Howard y ella entraron tan alegremente en esa red de Dédalo. Vera no tenía ni idea de cuánto tiempo había permanecido inconsciente y, al mirar atrás, tenía la sensación de haber pasado una eternidad en los senderos del laberinto antes de tropezar con el centro.

Por fin, recobró del todo la compostura y volvió a llamar a Howard.

—¡Howard! Voy a intentar buscar la salida.

—¡Vale! Grítame de vez en cuando para que sepa que estás bien. Por cierto, ¿por qué no has usado el cuerno?

—Lo he perdido. Lo tiré cuando pensé que el asesino me estaba persiguiendo.

—Me ha sorprendido que no lo usaras cuando te he dicho que se había marchado. Gritar no sirve de nada. Llevo gritando con todo lo que me da la voz mucho tiempo ya, pero no hay nadie cerca para oírme, evidentemente.

Vera emprendió la marcha otra vez. El descanso le había sentado bien. Eliminado ya el terror más inmediato del asesino en el laberinto, se sentía una persona distinta. El horror que la había atravesado empezó de algún modo a adoptar un tinte de irrealidad. ¿De verdad había visto el cuerpo de Roger Shandon tumbado en la hierba, o fue una simple alucinación que se cernió sobre ella cuando estaba a punto de desmayarse? Tenía la sensación de que todo aquello quizá fuese una pesadilla nocturna que ya había pasado.

Y en aquel momento, por ese curioso azar que a veces se da en los laberintos, se topó con la ruta más corta hasta la salida. Cuando menos lo esperaba, un giro repentino en el corredor desveló una de las puertas de hierro en el seto más exterior.

—¡Howard! He llegado a la puerta. ¡Qué alivio!

—Espera antes de irte. —La voz de Howard le llegaba por encima de los tabiques intermedios—. Escúchame. Cuando estés fuera, corre hasta la casa. Si te encuentras a alguien por el camino, dile que venga a sacarme de esta maraña, que según parece yo no tengo suerte. Cuando llegues a la casa, busca a Stenness o a uno de los otros hombres. Manda a la cuadrilla entera, si están. Cuéntales lo del asesinato y diles que llamen a la policía por teléfono de inmediato. Y tómate un brandi o algo así. ¡Lo necesitarás, pobre mía!

Vera anotó mentalmente y con cuidado todas las órdenes.

—Me ocuparé de todo. Me voy ya, Howard. Adiós.

Salió corriendo por la puerta de hierro y vio con un alivio inmenso la amplia panorámica de los prados ante ella. ¡Por fin fuera! A continuación, se apresuró en dirección a la casa.

## Los resultados inmediatos

Mientras atrochaba por los prados, Vera se mantuvo bien alerta, aunque no encontró a nadie a la vista. Era de esperar: de haber habido alguien en las inmediaciones del laberinto, seguro que los gritos de Howard habrían llamado su atención. La joven no perdió tiempo en buscar ayuda en los jardines, sino que se apresuró todo lo rápido que pudo hasta la casa, donde al menos podría ponerse en contacto con la policía a través del teléfono.

Cuando —ya sin aliento debido al último acelerón que había dado— irrumpió en el recibidor, se lo encontró vacío. El lugar entero parecía desierto y en silencio. Por un momento pensó en buscar habitación por habitación, pero cambió de idea casi de inmediato.

«Tengo que mantener la cabeza fría —recalcó para sí—. No conozco las dependencias del servicio y perdería mucho tiempo si emprendo una busca y captura. Esta última carrera ha acabado conmigo y no estoy en forma para ir corriendo de acá para allá. Eso tendrá que hacerlo otra persona».

Entró a la estancia más cercana y llamó al timbre del servicio, sin levantar el dedo del botón en ningún momento. «Con esto deberían acudir lo bastante rápido».

A los pocos instantes, oyó pasos y apareció una de las criadas. Al ver el rostro asombrado de la mujer, Vera cayó en la cuenta del aspecto que debía de tener en esos momentos: desaliñada, sin aliento y sin zapatos.

—¿Se encuentra alguno de los hombres en la casa, Shelton? Rápido, no pierdas tiempo.

La criada se quedó mirando a la demacrada muchacha plantada delante de

ella, como si en aquella extraña figura apenas pudiese reconocer a la fresca y graciosa señorita Forrest de la vida cotidiana.

—¿Qué le ha ocurrido, señorita? —replicó la sirvienta, sin responder a la pregunta.

—Han asesinado al señor Shandon. ¿Están el señor Steness o el señor Hawkhurst por aquí? ¿O algún otro? Ve a buscarlos de inmediato, si es que hay alguien en la casa. —Seguidamente, como la criada parecía aún aturdida por la noticia, insistió—: ¿Es que no puedes hacer lo que te digo? ¡Corre! No hay tiempo que perder.

En la mente de Vera apareció la imagen del asesino regresando al laberinto y encontrándose con el indefenso Howard. Era poco probable, por supuesto, pero después de aquella tarde, se guardaría mucho de tildar nada de poco probable. La lentitud de la criada irritó los nervios alterados de Vera.

—¿Haces el favor de ir?

Sin embargo, para entonces la idea del asesinato había penetrado en la mente anodina de Shelton y produjo una reacción que Vera no había previsto.

—¡El señor Shandon asesinado y ese tipo acechando por los alrededores! No me atrevería nunca a salir de esta habitación, señorita. Podría estar en el recibidor ahora, esperándome. ¡Ah, no, no!

La mujer levantó la voz, histérica. Vera la miró cansada.

—¿Quieres gritar, Shelton? A lo mejor eso es lo más sencillo, después de todo. Lo haría yo misma si me quedase algo de aliento. Ven conmigo.

Vera se llevó a la muchacha histérica y salió hacia la puerta principal.

—Ahora, grita todo lo fuerte que quieras.

Shelton no había esperado a que le hiciesen esa sugerencia: ya estaba chillando todo lo alto que le daba la voz.

«Cualquiera que esté en la casa o cerca tiene que escuchar esto», se dijo Vera satisfecha, mientras Shelton seguía gritando.

—Bueno, esto servirá. ¿Podrías callarte ya? Quiero escuchar si alguien te ha oído.

Resultó ser más complicado detener el grito de lo que había sido ponerlo en marcha. Los chillidos pasaron a convertirse en un ataque de histeria grave, pero habían cumplido su propósito. De la parte de atrás de la casa salieron

dos criadas en estado de pánico y, casi simultáneamente, Stenness, el secretario, bajó apresurado la escalera principal.

—¡Virgen del cielo, por fin un hombre! —dijo Vera aliviada.

Tras dejar a la histérica Shelton al cuidado de las otras criadas, Vera llevó a Stenness a la estancia más próxima y le hizo un repaso de la situación con el menor número de palabras que pudo. El hombre escuchó atento sin interrumpirla con una sola pregunta. Por sus modos serenos, cualquiera habría supuesto que el asesinato era el pan de cada día para él. Por otro lado, la calma del secretario tuvo el efecto de aliviar los nervios de Vera, que se habían agitado de nuevo ante el ataque de la criada. Cuando la joven hubo completado su narración, Stenness asintió como gesto de comprensión y salió de la habitación unos momentos. Al regresar, llevaba un vaso en la mano.

—Bébase esto, señorita Forrest. Necesitará algo para recomponerse. He mandado a una de las criadas a que haga sonar la campana en el patio del establo; así aparecerán un par de jardineros bastante pronto. Pensarán que se trata de un incendio, ya ve usted.

Stenness la convenció para que se sentara y luego se acercó al timbre de servicio para llamar. Pasó algún tiempo antes de que hubiese respuesta: por fin aparecieron Shelton y otra criada juntas, evidentemente aferradas la una a la otra para hacerse compañía.

—Suban a buscarle unos zapatos limpios y unas medias a la señorita Forrest. ¿Es que no ven que le hacen falta?

Cuando las dos mujeres se marcharon, Stenness se dirigió a Vera.

—No hay nada como mantenerlas ocupadas. Si no, las tendríamos a todas muertas de nervios.

El secretario miró la hora en el reloj que llevaba en la muñeca y pareció hacer un cálculo mental bastante intrincado que no lo dejó nada contento.

—Estará lo bastante segura aquí, señorita Forrest. Tengo que ir al teléfono a llamar a la policía y ponerles sobre aviso. Luego bajaré a sacar al señor Torrance del laberinto. ¿Se le ofrece algo más?

Vera negó con la cabeza y el hombre salió apresurado de la estancia. El teléfono lo tuvo ocupado muy poco tiempo y, a los pocos minutos, Vera lo vio por la ventana partir en dirección al laberinto, acompañado por uno de los

jardineros. Se percató de que los dos hombres iban armados con escopetas. Empezó a admirar la eficacia de Stenness. Hasta el momento, lo había tenido por la clase de hombre cuya vida transcurría en la pura rutina y fue una leve sorpresa descubrir con cuánta competencia había actuado ante aquella emergencia. No había desperdiciado ni palabras ni tiempo: todo lo esencial se había llevado a cabo sin vacilación. Incluso reparó en los pies de Vera y pensó en mandar buscar zapatos y medias para ella.

Cuando las criadas trajeron las nuevas prendas, Vera aprovechó la oportunidad para hacerles una pregunta.

—¿El señor Stenness era el único hombre que había en la casa cuando regresé?

—Sí, señorita. La señorita Sylvia se llevó a su tío en el coche... Me refiero al señor Ernest. El señor Neville salió de la casa antes de que lo hiciera el pobre señor Shandon. Y el señor Hawkhurst había salido bastante antes. Lo vi pasar por la ventana, con la escopeta de viento en la mano.

Vera dejó de escuchar. Las palabras «escopeta de viento» se habían unido en su mente al recordar los golpetazos amortiguados oídos en el laberinto. Ese era el ruido que había escuchado: ¡el sonido sordo de un rifle de viento! Y el chirrido metálico era el rechinar del muelle cuando el asesino había recargado el arma. Sin embargo, reconocer los sonidos la dejaba aún más perpleja.

«Por supuesto, con una escopeta de viento se puede matar un conejo, pero a un hombre no, ni siquiera a quemarropa. Y pese a todo, estoy segura de que fue una escopeta de viento lo que oí. La habría reconocido de inmediato si no hubiese sido porque estaba demasiado agitada por cómo sucedieron las cosas».

Estuvo un tiempo rumiando el problema sin solventarlo, y al final lo desterró de su mente y empezó a disponer todo lo que creyó que había que preparar para cuando los hombres regresaran a la casa.

Entretanto, Stenness, acompañado por el jardinero, había emprendido el camino al laberinto. Cuando lo tuvieron a la vista, divisaron la figura de Howard Torrance saliendo de una de las entradas y mirando en la dirección en la que se encontraban ellos. Al reconocer al secretario, Howard se les

acercó rápidamente.

—¿Has visto a la señorita Forrest, Stenness? ¿Se encuentra bien? —quiso saber en cuanto llegó a una distancia desde la que podían oírle.

—Ha sido ella quien ha ido a buscarnos —le explicó Stenness—. Está completamente agotada, por supuesto. Es natural. Pero no creo que vaya a sufrir ningún daño. He dejado a dos criadas con ella, por si acaso, aunque daba más bien la impresión de que esas mujeres se vendrían abajo antes que la señorita Forrest. —Howard asintió sin responder y Stenness continuó—: Ahora, será mejor que entremos en el laberinto y hagamos guardia junto al cuerpo hasta que aparezca la policía. Llegarán en breve.

Howard vaciló un instante.

—¿Seguro que sabes moverte por el laberinto, Stenness? ¿No te liarás? Es que ya me he quedado empantanado ahí una vez y no me apetece hacerlo una segunda.

—No hay peligro de que ocurra tal cosa. Tanto Skene como yo conocemos el laberinto palmo a palmo. Él se encarga de podar los setos.

Aquello pareció apaciguar las dudas de Howard, que encabezó el camino hasta la entrada, aunque una vez allí, Stenness lo sustituyó.

—Mejor que vaya yo delante. Conozco el camino. Además, nunca se sabe. Puede haber alguien ahí dentro todavía.

Le dio unos golpecitos a la escopeta a modo de explicación de todo lo que pretendía decir y Howard aceptó.

—¡Perfecto! ¡Pues adentro!

Entraron en el laberinto: Stenness delante con el arma preparada, y Howard y el jardinero armado en la retaguardia. Durante unos minutos, caminaron en silencio por los corredores intrincados, mientras Stenness hacía un giro tras otro sin vacilar lo más mínimo.

«Ojalá me hubiese sabido yo esto de memoria como parece ser su caso. Habría sido una historia bien distinta entonces», reflexionó Howard, al percatarse de la aparente facilidad con la que el secretario se ceñía a su ruta.

De pronto, Stenness se detuvo abruptamente y con un gesto indicó a sus acompañantes que tuvieran precaución. Sus avezados oídos habían captado algo que a ellos se les había pasado por alto.

—Hay alguien moviéndose en el siguiente corredor. Esperen aquí. Me ocuparé de él —susurró el secretario.

Con el arma preparada, dobló de golpe la esquina del pasaje y los dos compañeros oyeron de inmediato una orden brusca del secretario.

—¡Manos arriba!

Cuando a su vez ellos doblaron la esquina, se encontraron al secretario apuntando con la escopeta a un extraño poco agraciado. El pelo rojizo, la desagradable boca —empeorada por un bigote irregular y descuidado—, la peculiar expresión vulpina y la ropa ostentosa: todo se combinaba para crear una mala impresión incluso a primera vista. Mientras aquel hombre permanecía de pie con las manos en alto delante del arma de Stenness, sus ojos se desplazaban de un rostro a otro, un poco con la expresión de una rata a la que mantienen a raya.

—Registre a este caballero, Torrance. A lo mejor va armado —dijo el secretario.

Howard cacheó al hombre metódicamente y sacó de un bolsillo una pesada pistola automática. Aparte de eso, no había más armas.

—Mire a ver si la han disparado —sugirió Stenness.

—Cargada del todo y nadie la ha disparado —informó Howard.

—¡Bien! Y ahora cuéntenos, joven, ¿cómo es que anda rondando por aquí?

—Estaba remando por el río y al ir acercándome he oído a alguien gritar como si le fuera la vida en ello, así que he subido. ¿Qué habría hecho usted, eh? Quedarse bien lejos, supongo. Luego entré en este rompecabezas para echar una mano. Y llevo aquí atrapado desde entonces. ¿Satisfecho?

—Yo no tengo nada que decir. La policía llegará pronto y se lo podrá explicar a ellos. Entretanto, va a venirse con nosotros. Skene, hazte cargo de nuestro amigo. Si intenta correr, vacíale el arma en las piernas. Venga, vamos.

De nuevo en la vanguardia del grupo, Stenness continuó su camino y al poco los había conducido a todos hasta uno de los centros del laberinto.

Howard Torrance entró tras él en el diminuto recinto. Sin embargo, nada más ver el lugar, protestó.

—Este no es el sitio en el que encontré el cuerpo. Debe estar en el otro

centro.

Los hombros de Stenness bloquearon la vista durante un momento, pero casi de inmediato el secretario se hizo a un lado.

—En cualquier caso, aquí hay un cuerpo —dijo, avanzando mientras hablaba—. Es Roger Shandon.

—¡Roger! —exclamó Howard totalmente sorprendido—. El que yo encontré fue el cuerpo de Neville Shandon.

—Entonces han asesinado a los dos —indicó con frialdad Stenness—. Es obvio.

—Pero lo que yo oí sonó como un único ataque —protestó Howard.

Stenness se encogió de hombros.

—Eso lo tendrá que explicar la policía. Para qué trabajar si ya hay quien lo haga por ti. —Avanzó y usó su pañuelo para cubrirle el rostro al cuerpo—. Es Roger, claramente, y está muerto sin ninguna duda. Aquí no hay nada más que hacer. Vamos a probar con el otro centro. Skene, no hace falta que vengas. No le quites los ojos de encima a nuestro amigo hasta que volvamos.

El secretario llevó a Howard por los pasajes de nuevo y al poco entraron en el segundo centro del laberinto.

—Este es Neville Shandon, con toda seguridad —informó. La identificación había llevado algo más de tiempo porque el cuerpo estaba tumbado bocabajo—. No altere nada, Torrance. La policía a lo mejor es capaz de sacar algo en claro de aquí si dejamos las cosas como están.

Stenness, que se había arrodillado, se incorporó y se sacudió mecánicamente el polvo de los pantalones mientras hablaba. A Howard le impresionó la extraordinaria objetividad con la que el secretario había tratado todo aquel asunto. Uno habría esperado algún signo de emoción, de sorpresa como mínimo, pero Stenness había pasado por todo aquello sin mostrar la más ligera perturbación. Sin embargo, mientras reflexionaba al respecto, Howard se vio obligado a admitir que, después de todo, era lo más previsible. Según recordaba, Stenness siempre había sido cauto a la hora de mostrar cualquier tipo emoción. Probablemente, aquel solo fuese un ejemplo de normalidad llevada a un extremo que la hacía aún más patente. Stenness, sin ninguna duda, se enorgullecía de esa máscara de frialdad.

El secretario se agachó un momento sobre el cuerpo de Neville Shandon y le examinó la mano izquierda, que estaba apretada en torno a la hierba.

—Ahí hay un trozo de papel. Parece como si se lo hubiesen arrancado violentamente de la mano y se le hubiese quedado un pedazo en el puño. A ver qué se puede sacar de ahí sin tocarlo. —Se arrodilló y escudriñó el fragmento con mucho esfuerzo—. Puede que sean algunas de sus notas sobre el caso Hackleton. Logro leer bastante bien «Hackle...».

Howard no se molestó en mirar el papel de cerca.

—¿Y qué conclusión sacas? —quiso saber, mientras el secretario se ponía de nuevo en pie.

—¿Yo? No mucho. A lo mejor alguien intentaba poner a Neville Shandon fuera de juego mientras el caso Hackleton estaba abierto. Eso explicaría que se llevasen las notas. O a lo mejor fue alguien resentido con Roger. Tenía algún que otro enemigo. El otro día mismo llegó una carta amenazante de un caballero.

Howard digirió esas sugerencias en silencio durante unos momentos y a continuación planteó una objeción.

—Pero ¿crees que es probable que dos asesinos eligieran un momento idéntico para atacar? A mí me parece que dos crímenes simultáneos son toda una hazaña.

—¿Usted cree? —respondió el secretario en tono descuidado—. Así y todo, esta vez ha ocurrido.

Howard tuvo que admitir que era cierto.

Stenness miró la hora.

—Debería ir saliendo del laberinto. La policía llegará muy pronto y necesitarán un guía. Le llevaré de vuelta donde se halla Skene, si quiere.

Howard asintió y Stenness volvió a guiarlo a través de una maraña de pasajes.

—Aquí está el Cenador de Elena —dijo, señalando con la cabeza hacia la entrada—. Puede sentarse ahí hasta que traiga a la policía.

Howard observó la figura desaparecer doblando una esquina del corredor y luego giró sus pasos hacia la entrada al pequeño cercado en el que descansaba el cuerpo de Roger Shandon. Cuando entró, se sorprendió al ver a Skene de

rodillas a los pies del seto, recogiendo claramente unos objetos pequeños.

—¿Qué estás haciendo, Skene? Creía que debías estar vigilando a nuestro amigo.

Skene se puso en pie, bastante malhumorado por haber recibido una reprimenda.

—Todavía no se ha escapado. Estoy entre él y la puerta.

Howard reconoció la verdad de ambas afirmaciones.

—¿Qué buscas escarbando en el seto? —continuó tras haberse disculpado.

Skene extendió la palma de una mano, llena de tierra, en la que descansaban unos objetos pequeños.

—Esta es la tapa de una lata, una de esas latas redondas. Y aquí hay algunos dardos que el señor Hawkhurst utiliza para disparar a las dianas con esa escopeta de viento suya. A ver, uno... dos... tres...

Contó laboriosamente hasta siete y dejó la mano abierta para que Howard lo confirmase.

—Ponlos sobre la tapa, Skene, y déjalos en algún sitio seguro. ¿Los has encontrado donde te he visto buscar?

—Justo ahí, entre las raíces del seto. Seguramente la otra parte de la caja esté ahí fuera, en el pasaje. Voy a echar un ojo.

—No te preocupes, Skene. Ten en cuenta que no debemos alterar nada hasta que llegue la policía. Si hay algo más, preferirán buscarlo ellos por su cuenta. Lo que tienes que recordar es que has encontrado esas siete cosas (recuerda, siete) en ese sitio concreto del seto. Será mejor que lo marques con un palito o algo así, para que sepas luego el punto exacto.

Al ver los dardos, a Howard se le había ocurrido algo. Se acercó al cuerpo de Roger Shandon y lo examinó con cuidado. No obstante, en lo que a las partes expuestas se refería, no encontró resto alguno de lo que iba buscando, y no tenía ningunas ganas de asumir la responsabilidad de alterar la postura del cadáver.

Cuando se puso de nuevo en pie, oyó el sonido de la bocina de un coche en la distancia.

—La policía, espero —le dijo a Skene—. Estarán aquí dentro de unos minutos. El señor Stenness ha salido para guiarlos por el laberinto.

## El jefe de policía

Stenness iba abriéndose camino por las circunvoluciones del laberinto y su cara reflejaba que tenía la mente ocupada en algún problema desconcertante.

«Las cosas no han salido muy de acuerdo con el plan —comentó para sí mientras caminaba—. He perdido el tren, sí; y para el caso, bien podría resolver el asunto ahora mismo. Si me hubiese planteado coger el tren anterior, a lo mejor lo habría conseguido».

Su ceño fruncido por el enfado se relajó de repente, cuando una idea nueva se le pasó por la cabeza.

«Quizá, después de todo, esto haya sido para mejor. No lo había visto de esa manera. Nadie podría jurarlo, y me deja en una posición más que cómoda, más a salvo que nunca».

El rostro se le despejó por completo al reflexionar sobre la nueva situación que se le había presentado.

«Esto vale doce veces lo que mi otra idea. Lo único que tengo que hacer es quedarme sentado con cara inexpresiva».

El secretario llegó pronto al exterior del laberinto. Entonces, tras ocupar un puesto desde el que dominaba la carretera de la entrada este, se sentó en la hierba y esperó la llegada de la policía.

Al poco, sonó el claxon de un coche y Stenness se puso en pie mientras un vehículo grande subía la estrecha carretera privada abriendo surcos en la tierra. En los asientos delanteros viajaban dos civiles, mientras que la parte de atrás la ocupaban tres policías uniformados. Mucho antes de que el coche llegase hasta él, Stenness había reconocido al hombre que iba al volante

como el propietario de una finca vecina.

«Ese es Wendover, de Talgarth Grange. Me pregunto qué anda haciendo aquí».

El secretario salió a la calzada y les hizo señas para que parasen. El vehículo largo se detuvo al llegar a la altura de Stenness. Wendover saltó del asiento del conductor y avanzó mientras el resto bajaba del coche.

—¡Mal asunto este, Stenness! ¡Un asunto horrible! ¿Ha muerto de verdad el pobre Shandon? Vaya, ayer mismo lo vi, pobre hombre.

Mientras observaba al resto del grupo, Stenness se percató de que en el coche viajaba un perro, que en esos momentos le hacía carantoñas al segundo civil, claramente encantado de salir de la lata de sardinas en la que se había convertido el vehículo. El secretario se volvió hacia su interlocutor.

—Es peor de lo que suponíamos cuando llamé por teléfono. Han asesinado a dos de los Shandon en el laberinto, ahí.

Asintió en dirección a los setos altos y verdes. Wendover se quedó por completo de piedra.

—¡A dos! ¡Dios santo! ¡Clinton, ven! —llamó al segundo civil—. Un asunto horrible este. Ha habido un segundo asesinato.

A continuación, mientras el hombre del perro se les acercaba, Wendover se dirigió de nuevo al secretario.

—Este es el jefe de policía, *sir* Clinton Driffield. Clinton, este es el señor Stenness, secretario de Roger Shandon.

Stenness examinó al jefe de policía con lo que pareció ser un interés mayor del normal. *Sir* Clinton era un hombre menudo con aspecto de tener unos treinta y cinco años. Su rostro tostado por el sol, la boca firme bajo el bigote bien recortado, las manos y los dientes perfectamente cuidados podrían haber atraído segundas miradas en una multitud, aunque para contrarrestar todo eso, el aspecto del jefe de policía mostraba una vulgaridad deliberada. A cualquier extraño que lo conociese solo por encima le costaría describirlo *a posteriori*; y es que *sir* Clinton se abstenía intencionadamente de llevar nada característico en su atuendo. Lo único que no encajaba con el resto de su apariencia convencional eran los ojos, e incluso a ellos los había disciplinado en la medida de lo posible. Por lo general, tenían una expresión aburrida,

aunque a veces la máscara se resbalaba y dejaba ver la actividad mental que había tras ellos. Cuando se fijaban en un hombre, daban una curiosa impresión de estar viendo no el exterior físico del sujeto, sino la personalidad real oculta bajo los rasgos faciales.

—¿Un segundo caso? ¡Hum! Parece que están ustedes iniciando un negocio al por mayor en Whistlefield, señor Stenness.

Al secretario no le impresionó el tono alegre del jefe de policía. Había notado cómo aquellos ojos afilados le daban un repaso y, pese a no haber sido más que una mirada fija, tenía la sensación de que lo habían sometido a una evaluación y una catalogación a las que se podría recurrir en un futuro. Tampoco le gustó el estilo de la frase de *sir* Clinton. Intencionadamente o no, parecía rayar en lo macabro.

—¿Y si empezamos? —intervino Wendover—. Para ponernos sobre la pista mientras aún esté caliente, ¿no, Clinton? Cada minuto cuenta, diría yo.

*Sir* Clinton asintió con la cabeza y chasqueó los dedos para que el perro fuese tras él.

—Si le parece bien, enséñenos los cuerpos, señor Stenness.

Sin responder nada, el secretario encabezó la marcha hacia el laberinto, seguido de cerca por todo el grupo. El jefe de policía iba explorando los corredores mientras avanzaba, aunque sin hacer comentarios. Wendover evidentemente sentía que debía ofrecer una explicación para su presencia allí, por lo que mientras atravesaban los pasajes dio alcance al secretario.

—Curiosa coincidencia esta, Stenness. *Sir* Clinton es amigo mío y resulta que estaba pasando unos días en mi casa. ¡Menudo golpe de suerte! Cuando telefoneaste a la comisaría, lo llamaron de inmediato a Grange. Y yo salí con el coche, claro, así que recogimos a los agentes en la comisaría, de paso. Ni planeándolo habría salido mejor, ¿verdad? —Seguidamente, cambiando de tema, añadió—: ¡Qué asunto tan horrible para la familia! ¡Un asunto espantoso! Será un golpe horroroso para la señorita Hawkhurst, ¿no?

Antes de que Stenness pudiese responder, llegaron ante la entrada a uno de los centros del laberinto. El secretario se dirigió entonces al jefe de policía.

—Esto es lo que se conoce como el Estanque de Narciso, *sir* Clinton. Aquí encontramos el cuerpo de Neville Shandon. El de Roger Shandon está en el

otro centro del laberinto.

*Sir* Clinton asintió sin responder, se quitó el sombrero y entró en el cercado. El cuerpo descansaba tal y como Stenness lo había visto la última vez, y el jefe de policía no hizo ningún intento de tocarlo, aunque lo sometió a una inspección de lo más minuciosa.

—He olvidado decirte una cosa —susurró Wendover—. Hemos llamado por teléfono a un médico para que venga a examinar el cuerpo. Llegará muy pronto.

El jefe de policía se puso rápidamente en pie.

—Dos o tres heridas pequeñas, parece, pero ningún sangrado grave. Cuando el médico lo revise, podremos hacer un examen completo. Entretanto, es mejor que dejemos las cosas como están. ¿Nos lleva ahora hasta el otro cuerpo, señor Stenness?

Tras dejar a uno de los agentes de guardia junto al cadáver, el grupo recorrió el camino hasta el segundo centro del laberinto con Stenness como guía. Mientras avanzaban, Wendover le dio al secretario algo más de información.

—Qué suerte que Driffield estuviese aquí mismo, ¿no? Llegará al fondo de este asunto bastante rápido, confío en él. Antes estaba en Sudáfrica, con un puesto importante en la policía. Luego vino a casa por motivos familiares y recaló en la jefatura de policía de aquí. Un hombre demasiado bueno para este sitio, usted me entiende, aunque le da para mantenerse ocupado. Por cierto, sabía ciertas cosas sobre la vida de Roger Shandon en Ciudad del Cabo.

—Creo que Shandon se labró allí parte de su fortuna —afirmó Stenness a modo de confirmación.

Al entrar en el Cenador de Elena, el secretario vio cómo las cejas de *sir* Clinton se levantaban de pronto momentáneamente, como si se le hubiese iluminado la mirada al ver al extraño que se habían encontrado en el laberinto.

—¡Vaya! ¿El señor Timothy Costock?

El cautivo se mostró mucho más sorprendido.

—Pero bueno, ¡si es Driffield! Menuda suerte inesperada. Parece que no

hay manera de mantenerse fuera de su alcance. Pero esta vez se equivoca usted de pista. Nunca le he puesto un dedo encima a este caballero.

Mientras hablaba, señaló el cuerpo de Roger Shandon.

—Nadie le ha acusado de ponerle ningún dedo encima, Costock. Ni de ninguna otra cosa, todavía —replicó *sir* Clinton en tono brusco—. Su historia la escucharé luego. Pero no pierda el tiempo elaborándola: lo mejor es decir la verdad simple y llana. Este asunto es más serio que la compra ilícita de diamantes. —Se detuvo un instante, antes de continuar—: Ahora que lo pienso, Costock, aquella vez que le puse las manos encima en Kimberley, era usted el pelele de Shandon.

Mientras Costock abría la boca para protestar, *sir* Clinton lo interrumpió de repente.

—Yo de usted me mantendría calladito. Nadie le está pidiendo que se inculpe.

Aquel consejo le bastó al antiguo experto en intermediación financiera, por cuyos labios no terminó de salir protesta alguna. *Sir* Clinton no le prestó más atención a ese hombre; por el contrario, procedió a realizar un examen meticuloso del cuerpo de Roger Shandon. Cuando se enderezó de nuevo, Stenness se acercó.

—Este es el señor Howard Torrance, *sir* Clinton, invitado en la casa. Se encontraba en el laberinto en el momento en el que se cometió el asesinato. Torrance, este es el jefe de policía. —A continuación, se dirigió al jardinero—: Aquí tiene a Skene, *sir* Clinton, uno de los jardineros de la finca. Vino conmigo hasta aquí en cuanto nos enteramos de lo ocurrido.

El jefe de policía asintió en gesto de breve agradecimiento por las explicaciones de Stenness. Pese a no haber desperdiciado ninguna palabra con aquello, el secretario había aportado toda la información necesaria por el momento.

Howard Torrance, sacado de ese modo a la palestra, aprovechó la oportunidad que se le había presentado.

—Aquí hay unos dardos. Los encontró Skene a los pies del seto. Junto a ellos estaba tirada también la tapa de una lata.

*Sir* Clinton cogió la tapa e inspeccionó los diminutos proyectiles que habían

recogido.

—Dardos de una escopeta de viento, está claro —comentó.

Muy curiosamente, el jefe de policía no llamó la atención sobre el hecho igual de obvio de que no se trataba de dardos normales de una escopeta de viento. Las plumas de lana, en vez de mostrar los usuales colores chillones, estaban manchadas de algo marrón y parecía haber un polvo oxidado adherido a la fibra. En la cubierta metálica de los dardos, cerca de las puntas, se veía un parche diminuto del mismo pigmento. *Sir* Clinton volvió a colocar toda la colección con cuidado en la tapa.

—Bueno, Skene, ha hecho usted un buen trabajo —dijo, dirigiéndose al jardinero—. ¿Puede indicarme exactamente dónde ha encontrado estas cosas?

Obviamente encantado con el cumplido del jefe de policía, Skene se mostró más que dispuesto a señalar la ubicación exacta del lugar en el que había recogido los dardos y la tapa.

—Supongo que los ha cogido todos, ¿no? Al menos, todos los que ha podido ver desde aquí.

Howard Torrance estaba observando al jefe de policía y se sorprendió al ver que los ojos del hombre, en vez de buscar en el suelo, parecían moverse por la superficie del seto. Cuando Skene respondió a la pregunta, los pensamientos de *sir* Clinton parecían estar en otra parte; a continuación, el jefe de policía se dirigió a Stenness.

—¿Puede llevarnos al otro lado del seto, a esta misma altura?

El secretario volvió a encabezar la marcha por el laberinto y a *sir* Clinton le pareció que había que atravesar una distancia bastante considerable para llegar a la ubicación requerida.

—¿Es este el sitio? —preguntó cuando Stenness se detuvo—. Está bastante despejado —añadió, y se agachó para recoger algo a un lado del sendero.

Cuando lo sostuvo en alto, todos lo reconocieron como la base de la lata cuya tapa ya habían encontrado. *Sir* Clinton se dirigió a los agentes.

—Busquen por el lugar a ver si localizan algunos dardos más. No pasen por alto ni uno solo. Y manéjenlos con cuidado. Evidentemente, son objetos mortales.

Entonces, al ver que Stenness y Howard Torrance mostraban signos de

unirse a la búsqueda, el jefe de policía los detuvo con un gesto.

—Creo que vamos a dejar a los oficiales hacer el trabajo —dijo con un cierto tono terminante en la voz.

De nuevo, daba la sensación de que estaba más interesado en el seto en sí que en las raíces donde podría haber más dardos ocultos y, pasados unos instantes, se echó hacia delante y pareció mirar muy de cerca las plantas en un punto en concreto. Cuando volvió a retirarse, Howard avanzó con curiosidad y *sir* Clinton le dejó pasar. El joven colocó el ojo en la posición en la que había visto hacerlo al jefe de policía y descubrió que miraba a través de una aspillera oculta. Alguien había recortado las ramas para formar un túnel, cuyo final estaba cubierto por una fina capa de follaje. Un vistazo por la apertura dejaba claro que daba directamente a la silla en la que Roger Shandon había sido asesinado.

Sin embargo, *sir* Clinton parecía haber perdido ya el interés por ese asunto. Silbó y el perro que se había quedado en el Cenador de Elena llegó corriendo hasta él.

—Olisquee esto —invitó al animal, ofreciéndole la parte de la lata que aún llevaba en la mano—. Y ahora a ver qué puedes sacar de aquí. —Se dirigió entonces a sus acompañantes—: Hay pocas posibilidades. No culpen al animal si fracasa.

Parte del carácter de *sir* Clinton se desveló en aquella disculpa extravagante. Siempre destacaba por su lealtad a sus subordinados y su disposición a reconocer la imposibilidad de ciertas tareas. Era el complemento a su severidad cuando tenía que lidiar con la ineficacia.

—¡Eso es! ¡Buen perro! ¡Ha encontrado algo! —anunció Wendover innecesariamente.

Según parecía, el animal había captado algún aroma o similar, porque salió corriendo por los pasajes, seguido de *sir* Clinton y los otros tres hombres. Los agentes se quedaron buscando entre las raíces de los setos.

La ruta por la que el perro los guio fue de todo menos sencilla: en apariencia, serpenteaba adelante y atrás casi al azar.

—Nadie que conociese el laberinto habría intentado salir de este modo —comentó Stenness al fin.

Su afirmación no era muy necesaria, pues el perro se había detenido ya más de una vez en mitad de un pasaje abierto para luego retroceder sobre sus pasos sin motivo aparente. Fue Howard Torrance quien le encontró el sentido a esos movimientos intrincados antes que el resto del grupo.

—¡Pues claro! El asesino no salió del laberinto de inmediato. Probablemente se encontrase con que la señorita Forrest y yo mismo le bloqueábamos el paso una y otra vez mientras deambulábamos por aquí. Y debía evitar que lo viésemos. Por eso es por lo que tuvo que girar y dar vueltas así.

Al fin, el perro los condujo hasta el borde del laberinto, atravesó la puerta de hierro y continuó vigoroso por entre la hierba. La pista los había llevado hasta el lado del laberinto situado junto al río, donde había un grupito de árboles plantados. Y ahí fue donde se sumergió el perro. Unos pasos más allá, se detuvo un momento a los pies de un árbol.

—A lo mejor se subió ahí —sugirió Wendover, enderezándose para examinar el tronco—. ¡Miren! Hay una ligera marca aquí en el tronco, justo a la altura a la que un hombre podría llegar con el pie.

*Sir* Clinton examinó la marca, que efectivamente era muy leve. A continuación, miró al perro, que se había marchado en una nueva dirección.

—De ser así, supongo que debió de cansarse de las vistas y volvió a bajar. Normalmente, uno baja; raras veces sube más allá de la copa.

Emprendió la marcha detrás del perro, que avanzaba ya hacia la carretera que pasaba junto al laberinto, aunque una vez allí pareció confundido. Estuvo olisqueando por la zona con la mayor de las diligencias, ampliando su radio cada vez más mientras trataba de volver a captar el aroma, pero pronto quedó claro que había perdido el rastro. El jefe de policía lo llevó de nuevo hasta el árbol y lo dejó empezar otra vez. En esa ocasión, *sir* Clinton siguió de cerca al perro y sus acompañantes vieron cómo sacaba un papel del bolsillo e iba arrojando trocitos sobre la hierba para marcar la ruta del animal. Sin embargo, ese intento también terminó en fracaso. Más allá de la carretera, el rastro parecía perderse.

—Quizá habría que dejarlo —admitió *sir* Clinton—. No se puede esperar que un animal tan bruto sea infalible.

Mientras cancelaba el trabajo del perro, sonó el claxon de un coche y vieron un vehículo llegar desde la dirección de la casa.

—Ese es nuestro médico, espero —conjeturó el jefe de policía y Stenness confirmó la suposición.

A los pocos minutos, todos habían emprendido el camino hacia el Cenador de Elena bajo la guía del secretario. Una vez allí, el médico propuso comenzar su examen de los cuerpos, pero *sir* Clinton intervino.

—Un momento, doctor. Antes de que mueva algo, quiero sacar unas fotografías. No hay nada como un registro permanente que poder consultar en el futuro.

Cogió una caja con la que había cargado uno de los agentes y sacó de ella una de las Kodak de mayor tamaño. A continuación, guiándose por las marcas de los pies en la hierba, volvió a colocar la silla volcada en su posición correcta y por último señaló la ubicación de la aspillera en el seto con un trozo de papel.

—Necesito algo que usar como escala —explicó en el último momento—. ¿Le importaría sentarse en la silla, señor Stenness? Y quizá usted podría colocarse junto a la aspillera, señor Torrance. —Le echó un vistazo al cercado un instante—. Costock, aquí, póngase en esta esquina. Eso servirá para dar cierta idea de la distancia.

Cuando se hubieron colocado, el jefe de policía sacó varias fotografías desde distintas posiciones.

—Ahora, doctor, puede ponerse a trabajar si quiere.

El médico hizo solo un examen somero.

—Creo que sería mejor subir el cuerpo a la casa. No hay muy buena luz aquí ahora que el sol se está poniendo. Además, necesitaré hacer más cosas de las que me permite este sitio.

—Hay un segundo cuerpo esperándole. Tendremos que repetirlo todo otra vez —explicó *sir* Clinton.

El médico, un hombre taciturno, se encogió de hombros sin hacer ningún comentario audible y todos emprendieron la marcha hacia el Estanque de Narciso, guiados por Stenness. *Sir* Clinton les dio algunas indicaciones a sus agentes y envió al jardinero a la casa para que bajase con algo en lo que

poder transportar los cuerpos. A continuación, se repitió el procedimiento fotográfico y el médico hizo su examen del cadáver de Neville Shandon.

—Debe de haber una aspillera también en este seto, pero no merece la pena buscarla ahora mismo. No se va a ir a ninguna parte —meditó el jefe de policía en voz alta.

Los agentes informaron sobre el descubrimiento de varios dardos nuevos que habían caído o bien en el propio seto o entre las raíces, en la parte exterior. Parecía que Skene había logrado coger todos los de la franja interior. *Sir Clinton* contó con cuidado los diminutos proyectiles, los echó en la lata y se la metió en el bolsillo.

—Hay once en total. Vuelvan y busquen cualquier otra cosa. Debo conseguir todos esos dardos aunque tengan que terminar ustedes la búsqueda con linternas. Asegúrense bien de no pasar nada por alto.

Skene apareció poco después con otros dos jardineros cargados con trineos y transportaron los dos cuerpos hasta los coches para conducirlos hasta la casa. Habían llegado dos agentes más, a quienes pusieron bajo la guía de Skene y dieron instrucciones de buscar cualquier elemento sospechoso por todo el laberinto.

Una vez subidos los cuerpos a un dormitorio, *sir Clinton* y el médico llevaron a cabo una exploración minuciosa. Las dos víctimas habían recibido los impactos de tres dardos. En el caso de Neville Shandon, las heridas sugerían que los disparos se habían efectuado desde delante y un poco ladeados. El cuerpo de Roger, por el contrario, tenía un dardo embutido en la nuca y dos en la parte superior de la espalda, entre la columna vertebral y el hombro del lado izquierdo. Más allá de las perforaciones causadas por los dardos, ninguna de las víctimas mostraba ningún signo de heridas ni de lucha.

—Veneno, obviamente —concluyó *sir Clinton*.

El médico se mostró de acuerdo.

—Ninguno de estos dardos se acercó a ningún punto vital. Por sí solos, nunca habrían matado a un hombre —añadió a modo de confirmación.

—¿Sabe averiguar qué veneno se utilizó?

El hombre negó con la cabeza.

—Ese no es mi campo. Algún veneno utilizado por los indios en sus

flechas, quizá. Lo más seguro es que Ardsley sea capaz de decirle algo sobre esas sustancias.

—¿Quién es Ardsley? ¿Se le puede localizar con rapidez?

—Vive a menos de kilómetro y medio de aquí. Es médico, aunque no practique la medicina. Curiosamente, la toxicología es su campo, más o menos. También es un poco fisiólogo. Sé que tiene licencia para hacer vivisecciones. Quizá él sea capaz de darle alguna pista, así que no haría nada mal en ir a buscarlo.

*Sir Clinton* adoptó un aire pensativo durante un momento.

—Lo que me preocupa es que un hombre no puede estar en dos sitios a la vez. De este caso voy a encargarme yo solo y el trabajo que queda por hacer durante la próxima hora daría para mantener ocupados a dos hombres. Ahora mismo, es el tiempo lo que tengo en contra.

El doctor, pensando en todas las llamadas simultáneas que recibía un médico rural, se sintió inclinado a pensar que *sir Clinton* estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

## Las pruebas del caso

Una vez que el médico concluyó su trabajo y se marchó de la habitación, *sir* Clinton se sacó la lata de dardos del bolsillo y se acercó a la ventana para examinarla. La lata en sí no sugería nada a modo de pista; tenía un diseño común. Así pues, pasó a centrarse en los propios dardos.

«Evidentemente, esa cosa marrón de las plumas es el veneno, sea cual sea —reflexionó—. No parece una dosis alta como para matar a un hombre, sobre todo si damos por sentado que fue una muerte rápida. Ni siquiera el veneno de serpiente normal surtiría efecto lo bastante rápido. Y aun así, da la sensación de que no se movieron mucho tras recibir los impactos, a juzgar por el aspecto del terreno».

Sacó una lupa Coddington del bolsillo y exploró uno de los dardos minuciosamente. A continuación, con un alfiler, sondeó en un punto negro próximo al extremo del proyectil.

«Con que esto era... Ese tipo abrió un agujero limpio en el metal y relleno el hueco con veneno, lo que supondría introducir una cantidad considerable directa bajo la piel, y así la sangre haría salir con rapidez la sustancia de la cavidad, ya que ambos extremos están abiertos. Ingenioso como un diablo, evidentemente».

Volvió a poner con cuidado el dardo en la lata, aunque antes de guardársela de nuevo en el bolsillo contó los proyectiles con minuciosidad.

«Hay once aquí y seis más en los dos cuerpos».

Miró otra vez la lata abierta, tratando de calcular su posible capacidad.

«Esa debía de ser la cantidad total».

El médico había extraído los seis dardos mortales de los cuerpos y los había colocado sobre unas hilas en el tocador. *Sir* Clinton los envolvió con cuidado, se sacó la petaca del tabaco del bolsillo, vació el contenido y en su lugar introdujo el fajo con los dardos.

«Así seguro que no me pincho, salvo que reciba una fuerte embestida».

Tras guardarse en los bolsillos la petaca y la lata con todos los dardos, salió de la habitación y bajó las escaleras. La casa entera tenía las cortinas echadas en las ventanas, pero *sir* Clinton encontró en la penumbra el camino hasta el estudio de Roger Shandon, donde se topó con Wendover, los dos invitados y el secretario. Costock se había quedado en el recibidor a cargo de un agente.

—Bueno, me temo que tendré que molestarlos para obtener algo de información —dijo el jefe de policía mientras se sentaba—. Lo que busco ante todo son los hechos simple y llanamente, y nada más. Con las conjeturas nos pondremos luego. ¿Quién de ustedes fue el último en ver a los Shandon con vida?

—Creo que yo —informó el secretario—. Sobre las tres y diez de la tarde, Roger Shandon me mandó llamar con una de las criadas y vine directo a esta habitación. Me dio algunas indicaciones sobre la correspondencia. Mientras lo hacía, Neville Shandon se asomó a la sala. Llevaba unos documentos en la mano. Al vernos ocupados, volvió a marcharse. Serían más o menos las tres y veinticinco entonces. Casi inmediatamente después de eso, Roger Shandon me pidió que me marchase y luego lo vi desde la ventana yendo en dirección al laberinto. Eso fue lo último que supe de ellos, hasta que encontré los cuerpos en el laberinto.

*Sir* Clinton se acercó al escritorio y apuntó algo.

—Vio a Neville Shandon por última vez sobre las tres y veinticinco y a Roger Shandon a las... ¿A las tres y media, pongamos?

—Con toda la precisión con la que puedo estimar esas horas —confirmó Stenness.

*Sir* Clinton se quedó pensando un momento.

—Calculo que un hombre tardaría al menos diez minutos (digamos once o doce) en llegar a paso normal al laberinto desde la casa. Eso significa que Neville Shandon podría haber alcanzado el laberinto a las tres y treinta y

siete, y Roger habría estado allí a las tres y cuarenta y dos. Aunque posiblemente llegasen unos minutos más tarde, y también es muy probable que lo hicieran en un orden distinto, dado que nadie parece haberlos visto entrar en el laberinto en sí, por lo que sabemos hasta ahora de la historia.

El secretario asintió a modo de confirmación. *Sir* Clinton se dirigió a continuación a Torrance.

—Entiendo que puede usted ampliar nuestra información, ¿verdad?

Howard Torrance dio su versión de los hechos hasta el momento en el que descubrió el cuerpo de Neville Shandon en el cercado, junto al Estanque de Narciso.

—Lo que queremos son horas exactas —le recordó *sir* Clinton cuando Howard terminó su narración.

—No puedo darle ninguna, salvo dos. Casualmente, consulté el reloj mientras la señorita Forrest y yo estábamos sentados bajo los árboles. Eran algo más de las tres entonces. Creo que eran las tres y veinte, pero no podría jurarlo. Y miré la hora cuando encontré el cuerpo de Neville Shandon. Eran las tres y cincuenta y dos. Eso sí podría jurarlo, porque me fijé a conciencia, a sabiendas de que podría ser útil.

*Sir* Clinton también anotó esas cifras.

—Bueno, señorita Forrest, sé que ha pasado por unos momentos muy complicados. No quiero molestarla innecesariamente, pero es esencial contar con su testimonio sobre lo que ocurrió en el laberinto. Tómese su tiempo y no se altere. Todo ha pasado.

Vera le expuso su relato, que *sir* Clinton escuchó sin plantear ninguna pregunta hasta que la muchacha hubo concluido.

—Muchas gracias, señorita Forrest. Solo una cosa: oyó usted pasos en el laberinto varias veces, a un hombre corriendo en un momento y yendo de puntillas en otros. ¿Está segura de eso?

—Bastante segura. No creo que lo vaya a olvidar pronto.

—Lo entiendo, lo entiendo —dijo *sir* Clinton en tono suave, pues la muchacha estaba evidentemente afectada por el mero recuerdo de lo que había vivido—. Solo estoy haciéndole estas preguntas para asegurar el terreno donde piso, nada más. ¿No podría haber confundido usted los pasos

del señor Torrance con los del asesino por un casual?

Ante esa cuestión, el rostro del secretario mostró un brillo de clarividencia, como si hubiese detectado un elemento que antes hubiera pasado por alto. Miró un instante a Howard Torrance, como tratando de leer la expresión de su cara, y luego volvió la mirada de nuevo a la muchacha.

—No lo había pensado —admitió Vera con sinceridad—. Pero no lo creo.

—De vez en cuando, oía usted la voz del señor Torrance —continuó *sir* Clinton—. Estoy intentando sugerir que quizá él gritase en la distancia al mismo tiempo que usted oía los pasos muy cerca. Entiéndame, es esencial averiguar exactamente cuándo se marchó el asesino del laberinto, si es posible, y solo podemos hacerlo repasando sus movimientos en el laberinto.

La joven pensó durante unos instantes antes de contestar.

—No logro recordarlo. Verá, *sir* Clinton, el pánico me había hecho perder prácticamente la cabeza. No me fijé en las cosas. Era incapaz. Y hay algo más... Sí reparé en que no lograba distinguir las direcciones de las que procedían los sonidos. El laberinto parecía desplazarlas de algún modo. En realidad, no podría decir dónde se encontraba el señor Torrance en ninguno de los momentos en los que me gritó.

*Sir* Clinton asintió.

—Prefiero que me haya dicho eso a que haya intentado devanarse los sesos para hacer encajar las cosas. Bueno, y para estar seguros: ¿oyó de verdad los pasos del asesino (o de quien fuesen) muy cerca de usted, al otro lado del seto, en una ocasión? ¿Y ocurrió eso antes de encontrar el cuerpo de Roger Shandon?

Vera asintió con la cabeza a ambas preguntas y, para alivio de la joven, el jefe de policía se dirigió entonces a Stenness:

—¿Apuntó usted la hora en la que la señorita Forrest regresó a la casa?

—Miré el reloj cuando me estaba contando la historia. Eran las cuatro y cuarenta y dos entonces. Yo llegué al laberinto a las cinco y dieciséis.

—¿Estaba usted en su cuarto, arriba, cuando la señorita Forrest llegó a la casa?

—Sí. Mi habitación se encuentra en la parte de atrás, así que no podría haberla visto llegar aunque hubiese estado mirando por la ventana. La

primera alarma de lo que había sucedido me llegó a través de los gritos de la criada.

*Sir Clinton* añadió algo a sus notas antes de dirigirse al grupo entero con un aire oficial ya más relajado.

—Estos son los hechos, pues: las cosas que podrían ustedes jurar en el banquillo de los testigos. Asumo que me han contado todo lo relevante. Sin embargo, y por decirlo con franqueza, estos hechos no nos llevan muy lejos. A la policía no le interesa en absoluto conocer los detalles de las vidas privadas de las personas, pero cuando se presenta un asunto de este tipo, tenemos que meter las narices, nos guste o no. Por tanto, pese a que hasta el momento nos hemos ceñido a los hechos, ahora me gustaría, si es posible, recibir sus opiniones personales sobre lo que esos hechos significan. Es probable que conozcan ustedes íntimamente asuntos de Whistlefield que yo ignoro. ¿Les sugiere esa información personal algo con respecto a este caso?

El jefe de policía fue mirándolos uno a uno a la cara sin plantearle una pregunta directa a ninguno de sus oyentes. Vera Forrest fue la primera en hablar:

—Yo sé casi tan poco como usted, *sir Clinton*. Soy amiga de Sylvia, sí, pero no sé más sobre los asuntos de sus tíos de lo que podría percibir cualquier visita casual durante una estancia de pocos días en la casa. Todo esto es un misterio absoluto en lo que a mí respecta.

Howard Torrance tenía la misma historia que contar.

—Me encuentro en una situación muy similar a la de la señorita Forrest. A Neville Shandon lo conocí hace solo unos días. Roger no era más que un conocido lejano y nunca fui proclive a meterme en sus intimidades. En realidad, soy un invitado de la señorita Hawkhurst, igual que la señorita Forrest.

*Sir Clinton* se dirigió al secretario.

—Quizá usted haya tenido más oportunidades de enterarse de algo, ¿no, señor Stenness?

El secretario asintió con la cabeza.

—Soy el secretario del señor Roger desde hace dos años, casi tres. ¿Pretende usted que divulgue algún detalle de sus asuntos privados?

—Cualquier cosa que parezca útil. Ya no puede hacerle ningún daño.

—Entonces, no debería ocultar que, de vez en cuando, recibía amenazas por carta. La última llegó hace solo unos días. La había escrito ese tipo, Costock, el que está fuera en el recibidor. Puedo enseñársela si es necesario.

—Conozco por encima la carrera de Costock.

*Sir* Clinton no se molestó en ampliar la información. Miró entonces a Stenness como si esperase escuchar algo más, pero el secretario parecía no tener nada que añadir a la cuestión.

—A lo mejor puede contarnos algo sobre las relaciones entre los diferentes miembros de la familia. Seguro que habrá captado algo en esa línea — continuó el jefe de policía.

Stenness reflexionó un momento, como poniendo en orden los hechos.

—Siempre me ha dado la impresión de que los tres hermanos estaban en buenos términos. Nunca he percibido hostilidad entre ellos. Neville era un tanto bravucón, a su manera, quiero decir. Siempre lo trataba a uno como a un testigo hostil, pero probablemente fuese solo una peculiaridad suya. Roger a veces tenía un temperamento fuerte. Por alguna razón, no hacía buenas migas con su sobrino; aunque, según lo que yo he visto, el sentimiento era unilateral. El joven Hawkhurst parece un muchacho inofensivo, más bien deprimido desde que sufrió el ataque de la enfermedad del sueño.

A *sir* Clinton pareció despertársele el interés al oír esas palabras.

—¿Que tuvo la enfermedad del sueño? ¿Algún efecto secundario?

—Nada que resulte visible, salvo su inestabilidad, sus cambios de humor o como se quiera llamarlo. Un día se le ve muy alegre y, al otro, bastante deprimido. Lo he notado en algunas ocasiones.

El jefe de policía no continuó con el tema.

—¿Ha llegado a sus oídos algún tipo de rencor interno? Me refiero a fricciones con las criadas, o con los jardineros, los vecinos...

Stenness se esforzó durante unos momentos por recordar.

—No, nada que se me venga a la cabeza. No hace mucho se produjo un ligero desencuentro con el doctor Ardsley por los derechos de pesca y Roger Shandon intercambió algunas cartas airadas con él. Pero no fue un asunto importante; más bien una riña, nada que dejase un rencor real.

—¿Sabe algo sobre los asuntos económicos? ¿Eran los dos personas adineradas?

—De Neville se decía que sacaba unos honorarios enormes con algunos casos. Me consta que Roger tenía dinero de sobra. Solía mandarme a mí en su nombre a cobrar cheques al portador y algunos alcanzaban los miles de libras.

—¿Y los cambiaba a efectivo? Qué raro.

—Mi impresión era que jugaba muchísimo, a la ruleta y ese tipo de cosas, haciendo apuestas altas. He pagado a menudo sumas importantes en billetes en su nombre.

*Sir Clinton* pareció tomar nota de aquello mentalmente.

—¿Y qué me dice del tercer hermano? Ernest, creo que se llama.

Una leve expresión de desprecio cruzó el rostro de *Stenness* al oír mencionar el nombre de Ernest.

—Él no es como sus hermanos. —Y entonces estalló el desdén que ese eficaz hombre sentía por su ineficaz prójimo—. Parece ser que nunca ha hecho nada, por lo que yo sé. Lo mantienen sus hermanos. Se pasa el tiempo holgazaneando: pescando, practicando el tiro o simplemente por ahí. Fue su pesca, de hecho, lo que desencadenó la discusión con el doctor *Ardsley*.

*Sir Clinton* se inclinó hacia delante en la silla y miró al secretario intensamente.

—Todo esto es muy interesante, señor *Stenness*, pero me da la sensación de que algo le ronda la cabeza y no nos lo ha contado. ¿De qué se trata?

El secretario le devolvió la mirada antes de responder.

—No creo que esto haya sido un asunto interno. Las evidencias apuntan mucho más allá.

—¡Vaya! Eso es lo que yo quería, señor *Stenness*.

Ante aquella exhortación, el secretario no perdió más tiempo.

—Cuando *Neville Shandon* se asomó a la estancia antes de ir hacia el laberinto, llevaba un fajo de papeles en la mano. Al examinar el cuerpo, vi un trozo de papel, un trozo arrancado. Pude leer «*Hackle...*» en él, escrito con la letra de *Neville*, y algunas otras palabras también.

—Muy correcto —lo interrumpió *sir Clinton*—. Tengo el papel en la cartera. Y de eso usted infiere que...

—Infiero que ese trozo de papel es lo que queda de las notas de Neville para el interrogatorio de Hackleton, que iba a celebrarse esta semana.

—En otras palabras: cree usted que alguien pagado por Hackleton es el asesino y la intención era sacar definitivamente a Neville Shandon del caso.

—Eso lo ha dicho usted, no yo —respondió Stenness, de repente cauto—. Pero no sería la primera vez que se hiciera algo semejante.

*Sir Clinton* asintió.

—Supongo que está pensando en el tiroteo de Labori en el caso Dreyfus.

—Ese sería un ejemplo paralelo al descrito por usted.

—Y las notas podrían serle de utilidad a la gente de Hackleton al descubrir por adelantado la posible línea argumental de la acusación.

Stenness mantuvo la precaución.

—Ha sido sugerencia suya, no mía.

—Pero, suponiendo que fuese así, ¿por qué matar entonces a Roger Shandon? —quiso saber el jefe de policía—. Él no tenía nada que ver con el caso.

Stenness tenía la respuesta preparada.

—Dando por sentado que los hermanos gemelos siempre se parecen muchísimo e incluso visten igual, ¿no podría un extraño haber confundido a uno con el otro y haberlo matado? Obviamente, sí. Y luego se daría cuenta de que había cometido un error, al aparecer el segundo hermano. A él le habían pagado por poner fuera de juego al segundo hombre. ¿No terminaría por tanto su trabajo?

—Esa teoría es muy ingeniosa, señor Stenness —comentó *sir Clinton*, aunque se abstuvo de decir nada más.

Howard Torrance había estado escuchando con atención.

—Pero cuesta creer que encaje. Neville estaba muerto cuando me lo encontré y yo acababa de oír a Roger gritar... Al menos... En cualquier caso... —El joven tartamudeó un momento y luego se desdijo—: No, quizá tengan razón. Estaba confundiendo el orden en el que encontré los cuerpos con el orden de los asesinatos.

—No existe ninguna prueba del orden de los asesinatos —indicó Stenness—. Los dos estaban muertos cuando los encontramos y eso es todo lo que

sabemos.

En ese momento, sonaron unos pasos fuera, la puerta se abrió ruidosamente y *sir* Clinton vio a un extraño entrar en la habitación. Al divisar la escopeta de viento en la mano del recién llegado, Vera Forrest soltó una ligera exclamación.

—Señor Hawkhurst, este es *sir* Clinton Driffield, el jefe de policía. —Se apresuró a explicar Stenness.

Arthur Hawkhurst apoyó la escopeta de viento contra la pared y avanzó.

—¿Suele viajar usted con escolta, señor? —preguntó con una sonrisa infantil—. Lo digo por el policía y el caballero de paisano que hay en el recibidor. —A continuación, dirigiéndose a Stenness, siguió hablando—: ¿Está el tío Roger por aquí? Pobre hombre, le debo una disculpa. Es que está bastante molesto conmigo por lo del piano y debo calmarlo un poco. Que no se ponga el sol sin que se pasen los enfados, dicen.

Stenness le lanzó una mirada inquisitiva a *sir* Clinton. Tras recibir la respuesta que esperaba, le dio la noticia a Arthur.

—¡Cómo! ¡Los dos asesinados! ¡Sandeces! —Entonces, la visión del jefe de policía y el recuerdo del hombre uniformado de fuera parecieron convencerlo—. ¡Claro! Por eso lo del policía. ¿Y dices que hemos perdido a los dos? ¡Pobres criaturas! ¡Pobres criaturas!

Aquello distaba bastante del réquiem que se habría esperado, pero parecía muy sincero en cuanto al tono, si bien no en las palabras.

—Ahora nunca podré sacarme esta disculpa del pecho, después de llevarla rumiando toda la tarde. Se la sigo debiendo —añadió pensativo Arthur.

*Sir* Clinton cruzó la habitación y cogió la escopeta de viento.

—Parece un arma fuerte. ¿Sirve para matar algo?

La pena de Arthur pareció disiparse ante el inicio de un tema nuevo.

—He estado fuera esta tarde con ella en el bosquecito, cazando conejos. Hace menos ruido que una escopeta de caza menor. Asusta menos a los conejos al disparar. De todos modos, solo he conseguido cuatro en toda la tarde.

El jefe de policía no replicó. Probó el muelle de la escopeta de viento y miró para ver si el arma estaba descargada; a continuación, apretó el gatillo.

Para un arma de ese tamaño, no hizo un ruido fuerte. Estaba a punto de probar una segunda vez cuando un sonido de pasos renqueantes en el pasillo llamó la atención de sus oídos. De nuevo se abrió la puerta de la habitación y *sir* Clinton volvió a colocar apresurado la escopeta de viento contra la pared.

Ernest Shandon entró en la estancia arrastrando los pies y contempló entre parpadeos al grupo allí reunido, con gesto de anodina sorpresa.

—He pasado un rato de perros —declaró en tono gruñón—. He estado caminando kilómetros con un clavo en la bota.

Stenness volvió a asumir la responsabilidad y le explicó la situación. De primeras, la incredulidad de Ernest parecía sincera.

—Debe ser una broma, Stenness. Lo que quiero decir es que es imposible. Entiéndeme, entre personas como nosotros no se producen asesinatos. Ese es el tipo de cosas que suceden en las clases inferiores.

Fue mirando un rostro tras otro, como esperando atisbar una sonrisa en alguno de ellos, pero la seriedad del grupo al fin pareció hacerle ver la verdad.

—¿Lo has dicho en serio? —Ernest se hundió en una silla y fijó de nuevo la vista en el grupo, como aturdido al darse cuenta de la tragedia—. ¿Los dos? Pero cómo va a ser eso posible, si he estado hablando con ellos no hace ni tres horas. Estuvimos charlando sobre el caso ese, Shackleton, ¿o era Hackleton? Recuerdo que Neville me preguntó si leía la prensa y Roger... ¿Qué dijo Roger?... Ah, sí ahora me acuerdo. Roger le estaba dando a entender a Neville que Shackleton podría considerar que valía la pena darle una tunda o algo similar. No sé por qué, pero Roger insistió mucho en eso, lo recuerdo bien. Y luego salí y los dejé a los dos juntos. ¡Y ahora me dices que están muertos! No me lo creo, Stenness. Pero si he estado hablando con ellos no hace ni tres horas, incluso menos a lo mejor, aquí mismo, en esta habitación.

—Por desgracia es cierto, señor Shandon —le aseguró Howard Torrance—. Yo mismo encontré el cuerpo del señor Neville Shandon.

Ernest no le prestó atención. Para entonces, cuando la noticia ya le había penetrado hasta el cerebro, parecía bastante abatido. Por fin se recompuso lo suficiente como para preguntar algunos detalles, que escuchó con cierto

interés excesivo.

—¿Y dices que los han matado con dardos envenenados? Pues yo tengo un clavo en la bota. A lo mejor me enveneno con él, si no voy con cuidado. No se me ha ocurrido hasta ahora.

*Sir* Clinton había dejado transcurrir un intervalo de tiempo considerable antes de inmiscuirse en la conversación, pero en esos momentos consultó la hora en el reloj que llevaba en la muñeca y planteó una pregunta.

—¿Puede decirnos cuándo vio por última vez vivos a sus hermanos, señor Shandon?

Ernest reflexionó unos instantes, como tratando de componer la línea temporal. A continuación, negó con la cabeza en un gesto triste.

—Había quedado en salir en el coche con Sylvia, mi sobrina, pero me dijo que la estaba haciendo esperar y me metió prisa para que me preparase. En el último momento iba algo apresurado. De todos modos, Sylvia seguramente sabrá decírselo. Siempre es puntual y recordará cuándo nos marchamos.

—Yo vi al señor Neville Shandon asomarse por esa puerta justo después de oír el coche salir, señor Shandon. Serían más o menos las tres y diez — comunicó Stenness.

Ernest asintió vagamente.

—Me acuerdo de que Sylvia me mandó ponerme las botas. Eso me recuerda lo dolorido que tengo el pie. Espero que no esté envenenado.

Sin importarle demasiado la compañía, empezó a desatarse la bota y por fin examinó una pequeña rasgadura que tenía en el calcetín. Pasó un rato enfrascado en palpar la bota por dentro en busca del clavo antes de volver a hablar.

—El clavo apareció justo después de que Sylvia me dejase fuera, en el campo. Caminé un poco, pero empezó a dolerme. ¿Saben lo que duele tener un clavo en la bota? Así que me senté un rato junto a la carretera, y afortunadamente pasó el cartero con su carro y me llevó un tramo, si no, no sé qué habría hecho. Es que no tenía nada para aplanarlo.

Ernest retomó la inspección del pie.

*Sir* Clinton miró el reloj e incluso su rostro impasible mostró un indicio de impaciencia.

—Lo siento, señor Shandon, pero antes de marcharme debo pedirle algunos detalles. Es esencial, si no, no le molestaría en estos momentos.

Ernest levantó la vista con una expresión de hondo sufrimiento.

—Ay, pregunte lo que quiera, por favor. Si puedo darle la información que busca, estaré encantado, encantadísimo. Para mí todo esto es muy triste, para todos nosotros lo es. Cualquier cosa que pueda hacer, por supuesto. Por cierto, ¿le importa si llamo para que traigan té? No tomo nada desde el almuerzo y me noto algo cansado. El té se echa de menos. Y me despejaré, creo.

Bastante ajeno a la perplejidad del grupo, Ernest hizo sonar el timbre del servicio y pidió su té.

—Bueno, señor Shandon, quizá ahora pueda prestarme atención. Entiendo que su familia la componen usted mismo, sus dos hermanos y la difunta señora Hawkhurst, su hermana. ¿Estoy en lo cierto, o tiene algún pariente más, aparte de su sobrino y de su sobrina?

El hombre parpadeó durante unos momentos, como pensativo.

—Lo más cercano, una segunda prima segunda. Al menos, creo que es así como se dice. Es la hija de un primo segundo. Vive en Bath, creo.

—Otra cuestión —continuó *sir* Clinton—. ¿Sabría decirme si alguien pudo tener la oportunidad de llegar a conocer bien el laberinto pasando desapercibido? Los jardineros controlan los senderos, claro, pero ¿se le ocurre alguien más?

Ernest parpadeó de nuevo unos segundos mientras pensaba en aquella pregunta.

—Ardsley se interesó por él en una ocasión... Fue antes de que montara aquel escándalo por la pesca. No ha estado aquí desde esa pelea. Entiéndame, no es que le guarde ningún rencor por aquello, nada más lejos. Se puede no estar de acuerdo con un hombre sin dejar que surja ningún resentimiento, es lo que yo pienso, ¿no cree?

El jefe de policía se negó a seguir por ese camino.

—¿Nadie más?

—No, no recuerdo a nadie que haya mostrado el más mínimo interés por el laberinto. Por así decirlo, no es el tipo de cosas que interesa a la gente. Lo

que quiero decir es que no sirve para mucho, ¿verdad?

*Sir Clinton* se desvió durante un instante de su reticencia habitual.

—Pues entonces resulta extraño que el asesino no dejara ningún rastro. Esperaba descubrir que hubiese usado un hilo como guía para salir del laberinto, como Teseo. —Hizo una pausa un segundo, antes de añadir—: Aunque quizá lo fuese enrollando conforme salía, para no dejar nada atrás. —Se levantó mientras hablaba y planteó sus últimas preguntas—: ¿Sospecha usted de alguien en este asunto, señor Shandon? ¿Hay alguien en un segundo plano de quien no hayamos oído hablar? ¿Una mujer, por ejemplo?

Ernest Shandon pareció ponderar ambas cuestiones con su típica desgana.

—No —dijo al fin—. No lo creo. No que yo sepa, al menos. Por supuesto, mis hermanos tenían sus historias, pero es lo esperable en todas las familias, ¿no? Quiero decir que no me lo contaban todo, por supuesto. Pero aparte de ese asunto de Shackleton, no puedo decir que me haya enterado nunca de nada que encaje en este caso. No, no recuerdo haber oído nada así nunca.

El jefe de policía no perdió más tiempo.

—Tendré que volver en otro momento, señor Shandon. Por favor, siga pensando entretanto en este asunto y anote cualquier cosa que crea que pueda sernos de ayuda. Y ustedes también —añadió, dirigiéndose al resto del grupo.

Mientras la puerta se cerraba detrás de él y de Wendover, *sir Clinton* oyó el veredicto de Ernest, expresado en un tono desconsolado.

—¡Esto va a ser un fastidio infernal!

En el recibidor, se encontraron a Costock a cargo de un agente, aparentemente resignado a su detención. Cuando lo interrogaron, añadió poco a la historia que ya le había contado a Stenness antes, ese mismo día.

—¿Qué fue lo que le trajo a esta zona? —quiso saber *sir Clinton*—. No esperará que creamos que vino aquí por pura casualidad, ¿no?

—No —admitió Costock—. Si le estuviese soltando una trola a un besugo o a un tipo normal y corriente, respondería que sí y no me movería de ahí. Pero sabe usted demasiado sobre mí, Driffield, y no colaría. Así que voy a coger y a contarle la verdad. Es lo que voy a hacer.

La sonrisa del jefe de policía mostraba algo más que una pizca de incredulidad.

—Ya que se pone, que sea toda la verdad —le aconsejó—, y empiece por explicar cómo ha dado la casualidad de que esté usted aquí en este preciso momento.

—Bueno, a ver, ese caballero, Shandon, Roger Shandon, me debía algo, me lo debía. No jugó limpio conmigo en Kimberley.

—Así que en cuanto salió usted libre, vino a la casa para chantajearlo, ¿no? Eso es obvio. No se molestó en protestar, Costock. No tiene importancia alguna: estoy bastante convencido de que no llegó a la fase de las negociaciones, así que no pasó nada. Supongo entonces que se instaló en el pueblo a la espera de tener la oportunidad de verlo a solas. —Costock asintió—. Y ahora, explíqueme cómo terminó estando ahí en el momento de la muerte, por favor.

—Las cosas ocurrieron así: mientras iba por el pueblo, me topé con un barquero. Hoy hace calor, así que se me ocurrió ir al río a remar un rato.

—Y si acaso, espiar la finca y comprobar si el terreno era de fácil acceso desde la ribera, ¿no?

—Bueno, no lo admitiré, pero tampoco voy a negarlo. Puede que me viniese bien.

—¿Y llevaba usted encima una pistola para ir a dar su paseo?

Costock tenía la explicación preparada.

—Pensé que a lo mejor me encontraba con Shandon y nos poníamos a hablar. Es un cerdo de temperamento violento, o lo era, al menos. Y me pareció que lo más conveniente sería llevar en el bolsillo un elemento tranquilizador, ya que no habría tenido ninguna posibilidad de resistir en un enfrentamiento con él, cuerpo a cuerpo. Podría haberme barrido con una sola mano.

—¿Cuándo salió usted de la casa de botes del pueblo?

—Sobre las tres en punto, es la hora más cercana que recuerdo. Pero el barquero sabrá decírselo con exactitud. Anotó la hora para alquilarme el bote.

—Entonces remontó usted el río con bastante lentitud. ¿Qué ocurrió después?

—Conforme remaba, me percaté de que había una casa de botes privada, pequeña, y un embarcadero. Sabía que serían las tierras de Shandon, porque

le había preguntado al barquero. Cuando estuve justo al lado, oí unos gritos, así que paré de remar y dejé el bote a la deriva. Luego escuché a alguien chillar: «Asesinato» a toda voz, tras unos setos próximos al agua. Así que desembarqué, amarré el bote y entré corriendo por la abertura más cercana que encontré en el seto. Y entonces me vi enmarañado en ese enredo que tienen ahí, a lo que llaman el laberinto.

—¿No vio a nadie huyendo del laberinto a la carrera antes de entrar?

—No.

—¿Fue usted corriendo o andando por el laberinto?

Costock se quedó pensativo unos momentos.

—Fui andando. Una vez dentro, me quedé atrapado, como le he dicho, y no quería doblar las esquinas corriendo para darme contra el asesino.

—¿Y después?

—Bueno, después de eso oí un montón de gritos y a una muchacha chillando todo tipo de cosas. Pero me había liado tanto que no lograba llegar a ninguna parte: me perdí del todo en ese rompecabezas infernal.

*Sir Clinton* se dirigió a *Wendover*.

—Aquí al amigo lo han registrado, ¿verdad?

—Sí. No llevaba encima nada más que la pistola, y se la quitamos.

El jefe de policía volvió a hablarle a *Costock*.

—Puede marcharse ya, pero tendrá que quedarse en el pueblo un día o dos. Le requeriremos para la investigación. Le digo asimismo que vamos a estar vigilándole, por lo que no tiene sentido que trate de escaparse.

A continuación, *sir Clinton* despachó al antiguo intermediador financiero con poca ceremonia, dejó el perro al cuidado del agente con órdenes de llevarlo a *Grange* y bajó las escaleras en dirección al coche de *Wendover*.

## El toxicólogo

—La siguiente parada obligada, Escudero, será la casa del doctor Ardsley — le informó *sir* Clinton a su acompañante cuando se metieron en el coche—. Y, si te parece, incluso podrías darte un pelín de prisa.

El aspecto de Wendover le había granjeado el apodo cariñoso que usaba el jefe de policía. Era uno de esos afables caballeros del campo con la cara sonrosada que, de primeras, dan una impresión por completo errónea de sí mismos. De conocerlo de modo informal, fácilmente podría resultar una persona algo remilgada, de intelecto muy limitado e intereses aún más restringidos; sin embargo, tras esa fachada habitaba una mente bastante aguda que sentía un cierto placer ladino exagerando modos y maneras engañosos. Wendover era de todo menos tonto, aunque le gustaba hacérselo.

—Muy bien —respondió Wendover, mientras aumentaba la velocidad del coche—. No tardaremos mucho en llegar allí. Pero ¿qué sabes de Ardsley? Nunca te he hablado de él, por lo que alcanzo a recordar.

—Bueno, pues no lo postergues más. Cuéntame algo sobre él ahora mismo —le sugirió *sir* Clinton—. Lo único que sé es que es experto en venenos o algo por el estilo.

A Wendover se le despertó el interés.

—¿En venenos, dices? ¿No pensarás que...?

Pero al jefe de policía no era tan fácil provocarlo.

—Tienes toda la razón, Escudero. No pienso nada. Por una cosa o por otra, nunca le cojo el truco. Háblame sobre Ardsley, haz el favor, y que sea resumido, que no tenemos mucho tiempo.

—¿Ardsley? —rumió Wendover—. Ardsley es uno de esos malditos vivisectores. Ni siquiera es que necesite hacerlo para ganarse la vida: raja a los perros y a los gatos por placer, supongo, porque vive de rentas particulares. Es de esos tipos que tienen mucha sangre fría, que son todo cerebro y no sienten nada. Trepa montañas por diversión, dicen, y se le da bien. Es miembro del Club de Alpinismo, creo. Y es buen pescador: tiene vista de pájaro y parece contar con la suerte del mismísimo diablo para limpiar los arroyos de la zona. Tuvo una pelea con Roger Shandon a cuenta de eso, lo recuerdo bien. —Se quedó reflexionando un momento—. Y creo que eso es todo sobre Ardsley. —Entonces, se le ocurrió un tema nuevo—. Vaya cosa que no hayas arrestado a nadie todavía, Clinton... Es curioso tener dos asesinatos y ningún detenido. ¿No te da miedo que ese hombre se te escape de las manos?

—No mucho —le aseguró el jefe de policía—. Le he puesto seguimiento a Costock, le di instrucciones al agente al respecto. El resto de la gente de Whistlefield no puede moverse tampoco de allí, ya que se les necesitará en la investigación para que declaren.

—Pero entretanto el tipo podría salir huyendo.

—Puede... Suponiendo que sea alguien de la casa. Aunque en ese caso debería ser además bastante listo. Tengo fotografías de todos los que estuvieron en el laberinto: las saqué con la excusa de necesitar a alguien que sirviera de escala en las imágenes. Y es que una fotografía es mejor que una descripción.

El Escudero permaneció unos segundos en silencio.

—Supongo que vas a visitar a Ardsley para preguntarle por el veneno de los dardos...

—En parte por eso y en parte para reunir impresiones, ya que insistes tanto.

—Ah, bueno, pues Ardsley debería ser capaz de localizarte esa sustancia. Dicen que ha escrito un libro sobre venenología o como se llame.

—Toxicología es la palabra que andas buscando, creo.

—Bueno, toxicología entonces. Eso me recuerda otra cosa, ¿piensas que...?

—Nunca. Va en contra de mis principios más estrictos. Mañana invertirá un penique en el periódico local. Leeré lo que su experto en crímenes tiene que

decir. Y entonces lo sabré todo. ¿Por qué molestarme en pensar?

Wendover creyó haber descubierto con qué especulaba el jefe de policía. Pese a los indicios recibidos, insistió en su indagación.

—Entonces piensas que Ardsley pudo...

—Existe una ley sobre difamaciones, Escudero, y ahora mismo te estás moviendo en el límite. Te digo sin rodeos que no tengo ninguna idea definitiva por ahora y no vas a conseguir nada con este intento tuyo de sonsacarme como si fueras una bomba hidráulica. Si alguna vez llego hasta el fondo de este asunto, te prometo que te lo soltaré todo como un manantial artesiano de información. Hasta entonces, las perforaciones no darán fruto.

Wendover aceptó plácidamente el desplante. *Sir* Clinton se sintió agradecido y lo demostró en sus siguientes palabras.

—La cuestión, Escudero, es que tengo la mente abierta y no quiero asumir prejuicios. Está más claro que el agua que el tal Ardsley no es de tu agrado. De ahí que no me convenga escucharte desacreditarlo inconscientemente de antemano. Te propongo algo: comentaremos el tema esta noche, cuando yo tenga la mente algo más ordenada; y entonces, podrás decir lo que quieras. Pero no te prometo que pueda darte mucha información, no te olvides de eso. Me pagan para mantener la boca cerrada mientras sea necesario conservar la discreción, y debo ganarme el sueldo, entiéndelo.

El rostro de Wendover se despejó al encontrarse ante ese punto de vista.

—No podías decirlo más claro, Clinton —admitió—. No lo había visto de esa manera, ya ves.

El Escudero no añadió nada por el momento y al poco el coche llegó a la entrada de la finca del toxicólogo. En la casa, les confirmaron la presencia del doctor Ardsley y los condujeron hasta una sala. El hombre no los hizo esperar mucho.

Mientras Ardsley se acercaba, *sir* Clinton observó en él a un hombre de unos cincuenta años, con el pelo plateado y un rostro de líneas duras, aunque avanzaba a un paso ligero y, obviamente, estaba en perfecto estado de salud. Desde debajo de unas cejas pobladas, los ojos grises del hombre parecían examinar el mundo con frialdad, y la mueca de su boca bastaba para indicar algo más que una ligera rudeza en el carácter que la había moldeado.

El jefe de policía explicó rápidamente el motivo de su visita y, tras sacar la lata de dardos, le dio uno de ellos al toxicólogo.

—No soy tan ignorante como para esperar que me diga qué sustancia es, así de sopetón, doctor Ardsley, pero sí confío en tener la suerte de que sea usted capaz de hacer alguna conjetura sobre lo que puede ser. Si consiguiera solo eso, sería de gran importancia para nosotros.

Ardsley cogió el dardo y lo examinó durante unos momentos. A continuación, hizo varias preguntas sobre el estado de los cuerpos y las horas, que *sir* Clinton supo solucionar.

—¡Hum! —dijo el médico al fin—. Creo, por lo que me cuenta, que puedo tener una idea. Obviamente, es uno de esos venenos de flecha o algo similar, quizá un derivado del estrofantó o un miembro del grupo de la estricnina.

—¿Puede darme algo más definitivo? —pidió *sir* Clinton, bastante ansioso—. El tiempo es un factor clave para mí ahora mismo. Sé que esas cosas vegetales son complicadísimas de localizar, pero, sinceramente, se trata de una cuestión de vida o muerte, y quisiera tener algo definitivo, si puede usted dármelo.

El toxicólogo frunció un poco el ceño mientras examinaba el dardo.

—¿Puede dejármelo? Para analizarlo, digo, con sustancias químicas... y con otras cosas. Sea consciente, no obstante, de que no puedo prometerle que vaya a devolvérselo intacto.

—Deme la información, es lo único que le pido.

—Muy bien. —Permaneció callado un momento—. Supongo que no querrá perder esto de vista, así que será mejor que me acompañe al laboratorio. Por suerte, tengo una cobaya disponible. —El médico miró a Wendover desde debajo de sus cejas—. Creo que será mejor que usted se quede aquí, Wendover. No le gustan las vivisecciones. Solo voy a pincharle una aguja al animalito, algo bastante indoloro, pero no hace falta que venga, no vaya a herir sus sentimientos.

Pese a hablar de un modo bastante educado, quedó muy patente, por la manera de expresarse, que Ardsley no tenía ánimos de permitir a Wendover entrar en su laboratorio. Tras dejar allí plantado al Escudero, el toxicólogo condujo a *sir* Clinton por la casa hasta el ala de investigación.

—Antes que nada, lo mejor será que veamos exactamente qué fenómenos produce el veneno. Iré a por la cobaya.

Sacó algo de veneno del dardo con un líquido e introdujo la solución en una jeringa hipodérmica, con la que inyectó una cantidad nimia del fluido bajo la piel de la cobaya.

—¿Ya está muerta? —preguntó *sir* Clinton algo sorprendido—. Ha sido como un rayo.

Ardley había estado experimentando con el animal y observándolo de cerca. Por su rostro, se veía que había descubierto algo definitivo.

—Creo que puedo hacer una conjetura: da la casualidad de que es algo con lo que estoy bastante familiarizado. Vamos a confirmarlo.

Extrajo de nuevo algo de veneno y lo colocó en una probeta. Le añadió unas gotas de una solución sacada de una botella que bajó de una estantería.

—Ácido sulfovanádico —explicó—. Observe.

Al añadir el reactivo, el líquido de la probeta se volvió negro.

—Debería ponerse azul oscuro, y luego rojo, pasado un rato.

—¿Y qué conclusión saca de ello? —preguntó *sir* Clinton.

—Curare. Estoy casi seguro. Lo he usado con mucha frecuencia y lo puedo afirmar con bastante certeza. Por supuesto, si quiere usted que lo jure, sería cosa distinta. Esto es solo una prueba somera. Necesitaría hacer muchas más cosas antes de poder ir al estrado a testificar.

*Sir* Clinton asintió.

—Por supuesto. El nombre me suena. Es un veneno de flecha sudamericano, ¿no? ¿Puede contarme algo más sobre él?

Ardley estaba afanado tomando algunas notas. Alzó la vista un momento en gesto de disculpa.

—Verá, *sir* Clinton, tengo que registrar los detalles de todos los experimentos que llevo a cabo, aunque solo consista en pinchar a un animal con una aguja. Si no le importa, voy a terminar esta anotación. Me gusta mantener las cosas siempre bien ordenadas en ese aspecto, y mucho más ahora que tengo a la policía en mis instalaciones.

Sonrió, de un modo no del todo agradable, y volvió de nuevo a sus escritos. Cuando acabó, sugirió que se reunieran con Wendover.

—No voy a darle una conferencia sobre el curare, sino uno o dos detalles que pueden serle de utilidad —aclaró Ardsley cuando hubieron regresado a la otra sala—. Se trata de un veneno de flecha sudamericano, como dijo usted antes. Su efecto fisiológico es una potente acción paralizante en las terminaciones nerviosas motoras que controlan los músculos estriados, pero no afecta en ningún modo a la excitabilidad del músculo. Ya ha visto los resultados reales en el experimento de antes.

—Suponía que debía ser algo así por el estado de los dos cuerpos —explicó *sir* Clinton—. Estaba bastante claro que ninguno de los dos había luchado mucho antes de morir. Lo atribuí a la rápida acción del veneno; en cualquier caso, por lo que ha dicho usted, tuvieron que quedar paralizados cuando la sustancia entró en el torrente circulatorio.

Ardsley no hizo ningún comentario y continuó con su exposición.

—No haría falta una dosis grande para matar a un hombre. El curare contiene varios alcaloides, como la paracurarina y la protocurarina. Un cuarto de gramo de protocurarina mataría a un hombre de sesenta kilos con bastante facilidad. En ese dardo había más de una dosis mortal de curare.

—¿Puede contarnos algo sobre la disponibilidad en el mercado de esa sustancia? —preguntó *sir* Clinton.

—Se comercializan tres variantes —explicó el toxicólogo—. El «para curare» puede comprarse en tubos de bambú, el «curare calabaza» va empaquetado en calabazas, como su nombre indica, y lo que llamamos «curare de vasija» se vende en cuencos de loza. La sustancia es un producto en crudo, ya sabe. Cada una de ellas difiere hasta cierto punto de las demás, aunque no de un modo significativo para la mayoría de sus usos.

—¿Y no tendrá por casualidad cierta cantidad almacenada para sus experimentos?

Ardsley sonrió en gesto bastante sombrío.

—A un hombre no se le puede pedir que se incrimine a sí mismo, ¿no? De todos modos, no me importa admitir que tengo algo de esa sustancia. Podría haberlo descubierto por su cuenta si hubiese examinado mis informes, amparado por la ley, ya ve, así que no pierdo nada siendo sincero.

*Sir* Clinton admitió el significado subyacente a las palabras de Ardsley con

un leve encogimiento de hombros, un gesto de absoluta indiferencia.

—Prácticamente ha reconocido tenerlo antes en el laboratorio —le recordó al toxicólogo—. Lo que importa sobre todo ahora mismo es saber si alguien más pudo tener acceso a él.

El toxicólogo reflexionó unos instantes antes de volver a hablar.

—Hay otra fuente de suministro muy cerca —dijo, como si acabase de recordar aquel detalle—. Roger Shandon tenía una especie de museo en Whistlefield con cosas que había ido recogiendo en sus viajes, basura casi todo. Pero me acuerdo de que había una vasija de curare entre todo aquello.

—¡Ajá! Ahí es donde yo quería llegar —interrumpió *sir* Clinton—. ¿Está seguro?

—Muy seguro. Se me pasó en el momento, pero estoy bastante convencido de que es así. Sin duda ninguna, es la sustancia auténtica. Recuerdo que en una ocasión, hace un tiempo, me quedé sin curare y le pedí prestada a Roger su muestra para coger un poco. Se la devolví de inmediato, por supuesto, y solo me llevé una pizca para usarla. Pero es curare auténtico, indudablemente.

—¿Y esa sustancia está ahora mismo en Whistlefield? ¿Guardada bajo llave?

—No, está allí expuesta, abandonada en una vitrina de museo abierta. Cualquiera puede ponerle las manos encima —explicó Ardsley.

El rostro de *sir* Clinton mostró perplejidad.

—Es el tiempo lo que tenemos en contra —repitió, mientras parecía hacer algún cálculo poco satisfactorio—. Ojalá hubiese sabido lo de esa sustancia hace una hora. —Y seguidamente, se dirigió a Wendover—: A ver, necesito que hagas algo por mí. Yo tengo otras cosas que atender y despachar de inmediato. ¿Puedes llevar al doctor Ardsley en el coche hasta Whistlefield? Él te dirá cuál es la vasija de curare. A ti te resultaría imposible saberlo con certeza. Y luego hazte cargo de ella. Si alguien pone alguna objeción, di que te lo he mandado yo; y si ocurre eso, toma nota de quién plantea las objeciones. Ahora hay que darse prisa, y mucha. Debes hacerte con esa sustancia sin perder ni un segundo más, Wendover.

El toxicólogo no desperdició el tiempo.

—Voy a por mi abrigo ahora mismo —dijo dirigiéndose hacia la puerta.

—Debemos impedir de inmediato que alguien tenga ocasión de abastecerse de nuevo, por si acaso vuelve a haber problemas —sentenció *sir* Clinton cuando su anfitrión hubo abandonado la sala.

Wendover estaba sencillamente anonadado.

—¿Esperas que se produzca otro crimen? ¿No basta con dos?

—Nunca se sabe —afirmó *sir* Clinton con un toque de preocupación en la voz—. Nunca me perdonaría descartar esa posibilidad, por muy remota que sea. Unos pocos remordimientos no le devuelven la vida a un hombre muerto, bien lo sabes.

Ardley asomó la cabeza por la puerta.

—Estoy listo.

—Entonces vamos —dijo *sir* Clinton—. Déjame en el pueblo de camino, Wendover, tengo algo que hacer allí. Me reuniré con ustedes en Whistlefield lo antes posible. Espérenme allí. Venga, conduce como si te fuera la vida en ello.

Al llegar al pueblo, *sir* Clinton suspiró aliviado.

—Ya veo que las tiendas siguen abiertas. ¡Perfecto! —Se bajó del coche—. Bueno, váyanse ya. ¡No pierdan ni un minuto!

Mientras el vehículo se alejaba, el jefe de policía recorrió la calle con la mirada y seguidamente, con deliberada contención, caminó despreocupado hasta la puerta del ferretero local. Le había desaparecido todo rastro de prisa. Parecía un comprador casual sin más.

—Buenas tardes —saludó en tono agradable al hombre de detrás del mostrador—. Veo que almacena aquí una buena selección de artículos, a juzgar por su escaparate. Estoy buscando un taladro pequeño, si es que vende algo así en su tienda. ¿Podría enseñarme uno o dos?

El ferretero, al parecer, sí tenía una herramienta similar.

*Sir* Clinton examinó los taladros.

—Diría que esto es lo que busco —declaró al fin—. ¿Tiene una manecilla que le encaje?

El jefe de policía ajustó la manecilla al taladro, sacó un penique y probó la herramienta. A continuación, con el agujero a medio hacer, pareció perder interés en el asunto.

—No venderá balas para escopetas de viento, ¿no?

—Pues sí que las vendemos, señor. El señor Hawkhurst de Whistlefield las usa mucho y me convenció para que tuviese suministros. Nadie más las necesita, pero él compra bastante de cuando en cuando.

—¿Y tendría dardos también?

—Sí, algunos me quedan.

*Sir* Clinton permaneció pensativo un momento.

—Veamos. Me llevaré cien balas y un par de docenas de dardos. Puede ponerlo todo en un mismo paquete. Y me llevaré la manecilla y el taladro también.

Mientras el hombre empaquetaba los artículos, *sir* Clinton le preguntó por la ubicación de la tienda del boticario en el pueblo y, tras salir de la ferretería, puso rumbo hacia allí.

—En fin —reflexionó en voz alta, después de intercambiar unas palabras con el boticario sobre cotilleos del lugar—. Me llevaré un penique en cristales de Condy. Son un buen antiséptico, ¿verdad? Y más o menos tres peniques en una solución carbónica también. ¿Tiene por casualidad algún tornasol? La sustancia sólida es lo que busco.

Resultó que el boticario guardaba existencias de todo aquello.

—¿Eso es todo por esta tarde, señor? —preguntó el hombre, mientras *sir* Clinton cogía los paquetes y abonaba sus compras.

—Es todo de momento —respondió el jefe de policía con la mente ausente.

Y se marchó de la tienda sin dar las buenas tardes. Se dirigió hacia la comisaría, donde el sargento de servicio, al reconocerlo, salió a recibirlo de inmediato.

—¿Tienen aquí alguna sala de la que pueda disponer en privado durante unos diez minutos, sargento?

—Sí, *sir* Clinton. Por aquí.

—Esto valdrá —afirmó el jefe de policía tras echar un vistazo al lugar—. Por cierto, sargento: envíe a un hombre ahora mismo a que me traiga de la ferretería un tornillo de banco pequeño, ya sabe, la cosa esa portátil. He visto uno en el escaparate al pasar. Y espere un momento... ¿Fuma usted Navy Cut? Bien. Tráigame entonces también un par de latas pequeñas.

Considerablemente perplejo, el sargento ejecutó las órdenes del jefe de policía. Cuando se le procuraron los diferentes artículos, *sir* Clinton cerró la puerta tras él y se puso manos a la obra. Aquella tarea le llevó bastante más de lo que había esperado, pero al fin la concluyó satisfecho, y entonces llamó de nuevo a su subordinado.

—Un vaso de agua, sargento, por favor.

Cuando le llevaron el agua, cerró la puerta otra vez. Unos minutos después, salió y llamó al sargento.

—Aquí tiene su Navy Cut, sargento. Siento no poder darle las latas.

El sargento, perdido por completo y sin entender nada de su manera de proceder, se lo agradeció aturdido y empezó a barrer con la mano el tabaco de la mesa para guardarlo en la petaca.

—¿Cómo de lejos queda Whistlefield? —preguntó *sir* Clinton.

Tras enterarse de la distancia, le cogió prestada la bicicleta a uno de los agentes.

—Mande a alguien a recogerla mañana a Whistlefield, o dentro de una hora, si quiere. Dejaré dicho que van a ir a por ella.

Y con esas, el jefe de policía se montó en el biciclo y se alejó pedaleando. El sargento lo observó desaparecer de su vista y luego regresó a la comisaría. Entró en la sala que *sir* Clinton había estado utilizando y miró los restos del experimento misterioso.

«Supongo que ha enganchado algo a ese tornillo de banco. Y hay un taladro. Me pregunto de dónde lo habrá sacado. Y ha echado además una cosa rosada en ese vaso de agua. Y se lleva las latas y me deja a mí el tabaco. Vaya jefe de policía más raro, eso no se puede negar. ¿En qué andaré?».

## La vasija de curare

Tras dejar al jefe de policía en el pueblo, Wendover siguió la carretera hacia Whistlefield. La evidente ansiedad de *sir* Clinton lo había impresionado, así que condujo rápido. No terminaba de hacerle gracia que le hubiese endilgado a Ardsley como compañero, dada la aversión que sentía por el toxicólogo. Siempre que veía el rostro sombrío y bien afeitado del doctor, se le aparecían imágenes de animales torturados y le sobrevinía un espasmo de repugnancia. Su conocimiento de la Ley de vivisecciones era nimio, y su imaginación dibujaba animales indefensos atados a mesas y retorciéndose bajo la navaja del vivisector. Por pura educación, se obligó a sí mismo a entablar conversación.

—Esperemos que podamos hacer lo que Driffield nos ha pedido sin impedimentos. Parece que el jefe de policía tenía miedo de dejar esa sustancia suelta por ahí. Podrá usted encontrarla sin problemas, ¿verdad?

—Puedo ir directamente al lugar en el que siempre ha estado guardada —le aseguró Ardsley con frialdad, sin prestar atención a la parte especulativa del discurso de Wendover.

No parecía apetecerle en absoluto continuar con la conversación y Wendover sintió que había sufrido un *desaire*.

«¡Maldito bicho arisco! No pone ni media de su parte», comentó para sus adentros.

Sin embargo, no tuvo tiempo de seguir rumiando el asunto, ya que al poco llegaron a Whistlefield.

—Será mejor que hable usted —le aconsejó Ardsley mientras salían del

coche y se acercaban a la puerta de la casa.

Wendover asintió como muestra de acuerdo y llamó al timbre. Cuando se presentó la criada, el Escudero le preguntó si Ernest Shandon estaba ocupado. La mujer pareció dudar.

—Se encuentra en el estudio, señor, y ha dejado dicho que no quiere que le molesten.

Wendover pensó en preguntar por el secretario, pero consideró que, dado que habían ido a requisar el fármaco, sería mejor ver a alguien de la familia. Después de todo, aquella era una propiedad privada, aunque se tratase de una sustancia peligrosa.

—¿Se encuentra el señor Hawkhurst en casa?

La criada los condujo a una estancia y les pidió que esperaran allí hasta que fuese a buscarlo.

—Si no está, pídale a la señorita Hawkhurst que venga a vernos un momento, si puede —le indicó Wendover.

Al poco, Arthur Hawkhurst entró en la habitación, con una expresión bastante sorprendida al ver quiénes eran sus visitas.

—Con que paseándose y viendo el campo, ¿no, Wendover? Será la curiosidad morbosa la que le lleva a rondar la escena de un crimen como esta.

El joven le dedicó un gesto con la cabeza a Ardsley. Resultaba bastante obvio que el doble asesinato no le había afectado en el ánimo en ninguna medida. A Wendover no le extrañó demasiado. El muchacho nunca había sido el favorito de ninguno de sus tíos, y aunque parecía carecer del pertinente respeto hacia las víctimas, el Escudero lo atribuyó a su ligero desequilibrio mental.

«Habría preferido un tono de alegría más rebajado, debo reconocerlo —pensó para sí—, pero supongo que eso sería simple hipocresía por su parte, y habrá que darle algo de margen a esa mente y aceptar que ahora mismo funcione con algo de anormalidad».

De inmediato, fue al grano.

—Nos ha enviado *sir* Clinton Driffield para buscar una cosa en el museo de su tío. Quiere saber si por casualidad se la han llevado.

—¿Qué diantres sabrá él sobre el museo? —preguntó Arthur—. No lo ha

visto en ningún momento mientras ha estado aquí esta tarde. Y de todos modos, ¿qué tiene que ver con él? ¿Qué es esa cosa que busca? ¿Piensa acaso que alguien de ahí arriba ofendió a un ídolo maya y consiguió apaciguar las cosas con un ajuste de cuentas?

—No. No es nada de eso —respondió Wendover rápidamente.

—Bueno, ¿entonces de qué se trata? Yo se lo traeré.

—No se moleste, por favor. El doctor Ardsley sabe el aspecto que tiene y nos será más fácil ir al museo y echar un vistazo por nuestra cuenta.

—¡Ah, claro! —Arthur adoptó un aire claramente hostil—. Parece ser que le sacan mucho jugo a eso de ir por su cuenta. ¿Por qué no esperan a que se les llame, en vez de deambular por casas ajenas?

Wendover notó que la situación se estaba poniendo incómoda. El muchacho parecía haberse dejado llevar por la pasión, por una de esas tormentas de emociones a las que estaba sujeto desde que cayera enfermo. Y entonces, al Escudero se le pasó otra idea por la cabeza, aunque trató de descartarla. ¿Por qué estaría Arthur tan ansioso por evitar que entrasen en el museo? Nadie había hablado del curare. Seguro que el joven Hawkhurst no podía sospechar nada sobre lo que buscaban y aun así parecía decidido a ponerles trabas en su camino. Con gran alivio, Wendover vio a Sylvia entrar en la habitación. Tras saludarla, se apartó de Arthur y le explicó la cuestión a la joven.

—Por supuesto. Acompáñenme ahora mismo —los invitó, haciendo caso omiso de la cara plomiza de Arthur—. Hemos de hacer cualquier cosa que podamos para aclarar este desgraciado asunto.

Sylvia los guio por la casa hasta el museo. Tal y como había dicho Ardsley, estaba repleto, sobre todo, de basura: cachivaches que posiblemente evocaran recuerdos en la mente de quien los había recogido, pero que tenían muy poco interés para un visitante casual. Se trataba de una mezcla de recuerdos turísticos más que de un museo y las piezas parecían ocupar los estantes sin ningún sistema de ordenación.

Ardsley, evidentemente, sabía dónde tenía que ir. Tras apartarse del resto, atravesó la estancia hasta una de las vitrinas de la pared, la abrió y bajó de un estante una vasija pequeña de loza de barro sin cocer.

Arthur lo había seguido con recelo.

—¿Qué está usted haciendo? —le preguntó bruscamente.

—El jefe de policía me pidió que le buscara esto —respondió Ardsley, examinando el material de la vasija mientras hablaba.

—No pretenderá coger nada de ahí, ¿no?

El joven Hawkhurst planteó la pregunta con obvia desconfianza. Mantenía la mirada fija en las manos del toxicólogo, como si temiese que este sacara parte de la sustancia delante de sus propios ojos.

—No. Yo no tengo nada más que hacer con esto —replicó Ardsley, con cierta aspereza en el tono de voz.

Le entregó la pequeña vasija a Wendover mientras hablaba y pareció desentenderse de cualquier otra vinculación con el asunto. Los ojos de Arthur se fijaron en la vasija. Aparentemente, le seguía perturbando el modo en el que se estaban desarrollando las cosas.

—No me hace ninguna gracia esta forma de proceder. Se han presentado ustedes aquí y, por lo que sabemos, sin ninguna autoridad que les respalde. Y ahora se van directos a por esa sustancia y quieren llevársela, según parece. Sé bien lo que es eso. Es curare: veneno de flecha indio. ¡Y pretenden marcharse con él tan tranquilos! No podemos tolerar algo así. Es una sustancia peligrosa. No tienen derecho a llevársela: me opongo.

Wendover trató de calmar las aguas.

—No vamos a llevárnoslo —explicó, dirigiéndose a Sylvia—. *Sir* Clinton nos pidió que cogiésemos la vasija, eso es todo. Él no tardará en llegar y podrá contarles entonces lo que pretende hacer. En cualquier caso, creo que esto debería estar en un lugar más seguro. Como ha dicho usted —le habló de nuevo a Arthur—, es una sustancia peligrosa.

Sylvia estuvo de acuerdo de inmediato.

—Ha sido bastante imprudente dejarlo por ahí así, si es algo venenoso —confirmó.

Wendover había mantenido la mente ocupada durante todo ese tiempo. Había tomado nota para *sir* Clinton de que Arthur, evidentemente, conocía la naturaleza de la sustancia, pese a que la muestra no tenía ninguna etiqueta. Si Arthur lo sabía, entonces había posibilidades de que lo supiera alguien más. Observó el contenido de la vasija que tenía en la mano y creyó poder adivinar

que habían sacado parte de la sustancia. La superficie original parecía estar alterada. A continuación, recordó que Ardsley había contado algo de que se había quedado sin curare y había cogido parte de la muestra de Roger. Quizá eso explicase la alteración. Se le ocurrió otra idea y pidió permiso para inspeccionar el museo.

—¿Le importa si echo un vistazo por las estanterías? —le preguntó a Sylvia—. Es que nunca he estado antes en este sitio. Parece que su tío recopiló un montón de piezas.

La muchacha lo acompañó en su recorrido de inspección, aunque supo arrojar poca luz sobre los diversos objetos.

—Apenas hay nada etiquetado, ya lo ve —señaló Sylvia—. En un par de ocasiones me ofrecí a catalogarlo todo para el tío Roger, porque parece absurdo tener este montón de cosas ahí sin explicación, ¿no?

Se movieron por la sala, explorando las estanterías. Ardsley permanecía cerca de la puerta con gesto sombrío, distante del resto del grupo. Por su parte, Arthur merodeaba indeciso por el lugar, vigilando evidentemente a las visitas, como atormentado por la sospecha respecto a los motivos que los habían conducido allí.

—Este asunto de mis tíos es algo terrible —comentó Sylvia en voz baja cuando Wendover y ella se habían alejado de los demás—. Me causó una impresión enorme enterarme al regresar de lo que había ocurrido. No voy a fingir que les tuviese mucho afecto a ninguno de los dos, porque siempre me parecieron diferentes al resto de nosotros, por una cosa o por otra, pero sí me caían bien en cierto modo, y ha sido horrible volver y encontrarme con que, mientras yo estaba disfrutando de mi tarde, a ellos los estaban...

Titubeó, evidentemente por no querer decir la palabra «asesinando».

Wendover asintió en un gesto de comprensión. Entendía bastante bien los sentimientos de Sylvia. Ninguno de los dos muertos había sido el tipo de hombre que pudiera despertar la admiración, y ni siquiera el respeto, de una muchacha como ella. La desaparición de ambos no dejaría un hueco real en su mundo. Sin embargo, después de todo, eran sus parientes, y la repentina incursión de la violencia y la muerte en su familia no podía más que dejar huella.

—No estará usted asustada, ¿verdad? —le preguntó.

—No, claro que no. Aunque parece un asunto aterrador, ¿no? De esas cosas que te dejan medio aturdida, como un mal sueño. Solo que un sueño del que no te despiertas. Parece que todos estamos intentando convencernos a nosotros mismos de que el mundo es el mismo de siempre, pero en cierto modo yo no lo consigo. Es una historia demasiado horrible.

El Escudero hizo lo posible por calmarla. Tras la pretendida indiferencia de la joven, podía ver que estaba muy impactada. Resultaba bastante obvio que Sylvia procuraba minimizar sus sentimientos para no incomodarlo. Continuaron el recorrido por la colección y la muchacha trató de interesarse en explicarle los diferentes objetos que incluía.

Cuando hubieron concluido la inspección, Wendover ahogó un suspiro de alivio.

«Bueno —se dijo—, no hay flechas envenenadas aquí, en cualquier caso. Esa vasija con la sustancia parece ser el único elemento peligroso del conjunto».

Centró sus esfuerzos entonces en infundir al menos la apariencia de armonía en el grupo, aunque no tuvo mucho éxito en su intento. Sylvia lo secundó lo mejor que pudo, pero Arthur seguía manteniendo su actitud recelosa y Ardsley parecía poco inclinado a abandonar su estado de arisca neutralidad. Fue un alivio para todos ellos cuando se abrió la puerta del museo y entró Ernest Shandon escoltando al jefe de policía. Stenness los seguía muy de cerca.

—Este es *sir* Clinton Driffield, señorita Hawkhurst —se apresuró a decir Wendover cuando recordó que ellos dos no se habían conocido por la tarde.

*Sir* Clinton se inclinó ante la joven y a continuación, con una palabra de disculpa, se dirigió a Wendover.

—¿Tienes la sustancia?

El rostro se le despejó cuando el Escudero alzó la mano con la pequeña vasija de loza. Con una mirada a Ardsley, quedó confirmado que aquel era el frasco correcto y *sir* Clinton pareció no prestarle más atención por el momento.

—Me temo que he molestado a su tío, señorita Hawkhurst. Estaba ocupado

en el estudio y, aunque yo era reacio a interrumpirle, él ha salido muy amablemente de inmediato.

Ernest, al fondo de la sala, toqueteó titubeante los quevedos durante un momento.

—Estaba muy ocupado, sí —admitió—. Pero, por supuesto, no tanto como para no poder dejar lo que andaba haciendo. De hecho, solo estaba hojeando papeles y echándole un vistazo a la caja fuerte con Stenness. No era nada importante en realidad, o al menos no lo suficiente como para no poder abandonarlo un rato, y *sir* Clinton me dijo que no iba a quedarse más que unos minutos. Así que dejé todo, claro. Solo había estado mirando el testamento de Roger. Nos lo encontramos por casualidad encima de una pila de cosas en la caja fuerte. Yo no era capaz de entenderlo, lo confieso aquí. Esos abogados son terribles, escribiendo con expresiones largas como «de aquí en adelante» o «heredable» o «movible» o «acrecentamiento» y demás. Y todo el rato hablando de «superviviente o supervivientes» y «beneficiarios» y un montón de palabras complicadas aparte de eso. Si no hubiera sido por Stenness, no creo que hubiese comprendido de qué iba. —Parpadeó en un gesto de impotencia mirando al grupo y luego siguió con un tono de orgullo en la voz—: Roger me nombró uno de sus fideicomisarios. Neville era otro. Y hay un tercero, el jefe de su bufete de abogados, creo, o un abogado en cualquier caso. —A continuación, con una voz bastante desanimada, dijo—: Supongo que eso implicará muchas molestias: firmar papeles y todo ese tipo de historias.

*Sir* Clinton esperó paciente hasta el final del discurso de Ernest y entonces fue al grano de inmediato.

—Si es usted uno de los albaceas, las cosas serán más sencillas, señor Shandon. Quiero llevarme esta pieza... —Señaló la vasija que Wendover tenía en la mano—. Pero solo durante uno o dos días, seguramente. Se la devolveré a su debido tiempo. Entienda que es solo un préstamo.

Resultaba evidente que Ernest se sentía imbuido de la dignidad que le daba su nueva posición. Extendió la mano para que le pasaran la vasija, la examinó con atención a través de los quevedos y luego se la entregó a *sir* Clinton, no sin cierta renuencia.

—¿Estoy autorizado a desprenderme de esto, Stenness? Tú sabes lo que pone en el testamento.

—No hay motivo por el que no debiera hacerlo, señor Shandon —le aseguró el secretario—. Además, si el jefe de policía lo quiere por algo relacionado con el asunto de esta tarde... —Y miró con gesto inquisitivo a *sir* Clinton—. No me cabe duda de que tiene derecho a llevárselo, quiera usted entregárselo o no.

Ernest pareció darse cuenta de que se había metido en aguas más turbulentas de lo que pretendía.

—Bueno, si Stenness dice eso, supongo que no hay ningún problema. Él ha entendido el testamento y tiene que saberlo. Me lo ha explicado todo muy atentamente hace solo unos minutos, así que sabe lo que hay. Y a él he conseguido comprenderlo muy bien. ¿Por qué no pueden utilizar los abogados un lenguaje sencillo como Stenness, en vez de envolverlo todo en expresiones como «de aquí en adelante» y «anteriormente mencionado»? Es una forma estúpida de escribir. No se me ocurre con qué finalidad lo hacen.

Para bastante sorpresa de Wendover, *sir* Clinton no se mostró demasiado dispuesto a marcharse. Sacó del bolsillo la lata que habían encontrado en el laberinto y le quitó lentamente la tapa.

—Tengo entendido que es usted un experto en escopetas de viento, señor Hawkhurst —comentó en tono agradable, como apelando a una autoridad—. ¿Le importaría mirar estos objetos de aquí y decirme qué conclusiones saca? No toque las puntas —añadió con rapidez—. Son muy peligrosas.

Arthur Hawkhurst había estado escuchando con el ceño fruncido las negociaciones de *sir* Clinton sobre la vasija de curare, pero pareció sentirse halagado al oír que el jefe de policía recurría directamente a él. Dio un paso adelante, se colocó la lata en la mano y examinó el contenido minuciosamente.

—¿Puedo coger uno para mirarlo?

—Por supuesto, pero tenga cuidado —aceptó el jefe de policía.

Arthur sacó uno de los dardos y lo inspeccionó.

—Parecen solo dardos de escopetas de viento con un diseño normal. Encajarían en cualquiera de las armas que tenemos. Pero es como si alguien

hubiese estado jugueteando con ellos y les hubiese abierto agujeros para rellenarlos con tierra o algo similar. Y las plumas también están sucias.

Completó el examen y le devolvió la lata a *sir* Clinton.

—¿Alguien más puede afirmar ser experto en esto? —preguntó el jefe de policía.

Sylvia miró los diminutos proyectiles y se encogió de hombros.

—No son más que dardos normales, por lo que veo. ¿Fue uno de ellos lo que mató a mis tíos? Parecen unos objetos tan diminutos e inofensivos... Los he disparado algunas veces, a menudo contra dianas. Ni en sueños habría pensado que pudieran resultar mortales.

*Sir* Clinton cerró la lata y la colocó en la repisa de la chimenea, tras él. De repente, dio la impresión de que le había sobrevenido una idea nueva.

—Ha dicho usted «cualquiera de las armas que tenemos», señor Hawkhurst. Me gustaría saber de cuántas escopetas de viento disponen en la finca.

Arthur lo miró desconfiado.

—No sé decírselo ahora mismo —admitió de mala gana—. Tenemos media docena de las que podría echar mano, pero hay más esparcidas por aquí y por allá. Las van dejando en lugares al azar. Los jardineros a veces las usan para disparar a las ratas por diversión y cosas así, y uno nunca sabe dónde están hasta que se pregunta por ellas.

Aparentemente, *sir* Clinton se había quedado de piedra.

—Es como si tuvieran ustedes una auténtica armería —dijo.

—Soy aficionado a las escopetas de viento —explicó Arthur—. No iré a llevárselas, ¿no?

El jefe de policía descartó la sugerencia de inmediato con un gesto.

—Claro que no. Solo he preguntado por curiosidad. Sabía que le interesaban las armas.

Arthur pareció aliviado.

—Ah, perfecto. Mientras me deje una, me bastará para lo que necesito —contestó en un tono mucho más cordial.

—Bueno, doctor Ardsley, si me enseña dónde se encontraba esta vasija, creo que podremos marcharnos —afirmó *sir* Clinton, pasando a otro asunto y abandonando así el tema de las escopetas de viento.

Ante aquel comentario, Ernest dio un paso adelante.

—Creo que yo podré indicarle dónde estaba —aseguró—. Me acuerdo de que Roger la trajo de Sudáfrica. En la casa de antes la tenía guardada en un estante de su estudio, lo recuerdo bien: en el tercer estante desde arriba, a la derecha de la puerta. Luego, cuando se vino aquí, tenía tal cantidad de cosas que había ido coleccionando que creyó que debía montar un museo con ellas, así que las reunió en esta habitación. Las repasé todas con él, yo lo ayudé a montarlo, lo recuerdo bien. Pero me parecía muy aburrido. Ni una pizca de interesante. Aunque, por supuesto, podría enseñárselo y contárselo todo, si usted quiere. Quizá le interese, aunque a mí me parezca aburrido. Los gustos de la gente difieren mucho. Uno nunca sabe, ¿verdad?

Ardley no había prestado ninguna atención al torrente de información de Ernest. Se había acercado al estante pertinente y estaba ya señalándole el espacio vacío a *sir* Clinton. El jefe de policía examinó el lugar con atención, aunque sin decir nada.

Finalmente, fue hasta las ventanas de la habitación e inspeccionó los cierres.

—Cualquiera podría haber entrado aquí sin mucho problema —comentó—. Me da que no les tienen mucho miedo a los ladrones, señor Shandon.

—No —admitió Ernest, volviendo a colocarse los quevedos con cuidado y mirando atentamente los postigos de las ventanas—. Entiéndalo, nunca hemos sufrido ningún robo aquí. Parecerá extraño, porque Whistlefield está algo aislado, claro, y podría ser un buen sitio para robar. Yo nunca he robado, debe saberlo, así que en realidad no sé nada de esas cosas. Hay mucha plata, eso sí —añadió—. A lo mejor es raro que nunca hayamos sufrido un robo. Ahora que lo pienso, es una casa en la que sería muy fácil colarse. Deberíamos colocar alarmas antirrobo. De verdad, todas estas cosas son un fastidio tremendo. ¿Puede recomendarme una buena alarma antirrobo, *sir* Clinton?

El jefe de policía desdeñó la tarea solicitada con una sonrisa.

—En realidad, señor Shandon, no tengo experiencia con ninguna en particular. Será mejor que eche usted un vistazo a varias y elija la que considere más satisfactoria.

El rostro de Ernest expresó claro como el agua el comentario que se había guardado: «¡Más problemas!».

—No sé, *sir* Clinton. Quizá me convendría poner alguna. Pero es que — continuó con un matiz de alivio— nunca hemos sufrido ningún robo, así que a lo mejor no merece mucho la pena colocar alarmas. Supone tanto fastidio conseguirlas y luego buscar empleados para que las instalen... Ponerlo todo patas arriba y demás... Y luego tener que acordarse de activarlas por la noche antes de irse a la cama. No cree usted que merezca la pena, ¿verdad? — terminó diciendo, esperanzado.

*Sir* Clinton negó con la cabeza.

—Usted está ahora al mando, señor Shandon, recuérdelo. Debe hacer lo que considere que es mejor para usted. —A continuación, se dirigió a Ardsley y a Wendover—: Creo que deberíamos volver a la carretera.

Los hombres se despidieron y subieron de nuevo al coche de Wendover.

—Le dejaremos en su casa —le dijo *sir* Clinton al toxicólogo—. Ha sido muy amable por su parte tomarse tantas molestias para ayudarnos. En mi mente, todo parece mucho más fácil ahora que tengo esto.

Y le dio unos golpecitos al tarrito de curare que se había llevado consigo.

## Oportunidad, método y móvil

Wendover cogió el decantador y sirvió algo de *whisky* para su invitado.

—No podrás decir que te haya estado molestando con preguntas, Clinton, pero creo que ahora deberías contarme algo sobre este asunto del laberinto. Parece que tienes algunas ideas claras y me gustaría saber cuáles son. —Miró el vaso mientras hablaba y a continuación añadió—: *In vino veritas*, ya me entiendes.

*Sir* Clinton levantó la vista con una expresión incrédula en el rostro.

—La verdad está en el fondo del decantador, ¿no? Bueno, si ese va a ser el método, ponme solo dos dedos y el resto, de soda. La verdad a veces es peligrosa cuando no va diluida. Y recuerda que te advertí con toda sinceridad que a lo mejor no era conveniente contarte demasiado ahora mismo. El acuerdo era que tú me ibas a dar tus opiniones y yo iba a decir lo que pensaba al respecto.

El Escudero reconoció la rigurosidad de esa afirmación.

—Pero al menos podrías darme algo a modo de principios generales. No son asuntos que queden bajo cuerda, en cualquier caso.

El jefe de policía se le acercó, levantó el vaso y regresó a su asiento antes de responder.

—Eso es cierto, sí —admitió—. Aunque no creo que unos principios generales vayan a llevarte muy lejos en este caso. Puedo exponértelos sin desvelar demasiado.

Wendover se sirvió un *whisky* con soda y regresó a su asiento.

—Adelante —dijo—. Dame una conferencia entera si quieres. La noche es

joven.

—Ganas no me faltan de tomarte la palabra, y si te aburres, deberás darte las gracias a ti mismo. Para empezar, pues, hay tres puntos básicos en los que un fiscal ha de satisfacer al juez, o al jurado, si se trata de un caso con jurado. Esos puntos son: oportunidad, método y móvil. No resulta del todo necesario demostrar un móvil, pero, de ser posible, se hace lo que se puede para establecerlo. Un jurado podría mostrarse cauto a la hora de condenar a alguien sin disponer de un elemento claro en ese sentido.

—Podrías ampliarlo todo un poco más —sugirió Wendover—. Solo me has dado tres palabras.

—Veámoslas una por una —continuó *sir* Clinton—. En primer lugar, la oportunidad. El acusado debe ser alguien con opciones reales de cometer el crimen, alguien a quien no excluya ninguna imposibilidad física ordinaria. Si ahora mismo cayese en esta habitación un cuerpo al que acaban de cortar el cuello, no tendría sentido presentar una acusación contra el mikado o el presidente de los Estados Unidos, que sabemos que se encuentran a miles de kilómetros. Les resultaría físicamente imposible hacerlo.

—Eso es evidente. Un asesino tiene que haber estado por fuerza en el lugar del crimen al cometer su asesinato.

—No necesariamente —lo contradijo de inmediato el jefe de policía—. Una persona que envenene a otra no necesita estar cerca de la víctima cuando esta muera. Puede haber mandado bombones envenenados por correo o algo similar. No obstante, debe haber tenido la oportunidad de cometer el crimen, ya sea en el mismo sitio o no. En un caso de bombones envenenados, no se podría haber acusado a Robinson Crusoe: estaba fuera del radio de acción del servicio postal.

Wendover asintió en un gesto de avenencia.

—Sin embargo, en este caso en concreto del laberinto —comentó—, es bastante evidente que el asesino se encontraba en el lugar, seguro. La persona que mató a los Shandon fue alguien que estuvo en el laberinto, o cerca, entre las tres y las cuatro de la tarde.

*Sir* Clinton pasó al segundo punto.

—Lo siguiente es el método. Cuanto más corriente sea el procedimiento

empleado para matar, más complicado resulta identificar al asesino, eso es un axioma. Suponte que encuentras un cuerpo en un callejón trasero y resulta que al hombre lo han matado a puñaladas. ¿Qué tienes para avanzar? No mucho. Pero si envenenan a alguien con un alcaloide bastante poco conocido, entonces el número de posibles asesinos se limita muy considerablemente. Acuérdate del caso Crippen. La divergencia de la normalidad es el eslabón más débil en la cota de malla de un asesino.

—Bueno, deberías estar contento con este caso. Tienes un método bastante poco usual.

—Así es —admitió el jefe de policía—. Pero lo que se gana por un lado se pierde a veces por el otro, ya ves. El método en este caso podría estar al alcance de un hombre o una mujer, e incluso un niño es capaz de apretar un gatillo. Eso amplía el abanico un pelín.

—Sin embargo, un niño necesitaría haber tenido la oportunidad de acceder al curare.

—Y el curare ha estado disponible para cualquiera durante el último par de años. No te olvides de eso.

—Entonces, ¿piensas que lo que se usó fue la sustancia que había en la casa?

—No pienso nada al respecto ahora mismo. Lo único que quería era cortar esa posible fuente de suministro.

—Eso es que esperas que se produzcan más asesinatos, ¿verdad?

*Sir Clinton* pareció no oír el comentario.

—Propongo que pasemos ahora al móvil. Exceptuando casos muy excepcionales, solo hay cinco motivos por los que merezca la pena cometer un asesinato: mujeres, dinero, venganza, miedo y manía homicida. Y diría que en la mayoría de los casos, si se ahonda lo suficiente, detrás de todo están o las mujeres o el dinero.

Wendover reflexionó un momento, evidentemente repasando las posibilidades.

—No parece que esta vez se trate de mujeres, por cómo se han desarrollado las cosas hasta ahora —sugirió al fin.

*Sir Clinton* no consintió que le sonsacara información.

—Debo confesar que siento una leve admiración por el asesino de los Shandon, al menos en lo que a su cerebro respecta —aseguró—. ¿Se te ocurre un sitio mejor para cometer un asesinato que ese laberinto? La mera naturaleza del lugar garantiza una privacidad absoluta. Nadie podría ver a través de esos setos. El asesino tendría la posibilidad de acercarse sigilosamente a una distancia mortal, de ponerse casi cara a cara con su víctima y aun así permanecer del todo invisible. Y cuando el trabajo estuviese terminado, podría escabullirse para ponerse totalmente a salvo. Nadie sería capaz de jurar haberlo visto. Y si lo encontrasen en el laberinto, podría explicar que oyó un grito de ayuda y se apresuró a asistir a quien fuese. Fue un tipo con cerebro el que dio con ese escenario para cometer su crimen.

Wendover creía haber dado de lleno en un punto débil.

—Pero eso limita el número de posibles asesinos aún más, seguro. Tendría que ser por fuerza alguien que conociese muchísimo el laberinto; si no, se habría quedado atrapado dentro.

*Sir Clinton* sonrió con algo de sorna.

—¿No me oíste preguntar por eso en Whistlefield? El laberinto está abierto día y noche. Cualquiera podría llegar a conocerlo al dedillo y nadie se enteraría de mucho, dado que está en una zona alejada de las tierras. Alguien podría remontar el río en un bote, entrar y hacer una serie de marcas propias en los setos que lo guiasen hasta el centro: doblar ramas o cosas así, que no desvelasen que hubiese estado haciendo algo allí. O incluso podría llevar un hilo y soltarlo tras de sí para ayudarse a salir de nuevo, y enrollarlo al volver atrás. No, ese no es un punto con el que se pueda contar demasiado, Escudero.

—Bueno, entonces ¿quién lo hizo? —quiso saber Wendover, exasperado por el fracaso de su idea.

*Sir Clinton* levantó la vista con algo sospechosamente parecido a una sonrisa en el rostro.

—Nadie tiene todas las papeletas —dijo en tono profético—. Pero lo más probable es que alguien lo hiciera, no sé si me explico.

Wendover no mostró resentimiento alguno por ese corte indirecto.

—Está claro que no se te puede sacar mucho —respondió con

remordimiento.

El jefe de policía quiso añadir algo más sin rebasar sus limitaciones autoimpuestas.

—Lo que falla en tu manera de ver este asunto, Escudero, es que pretendes tratar un crimen real como si hubiese salido de una novela de detectives. En un relato detectivesco, te lo encuentras todo bien tamizado. El autor solo expone las cosas que son relevantes para la historia. Si no seleccionase su material, el libro sería demasiado largo y nadie tendría la paciencia de esforzarse en terminarlo. El resultado es que las pistas importantes se van lanzando como si estuviesen bajo un foco, siempre que el lector tenga algo de inteligencia. —Hizo una pausa para encenderse un cigarro antes de continuar —: En la vida real, esas simplificaciones no existen en absoluto. Lo que te encuentras es una masa de cosas que te lanzan a la cabeza a modo de evidencias, y al final nueve de cada diez resultan ser por completo irrelevantes. Tienes que cribar el grano de la paja por tu cuenta, no hay escritor que haga el trabajo duro por ti. ¿Te acuerdas del juego del mapa?

Wendover negó con la cabeza.

—Por el nombre no lo reconozco.

—Seguro que jugaste alguna vez de pequeño. Un jugador elige un nombre en un mapa y el otro debe descubrir de qué nombre se trata. Tiene permitido hacer todas las preguntas que quiera, siempre que el primer jugador pueda responderlas con un simple «sí» o «no». Pues ese juego es un poco como el trabajo del detective, aunque con un problema mucho más fácil de solucionar. Curiosamente, el jugador inteligente de verdad no elige un nombre escrito en pequeño; eso solo lo hacen los principiantes. El experto selecciona algún nombre como Francia o Alemania, o Checoslovaquia, algo que ocupe la mitad del mapa. Entonces, cuando el oponente pregunta: «¿Está en esta mitad del mapa?», el experto responde: «No», con toda certeza, así que el principiante da por sentado de inmediato que se encuentra en la otra mitad y continúa de acuerdo a eso, olvidando que puede estar en las dos mitades a la vez. Algo similar puede ocurrir en la búsqueda de un criminal. El tipo al que vas siguiendo puede estar (y suele ser así) desempeñando dos papeles a la vez. No se trata solo de un criminal: es también un miembro normal de la

sociedad. Al menos, eso es lo que ocurre normalmente en los casos de asesinato. Ocupa las dos mitades del mapa, ¿te das cuenta? Y si insistes en mirar solo una mitad, no lo verás nunca.

—Menuda charla te habías guardado bajo la manga —comentó Wendover—. Pareces andar sobrado de información en algunos puntos.

*Sir Clinton* se rio, admitiendo el golpe.

—Me pediste una conferencia y, cuando te la doy, parece que no te interesa. Bueno, prueba tú ahora. Escuchemos tus conclusiones sobre el caso. No tengo miedo a los prejuicios.

El Escudero miró a su amigo con cierto recelo, pero pareció tranquilizarle lo que vio. En apariencia, *Sir Clinton* estaba bastante ansioso por oír sus ideas.

—Si no me estás tomando el pelo, no me importa hacerlo —respondió—. He asimilado la mayoría de lo que has dicho y eso limita las cosas en gran medida. Cogeré las posibilidades, una a una, y reflexionaré sobre ellas. El incordio es que resulta complicado encontrar a una persona que encaje en tus tres apartados. Me refiero a alguien que tuviese una oportunidad, el método y un móvil lo bastante poderoso.

*Sir Clinton* le quitó la ceniza al cigarro con un golpecito.

—Continúa —dijo—. A ver cómo superas ese obstáculo. Yo representaré el papel de un jurado de inteligencia media, si es que logro darme todas esas vueltas de tuerca.

—Bueno, en primer lugar, está el caso ese de Hackleton como telón de fondo —sugirió Wendover—. Ahora que Neville Shandon ha desaparecido del mapa, Hackleton tiene las de ganar. Era una batalla entre ellos dos. Shandon dependía más de su propio cerebro que de sus testigos, lo doy por sentado, y ahora que está fuera de juego, Hackleton se irá de rositas. Ahí está tu móvil, definitivamente. —*Sir Clinton* asintió ante aquella afirmación y Wendover continuó con bastante más confianza—: El método utilizado, está claro, fue uno bien sólido, independientemente de dónde se cometiera el asesinato. Una escopeta de viento es bastante silenciosa y el curare mata rápido, sin duda. No se trata de cosas que se le ocurrirían a un rufián común y corriente. Y aunque así hubiera sido, no habría podido conseguir el veneno.

Sin embargo, Hackleton tiene dinero suficiente para pagarle a algún caballero sin escrúpulos y con cerebro, y ese intelectual de tapadillo podría haber dado en el clavo. O quizá el propio Hackleton diseñara el plan y se lo transmitiese a su hombre.

—Así es. ¿Y después?

—El hecho de que el asesinato se cometiese en el laberinto quizá fuese meramente accidental. Quizá tuviesen intención de coger a Neville Shandon donde quiera que pudieran, y resultó que el hombre fue al laberinto y les dio la mejor de las oportunidades allí.

—Por supuesto, das por sentado que disponían de antemano de la topografía de la finca, laberinto incluido, ¿no?

—Eso habría hecho yo si me hubiesen encargado ese trabajo, por lo que supongo que también ellos tendrían la suficiente sensatez de proceder así.

—Pero ¿por qué fue un asesinato doble entonces? ¿Cómo se metió Roger en el asunto? —quiso saber *sir* Clinton.

Wendover se quedó un momento pensando. A continuación, pareció ver la solución.

—Quizá había dos asesinos en el encargo y los dos pensaron que tenían delante al hombre adecuado. Los Shandon se parecían mucho, bien lo sabes.

El jefe de policía asintió sin comprometerse.

—¡Pasemos a la siguiente caravana! ¿Qué animal tienes expuesto a continuación en tu casa de ferias?

—Albergo ciertas dudas con el joven Hawkhurst, si te digo la verdad. No quisiera pensar que lo hizo y aun así, después de ese ataque de la enfermedad del sueño, sin duda se le ha quedado un talante muy raro. Habrías presenciado todo un arrebató de haber estado con nosotros cuando fuimos a por el curare. Tampoco puede obviarse el hecho de que Roger y él no se llevaban nada bien. Uniendo esa situación a un desequilibrio mental, hay que admitir que pudieron darse resultados inesperados.

—¿Qué opinas del factor de la oportunidad en el caso de Hawkhurst?

—Lo único que tenemos es su palabra de que se encontraba en el bosquecito cazando conejos. Por lo que sabemos, bien podría haber estado en el laberinto. Se lo conoce al dedillo. Toda la familia lo conoce, por supuesto.

—Pensó en silencio unos momentos antes de añadir—: Y por supuesto también, Hawkhurst es muy aficionado a las escopetas de viento y sabía que en la casa se guardaba curare.

—Has montado un caso bastante razonable contra Hackleton y contra el joven Hawkhurst como sospechosos, Escudero. Aunque ya sabes que no hay ni una mínima evidencia que enseñarle a un jurado.

—Ah, eso lo sé bien. Pero el caso contra otros no es ni la mitad de sólido. Ardsley es un posible sospechoso. Tiene curare en su poder, se conoce el laberinto como la palma de la mano...

—Y tuvo una trifulca con Roger Shandon por unos insignificantes derechos de pesca. Me temo que ni siquiera Izaak Walton habría considerado que ese asunto fuese razón suficiente para asesinar, Escudero.

A Wendover no se le ocurrió ninguna respuesta de improviso y para cubrir su derrota se apresuró a pasar a otro grupo de sospechosos.

—Llegamos ahora a las personas que sí se encontraban en el laberinto en el momento del asesinato o de quienes sabemos que estuvieron allí inmediatamente después: Torrance, la señorita Forrest y ese caballero, Costock, tu amigo intermediario financiero. No veo qué relación podría guardar la señorita Forrest con todo esto. Con respecto a Costock, tú sabes cosas de él y yo no.

—Sí, lo sé todo de Costock.

No obstante, *sir* Clinton no aportó ninguna información más y esperó a que Wendover continuase.

—Eso nos deja a Torrance, entonces. Está más claro que el agua que Torrance podría haber sido el asesino. Se encontraba en el laberinto en el momento del crimen. Lo organizó todo para separarse de la muchacha a la entrada. Ha tenido tiempo de sobra para conocer el laberinto los días que ha pasado allí en Whistlefield. Y muy fácilmente podría ser la persona que Vera Forrest oyó correr en el laberinto justo después del asesinato.

—No llevaba encima ninguna escopeta de viento cuando fue al lugar —objetó *sir* Clinton.

En esa ocasión, Wendover tenía la respuesta preparada.

—No, pero podía haberla ocultado allí de antemano.

—Y después tampoco encontramos ninguna escopeta de viento.

—A lo mejor la lanzó a la copa de alguno de los setos. De estar ahí, tus agentes no podrían haberla visto sin usar escaleras.

—Cierto... ¿Y bien?

Al Escudero pareció venirle un destello de clarividencia y se le iluminó la cara.

—¡Ahora entiendo lo que querías decir con la analogía del mapa! Claro, la pega es que, de entrada, Torrance no tenía ningún móvil. Pero supongamos que él fuese el hombre de Hackleton. Supongamos que estuviese a sueldo de Hackleton para hacerle el trabajo. Entonces todo encajaría. Pero costará Dios y ayuda probarlo, si es así.

Observando a su amigo, Wendover detectó una expresión peculiar en el rostro de *sir* Clinton. Fue algo fugaz, pues casi de inmediato el jefe de policía recobró su máscara habitual.

—Continúa —le pidió su amigo.

Wendover tuvo que confesar que había llegado al final de su lista.

—No se me ocurre nadie más. Sylvia Hawkhurst había salido de visita por la tarde y no llegó a la casa hasta que todo había pasado. Ernest Shandon también se encontraba fuera de la finca, probablemente sentado junto a la carretera, maldiciendo el clavo que tenía en la bota, al mismo tiempo que asesinaban a sus hermanos. Y luego queda Stenness. Estaba en la casa cuando ocurrió todo. La señorita Forrest lo vio allí cuando regresó para dar el aviso.

—Stenness —dijo *sir* Clinton en tono reflexivo—. Stenness es un caballero muy eficiente.

Wendover creyó detectar algo detrás de esa frase.

—¿Qué estás pensando? —quiso saber.

El jefe de policía lo miró brevemente.

—Estoy pensando que es hora de que nos vayamos a la cama, Escudero. A lo mejor mañana tenemos que levantarnos temprano. Al menos, yo.

## El robo en Whistlefield

Cuando *sir* Clinton bajó a desayunar a la mañana siguiente, a Wendover le pareció verlo cansado y preocupado, aunque el jefe de policía se esforzase por mostrar su compostura habitual.

—Tienes pinta de haberte pasado toda la noche en pie, Clinton, y eso que me mandaste a la cama bastante temprano.

Su amigo forzó una sonrisa, pero era obvio que tenía algo en la cabeza que lo perturbaba.

—Toda la noche no exactamente —respondió, matizando la sugerencia de Wendover con un ligero énfasis—. Pero sí que le he quitado un tiempo considerable al sueño pensando en ese asunto de Whistlefield.

—No entiendo de qué tienes que preocuparte ahora mismo —replicó su anfitrión—. Hasta no disponer de más evidencias de las que tenemos ahora, no hay nada que hacer, por lo que yo veo. Prácticamente lo admitiste tú mismo anoche.

—Anoche y esta mañana son dos cosas distintas —señaló *sir* Clinton, bastante pesaroso—. En seis horas puede pasar mucho.

—Bueno, si ha pasado, pues ha pasado. Y no podrías haberlo evitado.

—Eso suena a perogrullada, y ojalá lo fuese. Pero no es así.

Cuando parecía que el jefe de policía estaba a punto de soltar por fin una confidencia, para decepción de Wendover se contentó con hacer una simple apreciación.

—Me he arriesgado mucho con este asunto, Escudero. Y si el juego me sale mal, nunca seré capaz de perdonármelo. Es así de grave.

Por el tono de su voz, resultaba evidente que estaba profundamente inquieto y Wendover no supo encontrar nada que decir que pudiese resultar de ayuda.

Al poco, *sir* Clinton rompió el silencio.

—En Whistlefield tienen teléfono, ¿verdad?

—Sí. ¿Estás esperando algún mensaje?

—Nunca se sabe. —Pero no desveló nada más—. ¿Desde esta habitación se oye si llaman por teléfono?

—Sí, sí, el aparato está justo al otro lado del pasillo, de hecho.

*Sir* Clinton continuó con su desayuno, pero Wendover se dio cuenta de que permanecía atento al sonido del teléfono. En cuanto terminaron, el aparato sonó con intensidad.

—Yo lo cojo —dijo el jefe de policía—. Casi seguro que llaman de Whistlefield.

Mientras se levantaba de la mesa, el Escudero pudo ver una mirada de profunda ansiedad en su rostro. *Sir* Clinton dejó la puerta abierta al salir y el sonido de su voz al teléfono regresó a la habitación.

—Aquí Driffield... ¿Ha dicho ladrón o ladrones? Vale, no se moleste en contarme nada más ahora mismo. Voy hacia allá de inmediato. Adiós.

*Sir* Clinton volvió donde estaba Wendover. La ansiedad de su rostro se había agudizado como nunca, pero la perspectiva de un poco de acción parecía haberlo animado ligeramente.

—Vamos, Wendover. Haz el favor de sacar el coche. Anoche hubo un robo en Whistlefield. Tengo que ir allí e investigar el asunto.

Cuando llegaron a Whistlefield, los condujeron al estudio en el que los esperaban Ernest Shandon y Stenness.

—Ahora puede contarme la historia completa, señor Shandon —le pidió el jefe de policía en cuanto los hubo saludado a los dos—. Quizá sea un caso en el que el tiempo suponga mucho y queremos ponerles las manos encima a esos tipos de inmediato, si es posible.

Ernest sacó la petaca del tabaco. Parecía estar muy nervioso.

—¿Le importa que fume? —preguntó con indiferencia—. Esto relaja, siempre lo he pensado, le da a uno más posibilidades de exponer las cosas con calma y no liarse con la historia.

Miró pensativo el contenido de la petaca durante unos segundos antes de decidirse por qué cigarro coger, hasta que al final encontró uno que lo convenció y lo encendió. Wendover se movía un poco inquieto, pero *sir* Clinton reconoció evidentemente la inutilidad de tratar de acelerar a Ernest en sus maniobras.

—Anoche hubo aquí un robo —anunció el hombre al fin—. Bueno, más bien, cuando digo anoche quiero decir en realidad esta madrugada, porque ocurrió ya muy pasada la medianoche.

—¿Sabe decirme la hora exacta? —preguntó *sir* Clinton.

Ernest lo miró solemne, reflexionó unos momentos y a continuación negó con la cabeza cargado de preocupación.

—No, creo que no. Es que no miré el reloj. Fue después de medianoche, es todo lo que recuerdo.

—Empiece por el principio entonces, señor Shandon, y denos todos los detalles que sea capaz. Cualquier cosa puede terminar siendo útil a la vista de lo que sabemos.

—Suelo irme a la cama bastante temprano —comenzó a decir Ernest—, pero anoche, después de que ustedes se marcharan, pensé en echarles otro vistazo a los documentos de Roger. Usted me había interrumpido, acuérdesse —dijo, como justificando su proceder—. Algunos de esos papeles me interesaban bastante. Roger tenía un montón de frentes abiertos. No me había dado cuenta antes de cuánta energía debía de tener. No se hace usted una idea de la cantidad de cosas en las que andaba metido.

—¿Sí? —intervino *sir* Clinton, tratando de acelerar el lento progreso de la narración.

—Una cantidad bárbara —continuó Ernest—. Invertí todo el tiempo que tenía en encontrarles pies y cabeza a esos documentos. Debí pasar horas y horas dándoles vueltas y leyendo fragmentos aquí y allá, registros de correspondencia y de cosas así. Los recibos del talonario de cheques estaban también allí y los miré. No tenía ni idea de que por sus manos pasara tanto dinero, ni la más remota idea. Por cierto, reparé en algo curioso en el último talonario. Aunque eso se lo contaré luego. Era algo raro, pensé, pero será mejor que siga con la historia.

*Sir* Clinton asintió con paciencia y esperó la continuación.

—Estaba revisando el talonario de cheques cuando oí un ruido. Por supuesto, en una casa antigua como esta, se oyen a menudo ruidos por la noche, crujidos de muebles, traqueteos de puertas y esa clase de cosas, así que no le presté atención en ese momento. Fue solo después cuando recordé haberlo oído y a lo mejor no tuvo nada que ver con el robo. En fin, solo lo menciono porque ha dicho usted que le diese todos los detalles que pudiera.

—¿Qué tipo de ruido fue? —preguntó *sir* Clinton.

Ernest se mostró desconcertado.

—¿Qué tipo de ruido fue? Bueno, un ruido, ya sabe. Un... un... —Parecía que su propia lengua materna le resultaba demasiado limitada—. Fue un ruido, ¿me entiende?

—¿Una voz? —sugirió el jefe de policía.

—No, una voz no. Un ruido, como un clic o un golpeteo o algo similar. No sé si me explico.

—¿Y después de eso?

—Bueno, no le di importancia. En una casa como esta se oyen a menudo ruidos raros por la noche. En realidad, no me llamó la atención. Estaba interesado en lo que he comentado del talonario, así que no me preocupé por aquel sonido.

Wendover se sorprendió ante la paciencia de *sir* Clinton, cuyo rostro no mostraba ninguna señal de aburrimiento. De hecho, parecía profundamente interesado.

—Lo siguiente que recuerdo fue que me entró sueño. Ordené los papeles, volví a meterlos todos en la caja fuerte y la cerré. Entonces pensé que debía irme a la cama. Siempre salgo a respirar algo de aire fresco antes de meterme en mi habitación por las noches, si no está lloviendo, así que me acerqué a la ventana y miré fuera. Estaba todo bastante seco y me decidí a dar mi paseo de siempre. No fui lejos, claro, solo una vuelta cerquita de la casa. Me parece que un poco de aire fresco le aclara a uno los pulmones y le hace dormir mejor después. Creo mucho en el aire fresco. Odio estar en una habitación sofocante, necesito tener siempre las ventanas abiertas.

—Entonces, ¿salió de la casa?

—Sí. Me puse un abrigo ligero y un gorro y abrí la puerta principal. Estaba cerrada con llave. No sé si eso puede ser importante.

*Sir Clinton* no hizo ningún comentario audible.

—Salí al jardín y paseé alrededor de la casa. En esas, llegué bajo la ventana de la habitación en la que Neville, mi hermano, había estado durmiendo los días que pasó aquí. Y, ¿sabe qué?, me encontré con una escalera pegada allí a la pared y apoyada en el alféizar de la ventana de Neville. Y cuando miré hacia arriba, ¡la ventana estaba abierta!

El jefe de policía lo interrumpió entonces.

—¿Había luz en la habitación?

Ernest parpadeó desesperado unos instantes.

—¿Había luz? Quizá la hubiese. ¿Te dije algo de alguna luz, Stenness, cuando te desperté? ¿No? Bueno, creo que no había luz. Quizá la hubiese, pero ahora que me pongo a pensarlo no recuerdo verla. No, estoy casi seguro de que la luz eléctrica no estaba encendida en la habitación. Me habría dado cuenta. La habría visto de inmediato. No, no había luz.

Wendover intervino con una sugerencia.

—A lo mejor los ladrones le oyeron llegar y la apagaron.

*Sir Clinton* evidentemente había escuchado ya todo lo que quería saber sobre la luz.

—¿Y qué ocurrió a continuación, señor Shandon?

—Cuando llegué a la escalera, me dije: «Ladrones». Acuérdense de que estuvo usted hablando sobre lo fácil que resultaría entrar en Whistlefield esa misma tarde, en el museo. Entonces tuve una idea. Quité la escalera todo lo sigiloso que pude. Así evitaría que volviesen a salir por la ventana, ¿entiende? Y luego regresé a la puerta principal, entré y desperté a Stenness y al joven Torrance. Estaba muy nervioso, entiéndame. Cualquiera lo habría estado, después de un sobresalto como ese.

Cogió otro cigarro y lo encendió con cuidado. Cuando iba a continuar con su narración, el jefe de policía lo detuvo y se dirigió a Stenness:

—A lo mejor podría usted darnos su punto de vista, señor Stenness.

—Me había ido a la cama a la hora habitual y me quedé dormido. Me despertó alguien que llamaba a mi puerta y, cuando me levanté, vi que era el

señor Shandon. Me dijo que había ladrones en la habitación en la que descansaba el cuerpo del señor Neville Shandon. El señor Shandon llevaba puesto un gorro y un abrigo ligero. En cuanto me hubo despertado, se marchó a levantar al señor Torrance. Miré el reloj. Eran las dos y treinta y cinco de la madrugada. Cogí el atizador que tenía junto a la chimenea y salí de mi habitación. El señor Torrance estaba también allí fuera para entonces. Le sugerí que sería mejor que cogiese él también un atizador, o si no, que bajase a la armería y se hiciese con algo mejor. Cogió un atizador. Entonces, los tres fuimos hasta la habitación de Neville Shandon. La puerta estaba cerrada con llave, pero irrumpimos sin hacer demasiado ruido. Es una puerta vieja y el cierre no encajaba muy bien. No había luz en la habitación cuando llegué.

—Estoy casi seguro, ahora que lo pienso otra vez, de que no había ninguna luz en la ventana —empezó de nuevo Ernest—. No podría haber evitado verla, ¿no? Por supuesto, el resto de la casa estaba por completo a oscuras, así que si esa ventana también lo estaba, no me habría fijado en ella y no la recordaría, pero si hubiese estado iluminada, me habría dado cuenta de inmediato.

Stenness no tomó en cuenta la interrupción.

—Era evidente que alguien había estado en la habitación. Todo estaba patas arriba. Habían rebuscado en los cajones y habían esparcido todo el contenido, y el maletín de Neville Shandon había sufrido el mismo trato. El lugar entero parecía una leonera.

—¿Y averiguaron qué habían estado buscando los ladrones?

—Bueno, el maletín lo habían abierto a la fuerza y la mayoría del contenido estaba tirado por el suelo. Se habían dado mucha prisa en hacer su trabajo. Y la cartera de Neville Shandon estaba tirada en un rincón de la habitación, como si alguien hubiese examinado el contenido y la hubiera descartado.

—¿Y el dinero? La billetera se encontraba encima del tocador. Yo mismo la puse allí cuando registré el cuerpo ayer.

—Había algunos billetes por el suelo, entre el resto de las cosas. No los conté. De hecho, no toqué nada. Pensé que sería mejor que viese usted las cosas tal y como estaban.

—¿La ventana seguía abierta?

—Sí.

—Da la impresión por tanto de que el ladrón (o los ladrones) se marchó antes de que el señor Shandon viese la escalera. Se largaron y dejaron la escalera donde estaba. ¿Y la llave de la puerta?

—No ha aparecido.

—¿Y qué pasó después de eso? ¿Por qué no llamaron de inmediato a la policía?

Stenness reprimió una sonrisa sardónica con evidente dificultad.

—El señor Shandon se iba a ocupar de esa parte. Yo volví a mi habitación, me puse algo de ropa y seguí despierto leyendo hasta que se hizo de día. No habíamos levantado al resto de la gente de la casa.

*Sir Clinton* se dirigió a Ernest.

—¿No logró ponerse en contacto con la comisaría, señor Shandon? Tendré que encargarme del asunto. Es una cosa muy grave por parte de mis subordinados.

Ernest parecía haberse quedado totalmente de piedra ante ese aspecto de la cuestión.

—Bueno, *sir Clinton*, supongo que debería haber llamado a la policía, pero era muy tarde, ya sabe usted. Tenía un sueño terrible, y conforme iba andando, me metí en mi habitación. Estaba muy abatido por todo aquel asunto. Nunca antes me había ocurrido, entiéndame. Y, no sé cómo, debí de empezar a desvestirme sin pensar mucho en ello... Ya sabe usted cómo hace uno las cosas cuando no es muy consciente... —Entonces, con una sinceridad encantadora, admitió la verdad—: Me metí en la cama. Y pasados unos minutos, recordé que debía haber llamado a la policía. Pero eso habría supuesto salir de la cama otra vez y ponerme algo de ropa para bajar hasta el teléfono. Habría sido un fastidio enorme. Y no me pareció que importase mucho en realidad. Así que mientras lo pensaba, me quedé dormido. Pero le he llamado en cuanto me he despertado esta mañana.

*Sir Clinton* no hizo ningún comentario sobre el modo de proceder de Ernest. Había obtenido toda la información que necesitaba, aparentemente, ya que en ese momento se dirigió a Stenness y le sugirió que subieran juntos a ver la escena del robo.

La habitación de Neville Shandon corroboró la descripción hecha por Stenness. Parecía que lo habían revuelto todo y dejado de cualquier manera. El suelo estaba cubierto por una masa confusa de ropa, papeles, el contenido de los cajones y otras cosas. Era como si hubiesen registrado el lugar entero con unas prisas frenéticas en busca de algún objeto. No obstante, si el rastreador había tenido éxito o no en su empresa era en apariencia un dilema irresoluble.

El jefe de policía se acercó a la ventana aún abierta y examinó el alféizar.

—Las marcas de los extremos de la escalera siguen aquí, se ven bastante claras, y ahí está la escalera misma, en el suelo —le indicó a Wendover; seguidamente, le hizo gestos a Stenness para que se acercase—. Supongo que es una de las escaleras de la casa, ¿no?

El secretario la examinó.

—Sí, da la casualidad de que la reconozco. Los jardineros la utilizan y la guardan en algún sitio de la finca.

—Hay algo de tierra en el alféizar —advirtió *sir* Clinton—. Debió de pegárseles a las suelas en el parterre donde descansa el extremo de la escalera.

—También hay un poco aquí en el suelo —señaló Stenness.

—Ya veo —confirmó el jefe de policía—, pero esa la pudo traer consigo el señor Shandon cuando entraron ustedes aquí. No se le puede conceder mucha importancia.

No dijo nada más y se contentó con una inspección minuciosa de la habitación.

—Creo que he visto ya todo lo que quería ver —constató al fin—. Por cierto, no tendrán una llave del laberinto, ¿no? He reparado en que las puertas de hierro que hay en todas las entradas tienen cerrojos. Quisiera bajar allí ahora mismo y echar un vistazo.

—Puedo conseguirle una llave, creo —respondió Stenness, dubitativo—, aunque siempre lo dejan abierto. Nunca ha estado cerrado con llave en ningún momento, que yo sepa.

—Bueno, perfecto, entonces —se apresuró a decir *sir* Clinton—. Wendover, creo que nos vamos a ir marchando ya. —Fue como si en el

último momento lo asaltase una idea—. Si tiene miedo de que le molesten más ladrones, señor Shandon, apostaré a un par de agentes para vigilar Whistlefield. Aunque en realidad no creo que haya ninguna posibilidad de que sufran un nuevo intento de este tipo. Parece que en este han hecho un trabajo muy minucioso, a juzgar por el estado en el que han dejado el lugar.

Ernest parecía bastante avergonzado ante la propuesta del jefe de policía. Era muy obvio que reconocía no haber brillado como héroe durante la aventura nocturna.

—No, no creo que los necesitemos, *sir* Clinton. Creo que nos arreglaremos sin ellos, de verdad. Por supuesto, uno se siente algo nervioso. Supongo que es bastante comprensible, cuando las cosas se han sucedido así, todas a la vez. Pero pese a todo, no creo que necesitemos de verdad una guardia. Si piensa usted que no es probable que vuelva a ocurrir, estoy dispuesto a asumir su punto de vista, muy dispuesto, se lo aseguro. Como ha dicho usted, no hay ningún motivo por el que deban volver. Habrán conseguido lo que querían. Seguro que lo han conseguido, creo. No, es muy poco probable que vuelvan otra vez.

Mientras bajaban las escaleras, Sylvia Hawkhurst se cruzó con ellos.

—Le estaba buscando, *sir* Clinton. Adivine qué se dejó anoche.

El jefe de policía meneó la cabeza dubitativamente.

—Nunca he sido bueno con las adivinanzas, señorita Hawkhurst. ¿De qué se trata?

—¡La lata de dardos! La puso en la repisa de la chimenea del museo y por casualidad la vi esta mañana cuando entré.

La cara de *sir* Clinton dejó ver su enfado ante ese despiste. Obviamente, nadie se animó a decir nada al respecto.

—Se la traeré en un segundo —añadió Sylvia, mientras salía apresurada.

Stenness miró al jefe de policía, como sometiendo a revisión su juicio sobre él. Wendover se quedó totalmente de piedra por ese giro de los acontecimientos.

—Aquí la tiene —dijo Sylvia al regresar junto a ellos de nuevo—. Estaba donde la dejó. Será mejor que cuente los dardos para asegurarse de que no se ha perdido ninguno, aunque yo no he abierto la lata en ningún momento. Me

daban demasiado miedo.

*Sir* Clinton siguió aquella sugerencia y encontró el total correcto. Cerró la lata con cuidado y se la guardó en el bolsillo.

—Gracias, señorita Hawkhurst. Ha sido una negligencia por mi parte. Pero no ha ocurrido nada malo, ya que usted se ha ocupado de ellos por mí.

Tras cruzar unas palabras sobre los hechos de la noche anterior, el jefe de policía se despidió.

—Ve por la carretera que lleva a la entrada este, Escudero —le pidió a Wendover mientras este pisaba el embrague.

—Vaya con el detective inteligente —replicó su amigo con desdén—. Primero, corriendo para cortar un posible suministro de curare y, en mitad de todo eso, vas y te dejas una caja entera de dardos letales por ahí para que la cojan este, el otro o el de más allá. ¡El colmo, diría yo!

—Ha sido una negligencia absoluta —admitió *sir* Clinton, mordiéndose el labio.

—¡Una negligencia! —repitió Wendover como un eco, en tono irrespetuoso—. No se me ocurre cómo terminaste haciendo una cosa como esa. ¡Madre de mi vida! ¡Dejarse algo así sobre la repisa de una chimenea!

El jefe de policía se sonrojó.

—Mira, Escudero, soy capaz de decirme a mí mismo «Eres un imbécil redomado» todas las veces que necesito escucharlo ahora mismo, sin tu ayuda. No te imaginas cómo me siento. No metas el dedo en la llaga, sé un buen amigo.

Wendover nunca había visto antes a su amigo tan perturbado y puso fin de inmediato a sus acusaciones. A los pocos instantes, llegaron al laberinto y los dos bajaron del coche. *Sir* Clinton encabezó la marcha hasta la entrada por la que habían ido la tarde anterior.

—Será mejor que vaya yo delante. Conozco el laberinto y tú no. Sígueme —dijo Wendover.

*Sir* Clinton no prestó atención y se mantuvo a la cabeza. Para sorpresa del Escudero, no se le vio titubear, sino que se abrió camino por el laberinto sin dificultad alguna. Cuando llegó al centro, se dirigió a su acompañante:

—Esto es solo para enseñarte que cualquiera puede abrirse camino aquí si

mantiene la cabeza fría. Lo memoricé todo cuando Stenness nos fue guiando ayer: primera a la derecha, tercera a la izquierda y demás. Así que, ya ves, el asesino pudo habérselo grabado en la cabeza sin dificultad, si de primeras tuvo a alguien que le enseñase a seguir el hilo.

Echó un vistazo al centro y a continuación dio la vuelta hacia donde se encontraba la aspillera en el seto exterior. Al hacerlo, emitió una exclamación de disgusto y se pasó la mano por la cara.

—¡Aaaj! ¡Se me ha metido una tela de araña en la boca! Hay un montón de telarañas por aquí. Los setos estos deben de estar llenos de arañas. ¡Bichos asquerosos!

Al llegar a la aspillera, la examinó minuciosamente, como para intentar descubrir qué campo de visión facilitaba. Luego continuó hasta la aspillera desde la que se contemplaba el segundo centro y la inspeccionó con igual interés.

—Bueno, salgamos y echemos otro vistazo a la pista que siguió el perro — anunció secamente.

Wendover fue de nuevo tras él y salieron por la entrada cercana al río. *Sir Clinton* se acercó al árbol hasta el que los había llevado el perro y a continuación, usando los trozos de papel que había tirado por el suelo el día anterior como guía, atravesó la hierba. De nuevo en la carretera, se detuvo y se dirigió a su amigo. Parecía continuar dolido por el enfado del despiste con los dardos.

—Esta es la ruta que siguió el asesino, ¿te das cuenta? Obviamente, salió del laberinto. Luego se subió al árbol, según dijiste, creo. Sin duda, ahí arriba estaba fuera de peligro. A nadie se le habría ocurrido buscarlo entre las hojas. Y después, vino hasta aquí, se montó en su avión privado y salió volando, dado que el rastro acaba en este punto. —Observó la carretera a un lado y otro—. Fíjate, este es el único sitio en el que pudo hacerlo. Esta parte de la carretera es invisible desde casi cualquier dirección gracias a esos grupos de rododendros que la bordean.

Wendover no captó en absoluto la ironía. Comprendía bien los sentimientos de *sir Clinton*: no hacía falta echarle mucha imaginación para apreciar cómo debía sentirse un hombre tras cometer un error como el suyo. Fueron

caminando hasta el coche y avanzaron por la carretera hasta la entrada este.

Mientras conducía, el Escudero empezó a encajar los nuevos hechos del caso Whistlefield. Cuanto más recordaba el estado de la habitación de Neville Shandon, más obvio resultaba que el ladrón había estado buscando algún tipo de documento. Ante eso, su mente hizo la conexión con el fragmento roto de las notas de Neville que le habían encontrado en la mano después de morir. Y en la habitación de Roger no habían robado.

—Tiene pinta de ser un trabajo de Hackleton —comentó, casi sin ser consciente de ello.

*Sir Clinton* pareció salir de un ensueño salvaje ante esas palabras.

—¿Hackleton? Ah, ¿te refieres al robo? Encaja perfectamente, ¿verdad? — Y a continuación, con una voz más agradable de la que había usado desde el incidente de los dardos, dijo—: Discúlpame si me he desquitado contigo, Escudero. Pero ya sabes cómo odio quedar como un idiota, y así es exactamente como he quedado ahora mismo.

Wendover estaba ansioso por aceptar ese intento de acercamiento. No tenía ganas de irritar a su amigo. Al fin y al cabo, todo el mundo comete errores antes o después. Sin embargo, cuando se pusieron a charlar de nuevo, se le cruzó una idea nueva por la cabeza, aunque en esa ocasión no la expresó en voz alta.

«Clinton se apresuró a mandarme temprano a la cama anoche. Esta mañana, tenía un aspecto demacrado. Dio a entender que había hecho alguna cosa arriesgada. ¿Y si él mismo ha sido el ladrón?».

No obstante, aunque estuvo dándole vueltas a esa perspectiva del caso, sirvió de muy poca ayuda. Al final se la guardó en la cabeza, preparada por si en el futuro necesitaba echar mano de ella.

*Sir Clinton* tenía una sorpresa más para él al llegar a Grange.

—Escudero, ¿te importaría mandar a alguien con un vaso de agua hirviendo, algo de vinagre y un poco de sosa a mi habitación lo antes posible? Ahora mismo, si puede ser.

## El tercer ataque en el laberinto

Cuando *sir* Clinton bajó de su habitación, Wendover se dio cuenta de que había dominado su disgusto. Durante el almuerzo, los dos evitaron el caso Whistlefield por acuerdo tácito, pero el Escudero quedó aliviado al ver que la cara de su amigo mostraba menos ansiedad en su expresión de la que había quedado patente ante la mesa del desayuno. *Sir* Clinton solía tener el control absoluto de sus facciones y no dejaba ver más de lo que él quería al mundo, y Wendover supuso que, tras esa máscara, el jefe de policía seguía estando demasiado susceptible para que el asunto de Whistlefield fuese un tema de conversación seguro.

Tras acabar de almorzar, *sir* Clinton permaneció unos minutos fumándose un cigarro en silencio. A continuación, se dirigió a su anfitrión.

—¿Podrías prestarme el coche, Escudero? Debería bajar a la comisaría esta tarde a pedirle unos informes a quien haya de servicio. No merece la pena que me acompañes. Solo serán formalidades, sospecho, y si hay algo llamativo, te lo contaré cuando regrese.

Wendover aceptó. Su sentido del tacto le sugirió que, probablemente, *sir* Clinton prefiriese ir solo hasta que le hubiese desaparecido el último fleco de irritación.

Sin embargo, cuando el jefe de policía regresó, tenía pocas noticias de importancia.

—Por el momento, no hay indicios de los ladrones —admitió—. Llamé a la policía desde Whistlefield esta mañana y los puse sobre aviso, pero no han conseguido nada ni remotamente parecido a la sombra de una pista, aunque

tampoco es que esperasen lograrlo. Gracias a las costumbres letárgicas del amigo Ernest, el ladrón podría haber llegado hasta las Midlands antes de que mis hombres se enterasen siquiera del asunto de Whistlefield.

—Supongo que han hecho todo lo que han podido.

—Para un equipo local que tiene que manejar un asunto como este, lo han hecho muy bien, de verdad. Han estado indagando en todas las estaciones de trenes de la zona y no han sacado nada. Ni rastro de una persona sospechosa que salga de ahí. También han hecho lo que han podido con los coches, aunque eso, claro, ha sido casi un fracaso. No se puede esperar que lleven un recuento de todos los coches que pasen por la carretera. Y han efectuado una búsqueda rutinaria en los jardines de Whistlefield para descubrir cómo se llevó a cabo el robo, pero también eso quedó en nada.

—¿No había huellas en el parterre? —preguntó Wendover.

—Una o dos impresiones rectangulares perfectísimas, eso es todo. Evidentemente, el tipo se ató trozos de cartón bajo los zapatos. Nadie tiene ni idea del tamaño de su pie. Y, por supuesto, el amigo Ernest pisoteó todo el parterre en su esfuerzo por quitar la escalera con el menor trabajo para él. No exageró cuando dijo que estaba nervioso. Parece que se limitó a darle un empujón y dejarla caer de cualquier manera: aplastó algunas flores en la caída. Si los ladrones seguían arriba en la habitación, debió de ponerlos en alerta de inmediato.

—¿Crees que a lo mejor se escaparon por la casa y se mantuvieron escondidos mientras Stenness y los demás irrumpían en la habitación?

—Bueno, las puertas se pueden cerrar por los dos lados, ¿no?

Wendover reflexionó un momento.

—Es una pena que a Stenness no se le ocurriera registrar la casa al no encontrar a nadie en la habitación.

—Demasiado tarde para entonces, Escudero. Ningún ladrón perseguido esperaría en el lugar ni un segundo de más si lo pudiese evitar. Habría bajado por las escaleras de inmediato para salir por las ventanas de la planta baja, en el lado opuesto de la casa.

—Pero, entonces, habría dejado alguna ventana abierta tras él.

—Y quizá lo haya hecho. Nadie puede jurar que todas las ventanas

estuviesen cerradas con pestillo ayer por la noche. La gente de Whistlefield es bastante poco cuidadosa.

La mente del Escudero se aferró a lo que, a su juicio, era lo más relevante.

—¿Qué quería el ladrón? ¿Qué buscaba, Clinton?

El rostro del jefe de policía se volvió inescrutable, aunque Wendover no pudo evitar notar algo de ironía en la respuesta.

—Qué cántico entonan las sirenas, o qué nombre adoptó Aquiles al ocultarse entre las mujeres... Pese a ser preguntas enigmáticas, no se quedan más que en una conjetura —citó—. *Sir Thomas Browne* sabía de lo que hablaba. Qué buscaba el ladrón, aunque sea algo enigmático, no se queda más que en una conjetura, Escudero. El campo está abierto, por si quieres entrar a jugar.

Wendover aceptó la ironía como prueba de que a *sir Clinton* se le había pasado por completo el enfado.

—Bueno, pues entonces yo conjeturo que el ladrón estaba a sueldo de Hackleton, como el asesino, y que iba en busca de más notas de Neville Shandon sobre el caso. No hay más que ver cómo lo revolvieron todo. No hay más que ver que dejaron intacto el dinero. Eso no es lo esperable en un ladrón normal.

—No, así es —admitió *sir Clinton*—. Pero no me vas a tirar de la lengua. Continúa con tu conjetura, Escudero y, si no funciona, puedes probar con las suposiciones o las especulaciones como cambio de ocupación. Pensar ejercita el cerebro, así que en ningún caso saldrás perdiendo.

—Eres exasperante por momentos, Clinton, de verdad —afirmó Wendover, sin rastro alguno de irritación.

—Si eso es lo primero que sacas de pensar, yo de ti no lo adoptaría como pasatiempo —respondió en tono animado el jefe de policía—. A lo mejor provoca mal humor entre los vecinos. —Se acercó entonces a la ventana, posiblemente para ocultar su expresión, antes de lanzar su siguiente píldora informativa—. Tuve tiempo de pasarme por la finca de tu amigo Ardsley también, de camino a casa.

Wendover mordió el anzuelo de inmediato.

—¡Ah, vaya! Espero que te enseñara sus mejores especímenes, ¿una rana

con el cerebro ensartado, quizá, o un perro machacado? No arquees las cejas así, Clinton. No me gusta ese tipo.

—Casi lo habría adivinado por el modo en el que hablas. Pero ten en cuenta, Escudero, que incluso la más mezquina de las criaturas de Dios puede tener una utilidad. Y Ardsley la tiene para mí —añadió espontáneamente—, así que no vayas a poner las cosas demasiado desagradables si te lo cruzas en algún momento.

Wendover soltó un gruñido a medio reprimir.

—Uno se junta con un montón de gente rara cuando empieza a mezclarse con policías, parece ser —se quejó, medio en serio, medio en broma.

Antes de que *sir* Clinton pudiera responder, sonó el timbre del teléfono con intensidad.

—Me apuesto nueve a cuatro a que llaman de Whistlefield —sugirió el jefe de policía—. Iré yo.

Salió de la habitación y Wendover esperó inquieto el resultado de la conversación. Duró unos minutos, de lo que el Escudero dedujo que debía de tratarse de algo relacionado con Whistlefield, pues *sir* Clinton no tenía amigos en el vecindario. Cuando el jefe de policía regresó, su anfitrión levantó la vista con una cierta corazonada. Las noticias llegadas de Whistlefield no habían sido muy alentadoras últimamente y temía que algo más pudiese haber pasado.

—¿Habías aceptado la apuesta? —le preguntó *sir* Clinton—. Si es que sí, me debes unos billetes. Era Whistlefield al aparato, como me esperaba. Como esto siga así, mejor será que digamos en centralita que dejen su clavija metida en nuestra conexión de forma permanente y les ahorraremos molestias a todos.

—¿Qué ha ocurrido ahora? —quiso saber Wendover, ansioso.

—Un intento de asesinato esta vez. Tu amigo Ernest ha llamado para contármelo. Han intentado que él fuese el siguiente, pero huyó como un cordero del matadero y parece haber salvado el pellejo. Eso sí, se encuentra en un estado deplorable —continuó *sir* Clinton y su voz adquirió un tono de desdén—. Un tanto de desesperación mezclada con terror, diría yo. Casi se me echa a llorar en el auricular. Lo oía al otro lado del teléfono, jadeando sin

aliento. Se le han resentido bien los nervios, aparentemente. Tendremos que pasarnos a consolarlo. Vamos.

—No pareces muy preocupado por sus problemas —comentó Wendover.

—Los animalitos cobardes no tienen ninguna utilidad para mí. Deberías haberlo oído al teléfono, Wendover. Sonaba como una de esas marionetas que solían salir en el Grand Guignol.

—Incluso la más mezquina de las criaturas de Dios puede tener alguna utilidad —citó Wendover con sarcasmo.

La alegría temporal de *sir* Clinton pareció haber desaparecido.

—Una gran verdad, pese a la sorna, sin duda. Después de todo, a lo mejor llevas razón. Quizá antes de que esto termine le encontremos alguna utilidad incluso al amigo Ernest. Aunque a primera vista, no parece muy probable, ¿no?

Cuando llegaron a Whistlefield, los condujeron de inmediato al estudio, en el que encontraron a Ernest en un estado de colapso nervioso. Junto al codo tenía una bandeja con un sifón y un decantador, y la superficie del *whisky* en movimiento demostraba que acababa de servirse una copa. Al entrar ellos, el hombre se echó algo más de licor en el vaso vacío.

—Yo de usted pararía ahí, señor Shandon —le sugirió *sir* Clinton con frialdad—. Será mejor que no corramos ningún riesgo de que se confundan sus recuerdos.

Ernest apartó la mano obediente del vaso. Wendover vio que temblaba y le pareció que su estado rozaba el pánico.

—Bueno, cuéntenos la historia con la mayor brevedad posible, si no le importa —le pidió *sir* Clinton.

Ernest miró desesperado por la habitación.

—Me cuesta creer que esté a salvo. He pasado un rato..., menudo rato. ¡Horrible!

—Sí, cuéntenos.

—Después de comer, se me ocurrió bajar y echarle un vistazo al laberinto —continuó el señor Shandon—. Ya sabe usted, no había estado allí desde lo ocurrido, y pensé que podía bajar y echar un ojo al sitio. Ojalá nunca hubiese tenido esa idea. Qué rato he pasado.

Los quevedos se le resbalaron torcidos por la nariz y se los colocó bien con mucho trabajo antes de continuar.

—¡Malditos trastos! Debería comprarme unos nuevos. Siempre se me están cayendo.

—¿Y entonces? —repitió *sir* Clinton, con paciencia.

Wendover percibió que al jefe de policía le había desaparecido toda la frivolidad en cuanto había entrado de verdad en materia.

—Después de almorzar, se me ocurrió bajar al laberinto, aunque me pareció un fastidio muy grande tener que recorrer toda esa distancia y a punto estuve de descartar la idea. Ojalá lo hubiese hecho. Pero entonces pensé en la bicicleta que guardo en el garaje y en lo fácil que sería ir pedaleando. Así que la saqué y emprendí el camino por la carretera que lleva hasta la entrada este.

Extendió la mano hacia el vaso vacilante; sin embargo, la retiró de nuevo al ver el ceño fruncido de *sir* Clinton, como un niño crecido al que pillan en mitad de una travesura.

—¿Y entonces? —repitió el jefe de policía una vez más.

—Entré en el laberinto, bueno, sin pensar en ningún momento que pudiese pasar nada malo allí. Ni en sueños se me hubiera ocurrido que pasara algo, ¿me entiende? Y caminé hasta el Cenador de Elena, el lugar en el que asesinaron a mi hermano Roger, ¿se acuerda? Y cuando llegué allí, me senté. Había recorrido un buen trecho, ¿sabe? Y tenía ganas de sentarme.

—¿Había visto a alguien allí dentro o cerca del laberinto hasta ese momento?

Ernest pensó unos instantes. Su agitación, lejos de iluminarlo, parecía haberlo embotado más que nunca.

—No —respondió, dudoso al fin—. No puedo decirle que viese a alguien. No recuerdo haber visto a nadie.

—¿Y después?

—¿Por dónde iba? Ah, sí, cuando me senté. Hacía bastante calor y pensé que necesitaba sentarme. Pretendía sentarme allí y fumarme un cigarro antes de echar un vistazo por el laberinto. Estuve sentado un rato, no sé bien cuánto tiempo. Un rato, al menos. Y entonces debí de caer en un sueñecito. El sol calentaba mucho, incluso estando a la sombra del seto, ¿me entiende? Y eso

da sueño. Supongo que me quedé traspuesto. Quizá durmiese bastante rato.

—¿No sabe decirme nada más exacto que eso, señor Shandon?

—No, lo siento, pero no. En cualquier caso, fue un rato considerable, de eso estoy bastante seguro. —Volvió a extender la mano hacia el vaso—. De verdad que creo que podría continuar mejor si me tomase otra copa.

*Sir* Clinton lo miró sin ocultar su desagrado. A continuación, cogió él mismo el vaso.

—Dos dedos, entonces.

Cruzó hasta la ventana y tiró el sobrante del generoso vaso que se había servido Ernest.

—Bueno, continúe, señor Shandon. Cuanto antes nos cuente su historia, antes podré ponerme a trabajar. Debe recomponerse.

Ernest Shandon se bebió el *whisky* de un trago y luego soltó un suspiro de alivio.

—Ahora me siento mejor. ¡He pasado un rato de verdad horrible! ¿Por dónde iba? Ah, sí, que me desperté.

—¡Emocionante! —dijo el jefe de policía en tono seco—. ¿Y luego qué?

Wendover no pudo evitar darse cuenta de que el talante de *sir* Clinton se iba exasperando bajo la tensión de escuchar aquel derroche de narración dispersa. Y en esa ocasión, no había ningún Stenness a quien dirigirse para que completase la historia. Dependían por completo de la criatura impactada por el terror que tenían delante.

—Me desperté —repitió Ernest, mirándolos fijamente con los ojos abiertos de par en par, como relatando una enorme convulsión de la naturaleza—. Y justo después de despertarme, me pareció oír pasos en algún sitio, cerca. No estaba muy despabilado del todo, ¿me entiende? Y me quedé sentado escuchando unos instantes, o a lo mejor fueron más de unos instantes —añadió, en un esfuerzo evidente por ser preciso—. Y pensé para mí que podía tratarse del joven Torrance o de Stenness. Las chicas no podían ser, ¿sabe? Porque habían cogido el coche y se habían marchado a hacer unas compras a Ambledown. Eso lo sé porque ellas mismas dijeron que irían allí y yo me pregunté por qué no elegían mejor Stanningleigh, que está más cerca. Pero supongo que querían ir a alguna tienda concreta de Ambledown. Hay mejores

tiendas en Ambledown... —Un vistazo a la expresión en el rostro de *sir* Clinton lo devolvió de repente a la narración directa—. Así que grité: «¿Quién anda ahí?», justo así, ya sabe usted. Pero nadie respondió. Y entonces me empecé a preguntar quién podría ser y, justo estaba a punto de volver a gritar, cuando de repente escuché el ruido de una escopeta de viento disparar ¡y una cosa me pasó zumbando al lado, así de cerca! —Indicó con los dedos un espacio que casi le rozaba la mejilla—. Me levanté de un salto. No esperé a oír nada más. Sé tomar las decisiones correctas tan rápido como la mayoría de la gente, se lo aseguro, *sir* Clinton. Corrí lo más rápido que pude hasta la entrada ¡y entonces escuché al tipo cargando el arma otra vez! La sangre no se me heló ni nada por el estilo, pero sufrí una agonía, ¡menuda agonía!

—Claro —dijo *sir* Clinton en tono suave—. Se encontraba usted en un estado de terror desesperado. Lo entendemos perfectamente. Una situación alarmante. ¿Y qué ocurrió después de eso?

—Salí corriendo del laberinto. Por suerte, había visto dónde estaba el tipo: en la misma aspillera que había usado para matar a Roger. Ay, me mantuve en mis cabales en todo momento, conservé la cabeza fría, teniendo en cuenta cómo pintaban las cosas.

—¿Y después?

—Después eché a correr por el laberinto lo más rápido que pude. ¡Qué rato pasé! ¡Figúrese lo que era tener al tipo detrás con esos dardos!

—¿Le siguió, entonces?

—Sería lo que haría, ¿no?

—¿Quiere decir que en realidad no lo oyó?

—No, no lo oí. No esperé a oír nada. Estaba demasiado ocupado saliendo del laberinto. Por supuesto, me conozco bien el sitio, pero es complicado mantener la mente en orden en una situación así, muy complicado. Pero yo lo conseguí —concluyó orgulloso—. Me escapé de ese tipo. No llegué ni a verlo.

Los quevedos se le volvieron a resbalar con la excitación de su perorata y se los ajustó con trabajo.

—Estos trastos me están dando mucho la lata —se quejó—. Espero que sea

por la transpiración de la nariz, con todas esas carreras. Llevaba años sin correr.

—Entonces, salió sano y salvo del laberinto. ¿Qué pasó a continuación?

—Me monté en la bicicleta y pedaleé para alejarme lo más rápido posible. Menuda bendición tener allí ese aparato, ¿eh? De no haberlo tenido, quizá ese tipo me habría dado alcance en campo abierto con facilidad. Yo iba casi sin aliento.

—¿Y luego?

—Luego fui hasta el teléfono y le llamé a usted a Grange. Se me ocurrió que podría estar allí. Y si no hubiera sido así, habría probado con la comisaría.

—Muy bien, señor Shandon. Ahora hay uno o dos puntos que necesito aclarar. En primer lugar, parece que no se encontró usted con nadie de camino al laberinto, ni a la vuelta. ¿Gritó o pidió ayuda en algún momento de camino a la casa?

—No podía —admitió Ernest sencillamente—. No me quedaba aliento para gritar. No entiende usted cómo ha sido aquello, se lo aseguro.

—¿No había nadie en ninguna parte?

—No —respondió Ernest tras una pausa—. Arthur se había marchado a algún sitio. Por lo general, suele irse solo, y muy a menudo pasan horas y nadie lo ve. No sé adónde va. Torrance también estaba desaparecido. No sé decirle dónde se encontraba. Quizá se había ido dando un paseo a Stanningleigh. O a lo mejor había salido a otra parte. No lo he visto desde el almuerzo.

—¿Y el señor Stenness?

Para sorpresa de Wendover, escuchar el nombre de Stenness pareció estimular a Ernest. Fue como si le volviese a aumentar el terror, justo cuando parecía estar extinguiéndose.

—¡Stenness! Ay, Stenness... —El hombre quedó en silencio de repente, como con miedo a que se le oyese—. Un momento —masculló y se levantó de la silla.

Wendover vio que le temblaban las rodillas. Ernest caminó hasta la puerta, la abrió suavemente y se asomó con una precaución teñida de ridiculez.

—No hay nadie —explicó al regresar—. Nunca se sabe.

—¿Qué hay detrás de todo esto, señor Shandon? —quiso saber *sir* Clinton impaciente—. Si dispone de alguna información, es su deber comunicármela de inmediato. ¿Tiene algo que contarme sobre el señor Stenness?

Ernest hizo un gesto, apelando de modo lastimero a que *sir* Clinton bajara la voz.

—Se acordará usted —continuó, casi en un susurro— de que la otra noche, me refiero a anoche, a la noche del robo, yo estaba repasando los documentos de Roger. Creo que ya le he contado que eso era lo que estaba haciendo, ¿verdad? Y entre esos papeles me encontré con los talonarios de Roger y algunos recibos. Estaba mirándolos, solo para ver las cosas en las que se había gastado el dinero, las empresas con las que había tratado y demás, ya me entiende usted, y como por accidente, reparé en algo curioso. La matriz del último cheque que faltaba la habían cortado del talonario. Nunca me habría dado cuenta si no hubiera sido porque estaba mirando los números. La habían recortado con mucho cuidado, con esmero, de hecho, ¿sabe usted? Pero vi la matriz del cheque anterior numerada con el 60072 o algo así y la siguiente matriz del talonario tenía el número 60074 o similar. En la serie faltaba un número. Y había otra cosa curiosa. Miré por casualidad el último fajo de cheques devueltos que había en el cajón de Roger. Parece que no los había destruido por algún motivo. A mí no se me ocurre cuál. Pero allí estaban. Y en la serie faltaba uno.

—No hay nada de misterioso en eso —objetó Wendover—. Pudo haber sido un cheque destinado al extranjero y que aún no lo hayan devuelto al banco. Su hermano tenía intereses en ultramar.

Los ojos anodinos de Ernest se iluminaron ligeramente en un aire triunfal.

—En eso es en lo que se equivoca, Wendover. Eso es un error. Me entró la curiosidad con el asunto, porque me parecía muy llamativo. Así que miré la matriz del cheque que faltaba en el talonario de Roger y se trataba de un cheque de unos cientos de libras acreditable a sus corredores de bolsa. Eso me pareció lo más curioso, ¿no? Un cheque de ese tipo habría ido directo de vuelta al banco sin demora. Se habría abonado de inmediato, estoy seguro. ¿Verdad? Pues claro, seguro que sí, ¿lo ve usted?

*Sir* Clinton había estado siguiendo el discurso con profundo interés.

—¿Y en qué parte entra en juego el señor Stenness? —preguntó.

Ernest miró de nuevo por la habitación como temiendo que Stenness pudiese estar escondido en algún sitio.

—Bueno —dijo renuente—. Stenness tenía acceso a los documentos de Roger. Podría haberle echado mano a ese talonario, seguro. Roger era un poco descuidado, a veces. He visto ese talonario por ahí en la mesa a menudo. Recuerdo haberlo visto el martes pasado, ¿fue el martes? ¿O el miércoles? Fue por la mañana. Eso sí lo sé.

El rostro de *sir* Clinton mostraba un interés nada común en esos momentos.

—¿Y cree usted que...? —comenzó a preguntar el jefe de policía, dándole pie a Ernest a continuar.

El señor Shandon se sirvió otro vaso cargado de *whisky*, sin que nadie lo controlase en esa ocasión.

—No puedo decir que crea nada, en realidad. No quisiera ir tan lejos como para eso, entiéndame. Eso sería ir demasiado lejos. Pero le dejo caer que encontré algo curioso entre los cheques anoche. Quiero decir que ya esta mañana le hablé sobre lo que había encontrado anoche. O, más bien...

—Entiendo —dijo *sir* Clinton, rescatando a Ernest del atolladero—. ¿Y...?

—Y Stenness estaba allí cuando lo mencioné. Él sabía que yo había encontrado algo que olía a chamusquina.

*Sir* Clinton se recostó en la silla y se quedó pensativo unos momentos.

—Ya veo lo que le ronda la cabeza, señor Shandon —intervino pasado un rato—. Bueno, para explicárselo de manera fácil y que lo entienda: mientras sea usted la única persona en conocimiento de este asunto, puede representar un peligro para el responsable de eso que huele a chamusquina, tal y como lo ha expresado usted mismo. A ese hombre le podría merecer la pena ponerle a usted fuera de juego, silenciarlo, ¿no? Para encubrir de ese modo todo el asunto.

La mirada fija de Ernest demostraba que no le hacía gracia ese discurso tan simple.

—Así que el remedio es sencillo —continuó *sir* Clinton—. Basta con que le aclare a la persona en cuestión (no hace falta especificar nombres, ¿no?) que

me lo ha comentado todo a mí. Entonces no tendrá sentido seguir molestándolo a usted, ¿entiende? Estará a salvo una vez que haya hecho lo que le digo. A salvo por partida doble, en realidad, ya que cualquier posible ataque contra usted sería demasiado sospechoso. Esa es su mejor baza.

—No lo había visto de esa manera —comentó el señor Shandon agradecido—. Es un alivio, se lo digo de verdad. ¡Menudo alivio! ¿Y cree usted que no habrá posibilidades de que me vuelvan a atacar?

—Apostaría casi cualquier cosa por ello —le aseguró *sir* Clinton.

—Bueno, en cualquier caso, me quedaré metido en casa una o dos semanas —decidió Ernest, a quien le habían vuelto los miedos de repente—. Eso debería ser lo bastante seguro.

Volvió a ocuparse del decantador.

El jefe de policía tenía una pregunta más que plantear.

—¿Dónde se encontraba Stenness mientras estaba usted en el laberinto?

Ernest se puso en pie con el vaso detenido camino de la boca mientras reflexionaba sobre el asunto.

—No lo sé —admitió al fin—. No sé decirlo, la verdad. Lo dejé aquí, trabajando con los documentos de Roger, y le dije que iba al Cenador de Elena. Pero cuando regresé, ya no estaba aquí. Había guardado los papeles. No sé dónde ha ido.

—¿Ah, sí? —dijo *sir* Clinton pensativo.

En todo caso, el jefe de policía no hizo más comentarios.

## Las teorías del Escudero

—Vamos a echarle otro vistazo al laberinto, Escudero, si no te importa hacer una parada allí.

Wendover asintió. Esperaba oír esa sugerencia.

—No parecías rebosar compasión por Shandon —comentó.

—El amigo Ernest me exaspera —admitió con sinceridad *sir* Clinton—. ¿Has visto alguna vez a un hombre en ese estado? Nunca he podido soportar ese tipo de cosas. —A continuación, como si sintiera que había sido demasiado duro con Ernest, añadió con indiferencia—: Claro que ha pasado media hora muy mala.

—Admiro cómo te refrenas con el lenguaje —dijo Wendover con una sonrisa—. De todos modos, Clinton, creo que estás siendo un poco severo con el pobre, entiéndeme. ¿Qué iba a hacer sino correr? Yo mismo habría corrido y no me habría hecho el tipo duro.

—Ah, y yo igual —reconoció el jefe de policía en tono despreocupado—. No han sido las carreras lo que me ha echado para atrás.

—Te refieres a que hay formas y formas de correr, por así decirlo, ¿no?

—Correcto. Fíjate en el caso de esa joven que estaba en el laberinto cuando se cometieron los asesinatos, la señorita Forrest, digo. Tenía el mismo derecho que Ernest a ponerse histérica. No diré que se mostrase fría como el hielo cuando la vimos, y no era de esperar tal cosa. Pero mantuvo los nervios controlados. No llegó después a la casa llorando en estado de pánico.

—No, eso es cierto —confirmó Wendover—. Esa muchacha valdría por doce Ernest Shandon si hiciera falta. Mantuvo la cabeza fría e hizo

exactamente lo que había que hacer.

—Así es. No estuvo pensando todo el rato en su propio pellejo, como el amigo Ernest.

—¿Qué pasa con todo ese tema de Stenness? ¿Es simplemente una tontería que Ernest ha soltado en mitad de su ataque de pánico, o hay algo más?

—Ahí está el laberinto —lo interrumpió *sir* Clinton, cortándolo abruptamente—. Propongo que aplacemos el debate hasta esta noche después de la cena, Escudero. No quiero ninguna distracción durante los próximos minutos, si no te importa.

Entraron en el laberinto y avanzaron hacia el Cenador de Elena. Cerca de la entrada, Wendover se detuvo de repente y señaló el sendero a sus pies.

—Pero ¡bueno! ¡Mira, Clinton! Hay un trozo de hilo negro en el suelo.

Se agacharon y examinaron la fibra.

—Seda normal de costura sacada de una bobina, obviamente.

*Sir* Clinton no desveló nada más. Wendover creyó adivinar que aquello escondía otra cosa.

—¿No ves lo que es, Clinton? ¡El hilo de Ariadna! Es un hilo que el asesino debe de haber estado usando para encontrar rápido la salida del laberinto.

—Ya te demostré antes que el laberinto no tiene dificultad alguna una vez que has llegado al centro.

El Escudero tenía su respuesta preparada.

—Sí. Pero si fueses el asesino, tendrías que salir con prisas, ¿no? Y a lo mejor perdías la concentración. Cualquiera podría confundirse en ese estado de frenesí. Así que tomó la precaución de dejar el hilo hasta la salida, y no tenía más que seguirlo y enrollarlo al irse. Y esta vez un trocito se quedó enganchado en algún sitio... Mira, este extremo está liado en el seto... Entonces lo rompió y tuvo que dejarlo atrás. Cuando asesinaron a los Shandon, probablemente el criminal lograra enrollar el hilo entero y por eso no dejó rastro alguno.

—Suena plausible —comentó *sir* Clinton cortante—. También podríamos recoger la muestra, aunque en realidad no tiene nada de característica. Los trozos de hilo son todos casi iguales.

—Sherlock Holmes a lo mejor habría sacado más de ello —dijo Wendover,

bastante resentido por el trato dado a su descubrimiento.

—Sin duda. Pero él no está aquí, ¿y qué podemos hacer nosotros? Nada más que avanzar a trompicones lo mejor que sepamos. Y eso es lo que estoy haciendo, Escudero.

Entraron en el diminuto cercado que era el Cenador de Elena y la mirada de Wendover se vio atraída de inmediato por un destello en la hierba, cerca de una de las sillas. Se acercó y recogió una petaca para cigarros plateada. *Sir Clinton* extendió la mano para que se la entregase y observó su exterior.

—Tiene un monograma grabado: «E. S.». Obviamente, es del amigo Ernest. Acuérdate de que mencionó que estaba fumándose un cigarro aquí. A lo mejor se puso la petaca sobre la rodilla y, cuando empezó la maratón para salvarse, se le cayó en un salto sin darse cuenta.

Sostuvo la petaca en la mano y pareció prestar una atención especial a un punto concreto. Al final, tomó una decisión y se dirigió a Wendover.

—Creo que no vamos a comentar nada de esto durante un par de días, Escudero. A lo mejor mando la petaca a Londres a que la examinen, a lo mejor. Aún no lo tengo claro. Pero de momento, no vamos a contar que la hemos encontrado. Entretanto, el amigo Ernest podrá sacar sus cigarros directamente de la caja. No será una gran adversidad para él.

—¿Crees que quizá el asesino la cogiese y que podrías obtener sus huellas de ahí? Es una superficie bien lisa.

*Sir Clinton* levantó la vista de la petaca con un brillo divertido en sus facciones.

—Quedas al mando del Departamento de Especulaciones, Suposiciones y Conjeturas de esta empresa, Escudero. Yo no soy más que un humilde empleado de la Sección Silencio y Mutismo, dirección telegráfica: «Bocacerrada».

Wendover aceptó la reprimenda tácita con una protesta.

—Bueno, vale, haz las cosas a tu manera. Se me había olvidado que no debía esperar nada de tu parte.

El jefe de policía envolvió con cuidado la petaca en su pañuelo y se la guardó en el bolsillo antes de hacer nada más.

—Creo que ahora será mejor que vayamos a echar un vistazo a la aspillera

de nuevo —sugirió—. Aunque diría que es poco probable que haya cambiado demasiado desde la última vez que la vi. De todos modos, tengo la ligera sensación de que Sherlock habría encontrado algo allí y quizá tú seas capaz de verlo, aunque yo no pueda. Eso es lo peor del trabajo de un detective: hace falta buen ojo para los detalles y yo nunca lo he tenido.

Con un aire de profunda solemnidad, encabezó la marcha hacia el lado exterior del seto, se acercó a la aspillera y pasó un rato asomado a ella.

—No —admitió finalmente alicaído—, parece que está igual que cuando la vi la última vez. —Metió la mano en el hueco—. Ni siquiera hay un nido ni nada por el estilo —anunció desconsolado—. Ay, necesitamos a Sherlock, lo necesitamos. Él habría encontrado ceniza de tabaco o algo así, sin duda. Y yo no veo nada. Echa un vistazo tú, Escudero.

Bastante irritado por toda la burla, Wendover se agachó un poco y fijó la mirada en la aspillera. Tuvo que confesar que no veía nada que sugiriese lo más mínimo.

—¿No hay ninguna rama rota en el lugar donde el asesino pudiera tener apoyada la escopeta de viento? —preguntó *sir* Clinton—. Mira bien; vale lo mismo echar dos miraditas que una. Para una hora hay precios especiales, si quieres... ¡Aaaj! ¡Malditas arañas! Las telarañas estas están por todas partes, ¡qué cosa tan asquerosa!

Se frotó la mano contra el seto mientras Wendover sonreía ante el fastidio de su amigo.

—Merecido te lo tienes, Clinton. Así se te pasará la vena guasona.

El jefe de policía parecía absorto en quitarse los filamentos que le quedaban en la mano.

—Una pena que Sherlock no esté aquí —dejó caer en tono pesaroso—. Se hizo entomólogo o algo así al jubilarse. A lo mejor él sabría decirnos qué utilidad terrenal pueden tener las arañas.

—Mantienen a raya las moscas —dijo Wendover instructivo.

—Con que eso hacen... ¡Qué idea tan brillante! Ojalá se me hubiese ocurrido a mí. ¡Mantienen a raya las moscas!

—Cuando hayas terminado con las gracietas, a lo mejor podrías seguir con tu trabajo, Clinton. Se supone que deberías estar identificando asesinos, no

dando charlas sobre insectos.

*Sir* Clinton abandonó de inmediato el tono burlón.

—Tienes razón. Habría que salir ya camino de la comisaría.

—¿No vas a hacer nada más aquí?

—No.

—¿Y si te traes al perro a ver si puede descubrir algo?

—El perro no tendría nada que hacer en este caso —sentenció su amigo—. Sería una pérdida de tiempo.

—Bueno, parece tener las ideas más que claras al respecto —dijo Wendover, algo perplejo—. Supongo que eres tú el que sabe. Pero, en mi opinión, merecería la pena probar.

*Sir* Clinton no dio respuesta alguna y se limitó a encabezar la marcha por el laberinto hasta el coche.

—Nos pasaremos por la comisaría de camino a casa, Escudero, si tienes a bien acercarnos hasta allí. Estoy a la espera de algunos informes. Y habría que mandar aquí a algunos hombres para que busquen cualquier cosa que se haya podido quedar atrás, aunque eso no es tan importante. Por cierto, supongo que a estas alturas ya sabes quién es el asesino, ¿no? —añadió el jefe de policía con indiferencia, ante lo que Wendover solo pudo expresar asombro—. En fin, has tenido todas las oportunidades posibles —concluyó *sir* Clinton sin aclarar nada más.

—Si sabes quién es, ¿por qué no lo arrestas de inmediato? —preguntó Wendover.

—Hay un abismo entre saber una cosa y poder demostrarla —respondió cauto el jefe de policía.

En la comisaría, *sir* Clinton bajó del coche y entró a hacerles unas preguntas a sus subordinados. Pasados unos minutos, estaba de vuelta con unos documentos en la mano y continuaron el camino hasta Grange.

—Tengo el tiempo justo de llamar a Ardsley antes de subir —afirmó *sir* Clinton al llegar.

A continuación, desapareció en dirección al teléfono. Wendover se percató de que en aquella ocasión el jefe de policía cerraba la puerta de la habitación tras él, en vez de dejarla entornada como había hecho otras veces. Así no se

escaparía ni una palabra durante la conversación.

«Me pregunto qué se trae entre manos con ese Jack el Destripador frustrado. Bueno, a lo mejor me cuenta algo después de cenar», especuló intranquilo Wendover mientras subía a vestirse.

No obstante, cuando se hubieron acomodado en las butacas tras la cena, descubrió que *sir* Clinton, evidentemente, pretendía invertir los papeles.

—En fin, Escudero, tú no tienes ninguna limitación por secreto profesional. ¿Qué has deducido de todo el asunto hasta el momento?

—Ya veo. Yo voy a hacer de Watson y luego tú demostrarás lo ridículo que soy. No me entusiasma la idea.

El jefe de policía se apresuró a tranquilizarlo.

—No pienso burlarme de ti simplemente por gusto de hacerte sentir incómodo, Escudero. De verdad que sería de gran ayuda si pudiera ver las cosas desde otro punto de vista distinto. Sabe Dios que no soy infalible, y a lo mejor tú das fácilmente con algo que arroja una nueva luz sobre las cosas y me ahorra cometer un error enorme.

La evidente sinceridad de esa declaración bastó para aplacar a Wendover. Había estado meditando mucho sobre el caso Whistlefield y tenía la sensación de que, pese a no poder sugerir una solución demostrable al misterio, al menos sí era capaz de ofrecer una cantidad considerable de juicio crítico que imponer a las evidencias disponibles.

—Las cosas a las que tenemos que dar respuesta son, en primer lugar, el asesinato de los dos Shandon —empezó—; en segundo, el robo; en tercer lugar, el ataque contra Ernest Shandon; y por último, el llamado «olor a chamusquina» del cheque.

—Correcto —admitió *sir* Clinton—. Pero supongamos que dejamos fuera el asunto del cheque por el momento. En realidad, no sabemos todavía nada definitivo al respecto.

A Wendover no le satisfizo esa condición.

—A mí me parece un elemento esencial en todo el esquema. Déjame que plantee el caso tal y como yo lo veo. Hackleton está detrás de todo el asunto, eso lo asumo, pero se ha estado sirviendo de un esbirro, que ha ido más allá de las instrucciones de Hackleton y ha estado actuando por su cuenta hasta

cierto punto. Creo que así encajan todas las piezas del caso.

El jefe de policía parecía inclinado a discutir esa conclusión, pero se contuvo y se limitó a asentirle a su anfitrión para que continuase.

—Creo que sé cuál es tu objeción —prosiguió Wendover—. Querías haber dicho: «¿Por qué mataron a los dos Shandon cuando la única muerte esencial para Hackleton era la de Neville?». Sin embargo, hay una explicación muy plausible para eso. A un hombre no se le puede colgar dos veces. Por tanto, si alguien decide cometer un único asesinato, bien puede decidir cometer dos. El castigo es el mismo sea cual sea la cantidad. Y si puede cometer dos con igual impunidad (como en el laberinto), ¿acaso no se le habría podido ocurrir que dos asesinatos serían un problema más difícil de resolver que uno solo, en estas circunstancias en concreto? ¿No es el doble asesinato lo que está planteando el mayor problema? Por supuesto que lo es. Si hubiesen asesinado solo a uno de los Shandon, habríamos sabido de inmediato en qué línea buscar. Pero ahora mismo no lo sabemos. ¿Por qué no iba a haber reparado el asesino en ese mismo aspecto y aprovecharlo?

*Sir Clinton* asintió.

—Eso es ingenioso, Escudero. Y no estoy siendo irónico.

—Yo me decantaría por esa solución, más que por las otras posibles. Si la descartas, tienes que asumir que dos asesinos independientes, usando el mismo método poco común, eligieron actuar de forma simultánea. Las probabilidades de que ocurriera tal cosa son remotísimas. Otra alternativa es que creas que hubo dos asesinos trabajando en colaboración y que los dos pensaron que tenían delante a la víctima correcta. Pero no termino de tragarme la idea de que fuese un asunto colaborativo. La tercera solución es que el asesino confundiese a un hermano con el otro, que matara primero a Roger y luego tuviese que matar a Neville para cumplir con las instrucciones que le habían dado. Quizá solo contara con una descripción general de Neville Shandon para empezar y se equivocase de persona.

—No tengo claro que Hackleton hubiese dejado un vacío así —lo interrumpió *sir Clinton*—. Habría sido fácil hacerse con un retrato de Neville para dárselo al asesino. Pero no merece la pena discutir sobre ese punto. El asesino conocía bien a los dos Shandon de vista. En eso voy sobre seguro.

—¿Quieres decir que el asesino era alguien cercano? ¿Cómo lo has descubierto?

—No voy a decírtelo de momento, Escudero. Disculpa por hacerme el misterioso y andar con estas historias, pero no me queda otra.

Wendover sencillamente desconfió de esa afirmación.

—Si fue cosa de alguien cercano, ¿qué era entonces el hilo negro? El hilo que encontramos en el laberinto no hace ni un par de horas.

El jefe de policía cerró los ojos como si pensara profundamente.

—Sí, claro, ¿qué era ese hilo de seda? —dijo en tono profético. Se reacomodó de repente en el asiento y sonrió a Wendover—. Diría que era un hilo del que tirar.

—Al cuerno con tus burlas —estalló el Escudero—. No pienso seguir, si vas a convertir todo el asunto en una farsa.

*Sir Clinton* se disculpó.

—Perdona. Has entendido mal lo que he dicho. Pero no perdamos el tiempo con eso. Por favor, continúa, Escudero.

Solo apaciguado en parte, Wendover prosiguió con su análisis.

—Lo siguiente es el robo. Obviamente, se trataba de obtener algún documento que pertenecía a Neville Shandon. ¿Te acuerdas del fragmento de las notas del interrogatorio que le encontramos en la mano? Consiguieron parte de sus papeles, pero claramente sospechaban que podía tener otras notas. Así que asaltaron la habitación para ver si podían encontrar algo más.

En esa ocasión, *sir Clinton* no mostró deseo alguno de criticar.

—¡Correcto! En vista de las apariencias, el robo y el asesinato de Neville Shandon encajan. Pero el problema es que la ejecución del robo demostraría que iban detrás de Neville, y eso hace del asesinato de Roger algo inútil como maniobra de despiste. Simplemente quería señalar ese escollo. No pretendo hacer una crítica, Escudero.

Wendover pensó durante unos minutos en silencio. A continuación, emitió una respuesta.

—Los dos asesinatos formaban parte de un plan prediseñado, como he sugerido antes. Pero después el asesino descubrió que no había conseguido los documentos completos, y tenía que hacerlo si era posible. Así que se

arriesgó a que el robo destapara todo el pastel.

*Sir Clinton* admitió la posibilidad de que ese hubiera sido el caso.

—Pero ¿y el ataque contra Ernest Shandon? ¿Cómo encaja eso?

—¿Qué más le da un asesinato más o menos a un hombre que ya tiene dos a sus espaldas? El ataque contra Ernest pudo ser otra maniobra de despiste más, sencillamente, como el asesinato de Roger Shandon. Supongamos que hubiesen alcanzado a Ernest esta tarde, ¿no habría embrollado eso aún más el asunto?

—Lo admito, claro. Y la verdad es que al amigo Ernest no se le habría echado mucho de menos. ¿Es esa tu teoría completa sobre el caso?

Wendover albergaba serias dudas sobre si exponer su segunda opción.

—Pudo haber sido una inocentada, claro está. Alguien con un sentido del humor bastante viciado que le tuviese algún resentimiento a la criatura y, sabiendo que era un absoluto cobarde, buscara alterarlo sin pretender hacerle ningún daño de verdad, usando solo una escopeta de viento normal. —Miró a *sir Clinton* con recelo—. Tú mismo mostraste poca preocupación por él, me pareció. En el momento pensé que te lo estabas tomando en cierto modo como una inocentada.

—Una inocentada de las buenas —dijo *sir Clinton*, sin dejar que ningún matiz asomase a su voz al hacer el comentario.

—Ahora podemos pasar a la identidad del esbirro de Hackleton —prosiguió su amigo—. Dices que se trataba de alguien que conocía el aspecto de los Shandon. Debe de haber sido una persona con permiso para moverse a voluntad por los terrenos de Whistlefield, o bien alguien que llegase a la orilla del río. Eso limita las posibilidades muy considerablemente. Roger Shandon no propiciaba que los extraños merodeasen por su finca. Los jardineros tenían órdenes de echar a cualquiera que entrase allí, a no ser que fuesen a subir a la casa por negocios. Por lo que se sabe hasta ahora, ningún extraño ni vecino estuvo en sus tierras, salvo Costock. Me crucé con uno de los jardineros y eso me contó.

*Sir Clinton* no dudó a la hora de confirmarlo.

—Eso coincide con lo que mis hombres han podido deducir.

—Entonces, quedamos reducidos a las personas de la casa, al personal de la

finca y a Costock.

—Continúa —lo animó su amigo.

Wendover se sacó un cuaderno del bolsillo y consultó algunas cifras que había apuntado mientras escuchaba los testimonios originales.

—Analizando los hechos tal y como los conocemos, queda claro que Neville Shandon no pudo haber llegado al laberinto antes de las tres y treinta y siete de la tarde, y el segundo asesinato se había efectuado antes de las cuatro y cinco de la tarde. De hecho, en realidad, según las horas hay todavía menos margen, ya que el cuerpo de Neville lo encontraron a las tres y cincuenta y dos y probablemente para entonces los dos estuviesen muertos.

—Creo que eso se puede demostrar bastante bien gracias al testimonio de Torrance —admitió *sir* Clinton.

—Significa entonces que el asesino salió del laberinto en algún momento no mucho antes de las cuatro en punto, dado que la señorita Forrest lo oyó en el laberinto después de que Torrance encontrase el cuerpo de Neville a las tres y cincuenta y dos.

—Es lo más probable, a la vista de los datos.

—Así pues, si alguien se encontraba en una situación que le impidiese estar en el laberinto a las cuatro, esa persona quedaría descartada.

—Cierto.

Wendover sacó de un aparador un mapa del distrito de la agencia cartográfica nacional, la Ordnance Survey.

—Vayamos repasándolos uno a uno para ver si podemos fijar sus ubicaciones durante la tarde.

—En eso puedo ayudarte. Tengo la mayoría de los datos en los informes policiales. Esa información precisamente está muy trabajada.

El Escudero asintió y empezó sin más.

—Sylvia Hawkhurst. Estaba fuera de visita, ¿no?

—Sí. Ella y el amigo Ernest salieron de la casa en el coche sobre las tres y dieciocho. A las cuatro menos cuarto, justo cuando se produjeron los asesinatos, la señorita Hawkhurst se encontraba en una tienda comprando cordones. Eso descarta toda posibilidad de que hubiera usado el coche para regresar al laberinto en el momento crítico. Después de eso, visitó a unos

amigos y se quedó con ellos hasta que volvió a casa, pasadas las seis.

—¿Y Ernest Shandon?

*Sir Clinton* sonrió.

—La señorita Hawkhurst lo dejó en la entrada este al salir. Hasta ese punto hay unos cuatro kilómetros y la joven afirma que condujo a unos veinticinco kilómetros por hora; es una carretera estrecha, acuérdate. Eso significa que dejó a Ernest en la entrada este sobre las tres y media. De ahí al laberinto hay tres kilómetros mal contados. Al amigo Ernest le habría costado un poco recorrerlos en quince minutos, ¿no? Y tampoco es que sea un gran corredor, a juzgar por su estado de esta mañana. De hecho, su historia la confirma plenamente otra prueba: mis hombres interrogaron al conductor de un carro de correos. A las cuatro y veinte, se encontró con Ernest sentado en cuclillas junto al camino, a poco más de un kilómetro y medio por la carretera pública a la que conduce la entrada este. Es un punto en el que hay algunos árboles, fácil de identificar. El amigo Ernest estaba allí con la bota quitada, maldiciendo el clavo que le había hecho daño.

Wendover miró el mapa.

—Eso lo excluye. Veo los árboles. Son los únicos que lindan con la carretera en ese tramo. ¿Y qué hay de Arthur?

—Solo contamos con su palabra sobre cuáles fueron sus movimientos. Sin duda, salió hacia el bosquecito, pero es lo único que podemos afirmar.

El Escudero examinó el mapa una vez más.

—El bosquecito está a solo un kilómetro y medio del laberinto en línea recta. Podría haber atrochado y salir de nuevo, y nadie habría sabido nada. Tenía toda la tarde para cumplir la tarea. —El rostro se le ensombreció—. Por algún motivo, no creo que él fuese el responsable, Clinton.

*Sir Clinton* no le dio ninguna respuesta directa.

—Es poco probable que Hackleton lo eligiese a él como esbirro, en cualquier caso —comentó.

—Bueno, sigamos. ¿Qué pasa con los jardineros?

—Dos de ellos estuvieron toda la tarde trabajando en un campo, más o menos a kilómetro y medio del laberinto. Se absuelven el uno al otro.

—¿Y el tercer jardinero que se encontraba en la finca ese día, el tal Skene?

—Su historia es que estuvo trabajando en el huerto, cerca de la casa. No hay evidencia que lo contradiga.

—¿Y las criadas? ¿Y el chófer?

—Todos han dado cuentas. No tenían nada que ver con el asunto.

—¿Y Stenness?

Wendover miró intensamente a *sir* Clinton cuando sacó a relucir el nombre del secretario, pero el jefe de policía no mostró ningún signo especial de interés.

—¿Stenness? Stenness estaba sin duda en la casa a las cinco menos veinte, ya que la señorita Forrest lo vio al regresar.

—Entonces, habría tenido tiempo de sobra para estar en el laberinto en el momento crítico y volver a la casa mientras Torrance y la señorita Forrest daban vueltas por el laberinto, ¿no es así?

—Así es —admitió *sir* Clinton con seriedad.

—Habría sido el esbirro ideal para Hackleton —continuó Wendover—. Y si Ernest no ha armado un revuelo por nada (cosa siempre plausible, claro), valdría la pena vigilar a Stenness.

—Lo están vigilando —le aseguró el jefe de policía y seguidamente pareció lamentar su confidencia.

De todos modos, Wendover se aferró de inmediato a esa afirmación.

—¡Ajá! ¡Así que después de todas tus críticas parece ser que crees en mi teoría original!

—He olvidado cuál era a estas alturas —admitió *sir* Clinton—. ¿Cuál era?

El Escudero estaba bastante molesto.

—En el momento, te burlaste de ella. Lo que dije fue lo siguiente: supongamos que Hackleton contrató a un hombre para que pusiera a Neville Shandon fuera de juego. Tú dices que fue alguien de dentro, según algunas pruebas que no me has desvelado. Muy bien. Si ha sido un hombre de dentro, podría haber tenido acceso a los documentos privados de Roger Shandon, a su talonario y demás. Cuando lo contrataron para lo de Neville Shandon, quizá decidiera hacer un trabajo adicional de falsificación y encubrirlo con el segundo asesinato. Dos asesinatos salen igual de baratos que uno en lo que a pagar por ellos se refiere y el asesinato de Roger ha confundido

considerablemente la vía de investigación. Solo es cuestión de identificar al hombre que pudiera haberlo hecho todo sin desviarse demasiado de su camino ni llamar la atención.

*Sir* Clinton había estado escuchando interesado la exposición de Wendover.

—Está todo muy bien planteado, sin duda —concedió el jefe de policía—. Se sostendría si encajasen todos los hechos que conoces, Escudero, pero por desgracia estás dejando sin explicación el más interesante de todos.

—¿Que es...? —preguntó Wendover, con cierta aspereza.

Se sintió irritado al descubrir que había pasado algo por alto.

—Pues es el hecho más interesante de todos —le aseguró *sir* Clinton en tono insulso; y a continuación, cambiando de voz, añadió—: Y eso es todo lo que puedo decir ahora mismo, Escudero. No tengo ningún fallo que señalar en tu razonamiento. Cuadra a la perfección. Pero a veces la mente humana está hecha para asumir conexiones que no existen en la naturaleza, no sé si me sigues. Tenemos un deseo instintivo de encontrar asociaciones entre grupos de fenómenos y a veces nos engañamos a nosotros mismos pensando que hay una relación cuando en realidad solo se trata de un caso de simultaneidad.

—Has estado leyendo uno de esos manuales baratos últimamente, ¿no? —dijo Wendover con desconfianza—. *Cómo ser filósofo en diez minutos*, o algo por el estilo. Toda esa charleta sobre la simultaneidad y los fenómenos y las asociaciones la has sacado de ahí. A mí no me engañas con ese halo de erudición.

—Bueno, no te deslumbraré con más fragmentos. Volvamos a nuestro tema. Sigue con tu lista.

—El joven Torrance —continuó Wendover—. Sería plausible como esbirro. No conozco su situación económica. Por lo que yo sé, a lo mejor está sin blanca, dispuesto a aprovechar el cebo en efectivo que podría haber ofrecido Hackleton, que sería bastante enjundioso. El joven Torrance fue la persona que le propuso hacer ese juego en el laberinto a la señorita Forrest. Eso le daría una excusa razonable para estar allí en ese momento en concreto, y además le aseguraría deshacerse de la supervisión de la muchacha en el instante crítico. ¿Se te habría ocurrido una artimaña mejor de haberlo hecho

tú?

—No. Dudo que lo hubiera conseguido —admitió con sinceridad *sir* Clinton.

—Y pensemos en otra cosa —continuó el Escudero en su línea de razonamiento, con mayor interés—. ¿Qué evidencias tenemos de que hubiera un tercer individuo en el laberinto? Las afirmaciones de Torrance, pero si él era el asesino, por supuesto habría insistido en que había una tercera persona; y la historia de la señorita Forrest de oír a alguien correr por el laberinto, pero podría haber sido el propio Torrance. Acuérdate de que a la muchacha le costaba mucho distinguir la dirección de la que venían los sonidos estando allí.

—Esa es una teoría que resultaría complicado desbancar, Escudero, si consigues explicar un detalle: ¿qué hizo Torrance con la escopeta de viento tras acabar con ella? No hallaron ninguna escopeta de viento en el laberinto después de aquello. El asesino se deshizo de ella de algún modo.

—No le veo mucha dificultad a eso —señaló de inmediato Wendover—. Fíjate en el tiempo que pasó la señorita Forrest yendo de un lado para el otro en el laberinto, incapaz de encontrar la salida. Si Torrance conocía el laberinto, fácilmente podría haberse abierto camino, salir hasta la ribera, arrojar el arma al agua y correr de vuelta al laberinto antes de que la muchacha notase su ausencia. —Se quedó pensativo un momento antes de añadir—: De hecho, no veo por qué no podría haberse deshecho del arma en el intervalo entre el último asesinato y el momento en el que dio la alarma, el momento en el que gritó que había encontrado el cuerpo. —Volvió a hacer una pausa. A continuación, un destello de perspicacia arrojó nueva luz al caso—. Y eso, por supuesto, explicaría lo del hombre que corría. Torrance iría apresurado hasta la ribera y de vuelta lo más rápido que pudiese, ya que lo esencial sería deshacerse del arma antes de que nadie se lo encontrase en el laberinto.

*Sir* Clinton había abandonado todo aire de superioridad en su juicio crítico.

—Eso sí que es ingenioso, Escudero. No debería sorprenderme que tu teoría llegue a la raíz de toda la historia... En uno o dos puntos, al menos.

Curiosamente, el comentario del jefe de policía produjo un cambio absoluto

en la perspectiva que Wendover tenía en la cabeza. Había atacado el caso Whistlefield con todo el entusiasmo del principiante irresponsable. El misterio se había apoderado de su imaginación y Wendover se había arrojado a la búsqueda de una solución con unas ansias de las que apenas se daba cuenta. No sentía más responsabilidad que si hubiese estado siguiendo las pistas en un relato de detectives. Ni siquiera los personajes implicados en el caso lograban aportarle un trasfondo emocional en especial. Nunca había sido íntimo del clan Shandon y a algunos de ellos apenas los había visto antes de que se produjera la tragedia. En consecuencia, pese a usar los nombres reales de las diferentes personas implicadas en la historia, estos no tenían para él mayor importancia que si se hubiese referido al señor X o al señor Y. La atmósfera en la que había trabajado había sido la de un dilema de ajedrez, más que la de un asunto de la vida real.

En esos momentos, ante el cambio de actitud de *sir* Clinton, Wendover captó un aspecto nuevo. Parecía que la línea de pensamiento que había sugerido podría conducir a algo definitivo. Ya no se trataba de un caso de especulación vaga sobre la criminalidad del señor X o la culpabilidad del señor V. En vez de eso, era una cuestión de si Howard Torrance, un joven bastante decente, iba a verse con una horca al cuello una de esas preciosas mañanas. Sus suposiciones personales podrían ser el punto de partida para una nueva línea de averiguaciones. Le sobrevino con cierta opresión el hecho de que, en su posición con respecto a *sir* Clinton, sus especulaciones pudieran tener una utilidad práctica. Dada su situación, no se trataba de una posición de tanta irresponsabilidad como él había supuesto.

Sin embargo, llegados sus pensamientos a ese punto, a Wendover se le ocurrió una idea nueva.

«Clinton ha dicho que sabía quién era el asesino, así que mis especulaciones no importan mucho, pero habría sido mala cosa que hubiera dirigido las sospechas contra el joven Torrance. El muchacho lo habría tenido muy difícil para exculparse, si Clinton hubiese asumido esa línea de investigación».

El jefe de policía interrumpió sus pensamientos en ese momento.

—Supongo que de la señorita Forrest no sospecharás, ¿no?

En lo que a Wendover respectaba, el juego había perdido toda la gracia, pero parecía que *sir* Clinton no había captado ni un indicio de ello, así que continuó avanzando en la lista.

—Entonces, eso solo deja a Costock —señaló.

—No creo que Costock lo hiciera —declaró Wendover. Se sintió con ganas de desviar las críticas al otro campo—. ¿Qué tienes en contra de Costock? ¿Puedes aportar alguna evidencia que demuestre que podía acceder al curare? ¿O que tenía una escopeta de viento? ¿O incluso que estaba en el laberinto en el momento de los asesinatos?

—Si esa es tu línea, no diremos nada más al respecto —comentó *sir* Clinton, con un gesto evasivo—. Yo me ocuparé de Costock. Pero queda un nombre más: Ardsley. Será mejor que a Ardsley me lo dejes a mí, Escudero. Tienes demasiada tendencia a ofuscarte con ese individuo. No podrías ofrecer una opinión imparcial sobre él aunque lo intentases.

—¿Cuentas con alguna prueba de sus movimientos de esa tarde? —preguntó Wendover someramente.

El jefe de policía también parecía haberse cansado del asunto.

—Cuando todo esté aclarado, creo que verás el nombre de Ardsley en un lugar muy prominente del caso Whistlefield. Pero en estos momentos no estoy preparado para decir exactamente cuál terminará siendo al final su papel en toda la historia.

Wendover se sintió más que complacido al dejar el tema reposar en ese punto. La especulación irresponsable es una cosa; la especulación que puede conducir a una sentencia de muerte es algo bien distinto. ¿Y si su ingenioso razonamiento —tenía que admitir que una parte era ingeniosa— llevaba a una conclusión equivocada? No lo había visto desde ese ángulo en ningún momento. Estaba muy bien que Clinton se dedicara a teorizar. Era su trabajo encontrar al criminal y condenarlo. Sin embargo, Wendover había empezado a sentir que no era muy apropiado que un principiante se inmiscuyese y metiese mano. Y es que ya había lanzado sospechas a la ligera contra varias personas y obviamente algunas de esas sospechas, cuando menos, eran infundadas. Adoptó la determinación de que, en el futuro, se mantendría fuera del terreno de juego.

De todos modos, quedaba un aspecto relacionado con el caso Whistlefield que le causaba muchísima perplejidad y no arrojaba sospechas contra nadie. Decidió aclararlo si era posible.

—Hay una cosa en la que he estado pensando —comenzó—. ¿Por qué fingiste olvidar los dardos en la repisa de la chimenea del museo, cuando desde el principio te los habías dejado allí deliberadamente? Representaste muy bien tu papel, Clinton. Te quedaste conmigo por completo en el primer arrebato. Pensé que te habías enfadado de verdad por un error real. Pero cuando tuve tiempo de pararme a pensar, vi claramente que lo habías hecho a propósito. No eres del tipo de personas que comete errores estúpidos de esa clase.

*Sir* Clinton abandonó de repente sus reservas.

—Ahora no estoy fingiendo, Escudero, hablo con toda sinceridad —dijo en tono serio—. Me he jugado el caso entero con ese asunto. No estoy en posición de decirte cómo ni por qué en estos momentos, pero no le sueltes ni una sola palabra a ninguna criatura viviente, pase lo que pase. Pase lo que pase.

En ese instante, Wendover vislumbró una faceta del carácter de *sir* Clinton raras veces perceptible. Y eso lo convenció, sin mayores argumentos.

—Muy bien. Nadie lo sabrá por mí.

—Quizá te resulte muy complicado morderte la lengua, Escudero, pero confío en ti. La tentación probablemente sea muy fuerte más pronto que tarde. Y espero lo mejor, pero te advierto también que cuento con presenciar cosas muy feas en Whistlefield antes de que salgamos de toda esta historia. No he podido evitar verle el lado gracioso al tema de Ernest Shandon, pero el siguiente quizá ya no tenga tanta gracia. Créeme cuando te digo que la tragedia flota en el aire, esperando su oportunidad para entrar. Así que, pase lo que pase, repito, mantén la boca bien cerrada. Eres el único que fue capaz de ver que yo estaba actuando en aquel tema. Nadie de Whistlefield sabe nada sobre mí. Me han tomado por un torpe idiota. Y eso es precisamente lo que pretendía.

## El cuarto ataque

—Veo que el jurado forense ha emitido un veredicto de homicidio intencionado contra una persona o personas desconocidas —comentó Wendover—. Supongo que es el único veredicto que encajaría en el caso. Es como si hubiesen pensado que has sido un poco vago por no dárselo todo masticado, Clinton. Muy obviamente, querían la cabeza del asesino en bandeja y les ha decepcionado que no pudieras servírsela.

—Creo que les ha decepcionado que no les diésemos más pruebas de las que les ofrecimos —sugirió *sir* Clinton con tono de cierta indiferencia—. Parece que imaginaban que el caso entero estaba montado para su entretenimiento y así la mitad de ellos podría ocupar el puesto de «Sherlock, el Acechador». Por mí, que acechen todo lo que quieran hasta que no puedan más. No pienso impedirselo. Pero no es mi trabajo enseñarles recodos desde donde hacerlo, aunque parezcan pensar que sí. Mi única intención era cumplir con las formalidades sin demasiada algarabía, y el forense, un hombre decente, se encargó de ello por mí.

—¿Y qué pasa con todas tus idas y venidas de un recodo a otro, antes de explayarte en tu ironía contra esos pobres paletos? No tengo la impresión de que hayas llegado mucho más lejos que ellos, después de todo. ¿Qué me dices de eso, Clinton?

El jefe de policía se echó a reír en tono burlón.

—El caso Hackleton aún trae cola —dijo, con la obvia intención de cambiar de tema—. El ayudante de Shandon no está consiguiendo gran cosa, por lo que he visto. El viejo Hackleton tiene motivos de sobra para estar contento

con la retirada de Neville Shandon. Ahora el caso se está desarrollando como él quiere: es demasiado inteligente para ese pobre letrado. Se va ir de rositas, si no me equivoco mucho.

Wendover se negó a que lo condujese por ese nuevo camino.

—En serio, no parece que estés llegando muy lejos en el caso Whistlefield. Has estado holgazaneando estos últimos días.

*Sir* Clinton no se defendió. A decir verdad, dio un giro en la conversación para ahondar en la queja de su amigo.

—Y, de hecho, esta noche voy a llevarte a jugar al *bridge* a Whistlefield, ¿de acuerdo? Bueno, la invitación no ha salido de mí. Ha sido idea de la señorita Hawkhurst. Admito que la propicié de un modo poco escrupuloso: le di a entender que la compañía de un solterón amargado me estaba poniendo de los nervios aquí, que agradecería un poco de vida femenina y alegre en sociedad, y que su compañía y la de la señorita Forrest habían sido justo el tipo de alegría que el caso necesitaba.

—¡Se debe de haber sentido halagadísima! —comentó Wendover con ironía.

—Bueno, lo planteé con toda mi delicadeza, por supuesto. —De repente, *sir* Clinton se puso serio—. En mi fuero interno, no estoy del todo contento con ciertas cosas, Escudero, y quiero poner un pie en esa casa más allá de las visitas puramente profesionales. De ahí que haya propiciado esta invitación. De otro modo, habría sido del peor de los gustos, lo admito.

Aquello despertó la atención de su anfitrión.

—¿Estás esperando que haya más problemas incluso ahora? Si no ha ocurrido nada...

—¿Desde la última vez? No, es algo bastante curioso de lo que quizá te hayas percatado, Escudero: nunca pasa nada entre la última cosa y la siguiente. Diría que es una regla casi invariable en la vida.

—Resulta evidente que perdiste la oportunidad de conseguir un buen trabajo cuando las Sibilas se quedaron sin negocio —afirmó Wendover en tono decepcionado—. Podrías haberles escrito sus libros con el más apropiado de los estilos. Eres un maestro antiguo en el arte de aparentar que dices algo importante cuando no estás diciendo nada en absoluto.

—A veces es útil —constató *sir* Clinton—. Pero ¿para qué decir nada? Parece que va siendo hora de que salgamos para Whistlefield. No perdamos comba.

Durante el camino en el coche, se negó a hablar del caso Whistlefield y ni siquiera le dio a Wendover un indicio de por qué quería poner un pie en esa casa. El Escudero no estaba del todo satisfecho. Para él, acudir allí teniendo en mente algo más allá del juego para el que los habían invitado suponía más bien un quebrantamiento de la hospitalidad. No le gustaba la idea de que *sir* Clinton Driffield introdujese a su *alter ego*, el jefe de policía, en una casa de la vecindad de esa manera tan indirecta.

Al llegar, se encontraron a solo cuatro de los huéspedes de Whistlefield esperándolos. Arthur Hawkhurst estaba ocupado con el altavoz de la radio, al que sacaba extrañas notas oscilantes en el transcurso de sus esfuerzos por captar diversas emisoras. Ernest Shandon dormitaba sentado en un rincón de la habitación, y Wendover se dio cuenta con desagrado de que tenía un decantador y un sifón en una mesa junto a él. Cuando anunciaron la llegada del jefe de policía y de Wendover, Sylvia fue hacia ellos.

—Qué alegría que haya venido, *sir* Clinton. Estamos deseando poder echar una partida decente de *bridge*...

Un extraño aullido salió del altavoz y ahogó el resto de las palabras de la joven. Ernest se levantó de la silla con esfuerzo y se les acercó.

—¿Juega usted mucho al *bridge*? —preguntó con apatía—. Nunca me ha interesado lo suficiente ese juego como para que se me dé muy bien. Es mucho fastidio, ya me entiende. Toda esa historia de luchar por el remate y demás. Y si uno le coge el gusto a ese juego, termina apasionándose demasiado y puede llegar a dedicarle muchísimo tiempo. Y a lo mejor ese tiempo lo podría emplear en otras cosas, quizá mejores, ¿no cree usted? Aunque a lo mejor a usted sí le gusta, ¿no? Hay gente a la que le gusta.

—Mi tío nunca ha sido ni una pizca de bueno jugando al *bridge* —explicó Sylvia con el leve esbozo de una sonrisa—. Así que, claro, no le gusta. Es lo mismo que el que no baila porque no sabe bailar, ya sabe usted.

—Stenness sí que juega bien —continuó Ernest—. Y no entiendo por qué a él le resulta entretenido. Es que tiene todas las cartas archivadas en la cabeza,

como un montón de papeles metidos en casilleros. A mí se me parece mucho a un trabajo: es convertir el ocio en trabajo duro o algo así. De todos modos, esta noche Stenness no juega. Está ocupado en el estudio con unos papeles que le he pedido que mire. Y Torrance anda practicando unos tiros en la sala del billar, así que tampoco va a jugar. ¡Arthur! ¿Tú vas a jugar?

El joven levantó la vista airado apartándose de su tarea.

—¡No! —espetó—. ¿No ves que el mecanismo este se ha salido de su sitio y estoy tratando de arreglarlo?

Otro grito del instrumento subrayó las palabras de Arthur. Sylvia se tapó los oídos con las manos.

—¿Tardarás mucho, Arthur? —quiso saber—. Esos aullidos son horribles.

—¿No ves que estoy haciendo lo que puedo? —le replicó su hermano en tono susceptible—. No hay nada más fastidioso que tener a alguien alrededor todo el tiempo preguntando: «¿Estará arreglado pronto?» o «¿Cuándo crees que lo habrás solucionado?» o «¿Sabes qué es lo que le pasa?». Hago lo que puedo con el trasto este.

Evidentemente, Sylvia estaba acostumbrada a los estallidos de mal genio de su hermano. Con un leve gesto, le aseguró a Arthur que no volverían a interrumpirlo y a continuación se ocupó de disponer la mesa de *bridge*. Wendover y ella iban a jugar contra *sir* Clinton y Vera Forrest.

—No me hace mucha gracia esta habitación a esta hora de la tarde noche —declaró la muchacha mientras sacaba las cartas de la caja—. La ventana se encuentra casi al nivel del suelo y ese grupo de rododendros está tan cerca que bloquea la mejor parte de las vistas.

—Tampoco quedan muchas vistas a estas horas de la noche, señorita Hawkhurst —dijo Wendover, mirando hacia fuera—. La puesta de sol es tan profunda que apenas se ve nada ahora mismo.

Ernest, que había estado arrastrando los pies por la habitación sin rumbo durante un rato, emitió de repente una queja.

—El ambiente aquí está muy cargado. ¿No se lo parece, *sir* Clinton? ¿Y a usted, señorita Forrest? Hace bastante calor esta noche. Está todo muy cerrado. Me gusta el aire fresco. A veces se ríen de mí y dicen que soy un adicto al aire fresco, ya saben ustedes. Pero sí que me gusta respirar aire

fresco. ¿Alguien se opone a que abra un poco la ventana por la parte inferior? Así entraría algo de aire más fresco.

Sylvia levantó la vista de sus cartas.

—Estamos justo delante de la ventana, tío. Quizá a algunos nos pueda molestar la posible corriente.

Sin embargo, Ernest se negó a dejar que su deseo quedara descartado de esa manera.

—No se opone usted, señorita Forrest, ¿verdad? ¿Y ustedes tampoco? ¿Ves, Sylvia? A nadie le importa. La abriré un poquito.

Se acercó y subió el panel inferior todo lo alto que daba.

—¡Así! ¡Mucho mejor ahora! —exclamó mientras se retiraba de nuevo a su rincón—. Ahora el ambiente no terminará cargándose. Se estará mucho mejor, ya verán. Nunca he podido soportar las habitaciones recargadas. Me acuerdo de...

Fuese lo que fuese de lo que se acordara, quedó ahogado por el altavoz. Arthur por fin había finalizado las reparaciones y la música de *jazz* del aparato llenó la habitación.

—¡Perfecto! Ahora funciona de maravilla —anunció el mecánico con toda la potencia de voz que tenía, en un esfuerzo por hacerse oír—. Lo dejaré encendido, si no les importa. Quiero ver si está bien arreglado.

Se marchó de la habitación sin que lo viesen los jugadores de *bridge*, que se encontraban inmersos en la partida. Ernest le lanzó una mirada agria al altavoz y, tras soportarlo con obvio desagrado unos minutos, también se levantó.

—Voy a salir al jardín de invierno —explicó al pasar junto a la mesa de *bridge*—. No aguanto el jaleo que arma ese trasto. Me da dolor de cabeza. Estar sentado cerca me provoca punzadas constantes en los oídos. Voy a descansar en silencio en el jardín de invierno y volveré de nuevo cuando Arthur haya acabado de trastear con la cosa esa. —Se inclinó sobre el hombro de *sir* Clinton y añadió en voz baja—: He estado teniendo mucho cuidado últimamente. He seguido su consejo y me he mantenido dentro de la casa en lo posible, para no correr riesgos innecesarios, ya me entiende.

Asintió con el aire de quien confirma una decisión relevante y salió con

andares pesados de la habitación, mientras el jefe de policía lo miraba fijamente.

«¡Mi consejo, dice! —reflexionó *sir* Clinton con cierto tono divertido y mordaz—. ¡Bueno, me gusta el descaro con el que me lo ha endilgado!».

Wendover estaba encantado de que el *bridge* evitase un exceso de conversación. Tenía la sensación de que su amigo lo había arrastrado a ocupar una posición falsa esa noche y debía esforzarse para no desvelar sus sentimientos al respecto. No obstante, una vez que se sentaron, la partida resultó estar muy empatada y a Wendover no le quedaba mucha energía mental para nada más allá del juego, que iba camino de reconciliarlo con la visita. Las dos muchachas jugaban mejor que la media, así que el Escudero empezó a olvidar su insatisfacción conforme pasaba el tiempo.

—Con esta mano desempatamos —dijo *sir* Clinton pasado un buen rato, mientras levantaba la vista de la hoja de puntuaciones que tenía junto a él.

Sylvia miró la hora en el reloj que llevaba en la muñeca.

—¿Jugamos otra? —preguntó—. Hay tiempo de sobra, a no ser que deseen marcharse pronto.

Mientras hablaba, alargó el brazo para levantar la hoja de puntuaciones, aunque en mitad del movimiento soltó un grito agudo de dolor y saltó de la silla. Entonces, al tiempo que Sylvia bajaba de nuevo la mano hacia la mesa en un gesto mecánico, Wendover vio un chorro de sangre que le caía a la muchacha de la muñeca y, en el origen del chorro, las plumas marrones de uno de los dardos envenenados incrustado en la piel blanca.

Durante un instante, quienes se encontraban en torno a la mesa de *bridge* se quedaron inmóviles por la impresión, mientras la sangre salía despedida de la muñeca de Sylvia y manchaba las cartas sobre las que había caído la mano. La súbita incursión de la tragedia en aquella escena los había cogido desprevenidos. Unos momentos antes estaban allí sentados a salvo, enfrascados en el juego. Y entonces, salido de la noche, el diminuto proyectil había volado hasta su objetivo y el Rey del Terror se había instalado entre ellos. Ni siquiera habían sentido la advertencia del sonido de la escopeta de viento, que debía de haber quedado ahogado por el ruido del altavoz que seguía vertiendo su incongruente flujo de música de baile.

Wendover, helado en su asiento, asimiló toda la escena casi sin saber que la estaba observando: el rostro impactado por el dolor de Sylvia, el horror en los ojos de Vera Forrest, el goteo de sangre por las cartas esparcidas y el semblante frío de *sir* Clinton mientras se inclinaba sobre la mesa hacia la muchacha herida. Y entonces, al tiempo que Wendover la observaba, la expresión de Sylvia cambió. La muchacha se había visto el dardo envenenado en la muñeca y comprendió lo que significaba. Abrió los labios como queriendo decir algo, y luego la cara se le quedó blanca de repente y se resbaló en la silla.

*Sir* Clinton se levantó rápidamente y cogió a la joven inconsciente para llevarla al otro lado de la habitación, a uno de los sofás. Wendover se percató de que, incluso con las prisas, el jefe de policía tuvo cuidado de usar su propio cuerpo como escudo, manteniéndolo entre Sylvia y la ventana hasta que llegó a un lugar que parecía estar fuera del alcance del asesino.

—¡Ve tras esa bestia, Wendover! —ordenó *sir* Clinton, alzando la voz sobre el clamor del altavoz—. A lo mejor logras verlo antes de que se quite de en medio. Y cierra esa ventana al salir.

Incitado a entrar en acción por esas bruscas instrucciones, Wendover dejó de repente de ser un mero espectador. Sin decir una palabra, se lanzó por la ventana abierta y salió a la oscuridad. En algún punto en la penumbra, el asesino desconocido debía de andar al acecho, esperando quizá a asegurarse de que su víctima cayera con un segundo disparo. Al Escudero lo inundaba una ira totalmente ajena a su talante habitual y escudriñó ansioso la noche que lo rodeaba con la esperanza de divisar una sombra moviéndose en la oscuridad.

El asesinato de los dos Shandon y el ataque contra Ernest lo habían dejado en gran medida emocionalmente intacto. Los dos Shandon eran hombres duros, según lo que sabía de ellos, y el destino que les había sobrevenido no parecía en general algo muy ajeno a personas como ellos. El intento de asesinato de Ernest no había tenido éxito y causó poca impresión en los sentimientos de Wendover. Sin embargo, ese último estallido era de una categoría distinta. Aún le costaba asimilar que hubiesen cometido un atentado mortal contra Sylvia. ¡Sylvia! Apenas podía convencerse de que alguien

intentase hacer desaparecer a una muchacha de ese modo tan terrible. En el caso de un hombre era diferente, en cierto modo, pero Wendover se revolvía contra la idea de quitar de golpe una vida como la de Sylvia. La falta de sentido de aquello le parecía abominable y su ira contra el asesino oculto se puso al rojo vivo.

Pese a que avanzó en la dirección de la que se suponía que había llegado el disparo, a los pocos pasos se dio de bruces con la hilera de rododendros que se extendía en paralelo a la casa en la fachada. Al hacerlo, el altavoz de repente se calló y el Escudero se detuvo a escuchar ruidos de movimientos. Nada parecía estar removiéndose. Bordeó los rododendros, pero no encontró a nadie allí.

Retrocedió sobre sus pasos hacia la ventana. Una única luz tenue brillaba al otro extremo del jardín de invierno; salvo eso, el frontal de la casa estaba a oscuras. Más allá de la ventana, la mesa de *bridge* exhibía todos sus detalles bajo las lámparas de la habitación: un objetivo ideal para el ojo de cualquiera que se apostase en la oscuridad.

De repente, los ojos de Wendover quedaron cegados por un destello de luz al encenderse todas las lámparas del jardín de invierno.

—A ver, ¿qué es todo esto? —exigió una voz cauta—. ¿De qué va todo esto, a ver? ¿Quién es usted, el de ahí fuera?

Tras unos instantes, los ojos de Wendover se acostumbraron al resplandor. Al mirar hacia quien le hablaba, vio la silueta de Ernest Shandon en la entrada más próxima del jardín de invierno. Evidentemente, el hombre no pretendía correr ningún riesgo, ya que mantenía la puerta casi cerrada y se había refugiado tras ella mientras gritaba exigiendo explicaciones. El Escudero hizo una mueca de desprecio con la boca al darse cuenta de que la figura temblaba bajo las luces.

—Soy Wendover —anunció.

Ernest abrió algo más la rendija de la puerta, aunque con manifiesta reticencia.

—¿Qué es todo esto? —repitió, con una ansiedad casi deplorable—. ¿Hay algún peligro? ¿Por qué está usted corriendo por ahí así? ¿Dónde está Driffield? ¿Qué ha ocurrido? ¿Es que no puede responder, buen hombre?

A Wendover le disgustó aún más la evidente pusilanimidad de quien, nominalmente al menos, era su anfitrión.

—Han disparado a la señorita Hawkhurst con uno de esos dardos envenenados. Venga a ver si hay algo que podamos hacer.

Resultó evidente que aquella noticia hizo descender a Ernest al último escalón de la postración moral. No le restaba el aplomo suficiente ni siquiera para ocultar su cobardía.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Salir ahí fuera y que me disparen a mí? ¡De eso nada!

—¡Bueno, pues quédese ahí! —gruñó Wendover, mientras seguía su camino de vuelta a la ventana por la que había salido.

—Le diré lo que voy a hacer. —Se oyó de nuevo la voz de Ernest—. Voy a entrar en la casa por la otra puerta del jardín de invierno y daré la vuelta hasta donde se encuentran ustedes. De ese modo, permaneceré a cubierto todo el camino.

El sonido de la puerta del jardín de invierno al cerrarse y el giro de la llave en la cerradura llegaron hasta los oídos de Wendover mientras este volvía a abrir la ventana para trepar al interior y cerrarla tras él.

Sylvia seguía tumbada en el sofá, evidentemente inconsciente. *Sir* Clinton se encontraba junto a ella y, para gran sorpresa del Escudero, habían arrastrado la mesa de *bridge* por la habitación y habían extendido encima algunas hilas y vendas.

—Señorita Forrest, traiga algo de agua caliente, haga el favor —dijo cortante el jefe de policía—. Ocúpese usted. Esas criadas no sirven para nada en casos de emergencia. Y dígales que preparen la habitación de la señorita Hawkhurst, de inmediato. Que dispongan una botella de agua caliente lo más rápido que puedan y algo de brandi.

Vera se movió a tal velocidad que tuvo que detenerse en la puerta para atender a las últimas instrucciones.

—Wendover, tú ve a llamar por teléfono a Ardsley ahora mismo —continuó *sir* Clinton—. Dile que quiero que venga a Whistlefield.

El Escudero se paró un momento.

—¿No sería mejor decirle para qué se le requiere? Quizá pueda traer algo consigo.

—Está todo ya dispuesto. ¡Por todos los demonios! ¡Quieres darte prisa!

Wendover, electrizado por la vehemencia del tono del jefe de policía, se apresuró sin decir palabra. Al regresar, vio que Vera Forrest había cumplido con sus instrucciones y había vuelto por si podía hacer algo más. Ernest también había logrado llegar hasta la habitación y estaba allí de pie, con la mirada perdida sobre la silueta de su sobrina, tumbada sin vigor ninguno en el sofá. El hombre estaba claramente a punto de decir algo cuando *sir* Clinton alzó la vista.

—¿Todo en orden? Gracias, señorita Forrest. ¿Has hablado con Ardsley, Wendover? Bien por ahora, entonces. —El jefe de policía se afanaba en bañar la herida con agua caliente mientras hablaba—. Solo hay una oportunidad de poder hacer algo. Por pura suerte, el dardo ha impactado en la cadena del reloj. Se ha metido entre los eslabones y en cualquier caso, aunque ha abierto una herida fea, no se ha incrustado en la carne. Así que existe la posibilidad de que la dosis de veneno inyectada no llegue a ser mortal. No sabría decirlo. Ardsley tendrá más idea cuando aparezca. —Volvió a limpiar la herida y a continuación se dirigió a Wendover—: ¿No has visto a nadie?

Wendover negó con la cabeza.

—La oscuridad es casi total. No veía nada.

*Sir* Clinton pensó un instante.

—En el bolsillo del abrigo tengo una linterna. Cógela, Wendover, y explora ese grupo de rododendros para ver si puedes encontrar la escopeta de viento. La bestia esa a lo mejor la ha tirado con las prisas esta vez. No te preocupes si haces algún destrozo: el arma es más importante que cualquier huella que puedas tapar buscándola.

Mientras Wendover iba hacia la puerta, Ernest pareció cobrar vida.

—Supongo que debería ayudar —dijo—, aunque me parece asumir un riesgo innecesario, enviar a alguien afuera, a la oscuridad, así de esa manera. Por lo que sabemos, ese tipo podría seguir por ahí, con el arma. No creo que debiera salir nadie. Yo no pienso ir —concluyó sin más.

*Sir* Clinton levantó un momento los ojos y exploró a Ernest sin esforzarse en absoluto por ocultar el desprecio en su mirada.

—No le he pedido que se presente voluntario. Ve, Wendover. Saldré a

echarte una mano en cuanto llegue Ardsley.

Cuando el Escudero se giró para salir de la habitación, la figura de Stenness apareció en la puerta. Era evidente que al secretario lo habían alertado las idas y venidas por la casa y había salido a ver qué ocurría. Sin embargo, en apariencia no tenía ni idea de cómo estaban las cosas. Wendover lo vio mirar uno a uno a los presentes en la habitación hasta que al final los ojos se le encendieron al divisar la figura flácida de Sylvia extendida en el sofá. Entonces, un destello de expresión le cruzó las facciones, algo que delató una emoción intensa, pero Wendover, en ese momento, fue incapaz de interpretarla. Lo almacenó en su memoria para pensar en ello más adelante y se marchó de la sala.

—Y ahora, creo que será mejor llevar a la señorita Hawkhurst a su habitación —sentenció *sir* Clinton—. Podremos hacerlo sin mucho problema y estará mejor allí que aquí cuando vuelva en sí.

La tarea se llevó a cabo bajo las instrucciones del jefe de policía. Al llegar al dormitorio de Sylvia, *sir* Clinton la estudió con la mirada y a continuación, tras acercarse a la ventana, emprendió una exploración de los alrededores, pero obviamente estaba demasiado oscuro para ver mucho.

—Creo que vamos a mover esta cama —sugirió al regresar—. Será mejor traerla a este rincón. Así no habrá posibilidad alguna de que esté a tiro desde la ventana. Nunca se sabe. —Se detuvo un momento—. Bueno, convendría que la señorita Forrest y yo nos quedásemos aquí esperando hasta que la señorita Hawkhurst se recupere de su desmayo, o hasta que aparezca el doctor Ardsley. Pero no es conveniente que seamos multitud.

Sus maneras, más que sus palabras, consiguieron despejar la habitación de sus ayudantes más tardíos y así se quedó a solas con Vera Forrest. Tras tomarle el pulso a Sylvia, logró darle unas gotas de brandi. Al poco, la muchacha se movió levemente. *Sir* Clinton se alejó de la orilla de la cama y regresó a la ventana. Abajo, a poca distancia, alcanzó a ver a Wendover afanado con la linterna. Obviamente, aún no había encontrado nada.

Mientras el jefe de policía se alejaba de la ventana, Vera Forrest le indicó que se acercara.

—¿Qué cree usted, *sir* Clinton? ¿Hay posibilidades de que se recupere?

El rostro serio del jefe de policía mostraba la ansiedad que ocupaba su mente.

—En realidad, no sabría decirle, señorita Forrest, porque no sé nada. La herida no es tan profunda como en los otros casos. Eso, de entrada, ya es algo. La señorita Hawkhurst no se ha desplomado de inmediato, como les ocurrió a sus tíos, y eso también es algo. Pero deberemos esperar al doctor Ardsley, e incluso cuando él llegue, dudo que podamos saber mucho más. Al menos, él será capaz de darle cualquier tratamiento especial que exista. Nosotros solo podemos tener la esperanza de que todo salga lo mejor posible.

Su tono de voz dejaba claro que no se tomaba a la ligera el asunto. Apenas había dejado de hablar cuando ambos oyeron el sonido de alguien que subía las escaleras corriendo. La puerta se abrió bruscamente y *sir* Clinton tuvo el tiempo justo de interponerse cuando Arthur Hawkhurst entró en la habitación. El muchacho estaba evidentemente muy excitado. Se había enterado del suceso abajo y había subido corriendo por impulso.

—¡Chis! —dijo *sir* Clinton enfadado—. ¡No irrumpa aquí como un toro salvaje! —Condujo al joven con delicadeza al pasillo—. A su hermana le han disparado igual que a sus tíos. Por el momento, esa cosa no la ha matado, pero no debería adoptar ninguna postura optimista. He mandado a buscar al doctor Ardsley. Él conoce bien el veneno y quizá pueda hacer algo.

Arthur parecía incapaz de controlar su excitación.

—Pero ¿quién haría algo así?

—No arme un escándalo —le ordenó *sir* Clinton sin rodeos—. No podemos quedarnos aquí celebrando un conciliábulo. Habrá mucho tiempo para discutir después. Su hermana está saliendo ahora mismo de un desmayo, o al menos eso parece. La impresión de ver lo que la había herido, sin duda, fue lo que le quitó la consciencia. No se puede hacer nada hasta que llegue Ardsley... Vaya, aquí está. Ahora marchémonos, Hawkhurst, y dejemos trabajar al experto.

El toxicólogo iba subiendo los escalones, cargado con una bolsa. Asintió a modo de saludo brusco ante los dos hombres que estaban al final de la escalera, hizo otro gesto como preguntando cuál era la habitación a la que debía entrar y luego desapareció, cerrando la puerta tras él. Arthur parecía

asombrado de que *sir* Clinton no hubiese dicho nada cuando vio pasar al doctor.

—¿No va a explicarle nada? —inquirió ansioso.

—Lo sabe todo —le aseguró *sir* Clinton, aunque sin añadir más explicaciones—. Espere un momento antes de marcharnos.

Arthur aguardó unos minutos hasta que la puerta de la habitación de Sylvia volvió a abrirse y Ardsley salió. Su rostro habitualmente impassible tenía una expresión de seriedad poco usual, y en respuesta a la pregunta de *sir* Clinton negó con la cabeza dubitativo.

—No sé decirle. —Ardsley no desveló más información—. Mande llamar de inmediato a las enfermeras.

Dicho eso, dio media vuelta y entró de nuevo en la estancia.

*Sir* Clinton se metió las manos en los bolsillos y se quedó quieto unos momentos, como absorto en sus pensamientos. Entonces, recobrando vida de repente, fue hasta el teléfono, donde se deshizo de Arthur con la excusa de que tenía que realizar una llamada urgente.

Una vez que había dejado el mensaje a través del teléfono, el jefe de policía regresó a la habitación en la que se había producido el ataque. Wendover parecía seguir ocupado con su búsqueda entre los rododendros. Vera Forrest estaba con Sylvia. Pero el resto del grupo de Whistlefield se encontraba allí, esperando oír las últimas noticias sobre la víctima.

Los nervios de Ernest Shandon habían sufrido de manera evidente una grave conmoción por aquel nuevo impacto. Estaba sentado en su lugar original, al fondo de la habitación, con la cabeza hundida hacia delante y los ojos fijos con apatía en la alfombra que tenía enfrente, mientras sostenía en la mano un vaso de *whisky* solo que acababa de servirse del decantador situado junto a él. *Sir* Clinton se percató de que habían corrido las cortinas que cubrían la ventana por la que se había producido el ataque y no se equivocaba al creer que esa precaución procedía de Ernest: era lo primero que había hecho el hombre en cuanto había encontrado el momento.

Howard Torrance y Stenness estaban de pie juntos, cerca de la chimenea. Manifiestamente, Howard seguía sin conocer los detalles de la tragedia y se afanaba en sonsacárselos a Stenness mediante una serie de preguntas

ansiosas. Sin embargo, por una vez, el secretario parecía haber perdido su eficacia. Resultaba obvio que respondía a casi todo al azar y su comportamiento era el de un hombre perturbado por una interrupción trivial en mitad de una honda preocupación por otro asunto. Su apariencia recordaba a la de una persona repentinamente angustiada por una calamidad inesperada e intolerable. *Sir* Clinton entrecerró los ojos mientras contemplaba el rostro del secretario.

«Parece encontrarse en un estado de ansiedad superior al resto», comentó para sí.

Arthur Hawkhurst había permanecido junto a la ventana con la espalda dirigida a la habitación, pero cuando *sir* Clinton entró, se dio la vuelta. Tenía el rostro en apariencia desfigurado por un tumulto de emociones: la ira, la desconfianza y la ansiedad aparecían claramente dibujadas en él.

—Bueno, ¿puede decirnos algo más? —intervino cortante.

—Ya ha oído lo que ha dicho Ardsley —señaló *sir* Clinton—. No lo he visto desde entonces.

Arthur lo miró sin ocultar su furia.

—¡Está más claro que el agua que no es su hermana la que se encuentra a las puertas de la muerte! No se mostraría usted tan frío de ser así.

Se dio de nuevo la vuelta hacia la ventana y fijó la mirada en la noche.

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido? —quiso saber Howard Torrance—. Usted es el único de aquí que lo ha visto, *sir* Clinton.

—Alguien se aprovechó de la música que salía del altavoz para acercarse sigilosamente a la ventana, aquella, la que el señor Shandon insistió en abrir. Dispararon un dardo con una escopeta de viento a la habitación y le acertó a la señorita Hawkhurst. Por suerte, terminó dándole en la muñeca, donde había algo de protección: la cadena del reloj. Y eso evitó que el dardo entrase hasta donde hubiese podido. De todos modos, si ha penetrado algo de veneno en la herida, podría ser un asunto serio... más que serio. Eso es lo único que sé, aparte de que mandé llamar de inmediato al doctor Ardsley, que está ocupándose de ella.

—¿Hay esperanzas de que no sea mortal en esta ocasión? —preguntó Howard Torrance ansioso.

*Sir* Clinton meneó la cabeza.

—Sé tan poco como usted. Saqué el dardo casi de inmediato, así que quizá el veneno no tuviese tiempo de hacer su trabajo. Eso parece ofrecer alguna oportunidad de salir de esta. Pero habrá que esperar la opinión del experto. En realidad, no sé nada.

—Y tampoco parece estar haciendo nada —gruñó Arthur desde la ventana.

Antes de que *sir* Clinton llegase a responder, la puerta se abrió y entró Wendover apresurado en la habitación. Iba desaliñado, con la corbata suelta y la chaqueta del esmoquin manchada en algunos puntos de verde y marrón a causa, evidentemente, de su búsqueda prolongada. No obstante, en la mano llevaba lo que *sir* Clinton quería: la escopeta de viento.

—¡Buen chico! —comentó el jefe de policía cuando posó la mirada en el arma.

Ante esa exclamación, Arthur se dio la vuelta para mirar hacia la habitación. Se le cambió la cara cuando divisó el objeto que portaba Wendover.

—¿De dónde ha sacado usted eso, eh? ¡Es mi mejor escopeta de viento!

—Pues es el objeto que puede haber matado a su hermana —respondió Wendover, mirando con desconfianza el rostro turbado de Arthur—. La he encontrado en ese grupo de rododendros de ahí fuera. Se había quedado metida justo en mitad de los arbustos, por eso me ha llevado tanto encontrarla.

Durante un momento, Wendover repasó a Arthur con la mirada. A continuación, desatendiendo la mano extendida del propietario, le pasó la escopeta de viento a *sir* Clinton, que la cogió sin decir palabra. Arthur avanzó airado como con intención de recuperar lo que era suyo, pero en ese momento se produjo una nueva interrupción. La puerta volvió a abrirse y en aquella ocasión apareció la figura adusta de Ardsley en el umbral. El hombre esperó un instante hasta que vio que se había asegurado la atención de todos y entonces se dirigió hacia *sir* Clinton y le expuso su veredicto.

—¡Es un asunto muy feo este! Por supuesto, sigue viva, y aún hay posibilidades. Es una pena que no se le ocurriera hacer un torniquete en el momento. Eso habría evitado cualquier riesgo de que la sustancia se

extendiese, ya que está en una extremidad aislada. De todos modos, ahora no tiene sentido lamentarse. Solo podemos esperar y ver si sale adelante. ¡Un asunto feo!

*Sir Clinton* asintió.

—¿Tiene todo lo que necesita? Las enfermeras llegarán lo antes posible.

—La señorita Forrest valdrá mientras tanto. Una cosa: debe haber un silencio absoluto en la casa. No puedo permitir que se moleste a mi paciente en lo más mínimo. Está inconsciente de nuevo, pero no puedo correr el riesgo de que se la importune más adelante. Silencio total, o no respondo por nada.

Se dio la vuelta y se marchó de la habitación, sin esperar a que le plantearan ninguna pregunta. La seriedad de la expresión de Ardsley bastó para mostrarles a todos que no tenía muchas esperanzas puestas en que Sylvia se salvase.

## El dardo

El periodo inmediatamente posterior al ataque contra Sylvia transcurrió con intensa inquietud en la mente de Wendover. Hasta ese momento, se había convencido a sí mismo de que el asunto de Whistlefield al final demostraría estar ligado de alguna manera con el caso Hackleton. Sin duda, la conexión entre algunos de los incidentes —el ataque contra Ernest Shandon, por ejemplo— no estaba muy clara, pero Wendover había albergado una fe irracional en que, en última instancia, todos los hilos conducirían de vuelta a Hackleton y que el misterio encontraría una sencilla explicación que lo insertaría en las fronteras de unos motivos normales y una sucesión lógica de acontecimientos.

No obstante, la última tragedia no podía encuadrarse en ninguna de las ideas preconcebidas que tenía Wendover. ¿Qué posible relación existiría entre Hackleton y Sylvia para convertir la desaparición de la muchacha en algo esencial para el financiero? Resultaba poco probable que Ernest o ella hubieran sido depositarios de los secretos de Neville Shandon.

Sin embargo, si Hackleton se descolgaba del rompecabezas, el caso parecía perder todo hilo conductor y convertirse en una mera masacre perpetrada por algún ser azuzado por motivos que residían más allá de los límites de la razón. En lugar de un criminal frío y calculador, Wendover parecía encontrarse frente a una criatura fuera del redil de la humanidad, una cosa que asesinaba al azar por pura sed de muerte. En su mente, el Escudero se rebelaba contra un monstruo de ese calibre y se esforzó mucho por volver a juntar las pruebas para, de algún modo, eliminar a aquella figura de pesadilla

y sustituirla por un criminal movido por razones asumibles para intelectos cuerdos.

En cuanto consiguió estar a solas con *sir* Clinton después de la tragedia en Whistlefield, Wendover hizo lo posible para sonsacarle información, pero fracasó por completo. Todas y cada una de sus consultas se toparon con una negativa cortante a ofrecer más datos, aunque quedaba de manifiesto que su amigo se estaba concentrando exclusivamente en los últimos acontecimientos del asunto Whistlefield. Pese a su absoluta negativa, el Escudero tenía la impresión de que la ansiedad del jefe de policía se centraba en Sylvia más que en el caso Whistlefield en su conjunto. De una palabra imprudente, infirió que *sir* Clinton, de un modo u otro, había asumido algún riesgo y que los resultados habían sido muy distintos a los esperados. Algo se había interpuesto en los planes del jefe de policía y había perturbado su confianza.

Ni siquiera cuando abandonó su infructuoso interrogatorio y se marchó a la cama, Wendover logró liberarse de la tragedia más reciente. Su mente insistía en evocar imágenes: algunas de ellas, recuerdos; otras, escenas imaginarias en las que el asesino desconocido desempeñaba su papel. Vio la mesa de *bridge* al final de la manga de desempate, con las cartas del último mazo aún sin repartir, a *sir* Clinton anotando las puntuaciones, un cigarro que ardía en el cenicero, a Vera Forrest barajando las cartas para la siguiente mano. Nada podía haber sido más pacífico. Entonces, en un destello, llegó la escena de la transformación. Revivió el momento de pesadilla en el que el dardo letal entraba volando sobre ellos desde la oscuridad exterior para convertir aquella seguridad ficticia en una situación de horror y peligro. Y desde ese punto, la imaginación de Wendover pasó a aquel monstruo al acecho en la penumbra, al otro lado de la ventana: una figura vaga sin rasgos, agachada entre los rododendros, levantando el fino cañón de la escopeta de viento en busca de la víctima seleccionada. Entre visiones incómodas como esa transcurrió lentamente la noche de Wendover.

La mañana no le aportó al Escudero ninguna liberación de su ansiedad. Antes de que bajase las escaleras, *sir* Clinton ya estaba ocupado al teléfono y su rostro fue suficiente para dejar ver que había malas noticias. Wendover apenas se atrevía a preguntar de qué se trataba, ya que las facciones de su

invitado desvelaban que podía esperarse lo peor.

—Ardsley ha llamado —explicó *sir* Clinton brevemente—. La joven ha empeorado mucho. A primera hora de la mañana ha sufrido un colapso grave y acaban de recuperarla ahora mismo. Por suerte, las enfermeras estaban allí, así que se ha hecho todo lo que se ha podido. Pero Ardsley parece tener pocas esperanzas ahora. Cree que la dosis del veneno debe de haber sido mayor de lo que pensamos.

*Sir* Clinton se mordió el labio y parecía estar a punto de decir algo, pero terminó cambiando de opinión y eligiendo otras palabras.

—Tenemos que acudir en cuanto desayunemos, Escudero. Debo ver a Ardsley. No te haces una idea de cuánto me preocupa este asunto.

—Creo que sí me hago una ligera idea. Yo mismo he pasado una noche bastante mala. Es una historia detestable.

Su amigo asintió con la cabeza ausente. Estaba claro que se había perdido en sus pensamientos y, por la mueca de su boca, Wendover adivinó que no eran nada agradables.

Pese a no ser del todo capaz de reconocerlo, el comportamiento de *sir* Clinton era otro factor que había hecho a Wendover perder pie en el mundo real. Hasta entonces, el jefe de policía había parecido estar tan seguro con respecto al caso que lo había abordado casi con ligereza, pero en esos momentos era más que evidente que algo había salido mal. Las cosas no habían funcionado según el plan. La tragedia que *sir* Clinton había predicho había cobrado vida. Sin embargo, llegado ese momento esperado, el jefe de policía parecía incapaz de asumir el papel de *deus ex machina* que en apariencia debía desempeñar. Ese cambio repentino perturbó profundamente a Wendover. El hombre en quien había confiado para aclarar el misterio parecía estar perplejo y ansioso, en vez de mostrarse frío y resuelto.

Cuando llegaron a Whistlefield, Ernest Shandon fue la primera persona que salió a recibirlos.

—¡Es algo horrible! —se lamentó mientras entraba en el estudio en el que se encontraban Wendover y *sir* Clinton—. En realidad, es algo espantoso. ¡Espantoso! Ardsley es muy pesimista al respecto, mucho. Ya sabe usted que ese hombre no serviría para médico en ejercicio. No es nada compasivo. La

mayoría de los médicos van con cuidado, no sueltan las cosas del modo insensible en el que lo hace Ardsley. Ese hombre no piensa en los sentimientos de nadie lo más mínimo. De un médico uno espera algún circunloquio digno, pero él no recurre a nada parecido. Le he preguntado esta mañana si Sylvia había pasado buena noche y se ha limitado a mirarme y a gruñir que tenía suerte de estar viva. Ha gruñido esas palabras como si Sylvia fuera uno de los perros que se dedica a rebanar. ¿Es ese el modo de dar una mala noticia a un familiar? A mí me parece horrendo. En ningún momento piensa en lo que esto significa para nosotros. Para él no es más que un caso, supongo. Pero lo que significa para nosotros... Sylvia lleva la casa tan bien... No sé qué vamos a hacer sin ella.

*Sir Clinton* lo había dejado explayarse, aunque era muy evidente que no tenía intención de perder mucho tiempo escuchando los lamentos de Ernest.

—Supongo que la señorita Forrest estará descansando, ¿no?

—Sí —le aseguró Ernest—. Estuvo despierta ayudando a Ardsley hasta que llegaron las enfermeras y después de eso no parecía capaz de dormirse, así que se quedó un rato levantada. Ardsley bajó y se la encontró a primera hora de la madrugada despierta, así que la mandó a la cama. Eso me dijo él. Yo me había ido a la cama algo antes.

*Sir Clinton* no hizo ningún comentario y Ernest continuó con sus quejas.

—Lo que sí me parece es que la policía no está haciendo nada. ¿Por qué no han arrestado a nadie? Se me están empezando a resentir mucho los nervios con toda esta tensión, se lo advierto. Tenemos a un asesino acechando la zona, que mata a mis hermanos, me ataca a mí y lleva a mi sobrina a las puertas de la muerte, y la policía se pasa todo el tiempo mirando, con las manos en los bolsillos. ¿Para qué se les paga? Eso es lo que le pregunto a usted. ¿Por qué no le ponen las manos encima a ese hombre? ¿Qué clase de vida cree que estoy llevando yo ahora mismo? Cada vez que salgo de casa tengo la sensación de que ese canalla puede andar al acecho tras el siguiente arbusto, preparando el arma. Así es como están las cosas. ¡Y no mueven ustedes un dedo para ayudar!

—Le ofrecí la vigilancia de unos agentes para Whistlefield hace no mucho, señor Shandon, y se negó usted. Siento que ahora no estén disponibles. En

estos momentos, tengo ocupados a mis hombres en otra labor.

Aquel recordatorio cogió un poco desprevenido a Ernest.

—Sí que lo hizo, sí que lo hizo. Se me había olvidado.

*Sir Clinton* pareció inclinado a aceptar aquello como una disculpa.

—Me gustaría ver al señor Stenness un momento en privado, si no le importa, señor Shandon. ¿Podría mandar a buscarlo?

Evidentemente, Ernest tuvo la sensación de que se le había soltado la lengua con el jefe de policía. Quizá en su cabeza se estuviese dando cuenta en cierta manera de la muestra de cobardía que había protagonizado. En cualquier caso, se apresuró a cumplir los deseos de *sir Clinton*.

—Iré a buscarlo y se lo mandaré —anunció con sorprendente concisión, antes de marcharse de la sala sin más cháchara.

Mientras esperaban a Stenness, la puerta se abrió y entró Arthur Hawkhurst. Para gran sorpresa de Wendover, el muchacho no mostraba indicio alguno de la hostilidad que había exhibido con tanta vehemencia la noche anterior. Por el contrario, parecía bastante avergonzado y empezó a hablar con unos modos inesperados.

—Anoche me comporté como un crío, *sir Clinton* —admitió con sinceridad—. Seguro que dije un montón de cosas que no debí decir. Pero ya sabe usted... —Una sonrisa cautivadora dejó ver los dientes del joven—. Estaba muy molesto. Cualquiera lo habría estado, creo. ¡Pobre Sylvia! Le tengo muchísimo cariño, entiéndame. Verá, ella es casi la única persona del mundo a quien le importo más que un comino. Así que, claro, no estaba muy en mis cabales y seguro que dije cosas que no debí decir.

—No pasa nada —le aseguró *sir Clinton*—. Entendí perfectamente cómo se sentía. Olvídelo y no se preocupe. Tiene bastantes problemas ya como para andar ocupándose de nimiedades ahora mismo.

Arthur asintió en un gesto pesimista de aceptación.

—¿Tiene alguna idea de por qué lo hicieron?

El jefe de policía guardó cuidado de no dar una respuesta directa.

—Estamos haciendo todo lo que podemos.

La mirada de Arthur se iluminó.

—Ojalá me permitiese usted echar una mano. ¿Podría ayudarles en algo?

—Ahora mismo, no, lo siento.

El joven se tomó mal la negativa.

—Pero no hay nada que me impida trabajar por mi cuenta, ¿no? Eso no podrá evitarlo. Y si me topo con esa bestia, no espere que le permita a usted entrometerse. Me enfrentaré a él yo mismo. La horca es demasiado buena.

—En eso estamos de acuerdo —dijo *sir* Clinton en un comentario imprudente. A continuación, añadió con una leve sonrisa—: Estamos hablando extraoficialmente, por supuesto.

Arthur levantó la vista con recelo.

—No estoy muy seguro de a qué se refiere. Pero lo que yo quiero decir está bien claro y puede expresarse con palabras muy sencillas: si logro ponerle las manos encima al hombre que trató de matar a Sylvia, deseará que lo manden a la horca antes de que haya acabado con él. Pienso...

—Es suficiente con eso, señor Hawkhurst —lo interrumpió abruptamente *sir* Clinton—. No queremos oír el resto.

El temperamento de Arthur hirvió ante aquellas palabras. Wendover, al mirarle el rostro, vio cómo se le contraían las facciones en una furia apenas contenida. Con esfuerzo, el joven aplacó su ira hasta que logró hablar.

—Si algo le ocurre a Sylvia, terminaré cogiendo a esa bestia y deseará no haber nacido. ¡Y punto!

Se dio media vuelta balanceándose y salió de la habitación.

*Sir* Clinton suspiró ligeramente cuando la puerta se cerró.

—¡Ay, Dios! —exclamó en tono leve, como para sí—. Precisamente eso no lo había previsto. La cosa se está complicando como los demonios.

Aquello despertó la atención de Wendover.

—¿Qué problema hay ahora?

El jefe de policía pareció darse cuenta de que había expresado sus pensamientos en voz alta.

—Otro factor más que no había tenido en cuenta —admitió.

Sin embargo, se negó a divulgar nada más y el Escudero tuvo que conformarse con esa frase críptica.

Stenness no los hizo esperar mucho. Cuando entró en el estudio, Wendover se sorprendió al ver el cambio que parecía haber experimentado el aspecto del

secretario. Tenía los ojos caídos y las facciones mostraban una expresión macilenta, como si hubiese pasado por una tensión enorme.

«Supongo que todos tendremos un aspecto similar después de este asunto —comentó Wendover para sí—. Clinton se está medio matando de la ansiedad, el joven Hawkhurst dista mucho de estar normal y yo diría que debo tener un poco de mala cara. Era de esperar».

*Sir* Clinton no perdió el tiempo con preliminares y fue directo al grano.

—El señor Shandon nos contó que conocía usted el contenido del testamento de Roger Shandon. ¿Puede explicarme lo principal? Ahora ya no es un documento confidencial, por supuesto.

—Hay una copia en la caja fuerte, aquí mismo. Puede echarle un vistazo si quiere —explicó Stenness.

—Gracias. Pero si es usted capaz de recordar los puntos más importantes, me ahorrará la molestia de leerlo entero.

El secretario se sacó una llave del bolsillo y fue a abrir la caja fuerte que estaba embutida en la pared del estudio.

—El testamento es bastante sencillo. Toda la finca queda dividida a partes iguales entre Neville Shandon, Ernest Shandon, la señorita Hawkhurst y Arthur Hawkhurst. Y está la típica cláusula sobre los herederos y supervivientes de ese grupo.

—Lo que quiero saber en concreto es si se menciona a algún legatario del remanente, a alguien que se lleve el remanente de la parcela después de que el resto de las herencias se hayan cubierto.

—No recuerdo ninguna cláusula de ese tipo —admitió Stenness, mientras buscaba entre los papeles de la caja fuerte—. Aquí está la copia del testamento, por si quiere examinarla.

Le pasó la copia a *sir* Clinton, que la abrió y empezó a leer.

—A usted no le deja nada, ¿no? —preguntó el jefe de policía con indiferencia, mientras continuaba estudiando el documento.

Stenness se sorprendió claramente ante la pregunta.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? Solo llevo con él uno o dos años. No soy ningún viejo criado de la familia que se haya ganado una pensión. De hecho, no se recoge ningún legado de esa clase.

—Ya veo —admitió *sir* Clinton cuando hubo terminado de leer—. Es un testamento muy corto, sin las complicaciones que se suelen incluir en estos textos mediante algunas cláusulas. —Pareció quedarse pensando en el asunto unos momentos—. A decir verdad, esperaba haber encontrado mención a algún legatario del remanente en algún punto, pero está usted en lo cierto: no aparece nada similar. Por casualidad no sabrá algo del testamento de Neville Shandon, ¿no? Eso no era competencia suya, claro.

El secretario negó con la cabeza.

—Nunca lo he leído. Pero da la casualidad de que sí lo he visto. Y la impresión que me dio tras echarle un vistazo a la última página fue que podría ir en la misma línea que el de Roger. Si lo necesita, es muy fácil conseguir una copia una vez que se ha legalizado.

*Sir* Clinton devolvió el testamento y se puso en pie mientras Stenness metía de nuevo el documento en la caja fuerte.

—Veo que tiene una llave de la caja.

El secretario cerró la caja y volvió a meterse la llave en el bolsillo.

—Sí, el señor Shandon me dijo que me quedase esta. He estado arreglándole papeles y era más cómodo que tuviese yo una llave. Así le ahorra la molestia de estar siempre dándomela cuando la necesitase.

—¿No tenía una llave cuando vivía Roger Shandon?

—No, Roger era una persona muy distinta.

—Por cierto, señor Stenness, ¿va a quedarse aquí como secretario de Ernest Shandon?

Al hombre pareció pillarle algo desprevenido esa pregunta.

—No hay ningún acuerdo en firme, por ahora. Me quedaré hasta que la situación se haya aclarado, pero después de eso no sé si seguiré aquí. Puedo aspirar a cosas mejores.

—Ya me supongo —admitió *sir* Clinton con indiferencia, antes de consultar la hora—. Quiero ver al doctor Ardsley. Tengo bastante prisa ahora mismo, pero hay una o dos preguntas más que me gustaría plantearle en algún momento, señor Stenness. ¿Estará libre esta noche después de la cena? Muy bien, me pasaré entonces. Le agradecería que le dijera al doctor Ardsley que estoy aquí.

Evidentemente, el secretario era un mensajero veloz, ya que Ardsley apareció casi de inmediato. Wendover exploró ansioso la cara del toxicólogo cuando este entró en la habitación. Allí estaba la persona que podría ser capaz de llevarles algo de calma. Sin embargo, el semblante de Ardsley no le dio motivos para levantar los ánimos. No desvelaba más que pesadumbre y ansiedad.

—Está mucho peor. Esperaba que se produjese un repunte tras el ataque de la noche, pero no se ha recuperado.

—Cuéntenos sin más lo que piensa —le pidió *sir* Clinton—. No hace falta que se ande con rodeos en lo que a nosotros respecta.

En el rostro de Ardsley pareció aumentar, en todo caso, la seriedad.

—No puedo albergar muchas esperanzas. Sinceramente, creo que todo habrá acabado pronto... Esta noche, quizá.

En apariencia nadie tenía ganas de hablar. Wendover estaba intentando forzarse a hacer frente a lo que ya parecía inevitable. En ocasiones la muerte llega con rapidez, pero las circunstancias de la tragedia de Sylvia le dieron un matiz del que carecen las muertes normales. Le costaba convencerse a sí mismo de que todo aquello no era una pesadilla. Era como si algo careciera completamente de sentido: el asesinato de una joven contra la que nadie podía albergar ningún resentimiento personal. La inhumana ausencia de finalidad que había acabado con Sylvia en la flor de la vida le resultaba más terrible de lo que habría sido cualquier plan preconcebido, dado que un crimen calculado implicaría un móvil, mientras que aquel acto parecía haber surgido del mero caos: algo más allá de las cosas normales.

*Sir* Clinton se acercó a la puerta y entonces pareció cambiar de opinión.

—¿Cree que podría conseguir un poco de vinagre y de sosa? —preguntó, dirigiéndose a Ardsley—. Hay algo que me gustaría comprobar y estaría bien que un experto lo viese.

El toxicólogo no tuvo dificultad alguna para procurarle lo que quería. Como médico a cargo de Sylvia, solo tenía que pedir lo que necesitara. A petición de *sir* Clinton, les llevaron asimismo un par de vasos y una garrafa de agua.

—Ahora apoya la espalda en la puerta, Escudero, por favor. No queremos visitas.

De un frasquito de cristal que se sacó del bolsillo, el jefe de policía extrajo uno de los aciajos dardos.

—Este es el que hirió a la señorita Hawkhurst —explicó mientras lo echaba en un vaso de agua—. Ahora, habrá que darle tiempo.

Mientras lo removía de vez en cuando, poco a poco un leve tinte azulado se fue haciendo presente en el agua. Ardsley escudriñaba el vaso con profundo interés, pero en el rostro no mostraba ninguno de los pensamientos que le pasaban por la cabeza.

—Ahora vamos a añadir una gota de vinagre, Escudero —dijo *sir* Clinton al tiempo que se ceñía a sus palabras.

Cuando el vinagre se mezcló con la solución, Wendover vio un cambio en el tinte y un color rojo claro sustituyó al azul original.

—Y ahora algo de sosa, para variar —añadió *sir* Clinton mientras vertía un cristal y revolvía el líquido del vaso.

Al hacerlo, el tinte azul fue volviendo a la solución.

Ardsley asintió en gesto de aprobación.

—Tornasol, obviamente. Ni una palabra más. Debe de ser usted un poco químico para haber dado con ese truco.

*Sir* Clinton no respondió, sino que advirtió a Wendover que tuviese bien presente aquella prueba.

—Si no se le ofrece nada más, regresaré con la señorita Hawkhurst —dijo Ardsley en cuanto el jefe de policía dejó de hablar.

—Nosotros nos volvemos a Grange —explicó *sir* Clinton—. Si me necesita, solo tiene que llamar.

—Creía que andabas con prisa —agregó Wendover algo sorprendido cuando vio que su amigo no parecía tener nada entre manos tras regresar a Grange—. Interrumpiste la conversación con Stenness con esa excusa. ¿Por qué no la acabaste en ese momento, en vez de alargarla para retomarla más tarde?

—Estoy preocupado por la señorita Hawkhurst, Escudero, y prefiero que las noticias me las dé directamente Ardsley en vez de usar el teléfono.

—No le has sacado mucha cosa esta mañana —se quejó Wendover—. Y sigo sin entender por qué has metido a ese hombre en esta historia. A mí me

parece tentar a la providencia divina. En fin, él podría ser la fuente del curare original, por lo que sabes hasta ahora. Es uno de los sospechosos.

—Ardsley no se encuentra en mi lista de sospechosos, Escudero. Y si está en la tuya, deberías sacarlo de inmediato. Eso seguro. Con respecto a que lo haya metido en esta historia, ¿quién podría hacer mejor ese trabajo? ¿Qué haría un médico rural con el caso de la señorita Hawkhurst? ¡Nada de nada! No se puede esperar que un médico rural vaya a estar a la vanguardia en el estudio de los venenos raros. No es razonable pedirles algo así.

La creciente inquietud de Wendover encontró alivio al fin en forma de palabras.

—No consigo adivinar qué tramas en este asunto, Clinton. Dices saber quién es el asesino. ¿Por qué no lo arrestas ya? Aseguraste que lo sabías hace días y aun así no hiciste nada. Has dejado que las cosas sigan a la deriva y el resultado ha sido el ataque contra Sylvia Hawkhurst. Pero ¡si has sido tú el responsable! Cometiste un descuido criminal con esos dardos venenosos, dejándolos por ahí para que cualquiera los cogiese.

*Sir* Clinton no se defendió. Por el contrario, llevó la vehemencia de Wendover por otra vía.

—Es muy fácil decir «¡Arresta a alguien!». Supongamos que estuvieses en mi lugar, Escudero, y quisieras estar totalmente seguro de lo que haces. ¿A quién arrestarías en estos momentos?

Azuzado por esa pregunta directa, Wendover tuvo un destello de clarividencia.

—A Ernest Shandon. He estado pensando las cosas y he visto uno o dos aspectos con una nueva perspectiva. ¿Quién abrió la ventana anoche y así posibilitó que el asesino disparara a la habitación? ¡Ernest Shandon! ¿Quién estaba fuera de la habitación cuando se efectuó el disparo? ¡Ernest Shandon! ¿Dónde estaba? En el jardín de invierno, que dispone de una puerta junto al grupo de rododendros donde se ocultó el asesino. ¿Quién tenía acceso a ese alijo de curare en el museo? ¡Ernest Shandon!

*Sir* Clinton no logró reprimir una sonrisa, aunque hizo lo que pudo.

—¿Y quién sufrió un ataque en el laberinto? ¡Ernest Shandon! ¿Y quién estaba sentado con un clavo en la bota en la carretera pública la tarde en la

que mataron a sus hermanos? ¡Ernest Shandon! Venga, mejor completamos la historia, antes de empezar a hablar de arrestos. La auténtica verdad de todo esto es que Ernest Shandon te ha molestado con su cobardía y su egoísmo en general y, por tanto, crees que sería un candidato más que oportuno para la horca. Estás empezando a encenderte con esto, lo mismo que te ocurrió con Ardsley.

Wendover admitió su metedura de pata con mal humor.

—De todos modos, hay otra persona a la que habría que vigilar: el joven Hawkhurst —continuó—. Ese pobre hay veces que no me parece muy cuerdo. ¡Míralo esta mañana! Esa enfermedad cerebroespinal lo ha afectado más de lo que suponía... —Entonces, estalló, impactado por una idea nueva—: ¿Es él la persona que tenías en mente, Clinton? ¡No se me había ocurrido! Y podría explicar algo que me ha tenido desconcertado: el maldito sinsentido de todo este asunto de Whistlefield. Es del tipo de cosas que haría un lunático. Además, dicen que en el caso de la enfermedad del sueño, si se convierte en una manía homicida, la criatura puede ir a por sus parientes más cercanos. ¡Justo lo que ha ocurrido en Whistlefield! Y fue él quien encendió el altavoz anoche y así cubrió cualquier ruido que pudiese hacer al colocarse fuera, en la ventana. No lo había pensado antes. Aparte, fue su escopeta de viento lo que encontré en los rododendros.

En esa ocasión, *sir* Clinton no sonrió.

—No me importa admitir delante de ti, Escudero, que el joven Hawkhurst es uno de mis escollos.

Wendover regresó a su acusación original.

—Bueno, no entiendo adónde quieres ir a parar, Clinton. A la vista de todo, me parece que te has jugado la vida de esa pobre muchacha simplemente para tener un caso que pudieses probar y ahora no estás más cerca que antes.

El rostro de *sir* Clinton se puso muy serio.

—Ahí has dado en un punto doloroso, Escudero. Pero ¿no se te ha ocurrido en ningún momento que no esperase un ataque contra la señorita Hawkhurst? Yo estaba esperando algo muy distinto. ¿No te sorprendió por lo peculiar que propiciase yo esa invitación a jugar al *bridge*, cuando obviamente no era el tipo de cosas que uno se espera? Tuve que colocarme una máscara bien

ceñida para salir airoso con el rostro inmutable.

—Sí, fue todo un ejemplo de mal gusto rancio y me sorprendió que lo hicieras —confirmó su anfitrión.

—Lo fue. Y no se me suele conocer por ese tipo de cosas. ¿Ves adónde quiero ir a parar, Escudero? Yo esperaba que el siguiente ataque fuese contra mí mismo y me cuidé mucho de crear la oportunidad yendo al terreno del asesino. La reunión esa para jugar al *bridge* era un plan para convertirme en un buen objetivo para el experto en escopetas de viento.

—¡Madre de mi vida! —exclamó sorprendido Wendover—. En ningún momento he pensado que fuera eso lo que pretendías. Tienes unos nervios de acero, Clinton, para ofrecerte así a que te disparen.

—Prefería recibir ese disparo estando preparado que inesperadamente, de ahí la reunión del *bridge*. Pensé que ese tipo no podría resistir la oportunidad de practicar tiro al blanco.

—¡Hum! No sé si sería capaz de armarme de valor hasta ese punto.

—¡Pues claro que sí! No dudaste en arriesgarte a ir tras él por la ventana.

—Sí —admitió Wendover—, pero eso fue en el calor del momento, que es muy distinto.

*Sir* Clinton le quitó hierro al asunto.

—El problema es que no conseguí lo que buscaba, al fin y al cabo. Dispararon a la señorita Hawkhurst. Sin embargo, quizá recuerdes que en cuanto la bestia apretó el gatillo, la muchacha se inclinó ligeramente hacia delante y extendió la mano, mientras yo, por casualidad, me echaba hacia atrás. El dardo te pasó de largo y le dio a ella en el brazo, pero no las tengo todas conmigo de que no fuese un accidente. Si pudiera discernir si el disparo iba dirigido contra ella o contra mí, sabría más sobre el caso y tendría las ideas más claras, eso te lo aseguro. —En ese momento, pareció ocurrírsele algo nuevo—. Por cierto, Escudero, tu suposición sobre el destino de la escopeta de viento en los primeros ataques ha resultado ser cierta. Mis hombres han estado dragando el río cerca de la orilla, en la casa de botes, y hemos encontrado el arma que mató a los dos Shandon. El asesino debió arrojarla al agua, como sugeriste tú.

Wendover se sintió notablemente agradado por ese tributo a su acierto.

—¿Tiene algo que sirva para identificarla? —quiso saber.

—Parece que procede de la armería de Whistlefield. Qué puñeteros, ojalá no fuese una gente tan dada a coleccionar escopetas de viento. Eso complica más las cosas.

## El cheque falsificado

*Sir* Clinton tenía otra sorpresa más en la recámara para su anfitrión. Justo antes de la cena, aparentemente decidió llamar a Whistlefield y le sugirió a Wendover, para su sorpresa, que lo acompañase hasta el teléfono.

—Solo oirás una parte de la conversación, pero creo que puede interesarte —le dijo, con una expresión algo adusta—. Además, a lo mejor está bien contar con un testigo que pueda dar parte de lo que se dice a este lado del teléfono. Ojalá tuviéramos dos receptores y así lo escucharías todo.

Pasados unos momentos se estableció la conexión y Wendover se quedó estupefacto al oír al jefe de policía preguntar por Ernest Shandon en vez de por Ardsley. Tras unos minutos, Wendover oyó el inicio de la conversación.

—*Sir* Clinton Driffield al habla. Señor Shandon, debe tratar este asunto como algo totalmente confidencial... Que no salga de usted. Ni una sola palabra a nadie, ¿me entiende? Quiero que le eche un ojo a su secretario. Sí, a Stenness. Quiero tenerlo vigilado. Si lo ve salir de la casa, llámeme de inmediato... Sí, en el momento... No será durante mucho tiempo. Dentro de poco estaré allí. Eso no lo pesqué... Sí, no iba usted alejado con sus sospechas. Qué suerte que mencionase el asunto del cheque... ¿Algo más? ¿Quiere decir sobre el asesino? Ah, creo que lo cogeré mañana, muy posiblemente, si no se larga corriendo... Si no se larga, he dicho. Eso es lo único que me da miedo... Sí, estoy seguro de que eso le iría bien a usted. Después de todo, lo máspreciado que tenemos todos es el pellejo propio. Buenas noches. Nos pasaremos por allí poco después de cenar.

Wendover había logrado captar la esencia de la conversación desde el lado

en el que estaba escuchando.

—¿Tienes miedo de que Stenness huya? ¿Y crees que es el hombre que buscas?

—De verdad, Escudero, deberías ponerle freno a tus preguntas —le dijo *sir* Clinton en tono reprobatorio—. He hecho una excepción dejándote oír esa charla, pero, desde luego, no pretendía iniciar un interrogatorio al respecto. Tienes que deducir lo que puedas por tu cuenta. Eso me recuerda que, por desgracia, no vas a poder estar presente cuando interroge al señorito Stenness. Esta noche deberás asistir como una visita particular y esperar los resultados hasta más tarde.

Wendover no quedó especialmente contento con esa última noticia. Evidentemente, había contado con escuchar lo que *sir* Clinton tenía que decirle al secretario. No obstante, se dio cuenta de que estaba a expensas del jefe de policía y debía hacer lo que le mandaban, así que cuando llegaron a Whistlefield, el Escudero preguntó por Ernest Shandon, mientras *sir* Clinton iba al estudio a interrogar a Stenness.

El secretario llegó al poco. Aún parecía muy ansioso, quizá incluso más que por la mañana. Sin perder ningún tiempo, *Sir* Clinton entró en materia de inmediato.

—Bueno, señor Stenness, tengo algunas preguntas que hacerle. No está de más que le advierta que cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra si va usted a juicio.

El rostro de Stenness dejó ver menos sorpresa de la que habría cabido esperar.

—¿Ha dicho «si», pero queriendo decir «cuando»?

—Elijo mis palabras con cuidado —le aseguró *sir* Clinton—. Quiero decir «si». La historia aún no está clara, pero quiero entrar con usted en el juego sin ninguna ventaja indebida.

La cara imperturbable del secretario no mostró ni alivio ni abatimiento.

—Hace usted muy bien —le contestó en un tono de voz neutro.

*Sir* Clinton se quedó un momento pensativo. Stenness se acercó a una silla y se sentó.

—Creo que en su caso puedo poner todas mis cartas sobre la mesa,

Stenness —aseguró el jefe de policía al rato—. Nada de lo que voy a decirle será nuevo para usted y no parece haber ningún motivo para quedarme callado.

El secretario levantó la vista con indiferencia. Parecía tener la mente ocupada en algo muy distinto del asunto que tenían entre manos.

—Continúe —dijo apático.

—He aquí los hechos, pues —empezó *sir* Clinton—. Usted estaba empleado en esta casa como secretario de Roger Shandon, posición que, aparentemente, le dio acceso a los talonarios del señor. No es lo usual, pero tengo razones sólidas para suponer que en su caso era así.

Stenness asintió a modo de confirmación.

—No lo niego.

—Tiene usted la llave de la caja fuerte, ¿verdad? ¿Le importaría buscar a ver si encuentra el último talonario que utilizó Roger Shandon?

El secretario se acercó a la caja fuerte, la abrió y después de una breve búsqueda desenterró el talonario.

—Bueno, ¿haría el favor de buscar la matriz con el número 60073? —continuó *sir* Clinton.

Stenness levantó la vista sin mostrar ninguna emoción en sus facciones.

—No hay ninguna matriz con ese número en el talonario —admitió.

—Pero sí están la 60072 y la 60074, ¿no?

—Sí.

—Es una cosa bastante curiosa, ¿verdad?

—Lo es.

*Sir* Clinton pasó a otro tema.

—Hay un fajo de cheques devueltos en ese cajón del escritorio, ¿no?

—Lo hay. ¿Lo quiere?

*Sir* Clinton pareció obviar la pregunta.

—¿Le sorprendería, Stenness, enterarse de que uno de esos cheques ha sido retirado de ahí y no está por ninguna parte? A pesar de todo, el banco lo devolvió en su debido momento.

El secretario miró impasible a su interlocutor.

—No me sorprendería en lo más mínimo.

El jefe de policía hizo una breve pausa antes de continuar. Cuando volvió a hablar, lo hizo en una línea distinta.

—Esos eran los hechos simples y sencillos. Ahora vayamos a las hipótesis: un terreno que, sin duda, no es del todo firme. Si no le importa, creo que podríamos plantear el caso en términos de Fulanito y Menganito, a no ser que piense usted que... —Y dejó la frase incompleta. A continuación, siguió en tono vigoroso—: Pues bien, supongamos que Fulanito es un hombre rico que se ha labrado su fortuna de formas bastante peculiares, como el difunto Roger Shandon, por ejemplo. Fulanito contrata a un secretario. Creo que sería razonable dar por sentado que un secretario en un caso así tendría que ser alguien que, si fuera necesario, pudiese hacer la vista gorda y que no fuese dado a juzgar las cosas con demasiada rigurosidad. De hecho, Stenness, debería tratarse de un caballero con muy pocos escrúpulos.

El secretario asintió con indiferencia.

—Continúe.

—Estoy planteando un caso hipotético, no se olvide —le advirtió *sir* Clinton—. Es lo que se podría llegar a decir... No es que yo lo admita necesariamente. Solo estoy intentando enseñarle cómo podría plantearse la cuestión, ¿me entiende? Bueno, el secretario entonces, Menganito, más pronto que tarde ve la oportunidad que la providencia divina ha puesto en su camino. Su señor tiene la costumbre de extender cheques al portador por grandes sumas de dinero (varios miles) de vez en cuando. Y, con muy poco cuidado, ha caído en la costumbre de mandar a su secretario a cobrarlos en su nombre y llevarle el dinero. Así pues, el banco está acostumbrado a abonarle cosas así al secretario sin hacer preguntas.

Stenness no mostraba señal alguna de especial interés. Su cautela usual bastaba para velar sus pensamientos.

—El secretario, suponemos, es un tipo perspicaz. Creo que podemos asumir que sabría reconocer una ocasión cuando se le presenta. En cualquier caso, la falsificación requiere una cierta habilidad manual si se va a realizar de ciertas maneras, y posiblemente el secretario sea lo bastante perspicaz para desconfiar de su propia habilidad como falsificador. De todos modos, una firma siempre se puede calcar. —*Sir* Clinton se sacó la petaca y encendió un

cigarro antes de continuar, como decidido a infundir informalidad a aquel trámite—. Una firma siempre puede calcarse. Aunque se necesita tener un modelo para hacerlo: la firma de un cheque, claro, porque la gente sensata no utiliza la firma de sus cartas para los cheques. Tienen una especial, con algún trazo específico: la colocación de un punto o algo por el estilo. Espero no estar aburriéndole con estas cosas tan elementales.

—En absoluto —afirmó Stenness con cierta muestra de interés educado.

—El modelo para la firma, en el caso del secretario Menganito, podría seleccionarse fácilmente entre uno de los cheques viejos devueltos por el banco —prosiguió *sir* Clinton—. Menganito tenía acceso a ellos, podemos suponer. Pero entonces surge un elemento en el que seguro que cayó su mente perspicaz: un hombre nunca escribe su firma dos veces del mismo modo exactamente, siempre hay una ligera diferencia entre dos firmas. De ahí que si dos cheques resultan tener firmas idénticas, un detective avisado podría sospechar que ocurre algo. ¿Me sigue? —Stenness asintió en silencio—. Por tanto, Menganito, el perspicaz secretario, copia la firma de su señor de uno de esos cheques antiguos. Y, para encubrirse, para asegurarse de que no se pueda demostrar que se trata de una firma copiada, destruye a continuación el cheque antiguo. Así no existen dos firmas idénticas y lo único que falta es un cheque anulado: nada por lo que nadie vaya a montar un escándalo en el peor de los casos, si se descubre esa ausencia. ¿Estoy siendo claro?

—Bastante —respondió Stenness, aún con aires de interés formal.

—Por el momento, pues, todo va como la seda. Pero ahora llega un punto peliagudo. De hecho, es el punto peliagudo definitivo del asunto. Todos los cheques disponen de su matriz y el señor Fulanito, el patrón, tiene la extraña costumbre de rellenar siempre sus matrices. De ahí que, cuando el señor Menganito copia la firma de su señor (digamos, la del cheque número 60073), deba hacer algo con la matriz de ese cheque. Si la deja en blanco, llamará la atención del buen señor Fulanito la siguiente vez que este utilice el talonario. Si el perspicaz secretario falsea un registro en la matriz número 60073, entonces el señor Fulanito, que no es tonto de ninguna manera, puede darse cuenta y causar problemas. ¿Qué habría que hacer? Lo obvio sería

eliminar la matriz número 60073 del talonario y confiar en que nadie se percate de su ausencia. Creo que esa es la sucesión lógica que yo habría seguido de haberme metido en ese aprieto.

*Sir* Clinton pareció perder durante un momento el interés en la narración. Permaneció sentado un rato en silencio, mirando al secretario, como a la espera de alguna sorpresa. No obstante, Stenness no mostraba ninguna señal de culpa ni de confusión.

—Le felicito por su templanza, Stenness —empezó de nuevo el jefe de policía—. Bueno, esto es una hipótesis que no sería yo muy reacio a adoptar como explicación para el asunto de los cheques. Me parece que cubre a la perfección todos los vacíos. De hecho, estoy bastante convencido de que es una buena hipótesis, dentro de sus posibilidades. Sin embargo, alguna gente estaría dispuesta a llevarla un paso más allá. Simplemente voy a exponer lo que podrían decir esas personas.

En ese momento, fue como si Stenness le encontrase algo de interés a la cuestión. Se incorporó en el asiento y miró al jefe de policía.

—Por favor, continúe —pidió.

—Hemos asumido que Menganito es una persona perspicaz. Sería muy concebible también que una mente alerta fuese capaz de ver un paso más allá que la condujese a un terreno más seguro. Si las cosas seguían su curso, detectarían la falsificación a muy corto plazo. No pueden sacarse miles de libras de la cuenta de una persona sin suscitar preguntas. Así que, por lo general, lo razonable sería huir y tratar de salir del país con el dinero. Eso es lo que se le ocurriría a la mayoría de la gente de inmediato. No obstante, hay otro modo de asegurarse de que las cosas salgan bien. —La voz de *sir* Clinton adoptó un tono más grave—. Supongamos ahora que, inmediatamente después de cobrar el cheque, el señor muere por casualidad. ¿Qué prueba de la falsificación quedaría entonces? Ninguna, si la copia de la firma se ha llevado a cabo decentemente. El supuesto autor de esa firma está muerto y nadie más puede negar la autoría. Y el cheque, se da por hecho, se ha cobrado antes de que se produzca la muerte. Sobre esa base, el falsificador no tendría necesidad de salir volando a ningún sitio. Debería limitarse a quedarse quieto y comportarse con normalidad.

*Sir* Clinton sorprendió a Stenness adoptando una nueva expresión. Fue un cambio fugaz nada más, pero bastante inconfundible. Sin embargo, el secretario permaneció obstinado en su silencio y esperó el resto de la argumentación.

—Eso es si asumimos la muerte natural del señor, aunque coincidencias así raras veces se dan. Una mente perspicaz no contaría con una posibilidad como esa. No obstante, por muy raras que sean esas coincidencias, no entran en lo imposible, siempre que algún ente humano, por casualidad, eche una mano en el asunto. Supongamos que el perspicaz Menganito reparó en ello y decidió que merecía la pena provocar esa coincidencia asesinando a su señor...

El jefe de policía se revolvió en la silla, sorprendido por la apertura de la puerta. En el umbral se encontraba Ardsley y con solo mirarlo a la cara se sabía que había ocurrido algo grave.

—Ya está, *sir* Clinton. Ya se pueden echar las persianas.

—¿Es la señorita Hawkhurst? —Fue todo lo que pudo decir *sir* Clinton.

Ardsley adoptó un gesto de desesperanza.

—Hay cosas que se escapan a nuestro control —afirmó con desaliento.

## Los asuntos del secretario

*Sir* Clinton recibió la noticia de Ardsley casi como si hubiera temido que el fin era inevitable. No obstante, no hizo ningún intento por expresar sus sentimientos.

—Creo que será mejor que se lo comunique usted al resto —sugirió.

Ardsley aceptó, con una leve mueca de reticencia ante la tarea, y salió de la habitación.

Stenness había escuchado el intercambio entre ambos hombres con los aires de quien trata de convencerse a sí mismo de que está soñando y que quizá, con un esfuerzo violento, pueda despertarse de la pesadilla. Al cabo, pareció dominar sus sentimientos.

—Se ha terminado, ¿verdad? —preguntó con voz ahogada, como esperanzado incluso en el último momento en que lo tranquilizasen con una buena noticia.

—Se ha terminado —reconoció *sir* Clinton en tono serio.

El secretario pareció recobrar la compostura.

—Entonces, en ese caso, creo que no hay ningún motivo por el que no deba destapar toda la jugada. Nada ya importa demasiado y, para el caso, usted iba a descubrir la historia entera. No me supondrá ninguna diferencia.

El jefe de policía hizo un vago gesto de asentimiento, pero se contuvo de hablar. Tras unos momentos, Stenness comenzó con su relato.

—Así es como ocurrieron las cosas: no hace mucho tiempo, yo era un crío sin ningún pariente que cuidase de mí y me mantuviese a raya. No me estoy quejando, solo pretendo explicarme. Tenía un capital de varios miles de libras

y, por supuesto, buena parte la dilapidé. En el proceso aprendí ciertas cosas sobre el mundo, así que a lo mejor no fue un desperdicio del todo.

*Sir Clinton* se percató de que incluso en esa fase *Stenness* conservaba su concisión y se limitaba a los hechos principales. El secretario le estaba ahorrando detalles inútiles y, como él mismo había dicho, no se quejaba de sus pérdidas.

—Tras pasar uno o dos años en esas, había caído en picado y me quedé con poco más de cinco mil libras. Esa cantidad es un buen colchón, pero yo no tenía el buen juicio para verlo desde esa perspectiva. Quería mucho más que trescientas o cuatrocientas libras al año, así que busqué algún modo de aumentar mi capital. —Una expresión levemente desdeñosa le cruzó el rostro—. Debía de ser todo un pipiolo en aquellos tiempos: albergaba una suerte de confianza que he perdido desde entonces. Por resumir la historia, me estafaron esos cinco mil. Era tan novato que en el momento no me di cuenta de quién estaba detrás del fraude. Con lo único que di fue con unos esbirros del pez gordo que había detrás. Me dejaron prácticamente limpio. —Se movió rápido en la silla, como si ese recuerdo lo incomodase—. Tenía que hacer algo para ganarme la vida y no sé cómo llegué al oficio de secretario: la clase de empleo en el que es más importante tener buenas apariencias que saber hacer bien el trabajo. En cualquier caso, me percaté de que debía trabajar para vivir y espabilé. Me tomé las cosas en serio y aprendí todo lo que pude. Y resultó que terminé siendo un secretario razonablemente eficiente. —*Sir Clinton* asintió; había que ser justos con *Stenness*—. Fui pasando de un trabajo a otro, hasta que hace un par de años di con la casa de *Roger Shandon*. Aprendí mucho con él. Fue una formación perfecta. En ciertos aspectos.

—Me lo imagino —intervino *sir Clinton*.

—Era un canalla de los pies a la cabeza —afirmó *Stenness* sin exacerbarse—. De todos modos, aprendí mucho sobre el lado sórdido de las cosas gracias a los asuntos que pasaron por mis manos. Fue interesante, incluso al principio. Y después, se puso aún más interesante. —El secretario volvió a moverse en la silla para poder mirar a *sir Clinton* a la cara—. Un día me crucé en su correspondencia con un nombre, el nombre de uno de los tipos

que había ayudado a timarme aquellas últimas cinco mil libras. Eso me puso sobre aviso. Empecé a investigar. Me llevó bastante tiempo y no encontré nada explícito, entiéndame. Pero tuve la cabeza suficiente como para sumar dos más dos y rellenar los vacíos. Mi difunto señor era el hombre que había estado tras el timo que me despojó del único dinero que me quedaba.

—No podría esperar usted que yo adivinase tal cosa —dijo *sir* Clinton, como defendiéndose—. Sabía que había más tras este asunto de lo que parecía en la superficie, pero por supuesto no tenía ni idea de nada así.

Stenness hizo caso omiso de la interrupción.

—Supongo que mi formación a cargo de Roger Shandon había terminado de borrar cualquier resto de honradez que me quedaba. O bien me dejó la honradez intacta, pero desafinó en mí el respeto por las convenciones, si prefiere expresarlo así. En cualquier caso, para mí se trataba de una sucesión de acontecimientos de lo más sencilla: ese caballero, Shandon, me había robado la cartera, o al menos a eso equivalía el asunto en la práctica, aunque dudo mucho que hubiese podido acusarlo de fraude y darle una lección. Bueno, para mí no había ninguna razón en particular por la que él se debiese largar con mi dinero. Se había aprovechado de mi estupidez o de mi confianza, o de como se le quiera llamar. Y decidí pagarle con la misma moneda. Podría haberlo exprimido para llevarme una cantidad adicional, pero ese no es mi estilo. Tengo una clase de conciencia muy peculiar y me decidí a coger la cantidad exacta de dinero que me había timado. Sin duda, la singular cifra del cheque le habrá sorprendido.

—No —objetó *sir* Clinton—. Sencillamente supuse que Shandon no tenía costumbre de extender cheques por cifras redondas y que usted rellenó una cifra rara para que el cheque no pareciese extraño.

—Lo habría hecho en cualquier caso, por supuesto —explicó Stenness—, pero resultó que la suma exacta que me había quitado él originalmente servía como cantidad bastante creíble, así que me ceñí a ella. Ni siquiera le impuse una soberana multa por la estafa. Me contenté con coger de vuelta lo que había perdido. No le vi nada de malo y sigo sin vérselo. Tengo la conciencia bien tranquila con respecto a ese asunto. Legalmente, por supuesto, es cosa bien distinta.

—Mucho —dijo *sir* Clinton, aunque su tono de voz no dejaba ver qué opinaba sobre la cuestión.

—Con respecto al asunto real que nos ocupa, no es necesario que lo repase: ya usted ha dado con la clave de un modo bastante acertado hasta un punto, no hace ni diez minutos. Falsifiqué la firma, destruí el cheque anulado, corté la matriz del talonario y cobré el cheque falsificado. Nadie sospechaba nada.

—No había razones para que sospechasen, en esos momentos.

—No. Pero ahora llego al punto en el que ha hecho usted una sugerencia que va más allá. Ha sacado a relucir la idea de que yo asesinaría a Shandon para encubrirme.

—Lo he sugerido como una hipótesis que alguna gente podría sentirse tentada a plantear —lo corrigió *sir* Clinton—. Si se acuerda bien, me he abstenido de respaldar dicha teoría.

Stenness reflexionó un instante.

—Cierto. En cualquier caso, el asesinato nunca entró en mis planes, en absoluto. Tenga en cuenta que no siento que haya cometido ningún delito con todo este asunto. Lo único que he hecho ha sido recuperar mi dinero de manos del tipo que me lo había quitado del bolsillo. Usted habría recobrado su cartera si hubiese pillado a un carterista con las manos en la masa y no se autocalificaría de ladrón por hacerlo. Pues bien, yo tampoco.

—Continúe —dijo el jefe de policía a modo de plagio inconsciente.

—Así las cosas, el asesinato era lo último que habría entrado en mis planes. ¿Por qué iba a asesinarlo? Puse en orden las cuentas, tenía mi dinero de nuevo. ¿Qué sentido habría tenido ponerme la soga al cuello? ¡Ninguno! Lo único que necesitaba era una huida limpia. Lo planeé con bastante minuciosidad.

—Eso no me interesa especialmente ahora mismo —le recordó *sir* Clinton—. Sin embargo, cabría preguntarse qué hace usted aquí, dado que es evidente que eso no se ajusta al plan.

—La explicación es fácil. Había previsto escaparme la tarde del día en el que los Shandon fueron asesinados. Estaba en plena labor de desalojo, justo antes de salir corriendo... Y de repente ocurrió lo del laberinto. ¿Podía salir corriendo entonces? No había muchas posibilidades. Me habría señalado

como asesino con dar un solo paso. Y piense cómo habrían pintado las cosas si me hubiese largado. Hubiera añadido con ello el último detalle que diera sentido a la hipótesis que acaba usted de plantear. Se habría aireado todo el asunto de la falsificación para montar un móvil. Me hubiera sido imposible hacerle frente, pues no tenía ninguna coartada. Nadie podía jurar que yo estuviese en mi habitación (donde me encontraba haciendo el equipaje) en el momento en el que se cometieron los asesinatos. Habría sido un caso lo bastante claro para cualquier jurado.

El rostro de *sir* Clinton exhibió su acuerdo con esa lectura de la situación.

—De todos modos, hay un aspecto que no ha salido a relucir —comentó—. ¿Qué significa este repentino hundimiento por su parte? Si tiene la conciencia limpia, y no dudo de que responda por ello, ¿por qué tira la toalla de esta manera? No me queda muy claro.

Stenness mostró con su cara que *sir* Clinton había metido el dedo en la llaga. Tuvo cierta dificultad para responder en voz alta.

—Bueno, por qué no poner todas las cartas sobre la mesa... ¿Tiene usted idea de cómo era la señorita Hawkhurst? Cualquiera se habría enamorado de ella. Yo lo hice, en cualquier caso.

—¿Estaban ustedes comprometidos?

—No. Tengo cierto orgullo, pese a ser un falsificador. La señorita Hawkhurst disponía de ingresos propios. ¿Qué tenía yo? Nada. Cualquiera habría supuesto que iba tras su dinero.

—Complicado pensar que fuese solo por dinero, sin duda... La señorita Hawkhurst bastaba para explicar que existiera una atracción sin más.

—Bueno, pues yo no soy así —sentenció Stenness bruscamente—. No soy de la clase de hombres que puede vivir del dinero de sus esposas. No sé explicarlo, pero así son las cosas.

—Su conciencia es un raro artilugio —comentó *sir* Clinton, sin malas intenciones.

—Funciona bien, en cualquier caso. Bueno, ¿no le ha quedado clara la historia? Pretendía recuperar mi dinero, largarme a trabajar y ganar lo bastante para mis propósitos. Calculé que un par de años bastarían, si asumía riesgos. Y antes de marcharme, iba a asumir el mayor riesgo de todos: iba a

contárselo todo a Sylvia y ver qué tenía que decir.

El jefe de policía no pudo reprimir su sorpresa.

—Es usted un ejemplar poco común, Stenness. Dé gracias a que tenga experiencia de sobra con mentirosos y sepa cuándo un hombre está diciendo la verdad, porque esa historia no se la creería ni una persona de cada cien.

—De cualquier modo, es la verdad —respondió el secretario con terquedad—. Ya le he dicho antes que no veo nada de malo en lo que he hecho, nada moralmente malo, quiero decir. Él me estafó y yo recuperé mi dinero. ¿Qué hay de malo en eso?

—Ojalá pudiera yo ver las cosas con esa simpleza. —*Sir* Clinton permaneció en silencio unos momentos, reflexionando evidentemente sobre el caso—. Es usted un problema, Stenness. De verdad que no sé qué hacer con usted.

—¡Bueno, pues arrésteme! —exclamó el secretario en tono amargo—. Ya todo da igual. Ella está muerta. Todo se ha acabado. Y no me importa demasiado lo que pase.

—Recupere la compostura, hombre —dijo *sir* Clinton cortante—. Esa palabrería va muy bien encima de un escenario, pero nadie con agallas se toma de esa manera un contratiempo. Si de aquí a tres años se despierta en una celda, verá las cosas bajo una luz distinta y estará muy harto de haber perdido su libertad, y no solo de eso. Hay cosas inevitables y otras no. No se comporte como un niño.

Stenness se tomó la reprimenda de malos modos.

—Y bueno, ¿qué importa? Ya tiene bastante en sus manos para condenarme si así lo desea y me da igual. Haga lo que quiera. Yo mismo se lo escribiré todo si cree que eso le puede ahorrar tiempo. No tengo ninguna intención de escabullirme en el último momento.

*Sir* Clinton no mostró señales de que lo hubiese escuchado. Por el contrario, parecía absorto en algún problema. Al fin, levantó la cabeza.

—No logro seguir esa intrincada conciencia suya, Stenness. Me supera. De todos modos, puedo entender hasta cierto punto su analogía con el carterista cogido con las manos en la masa. Es muy apropiada. Voy a darle una oportunidad. Sé muy bien que está diciendo la verdad en todo este asunto.

Además, puedo hacer que lo comprueben todo si es necesario. Basándome en la ética, creo que tiene usted derecho a quedarse con ese dinero. Lo tiene aquí en billetes, supongo, ¿no?

—Está arriba.

—Muy bien. Tráigalo. Métalo en la caja fuerte. Antes de dejarlo ahí, guárdelo bien en un sobre lacrado, con su nombre escrito. Veré lo que hacemos con eso mañana. Ahora haga lo que le digo. No discuta.

—El dinero no significa mucho para mí ya —respondió Stenness en tono airado.

—Entonces, devuélvaselo a la gente a la que le pertenece legalmente —le dijo con frialdad *sir* Clinton—. Si no lo quiere, otros harán buen uso de él. Sería una prueba justa para toda esa grandilocuencia que ha soltado hace unos minutos.

El secretario no respondió. Por el contrario, se puso en pie y fue hacia la puerta.

—Ah, otra cosa, Stenness —añadió el jefe de policía—. Reúnase conmigo en la fachada de la casa a las... ¿Tiene usted alguna guía de horarios?

Stenness cogió el tomo de la estantería y *sir* Clinton buscó entre las páginas antes de seguir hablando.

—El primer tren es a las siete y diez. Reúnase conmigo mañana por la mañana, fuera, en la puerta de la casa, a las seis y media en punto. ¡Y sin falta!

El secretario estaba sencillamente perplejo y, en su asombro, respondió con un asentimiento poco entusiasta.

—Arreglado entonces —continuó *sir* Clinton—. Ahora, meta el dinero en la caja fuerte, vamos. Y de camino, mande llamar a Ardsley.

Stenness asintió torpemente y se movió hacia la puerta. Una vez destapadas todas sus cartas, parecía que la mente del secretario había regresado a su pérdida y en sus modos mostraba con elocuencia la absoluta desesperación que sentía. El jefe de policía lo observó abandonar la habitación.

«Un plato de muy mal gusto el que le ha tocado al pobre diablo —pensó para sí—. Bueno, “por la mañana se escucharán gritos de alegría”, como dicen por ahí. A lo mejor los oye».

Se encendió un cigarro nuevo y pareció descartar al secretario de su mente. «Me pregunto si ese animal estará lo bastante alterado para hacer un último intento —reflexionó con cierta perplejidad—. Creo que sí. En cualquier caso, probaré suerte. Se ha salido con la suya hasta ahora y eso lo habrá animado».

Ardsley entró en la habitación y sonrió al ver que *sir* Clinton estaba solo.

—Tengo prisa, Ardsley. Stenness me ha ocupado muchísimo tiempo, y muy valioso, con sus penas. Quería una cosa: ¿estarás aquí en la puerta de la casa mañana a las seis y media de la mañana sin falta? A lo mejor te necesito. —Hizo una pausa y después, como si fuese una ocurrencia tardía, añadió—: Supongo que no podrás emitir un certificado de muerte en caso de una defunción por homicidio accidental, ¿verdad?

Ardsley negó con la cabeza.

—Necesitaría disponer de cierta información sobre el caso antes de poder aventurarme en una cosa así. El forense querría tener algo que decir en un asunto de ese calibre.

*Sir* Clinton aceptó reacio ese argumento.

—Bueno, vayamos a recoger a Wendover a la otra habitación. ¿Nadie querrá ver a la señorita Hawkhurst esta noche?

—Me ocuparé de eso —le aseguró Ardsley—. Hará falta mandar llamar a otro médico y demás. Hasta que él aparezca, creo que no hay necesidad de que nadie entre en esa estancia.

## El último ataque en el laberinto

Cuando Ardsley y el jefe de policía entraron en la otra estancia, se encontraron a Wendover en compañía de Ernest Shandon y de Arthur. Ante la tensión de sus emociones, Ernest parecía haber recurrido a su consuelo habitual, pues tenía un decantador y un sifón junto al codo. Arthur Hawkhurst estaba en apariencia ocupado en refrenar sus sentimientos lo mejor que sabía, aunque resultaba obvio en un primer vistazo que tenía los nervios a flor de piel.

—¿No está aquí la señorita Forrest? —preguntó *sir* Clinton, aunque la cuestión era innecesaria.

—No —se apresuró a explicar Ernest—. No está aquí. Creo que debe de estar en alguna otra parte, arriba en su habitación, quizá, o en otro sitio de la casa. O a lo mejor ha salido con Torrance. Él se fue a dar un paseo. Es muy probable que ella lo haya acompañado. Muy considerado por su parte dejarnos penar a solas, muy considerado. No sé cómo vamos a superar esto, de verdad que no lo sé. Sylvia era tan útil por aquí... Hacía que las cosas funcionaran de lo más tranquilamente, ¿sabe usted? La echaremos muchísimo de menos.

Le dio un trago al *whisky* con soda.

—¿Dónde está Stenness? —quiso saber Arthur, como para demostrar que se mantenía bajo control.

—Está ocupado —explicó *sir* Clinton.

—Tiene suerte de contar con una ocupación —comentó Arthur—. Ojalá yo tuviese alguna cosa que hacer para alejar mi cabeza de todo este asunto ahora

mismo.

Ernest bebió algo más de *whisky* con soda en gesto pensativo; a continuación, se llevó la mano al bolsillo y pareció buscar algo a tientas.

—He perdido la petaca del tabaco —anunció desconsolado—. De verdad, todo parece estar saliendo mal a la vez estos últimos días.

Wendover abrió la boca para hablar, pero la cerró de nuevo al divisar el ceño fruncido de *sir* Clinton y acordarse de la advertencia del jefe de policía sobre el asunto.

—¿Que ha perdido la petaca? —preguntó *sir* Clinton—. Vaya un fastidio.

Ernest seguía palpándose el bolsillo vagamente, como si esperase desenterrar la petaca de algún rincón remoto.

—Lleva desaparecida un día o dos —se quejó—. No consigo adivinar qué ha pasado con ella. He buscado en todos mis otros trajes y no está. Y he buscado por toda la casa también y tampoco la encuentro. Supongo que tendré que comprarme otra. Y eso es un fastidio enorme, ya sabe usted. Uno se acostumbra a las cosas que utiliza. La petaca nueva no será lo mismo durante mucho tiempo.

—Supongo entonces que no se acuerda de dónde la dejó la última vez que la vio, ¿no? —preguntó el jefe de policía—. Siempre es buena idea remontarse al momento en el que recuerde que la usó por última vez. Si no estoy equivocado, la llevaba usted encima en el laberinto cuando le atacaron. Me contó que ahí sacó un cigarro. ¿Le sugiere eso algo? Quizá ahora sea capaz de tirar del hilo y recordar haberla utilizado después de eso.

A Ernest Shandon se le iluminó el rostro con una cierta satisfacción anodina.

—No. Ahora me acuerdo bien. Me lo ha recordado usted. ¿No es curioso cómo puede uno olvidarse de algo y luego, si alguien le sacude la memoria, le regresa toda la historia de nuevo? A mí me suele pasar a menudo, muy a menudo.

—Entonces sabe ya dónde está, ¿no? Bueno, eso siempre es un alivio.

El rostro de Ernest volvió a oscurecerse.

—Sí, me acuerdo de dónde la tiré. Pero no puedo cogerla esta noche, eso es lo peor de todo. La tiré en el laberinto cuando me dispararon. Estaba sentado

allí, en el Cenador de Elena, y, cuando me levanté, se me cayó de la rodilla. Debe de seguir allí tirada todavía. Me había olvidado por completo. Los cigarros no servirán ya de mucho —concluyó pesaroso.

—¿Por qué no va a por ella? —le preguntó Wendover, con un tono de malicia.

No le había perdonado a Ernest su muestra de pusilanimidad la noche en la que dispararon a Sylvia.

El hombre miró a su alrededor, con los ojos abiertos de par en par por el asombro. Se quitó las lentes, las limpió con cuidado, se las colocó de nuevo sobre la nariz y continuó examinando fijamente a Wendover.

—Bueno, la verdad, esa sugerencia es muy extraña, Wendover, muy extraña —logró decir al fin—. ¿Se imagina que salga yo a la oscuridad, baje hasta el laberinto y me ponga a buscar la petaca? Es que hacer eso sería imprudente, tentar sin duda a la providencia. El asesino puede estar acechando al otro lado de la puerta de la casa, por lo que sabemos, ¡y usted me propone tan tranquilamente que salga y me ponga en su camino! Bueno, la verdad...

Se giró hacia el decantador que tenía al lado y se sirvió una nueva copa bien cargada.

Arthur Hawkhurst había estado escuchando la demostración de cautela de su tío con evidente desprecio y en esos momentos estalló con toda la brutalidad que da la juventud.

—Vaya con la cobardía.

Ernest pareció ofenderse con esa acusación y mostró una cierta animosidad anodina.

—Para mí no es más que sentido común, Arthur. ¿Por qué iba a correr riesgos? Ya me han atacado una vez y, en vista de que no lograron hacerme daño, obviamente estarán esperando a tener otra oportunidad. Creo que sería un movimiento estúpido ponerme en su camino, uno muy estúpido, de hecho. Y creo que la gente más sensata estaría de acuerdo conmigo. Si tú no lo estás, y si quieres tener algo en lo que ocuparte, puedes bajar al laberinto y coger mi petaca. Sería mejor que estar aquí sentado burlándote de tus mayores.

Asumió los aires de quien acaba de administrar una bien merecida

reprimenda, aunque su dignidad se vio algo disminuida por la necesidad de colocarse bien los quevedos. Aparentemente, Arthur recibió la protesta de su tío como una mofa.

—¿Crees que a mí también me ha entrado el pánico? Pues iré yo a por tu petaca si quieres.

Ernest pareció quedarse horrorizado ante la sugerencia.

—¡No se me ocurriría ni por asomo! —exclamó, casi con vivacidad—. Pero si ahí fuera, en la oscuridad, puede pasar cualquier cosa. No vas a ir, Arthur. Te lo prohíbo.

El joven mantuvo los labios apretados un momento mientras miraba a su tío.

—Me importa un comino que me lo prohíbas. Me he ofrecido a ir, y no pienso retirarme ahora y que la gente piense que solo estaba fanfarroneando. Además, ¿cómo sabes que alguien va tras de mí? Te buscan a ti, ya te han atacado. Pero eso no es motivo para que tengan que preocuparse por mí, ¿no? Supongo que es a ti a quien tienen señalado, tío.

—Ah, ¿de verdad? ¿Eso piensas? —dijo Ernest en tono incómodo—. No creo que lo que has dicho haya estado muy bonito, Arthur. Es una de esas cosas quizá demasiado ciertas como para poder decirlas en broma, ya me entiendes. Ojalá no lo hubieras dicho. No me hacen gracia esas cosas, de verdad que no. Y no quiero que salgas de la casa esta noche. ¡Suponte que te pasa algo! —Hizo una pausa y luego añadió como argumento final—: Ya tenemos bastantes problemas encima ahora mismo.

*Sir* Clinton se quedó observando intensamente a Arthur y el muchacho se dio la vuelta justo a tiempo para captar la expresión en la cara del jefe de policía.

—¿Cree usted que estaba fanfarroneando? Muy bien, pues ahora verá. Iré en uno de los coches hasta el laberinto y volveré en diez minutos.

Se dio media vuelta y salió de la habitación. Para sorpresa de *Wendover*, *sir* Clinton no hizo ningún intento de detenerlo. El rostro de Ernest mostraba un marcado fastidio. Evidentemente, no podía evitar percatarse de que su extrema precaución había quedado de nuevo bajo el foco de atención.

—Creo que es una estupidez —se quejó—. ¿De qué sirve correr riesgos

innecesarios? Puedo pasar sin mi petaca hasta mañana. Y ahí va, haciéndose el joven héroe, cuando en realidad, ya saben ustedes, no es más que un tonto imprudente. De todos modos, siempre ha sido así. Ojalá Sylvia hubiese estado aquí, ella sabía manejarlo. Parece que yo nunca he tenido mucha influencia sobre él, sea por lo que sea.

Ardley, obviamente aburrido, se levantó y salió de la habitación. *Sir Clinton* aprovechó la oportunidad para cambiar de tema.

—Mientras su sobrino está fuera, señor Shandon, creo que será mejor que aproveche para darle alguna información. ¿Se acuerda de que me contó algo sobre un cheque y una matriz que faltaban?

—Sí —admitió Ernest, en apariencia nada contrario al nuevo tema—. ¡Pensé que debía contárselo! Quizá no fuese importante, pero creí que debía usted tener toda la información sobre cualquier cosa, aunque no pareciese ser muy crucial, ¿me entiende? Nunca se sabe cómo un asunto puede girar sobre otro, no sé si me explico. Y, desde luego, me resultó algo bien extraño, muy raro.

—He estado estudiando la cuestión —continuó *sir Clinton*— y creo que he logrado hacer lo que quizá sea lo más importante desde su punto de vista: he recuperado unos cuantos miles de libras con las que alguien se podría haber escapado. Las encontrará en la caja fuerte esta noche. Estarán en billetes. Será mejor que anote los números de los billetes, porque yo no he tenido tiempo de hacerlo y no estaría de más disponer de esa información.

Los ojos de Ernest se iluminaron al oír el resultado del trabajo de *sir Clinton*, aunque esa breve iluminación se desvaneció y estuvo seguida por una expresión de abatimiento.

—¿Significa eso que habrá un proceso de acusación y tendré que ir a declarar? Sería algo muy fastidioso.

*Sir Clinton* lo tranquilizó con un gesto.

—Bueno, mejor será no empezar a cruzar puentes hasta que no hayamos llegado a ellos. Dejemos estar el asunto de momento. No me encuentro en posición de aconsejarle si meterse o no en juicios. Me abstendré incluso de mencionar el nombre de quien se llevó el dinero.

—Vaya, me hago una idea de eso —protestó Ernest, con cierto aire de leve

astucia que se acoplaba mal a sus rasgos anodinos—. A lo mejor no soy muy inteligente, ¿sabe usted? Pero sé sumar dos más dos sin problemas.

—Entonces, lo dejaremos como está —dijo *sir* Clinton y con el tono de su voz cerró la discusión en ese punto.

Permanecieron un rato sentados en silencio. Wendover no alcanzaba a entender del todo la maniobra de *sir* Clinton. Resultaba bastante obvio que le había dado el último empujón a Arthur para conducirlo a esa expedición al laberinto y el Escudero se sentía inclinado a pensar, al igual que Ernest, que se trataba de una insensatez. Esperó con cierta ansiedad el regreso del muchacho.

De pronto, oyeron el sonido de unos pasos apresurados en el pasillo, la puerta se abrió de golpe y Arthur entró corriendo en la estancia. Wendover se percató de que, pese a estar excitado, no se encontraba en estado de pánico.

—¡Tenías razón, tío! —exclamó, aún con el pomo de la puerta en la mano—. Ese desgraciado me ha disparado justo a la entrada del laberinto.

Ernest asintió con la cabeza pretendiendo sapiencia.

—Te lo dije. ¡Te lo dije! Pero claro, no podías creerme. Aunque bueno, ya ibas más advertido que yo cuando me ocurrió. Y ahora entiendes...

—Vamos, vamos todos —gritó Arthur—. Cogemos a ese tipejo esta vez. No puede andar muy lejos.

—¡Siéntese! —le ordenó *sir* Clinton en calma—. Ese hombre ha tenido todo el tiempo del mundo para escaparse. Nunca lo cogíamos en la oscuridad. Tengo que enterarme de cómo ha pasado, antes que nada. Deme todos los detalles que se le ocurran.

Arthur pareció serenarse ante el aire prosaico del jefe de policía. Se sentó y empezó a relatar su historia sin más alborotos.

—Saqué el dos plazas del garaje y bajé hasta el laberinto lo más rápido que pude. Es noche cerrada ahí fuera, no brilla ni una estrella. Dejé las luces encendidas cuando detuve el coche y también el motor en marcha. No iba a tardar nada en llegar al Cenador de Elena. Me bajé y crucé hasta la entrada al laberinto más próxima a la carretera. Estaba todo muy oscuro, pero logré abrirme camino sin problemas.

—¿No oyó a nadie alrededor? —le preguntó Wendover.

—Nada, salvo el clic del motor. En cuanto llegué a la entrada y me disponía a pasar dentro, oí que se activaba una escopeta de viento muy cerca de mí, a poquísima distancia, diría, y sentí que algo me impactaba en el bolsillo delantero.

*Sir* Clinton se inclinó hacia delante.

—¡No lo toque! —dijo, señalando la pechera de la chaqueta de esmoquin de Arthur—. No llevaba puesto nada de abrigo, por lo que veo.

Arthur bajó la vista. Las plumas de uno de los dardos letales le sobresalían de la chaqueta.

—Vaya, se ha clavado, ¿no? Pensé que no había logrado atravesar la ropa. Espero que haya dado contra mi petaca de piel.

*Sir* Clinton llevó a cabo un examen rápido y a continuación, con cuidado, retiró el dardo. La inspección de la petaca dejó ver que la punta del proyectil se había incrustado en uno de los cigarros.

—Esto le ha ahorrado un mal pinchazo. —El jefe de policía no comentó nada más—. Oigamos el resto de la historia.

—Iba a salir corriendo detrás del tipejo —prosiguió Arthur—, cuando de repente oí un grito procedente de la carretera. Miré a mi alrededor y solo vi a la vieja señora Thornton en mitad del camino, con un ataque de histeria o algo similar, justo a la luz de los faros del coche.

—¿Quién es la señora Thornton? —preguntó *sir* Clinton.

—Es la esposa del guardés de la casita que hay en la entrada este.

—Los Thornton no dan ningún problema —se apresuró a apuntar Wendover—. Los conozco desde hace veinte años y sería imposible encontrar en ninguna parte a una pareja más decente.

El jefe de policía hizo un gesto como desechando esa interrupción.

—¿Y luego? —quiso saber.

—Bueno, pues allí estaba la mujer, chillando a voz en grito —continuó Arthur—. Había oído el ruido de la escopeta de viento y, por supuesto, las escopetas de viento no gustan nada por aquí estos días. Así que simplemente empezó a gritar de inmediato. Pensó que el disparo era para ella, parece. La metí corriendo en el coche y la llevé a casa a toda velocidad. Entonces, cuando me libré de la señora Thornton, levanté la capota y cerré las cortinas

laterales del coche y volví aquí a todo trapo. Supuse que las cortinas laterales pararían cualquier cosa, si ese tipejo volvía a intentar algo, y pisé a fondo al pasar junto al laberinto, para que de todos modos no tuviese una buena diana.

La opinión de Wendover sobre Arthur mejoró considerablemente durante esa narración. El más joven parecía haber tenido sensatez suficiente para tomar precauciones, una vez que se hubo convencido de la realidad del peligro. Y no había duda del ataque. El Escudero había visto la profundidad a la que el dardo había penetrado en la petaca y su contenido. Debían de haberlo disparado muy de cerca, de hecho.

—¡Hum! —dijo *sir* Clinton—. Ahora creo que vamos a seguir su consejo y vamos a bajar al laberinto.

Para bastante sorpresa de todos, Ernest se puso en pie junto al resto. Evidentemente, vio las expresiones de los demás, pues parecía algo avergonzado.

—Creo que los acompañaré —anunció en tono reservado. A continuación, recuperando algo de confianza, añadió—: Sé que han estado todos burlándose de mí por cuidar de mi pellejo. Solo voy a demostrarles que estaba siendo precavido, no era por miedo. ¡Soy capaz de asumir los mismos riesgos que ustedes!

Pensándolo bien, a Wendover no le sorprendió en exceso ese ofrecimiento. Resultaba obvio que el asesino, una vez perpetrado su ataque, se habría dispuesto de inmediato a marcharse de los alrededores del laberinto y a esas alturas probablemente estuviese bien lejos para evitar una persecución. Por tanto, Ernest arriesgaba muy poco al unirse al grupo.

—Saca la limusina, Arthur —sugirió el señor Shandon—. Cabremos todos y el cristal nos dará buena protección.

Wendover sonrió ante la reaparición de la cautela de Ernest, aunque admitió que la elección era bastante sensata. Se apresuraron hasta el garaje y Arthur los condujo al laberinto.

Una vez allí, aparentemente Ernest tuvo la sensación de que quizá se había envalentonado de más.

—Alguien debería quedarse al cuidado del coche —propuso—. Si lo dejamos aquí, a lo mejor el tipo lo roba y se marcha con él, suponiendo que

ande al acecho. ¿Y dónde quedaríamos entonces? Él se habría escapado y nos habría dejado plantados. Creo que mejor me quedo en el coche mientras ustedes buscan y así sabremos...

Al ver el claro desprecio en el rostro de *sir* Clinton, el señor Shandon dejó morir su propuesta antes de acabarla y se arrastró reticente fuera del coche con el resto. Incluso mostró algo de buena disposición y encabezó la marcha hasta la entrada al laberinto.

—Te has salido un poco del camino, tío —señaló Arthur.

—No veo muy bien en la oscuridad —se quejó Ernest—. Y la hierba está empapada de rocío. Se me han humedecido los pies. Qué fastidio...

En esas, tropezó con algo y cayó de un golpe al suelo. Un juramento muy sentido llegó al oído de los demás.

—Y ahora tengo toda la parte de delante mojada —protestó Ernest—. Me he tropezado con alguna puñetera cosa que no sé qué es y me he hecho daño en el dedo del pie. Espero que no se me haya partido la uña. Maldita sea, ¿qué es esto? —Parecía estar palpando en la oscuridad—. ¡Cómo! ¡Es la escopeta de viento!

*Sir* Clinton apuntó de repente con su linterna y bajo el haz de luz vieron la grotesca figura de Ernest arrodillado en el suelo con la escopeta de viento en la mano. El hombre se puso en pie con trabajo.

—Estoy empapado de rocío. Esta noche ha caído bien. ¿No ha sido un regalo del cielo que me haya tomado un traguito de *whisky* antes de salir? Eso mantendrá el frío a raya. Me tomaré otro, un *whisky* calentito, cuando volvamos.

El jefe de policía no prestó atención a la cháchara de Ernest. Cogió la escopeta de viento con cautela de la mano de su descubridor y se la pasó a Arthur bajo el brillo de la linterna.

—Supongo que pertenece a la armería del lugar, ¿no?

Arthur la examinó un momento.

—Sí, es de las nuestras.

Los honores de descubridor, sin embargo, parecían estar destinados a recaer sobre Ernest.

—Aquí —pidió—, gire esa luz hacia aquí, haga el favor. Tengo algo cerca

del pie.

Lo oían dar pataditas en la oscuridad. *Sir Clinton* movió el rayo de luz y lo inclinó hacia abajo.

—Es un trocito de hilo negro que tiene enganchado. Espere un segundo.

El jefe de policía liberó a Ernest de la fibra y empezó a seguir el hilo con la luz. Parecía ser simplemente el extremo de un tentáculo largo que se extendía desde la entrada al laberinto.

—¡El hilo de Ariadna! —exclamó *Wendover* cuando vio la dirección en la que iba el filamento.

*Sir Clinton* asintió brevemente.

—Será mejor que regresen todos al coche —indicó—. No quiero que pisoteen el terreno. Podremos verlo por la mañana. Solo voy a seguir el hilo. Volveré dentro de unos minutos.

Con la linterna apuntando hacia abajo, desapareció en los entresijos del laberinto mientras *Wendover* conducía a los demás hasta el coche. Una vez hubo girado una o dos esquinas y estaba bien lejos de la vista del resto, *sir Clinton* dejó de preocuparse por el hilo y se abrió camino directamente hasta uno de los centros del laberinto. Estuvo un rato buscando, evidentemente de forma infructuosa, y a continuación fue hasta el otro centro. Allí su búsqueda tuvo más éxito: de entre algunos arbustos de ese cercado, desenterró una maleta.

«Bueno, esto sí que ha sido una apuesta arriesgada —admitió para sí, aunque con evidente satisfacción—. Está claro que no las tenía todas consigo de haberme engatusado con sus adulaciones y se ha cubierto las espaldas por lo que pudiera pasar. Veamos».

Abrió la maleta y escudriñó una o dos de las prendas que contenía.

«Una muda completa y ni una marca personal, ni siquiera en un pañuelo. ¡Muy bien!».

Volvió a cerrar la maleta y la colocó de nuevo en el escondite en el que la había encontrado. A continuación, retrocedió sobre sus pasos en el laberinto hasta que llegó al hilo negro que procedió a seguir hasta el final.

—En fin, volvamos a la casa —propuso cuando se unió a los demás en el coche—. El hilo me ha llevado hasta la casa de botes.

—Entonces ¿el ataque se realizó desde el río? —preguntó Wendover.

—Resulta extraño que no tirase el arma al agua, ¿no? —dijo *sir* Clinton—. Cabría esperar que se hubiese deshecho de ella del modo más fácil.

—Confío en que se haya quedado un poco impactado —sugirió Arthur—. Debe saber que me dio de lleno y aun así no pasó nada. Eso lo habrá sorprendido un poco, ¿no? Quizá se haya puesto un pelín nervioso.

—Por suerte para usted, no hubo un segundo disparo —intervino *sir* Clinton—. No podría confiar demasiado en que la petaca le salvase dos veces seguidas.

Cuando llegaron a Whistlefield de nuevo, se encontraron a Ardsley hablando con Torrance, que había regresado de su paseo. En apariencia había estado solo. Vera se había ido a su habitación cuando Ardsley le dio la noticia sobre Sylvia y no había vuelto a aparecer.

*Sir* Clinton se llevó a Ardsley aparte un momento.

—¿Tiene a alguna enfermera arriba en esa habitación?

El doctor asintió.

—Una de ellas se va a quedar de guardia toda la noche. Hay quien cree en la superstición de que a una persona muerta no se la debe dejar sola. No me importa ser supersticioso por una vez, si es por una buena causa.

—Por supuesto, nadie debe entrar en esa habitación.

—Y nadie lo hará —dijo Ardsley firmemente.

*Sir* Clinton parecía satisfecho y el doctor se marchó de la habitación. El jefe de policía tenía otra conversación privada que mantener. Se llevó a Ernest Shandon al estudio y cerró la puerta.

—Puedo ponerle las manos encima al asesino ahora mismo, señor Shandon, así que no esté nervioso por ese tema. De todos modos, hay un aspecto que me preocupa bastante. Esto va a terminar siendo un escándalo terrible si lo arresto. ¿Le angustia eso?

Ernest parecía estupefacto ante ese modo de enfocar las cosas.

—Bueno, en realidad, no entiendo bien lo que quiere decir. Es un poco confuso, ¿no? Debo confesar que no le sigo muy bien, no sé si me explico.

—Se lo plantearé de otro modo: podría arrestar al tipo esta noche. Sé dónde está. No tendría problema en hacerlo. Sin embargo, creo que iré más sobre

seguro si espero hasta mañana por la mañana. Debo arriesgarme a que salga huyendo. Tengo esa posibilidad en mente. Quizá se escape. Pero si lo hace, ¿le importaría a usted mucho? Piense en el escándalo que se ahorraría, que sería uno muy gordo. Y el juicio será un asunto de lo más laborioso también. ¿Qué opina usted? ¿Lo arresto ahora o espero hasta por la mañana y me arriesgo a que se escape?

Ernest reflexionó sobre el problema, pero parecía incapaz de ayudar en nada.

—En realidad, no sé. Está yendo usted demasiado lejos para mí, de verdad. No consigo adivinar adónde quiere ir a parar.

El rostro de *sir* Clinton mostró su decepción.

—Hay algunas cosas que un oficial de policía no puede explicar con palabras llanas, entiéndame. No puedo decirle directamente que me encantaría ver a ese tipejo fuera de aquí. ¿Comprende lo que le digo?

Sin embargo, Ernest meneó la cabeza en gesto anodino y *sir* Clinton se dio por vencido.

—Bueno, muy bien. La responsabilidad es mía en cualquier caso. Esperaré hasta mañana y me arriesgaré. Pero no puedo decir que haya recibido mucha ayuda de su parte, señor Shandon. Cuando se destape todo el escándalo, no me culpe. —Se quedó como pensativo un momento y a continuación añadió —: Por cierto, supongo que no le importará hospedarme esta noche, ¿no? Estoy asumiendo toda la responsabilidad que merece la situación, según están las cosas, y creo que debería verme en posición de decir que pasé aquí la noche.

Ernest pareció adoptar una actitud por completo solemne ante esa última petición, pero asintió con bastante disposición.

—Y Wendover también, por supuesto —dijo *sir* Clinton. Hizo una breve pausa, como dudando, antes de volver a hablar—: Creo que será mejor que llame a comisaría, si no le importa, señor Shandon. Voy a hacerlo ahora mismo.

Con descarada curiosidad, el señor Shandon lo siguió hasta el aparato y esperó a que le conectasen la llamada al jefe de policía.

—*Sir* Clinton Driffield al habla. Sargento, ¿sería tan amable de comprarme

otra lata de Navy Cut (la misma que la última vez) a primera hora, mañana por la mañana? Me he quedado sin tabaco. Envíe a un hombre para traérmela, ¿de acuerdo? Sí, Navy Cut. Gracias.

*Sir* Clinton se dio la vuelta y se percató de que su anfitrión estaba allí, cerniéndose sobre él.

—Qué cómodo es ser jefe de policía, ¿verdad? Me he quedado sin tabaco y no voy a tener tiempo de bajar al pueblo mañana por la mañana. Arrestaré a ese hombre nada más terminar de desayunar y las formalidades llevarán algún tiempo, ya sabe usted.

## El sitio del laberinto

Wendover despertó a la mañana siguiente en un dormitorio extraño y se encontró con *sir* Clinton a su lado. El jefe de policía tenía los ojos cansados, como de haber dormido muy poco, aunque por lo demás parecía alerta igual que siempre.

—¡Vamos, Escudero! Vístete lo más rápido que puedas. No te molestes en afeitarte por una vez. Llevas ya bastante tiempo reclamando el arresto del asesino, así que he pensado que te gustaría presenciar el remate. Tengo una cita con él esta mañana. Será mejor que te des prisa si quieres ver las últimas escenas en el drama de Whistlefield.

Pese a que Wendover se frotó los ojos bastante adormilado al despertarse, las palabras de *sir* Clinton lo estimularon y lo pusieron en marcha.

—Ocúpate de vestirme y no hables —respondió *sir* Clinton a las preguntas de su amigo—. No tengo tiempo de explicar las cosas ahora. Cuando todo termine, habrá explicaciones de sobra que dar —añadió en tono pesaroso—, ¡y bien podría tocarnos también a nosotros!

Wendover se apresuró en el lavabo y, al poco, *sir* Clinton y él bajaron las escaleras y emprendieron el camino hacia la puerta principal. La silueta de Stenness estaba bien visible a la luz de la incipiente mañana.

—Entonces, ¿fue Stenness? De algún modo pensé que podría haber sido él —susurró Wendover mientras aún estaban a cierta distancia.

—Tengo citas con varias personas esta mañana —dijo cortante el jefe de policía—. Ardsley es otro de ellos. No hace falta que empieces a sospechar de todos, Escudero, o no darás abasto. ¡No! ¡Ni una pregunta hasta más tarde!

—Dio un paso más adelante y saludó al secretario—. ¿Dónde está la armería, Stenness? ¡Haríamos bien en coger algo útil!

El secretario los condujo por varios pasajes; si le sorprendían los métodos de *sir* Clinton, no mostraba ninguna señal visible. Cuando llegaron a la armería, cada uno de ellos seleccionó una escopeta y munición bajo las órdenes de *sir* Clinton. Wendover se percató de que el jefe de policía cogía un par.

—Una es para Ardsley —explicó en respuesta a la mirada de sorpresa del Escudero—. ¡Vamos! Confío en que esté fuera esperándonos.

Cuando llegaron de nuevo a la puerta principal, Ardsley estaba bajándose del coche. *Sir* Clinton le hizo señas para que volviese al asiento del conductor y llevó a los demás al interior del vehículo.

—Al laberinto, si no le importa, Ardsley —dijo cuando todos estuvieron dentro.

Durante unos momentos, Wendover se sintió por completo perdido. Estaba claro que tanto Ardsley como Stenness quedaban exculpados a ojos del jefe de policía, o de otro modo no los habría llevado hasta allí ni se habría complicado armándolos. Pero si ellos estaban excluidos, el asesino debía pertenecer a un grupo muy reducido. Y, de repente, Wendover vio la luz al final de toda la maraña del caso Whistlefield.

«¡Pues claro! ¡El joven Torrance! ¡Es él!».

Sin embargo, tuvo cuidado de no expresar su opinión en voz alta, temiendo convertirse en el blanco de *sir* Clinton, que iba sentado junto a él con el ceño fruncido. Wendover creyó que era mejor continuar con sus pensamientos en silencio.

«¡Menudo burro he sido! El joven Torrance estaba en el laberinto cuando los dos Shandon fueron asesinados. Probablemente se encontrase en los alrededores cuando atacaron a Ernest. Lo más seguro es que Clinton le siguiera la pista sin decir nada al respecto. Y cuando Sylvia recibió el disparo, Torrance no estaba con nosotros en la habitación; decían que estaba jugando al billar él solo. Muy seguramente se escabullera por la ventana de la sala de billar, diese la vuelta sigiloso, disparase y volviera a cubierto, mientras todos estábamos demasiado atónitos por el asunto para hacer nada.

¡Si hubiese sido un pelín más rápido esa noche, lo habría cogido! Y anoche, cuando atacaron a Arthur, Torrance había salido a pasear solo. ¡Está claro! Y, como un idiota, no lo vi. Bastaba coger papel y lápiz y hacer una lista de personas que hubiesen tenido de verdad posibilidad de actuar en todas las ocasiones. Luego, por eliminación, uno se vería abocado a él directamente».

Reflexionó sobre su propia torpeza durante un rato, mientras el coche bajaba por la carretera hacia el laberinto. Sin embargo, su hilo de pensamiento se vio interrumpido por Ardsley, que detuvo el vehículo ante la orden de *sir* Clinton. Un agente de uniforme salió del refugio que le facilitaba un grupo de arbustos y Wendover vio con sorpresa que llevaba un revólver en el cinturón.

—¿Va todo bien? —quiso saber *sir* Clinton mientras el agente saludaba.

—Sí, señor. Ha ocurrido exactamente lo que usted nos dijo. Hace más o menos un cuarto de hora lo hemos visto pasar apresurado por la carretera.

—Así es —lo interrumpió *sir* Clinton—. Lo observé salir de la casa.

—Entró en el laberinto, señor, y en cuanto estuvo bien dentro, seguimos sus instrucciones y colocamos los candados en todas las puertas. Trató de salir en una ocasión, señor, pero, en cuanto nos vio, corrió de nuevo al interior.

—No intentaron cogerlo, ¿verdad?

—No, señor. Sus órdenes eran muy estrictas al respecto y nos hemos ceñido a ellas.

—Muy bien. Bueno, han traído todo el material, ¿no?

—Está ahí, señor.

—Bien, acérqueme el megáfono. Tendremos que hablar con él antes de hacer cualquier otra cosa.

Mientras el agente iba a por el aparato, todos se bajaron del coche. Cuando se encontró de pie en la carretera, Wendover miró al otro lado, a las barreras verdes del laberinto tras las que acechaba el asesino. Las tácticas de *sir* Clinton estaban bastante claras en su fase final, aunque Wendover no terminaba de entender cómo el jefe de policía había confiado tanto en poder ponerle las manos encima al malhechor del modo tan particular que había elegido.

El Escudero se giró al oír unos pasos y vio que el agente regresaba con el

megáfono, un instrumento maltrecho que probablemente hubiese servido en el pasado para los juegos deportivos de la policía. *Sir* Clinton lo cogió de las manos de su subordinado y seguidamente llamó la atención del grupo situado junto al coche.

—Quiero que tomen nota con cuidado de todo lo que ocurra de ahora en adelante. Quizá tengan que testificar al respecto, así que, por favor, presten atención a todo lo que pase.

Wendover se percató de que la voz de *sir* Clinton había perdido su usual toque de humor. Resultaba bastante obvio que consideraba la situación algo serio y el tono era el de un hombre que ve las dificultades de antemano, pero pretende superarlas si es posible. En cuanto estuvo seguro de que todo el grupo se encontraba en alerta, el jefe de policía levantó el megáfono y habló hacia el laberinto.

—¡Ernest Shandon! Tengo aquí una orden para arrestarle. Le pido que se rinda. Acérquese a la puerta más cercana a la carretera de aquí a cinco minutos y entréguese.

—Tiene una pistola, señor, y una escopeta de viento también —se apresuró a añadir el agente a su informe previo—. Las llevaba en las manos cuando entró en el laberinto.

*Sir* Clinton volvió a levantar el megáfono.

—Antes de venir hacia la puerta, debe arrojar las armas por encima de los setos. No tiene escapatoria, Shandon, así que salga de ahí tranquilamente.

La voz rebotó en los prados, pero de los recovecos del laberinto no llegó ninguna respuesta.

—Cinco minutos contando desde ahora —dijo por último *sir* Clinton y bajó el megáfono mientras miraba la hora—. No va a salir, claro está, pero quiero por todos los medios hacer las cosas de un modo justificable. Ha recibido una justa advertencia.

Permanecieron todos rondando inquietos, consultando furtivamente los relojes hasta que hubo transcurrido el periodo de cinco minutos, pero del laberinto no llegó ninguna señal. Ante aquel giro de los acontecimientos, Wendover se había quedado desconcertado por completo. ¿Cómo podía ser Ernest Shandon el asesino? Cuando habían intentado atacar a Arthur, Ernest

Shandon estaba sentado a tres metros del propio Wendover, bajo la mirada de *sir* Clinton, y el ataque se había producido allí mismo, en la entrada al laberinto. Entonces, le llegó flotando el recuerdo de la pista que le había dado *sir* Clinton: un hombre podía estar «en las dos mitades del mapa a la vez». Pero ¡eso era imposible! Nadie podía estar en dos sitios al mismo tiempo. Todo aquel asunto rayaba en una incongruencia de pesadilla. Y aun así, evidentemente, *sir* Clinton había previsto el intento de fuga y había tomado precauciones para evitar que tuviera éxito. Por otro lado, sin duda debía ser Ernest Shandon quien estuviese en el laberinto, ya que los agentes lo debían haber reconocido desde sus escondites al pasar.

Una vez transcurridos los cinco minutos de gracia, *sir* Clinton se dio la vuelta, aunque al hacerlo una figura nueva que avanzaba por los prados captó su mirada.

—¡Maldita sea! —exclamó enfadado—. Esto era justo lo que quería evitar.

Siguiendo la mirada de *sir* Clinton, Wendover reconoció a Arthur Hawkhurst, que corría hacia ellos, y, al acercarse, el Escudero le pudo ver un rifle deportivo en la mano.

—Me han dado ustedes esquinazo —les reprochó el joven cuando llegó hasta ellos—. Pero vi lo que estaban tramando. Les oí moverse y vestirse en apenas tiempo. Me he quedado un poco sin aliento por las prisas.

*Sir* Clinton lo miró con gesto severo.

—Si viene aquí, señor Hawkhurst, estará bajo mis órdenes. Y si no es capaz de aceptar eso, tendré que hacer que lo manden de vuelta a la casa.

Arthur frunció marcadamente el ceño. A continuación, tras pensar durante un momento, quedó claro que decidió aceptar lo inevitable.

—Muy bien, así sea. Si lo plantea de ese modo, no hay más que hablar. Aunque si ese tipejo trata de escapar, supongo que podré herirlo, ¿no? —comentó mientras tocaba el rifle.

—Hará exactamente lo que se le diga.

Resultaba evidente que *sir* Clinton no tenía ningunas ganas de que lo distrajesen del problema principal. En la voz tenía un timbre que impresionó incluso a Arthur.

—¿Cuál es la situación? —le preguntó el joven a Wendover, en voz más

baja.

—Su tío es el asesino, parece, y *sir* Clinton lo tiene atrapado en el laberinto. Arthur lo miró asombrado.

—Vaya, Wendover, no sé, me parece que tendré que darle alguna vuelta en la cabeza.

No dijo nada más y Wendover creyó plausible que Arthur, al igual que él mismo, estuviese rumiando todo el caso Whistlefield y enfrentándose de cara a las aparentes imposibilidades de la solución al problema que daba el jefe de policía. Al rato, el joven levantó la cabeza.

—Bueno, si no lo hizo, solo tiene que salir y decirlo. Y si lo hizo... —La voz se le apagó en un silencio, antes de añadir—: Me prometí a mí mismo ajustar cuentas por Sylvia y lo haré, da igual de quién se trate.

Bajó el rifle cumpliendo órdenes y esperó paciente el siguiente movimiento, con la mirada fija en los impenetrables setos del laberinto.

*Sir* Clinton aguardó unos minutos más, hasta que pareció haberse agotado el límite que se había autoimpuesto.

—Ya ven cuál es la situación —comentó tras girarse hacia los demás—. Está ahí dentro. Se niega a salir. Tenemos que atraparlo.

—Supongo que no vas a esperar a que salga obligado por el hambre, ¿no? —quiso saber Wendover cuando *sir* Clinton se calló de golpe.

—Demasiado arriesgado. Podría escapar en la oscuridad al caer la noche. No digo que lograrse hacerlo, pero no pienso correr el riesgo.

—Entonces, diría que tendremos que entrar en el laberinto y sacarlo de ahí —planteó Wendover en tono filosófico.

*Sir* Clinton disintió con un gesto de la cabeza.

—Soy responsable de las vidas de mis agentes. Puedo asumir diversas responsabilidades con bastante rapidez, pero no me echaré encima la carga de enviar a unos hombres decentes a dar caza a una alimaña por un laberinto como ese. No conocen los caminos y él se los sabe al dedillo. Me convertiría en un auténtico asesino si diese una orden así. No, hay un modo mejor. Pero no se olviden de que le he dado la oportunidad de rendirse antes que nada.

Arthur estaba jugueteando con el rifle.

—Yo me conozco el laberinto tan bien como él —señaló—. Podría cogerlo

con toda facilidad si me dejase ocuparme del trabajo.

El jefe de policía rechazó la sugerencia en tono cortante.

—Antes escogería a un hurón que a usted, hijo. Si lo vemos salir a campo abierto y está a punto de escapar, dejaré que lo hiera. Pero eso es todo lo que va a hacer usted. —Se humedeció el dedo y lo alzó en el aire—. No podríamos pedir más. Hay una leve brisa. ¿Tienen todas las cosas listas junto a la casa de botes? —añadió, dirigiéndose al agente—. Bien. Iremos hasta allí entonces. Pero manténganse alejados del laberinto mientras avanzamos: ese animal puede estar oculto entre el seto más exterior, buscando tenernos a tiro al pasar.

Considerablemente desconcertado, Wendover siguió a *sir* Clinton hacia la ribera. Cuando llegaron a la zona de la casa de botes, se sorprendió aún más al ver una serie de sacos tirados en la hierba, llenos evidentemente de algún material. Cerca, había tres palas amontonadas. El jefe de policía sostuvo de nuevo el dedo humedecido en el aire y calculó la dirección del ligero viento que soplaba. A continuación, al ver las caras sorprendidas de sus acompañantes, señaló los sacos.

—¡Mi hurón!

Ardley se había acercado y estaba inspeccionando una de las bolsas. Frotó con el dedo la superficie de una y luego estudió su piel con interés. A continuación, de repente, se echó a reír en tono forzado.

—¡Azufre! Qué buena idea. ¡Un hurón!

*Sir* Clinton admitió el descubrimiento con una sonrisa que guardaba más que un tinte siniestro.

—Sencillo, ¿verdad?

—Un toque digno del mikado —comentó Ardsley.

El jefe de policía no dijo nada más, sino que se ocupó en dar órdenes a sus subordinados. Wendover había captado el sentido del intercambio entre el toxicólogo y su amigo. *Sir* Clinton pretendía utilizar el gas venenoso más sencillo de todos: los vapores del azufre al quemarse. Las leves corrientes de aire los conducirían hacia el laberinto y, al poco, el refugio de Ernest Shandon se convertiría en una trampa mortal. Tendría que salir a campo abierto y para entonces se encontraría en un estado tal que podrían capturarlo

con facilidad.

*Sir Clinton* había dado sus indicaciones, apostando a los agentes en puntos desde los que pudieran converger en las diversas entradas al laberinto si era necesario.

—No corran riesgos —añadió al fin—. No quiero hazañas sofisticadas hoy. El hombre que coja a *Shandon* y no sufra ningún daño al atraparlo será el que reciba una buena calificación por mi parte. No consentiré que nadie salga herido, ¿entendido?

Despachó a los agentes para que les transmitiesen sus órdenes a los otros compañeros y luego se dirigió al resto del grupo.

—Usted puede irse allí, al grupo de rododendros, *Hawkhurst*. Si aparece en algún punto dentro de su campo de tiro, dispare a herir. No lo mate. Acuérdesse de que confío en que juegue limpio. —*Arthur* asintió y se trasladó a su puesto—. Con dos armas más cubriremos todo el terreno, salvo este lado del laberinto. Tú ve a la carretera, *Wendover*. Desde ahí —señaló—, podrás cubrir los ángulos muertos del joven *Hawkhurst*. Yo haré lo mismo al otro lado. Pero antes que nada, tenemos que esparcir esta cosa un poco.

Cortó el cordel que ataba las embocaduras de los sacos, volcó el azufre y empezó a distribuirlo con una pala. Los demás se apresuraron a ayudarlo y esparcieron los grumos amarillos siguiendo sus indicaciones.

—Ahora podemos prenderlo —dijo al fin *sir Clinton*, cuando estuvo satisfecho con el resultado—. ¡Estos fuegos de artificio servirán para empezar, esparciendo las chispas por la superficie de la sustancia!

Mientras hablaba, sacó unos fuegos artificiales de un paquete envuelto en papel y les hizo una demostración a sus acompañantes. Pronto, el azufre prendió y *Wendover*, afanado incautamente en el lado de sotavento, empezó a toser con brusquedad.

—Manténganse a contraviento de este material —aconsejó *sir Clinton*—. Préndanlo aquí y allí. La llama pronto se expandirá por toda la superficie. Me marcho ya.

Cogió la escopeta y rodeó el laberinto a una distancia considerable de camino a su puesto. Durante unos minutos, *Wendover* continuó impasible ocupándose del «hurón», aunque no pudo evitar preguntarse si ese método de

caza al criminal de verdad entraba en los límites permitidos. Su mente se decantaba más fácilmente por las medidas activas, y aquel guiso infernal, tal y como le dijo a Ardsley, «se apartaba mucho de las reglas del juego».

El toxicólogo no demostró simpatía por ese punto de vista.

—Driffield tiene razón. Suponga que esta noche se encontrara con un agente muerto en las manos y tuviese que enfrentarse a una viuda, a unos niños sin padre quizá. ¿Le gustaría estar en su pellejo? ¿Porque a mí no! ¿Jugar limpio? ¡Tonterías! No juegas limpio para desperdiciar innecesariamente las vidas de tus hombres.

Cogió algo de azufre en llamas y lo distribuyó sobre un parche que no había prendido.

—¡Uf! ¡Vaya trabajo más sofocante! Si ahora está así, dentro de media hora, en el sotavento, la cosa será más que asfixiante.

Stenness permanecía en silencio. Wendover, que no conocía el secreto de los asuntos amorosos del secretario, no entendía por qué el hombre tenía una expresión tan sombría como la de *sir* Clinton. El Escudero cayó de golpe en la cuenta de que debía irse a otro sitio y emprendió el camino hasta el puesto que le habían asignado.

Al llegar, oyó el sonido del rifle deportivo procedente del grupo de rododendros.

—Todo en orden. —Se alzó la voz de Arthur en un grito explicativo—. Lo he visto en la puerta, tratando de trepar, así que he dejado que le pasara por encima de la cabeza. Se ha asustado. Ahora se ha alejado de vuelta al laberinto. Lleva una pistola en la mano.

Casi de inmediato, oyeron la escopeta de *sir* Clinton disparar.

—Está probando con todas las entradas una a una para ver si puede zafarse —comentó Arthur con un cierto regocijo malicioso en la voz.

Transcurridos unos minutos, y para su sorpresa, Wendover percibió el crac de una pistola automática y una bala le pasó volando al lado.

—No parece ser esa ninguna señal de rendición —admitió mientras se apresuraba a cubrirse—. El tipejo debe de haberme tenido a tiro y ha probado a disparar de lejos, desde el otro lado del seto.

El tiempo pasaba lentamente. De vez en cuando, con un ligero cambio del

leve viento, parte de los vapores del azufre flotaban hasta Wendover y le hacían toser con fuerza.

«Cuando un mero soplo irrita de esta manera, en el laberinto la situación debe de ser agobiante —reflexionó—. A estas alturas, y visto que se está llevando la ráfaga entera, ese tipejo debe de estar medio muerto con el humo».

Otro intervalo de quietud permitió a Wendover darle vueltas a la situación. Hasta ese instante, había pasado por todo aquello casi sin tratar de vincular el asunto de esa mañana con la vida normal. La historia en su conjunto tenía un carácter impersonal, dado que el Escudero no había puesto en ningún momento los ojos en el hombre al que estaban dando caza. Sin embargo, dicha peculiaridad incrementó la naturaleza ya bastante irreal de la aventura, dándole en su cabeza un toque de fantasía. Y el procedimiento extraordinariamente metódico que había dominado todas las operaciones ayudó en cierto modo a acentuar esas sensaciones en Wendover. Todo había sido tan lógico como aparenta serlo una pesadilla mientras se está viviendo.

Otro ruido de disparo más —en esa ocasión, procedente del puesto del azufre— demostró que el asesino seguía intentando escabullirse. Después de aquello, transcurrió un nuevo periodo sin alarmas. Los vapores del azufre eran para entonces tan densos que a Wendover, pese a estar fuera de la onda principal del viento, le perturbaban gravemente. Alcanzaba a oír a Arthur toser sin parar en el grupo de rododendros, aunque el joven no bajaba nunca la boca del arma, ni en el peor paroxismo. Era bastante obvio que Arthur no pretendía perder ninguna oportunidad de ajustar las cuentas por Sylvia.

Al venírsele eso a la cabeza, fue como si Wendover viese todo el caso Whistlefield bajo una nueva luz. En vez del asesino misterioso acechante tras los muros verdes del laberinto, su proyección mental arrojó una imagen del personaje real: Ernest Shandon. Lo divisaba en su imaginación, deambulando por los caminos del laberinto, asfixiado, desesperado, buscando alguna salida para ponerse a salvo y repelido todas las veces por la advertencia de las armas. Y minuto a minuto, la nube venenosa se hacía cada vez más densa sobre su lugar de refugio, acercando el inevitable final del drama.

Mientras esa imagen se abría paso en él, Wendover empezó a sentir que la

pesadilla era cada vez más intensa. Parecía casi increíble que Ernest Shandon, una criatura menospreciada por todos por su holgazanería y su futilidad, pudiese haber planeado y llevado a término aquellos asesinatos. Desde que había entrado en contacto íntimo con Ernest, aquel hombre no había despertado más que aburrimiento y escarnio en el Escudero. Lo anodino del señor Shandon, su cobardía, su egoísmo... Todo había causado una honda impresión en Wendover y le había generado un firme sentimiento de repulsión y desprecio. A esas alturas, el Escudero necesitaba reajustar sus ideas: el carácter anodino debía de haber sido una mera exageración; la cobardía, una farsa, dado que el asesino no tenía motivos para temer que le ocurriese nada en sus propias carnes; y el egoísmo... Bueno, no era más que una manifestación de la frialdad sin la que ningún asesinato planeado puede llevarse a cabo. En vez de la figura insignificante que se había encontrado hasta el momento, Wendover empezó a ver a un nuevo personaje oculto tras la máscara: algo que se dirigía fríamente hacia su tarea mortal sin el freno de ningún sentimiento humano normal, ni siquiera por parentesco. Un minotauro moderno en la maraña del laberinto.

Casi paralizado por la viveza del retrato que su mente había evocado, Wendover se quedó mirando al otro lado del pasto, a la pared de verdor que ocultaba de sus ojos la figura real del asesino. Entonces, mientras observaba, se oyó de nuevo el ruido de la pistola automática: un solo disparo.

Y de nuevo volvió a comenzar la espera, sin ningún incidente que la interrumpiese.

Al final, apareció *sir* Clinton con su arma por el sendero, al otro lado de la esquina del laberinto. Les hizo señas a Wendover y a Arthur para que se reuniesen con él.

—Creo que el asunto ha acabado —dijo con severa satisfacción cuando se le acercaron—. Si no ando muy equivocado, ese último disparo ha sido para sí mismo. El juego ya estaba terminado y a estas alturas debía de estar medio muerto por los vapores. —Se dirigió entonces a Arthur—. ¿Entiende ahora por qué no quería dejar que lo tocara? Si lo hubiera hecho, habríamos tenido encima todo el fastidio de un juicio por homicidio imprudente, como mínimo, y no le habría podido garantizar que las cosas hubiesen ido como la seda. De

este modo, se ha suicidado y no hay que culpar a nadie salvo a él mismo. Aparte, si lo que quería usted era sentarlo en el potro de tortura, ¿acaso podría haberle hecho algo más duro que esto?

Señaló hacia el puesto de azufre.

Arthur comprendió lo que pretendía decirle.

—Espero que tenga usted razón —admitió, tosiendo mientras una nueva nube de humo flotaba sobre ellos—. Debe de haber recibido su buena dosis antes de ceder. ¿Cree que no hay ninguna duda de que se ha disparado? —El rostro de *sir* Clinton mostró lo que pensaba—. Bueno, voy a proponerle algo. Hay un árbol cerca de la orilla del río desde el que se ve parte del laberinto si uno sube lo suficiente. Podría trepar rápidamente y ver si diviso alguna cosa. Ahora que lo tenemos fuera de juego, no hay peligro.

El jefe de policía recibió bien la idea.

—Es un buen plan. Después de todo, a lo mejor está fingiendo y no voy a asumir ningún riesgo enviando a alguien al laberinto hasta que esté seguro. Si permanece usted bien metido entre las hojas, estará lo bastante a salvo en cualquier caso. Y si descubre que está muerto, eso nos ahorrará una larga espera.

Arthur dejó caer el rifle y salió a poner su idea en práctica. Cuando el joven se hubo marchado, *sir* Clinton se dirigió a Wendover.

—No queda mucho afecto familiar en el círculo de Whistlefield, Escudero. Aunque tampoco es para sorprenderse, después de todo. El amigo Ernest no era el tipo de hombre que atrae demasiadas simpatías en el mejor de los casos, y ese muchacho tenía un gran afecto por su hermana, indudablemente. Siento una cierta afinidad hacia sus sentimientos. Y te confieso que he estado durante un tiempo con el alma en vilo por si el joven Hawkhurst descubría quién era de verdad el asesino y se tomaba la justicia por su mano de golpe. No lo habrían colgado, por supuesto; su inestabilidad mental lo habría salvado. Pero hubiese terminado internado en el hospital de Broadmoor, y en su estado eso no es mucho mejor que la soga. Es un alivio que hayamos terminado con todo esto tan fácilmente.

A los pocos minutos, Arthur regresó con su informe.

—Está tumbado en el suelo, en el Cenador de Elena. No veía con mucha

claridad, pero por el modo en el que está tirado, creo que no tiene vuelta atrás.

—Bueno, será mejor que entre en el laberinto y me asegure del todo —dijo *sir* Clinton. Se quedó reflexionando un momento, antes de añadir—: Creo que estaría bien que entrásemos todos juntos. Es bastante seguro, de eso no tengo ninguna duda. Y hay algo ahí dentro, sospecho, que todos deberíamos presenciar.

Reunió a Ardsley y a Stenness y les explicó la situación.

—Si ahogamos el azufre, el viento despejará los vapores bastante rápido. Podemos coger agua del río y apagarlo. Seguro que habrá algo en la casa de botes que podamos usar para transportar el agua, ¡un cubo o algún tipo de balde!

Una vez que parecía seguro, entraron en el laberinto y al poco llegaron al Cenador de Elena. Allí no los esperaba ningún peligro. El cuerpo de Ernest descansaba extendido en la hierba con una herida de bala en la cabeza y la pistola automática aún sujeta a la mano. *Sir* Clinton atravesó el lugar y se arrodilló junto al cadáver.

—Será mejor que registremos el cuerpo ahora y acabemos ya —dijo, empezando con la tarea mientras hablaba—. Hay algo que sobresale en el bolsillo delantero —explicó sacando el objeto—. ¡Hum! Un sobre con su nombre, Stenness. ¿Es propiedad suya?

El secretario observó el papel y se intercambió una mirada cómplice con *sir* Clinton.

—Es mío. ¡Debería tener billetes dentro!

El jefe de policía metió los dedos en el sobre y, tras sacar parte del contenido, lo mostró al grupo.

—Está lleno de billetes... Debe de haber una buena cantidad. Me lo quedaré por ahora, Stenness. ¿No le importa? Es mejor hacer las cosas con formalidad y siempre podrá recuperarlo más tarde o cuando quiera.

—Claro, quédeselo, sin problema —aceptó el secretario, con cierta indiferencia anodina.

*Sir* Clinton continuó con el registro, pero lo único de interés que encontró fue una lata que abrió con cuidado y sostuvo en alto para inspeccionarla.

—Más dardos de esos, ¿ven? —Los contó rápidamente—. Sí, así es. Esto equilibra el lote entero, si descontamos los que utilizó para el ataque contra la señorita Hawkhurst y para el de anoche. —Volvió a ponerle la tapa a la lata y se guardó el objeto en el bolsillo—. Esto es todo lo que nos hace falta. Será mejor que le eche usted un vistazo al cuerpo, Ardsley. Necesitaremos su testimonio en la investigación. Mandaré aquí a un agente para que lo vigile todo hasta que podamos sacar el cuerpo.

Una vez que Ardsley hubo terminado con su exploración, se marcharon del laberinto.

—Ahora, vuelvan a la casa —indicó *sir* Clinton cuando salieron por la puerta de acceso al laberinto—. Tendré que conducir a mis hombres hasta el centro, ya ven. Pueden enviar el coche de vuelta a recogerme si quieren.

El jefe de policía regresó con los agentes, mientras el resto del grupo entraba en el vehículo. Nadie parecía tener ganas de hablar mientras recorrían la subida hasta la casa. Los acontecimientos de la mañana habían sido demasiado rocambolescos como para que encajasen fácilmente con los asuntos cotidianos. A Wendover le parecía que había pasado las últimas dos horas o así en algún mundo muy alejado de los límites normales de la probabilidad: el sitio del laberinto estaba pasando ya al reino de lo irreal en su cabeza y tenía dificultades para obligarse a recordar que había costado la vida de un hombre.

Sin embargo, incluso mientras reflexionaba sobre aquello, le sobrevino una nueva sorpresa. Cuando el coche viró para quedar a la vista de la entrada principal a Whistlefield, oyó que Stenness inspiraba aire con fuerza y Arthur ahogaba una exclamación.

Wendover levantó la mirada y, durante un instante, le costó creer lo que veían sus ojos. Allí arriba, al final de la escalera, se encontraban Torrance y Vera Forrest, y entre ellos estaba Sylvia, sana y salva, salvo por el cabestrillo que le sujetaba el brazo derecho.

—Vaya sorpresa, supongo —dijo Ardsley con sequedad mientras detenía el coche ante la puerta principal.

## La verdad del caso

Wendover sacó puros y cigarrillos y se afanó por hacer que sus huéspedes se sintieran lo más cómodos posible sin demasiado jaleo. Habían pasado unos días tras el suceso del laberinto, que concluyó con el suicidio de Ernest Shandon, y *sir* Clinton le había pedido a su anfitrión que invitase a Stenness y a Ardsley a cenar. El Escudero al principio había puesto objeciones al toxicólogo, puesto que sus prejuicios no habían disminuido apenas, pero *sir* Clinton había dejado claro que la presencia de Ardsley era esencial desde su punto de vista, así que Wendover cedió sin demasiada discusión. La cena transcurrió sin fricciones, ya que el Escudero no era de la clase de personas que abusa de su estatus de anfitrión.

*Sir* Clinton sacó un cigarro y lo cortó con cierto cuidado.

—Me he enterado de que hay que felicitarle por su compromiso, Stenness —dijo—. Supongo que es un poco pronto para preguntar cuándo se casa.

El secretario cruzó la habitación con la mirada, más bien como si dudase sobre las intenciones ocultas tras la pregunta.

—Tendré que ganar algo de dinero antes —respondió—. No se puede vivir de los ingresos de otra persona.

*Sir* Clinton se echó a reír.

—Hay gente a la que no parece resultarle tan complicado. Pero si ese es su impedimento, a lo mejor podría hacer yo algo por usted. Tengo cierta influencia en Sudáfrica y resulta que hay un hombre allí que me ha pedido que busque a alguien para cubrir un puesto. El salario es lo bastante bueno como para casarse. Mañana me pasaré por Whistlefield por la mañana y lo

hablaremos. Tengo la impresión de que puede encajarle. Además, hay una gran ventaja: los sacaría a ustedes dos de su antiguo entorno y supondría una ruptura de cuajo con toda esta historia, que seguiría cerniéndose sobre ustedes si se quedasen en este país. La gente hablaría, da igual lo que ocurra, y la señorita Hawkhurst no podría evitar enterarse de que están cuchicheando si se quedase aquí. —Hizo una pausa para encender el cigarro antes de continuar—. Eso me lleva al motivo por el que los he reunido esta noche. Seguramente ninguno de ustedes hable, pero no serían humanos si no hubiesen estado pensando en el caso Whistlefield. Y existe la posibilidad de que caigan en algún malentendido, que podría suponer algunas dificultades. He llegado a la conclusión de que será mejor que sepan todo lo que yo sé sobre el tema, y creo que así se aclarará todo y podrán sacárselo de la cabeza. Una vez resuelto un enigma, nadie sigue preocupándose por él, pero el mínimo rastro de misterio te hace darle vueltas al asunto de forma intermitente y no poder dejarlo a un lado para siempre. —Miró al grupo y pudo ver que su sugerencia obtenía la aprobación de todos—. Muy bien. Han de tener en cuenta, en primer lugar, que voy a exponerles una mezcla de hechos y de teorías. No puedo garantizar que los detalles vayan a ser del todo precisos, ya que existe cierto trabajo de suposición por mi parte.

—Continúa —dijo Wendover—. Lo entendemos perfectamente.

—Algo que la mayoría de la gente olvida cuando lee sobre un caso policial en la prensa es el obstáculo que plantea el conocimiento íntimo —siguió *sir* Clinton—. A la vista de ello, cualquiera de ustedes tres tenía mejores opciones que yo para llegar al fondo del asunto Whistlefield. Los tres conocían hasta cierto punto las personalidades de los implicados y los tres, en cualquier caso, sabían qué papel desempeñaban personalmente en el caso. Sin embargo, un detective que llega desde fuera no ve nada ante sí más que a un grupo de extraños con cualidades totalmente impredecibles. Tiene todo ese campo que cubrir antes siquiera de empezar a equilibrarse con ustedes y no dispone de demasiado tiempo para recopilar esa información.

—Cierto —convino Stenness pensativo—. Nunca lo había visto de esa manera. La policía tiene un trabajo más duro del que pensaba.

—Por supuesto, como compensación, hay una ventaja —se apresuró a

admitir *sir* Clinton—. Un detective llega a un caso sin ideas preconcebidas sobre las personas. Los actores son todos extraños para él y debe depender por completo de su sentido común y de su juicio. En esa posición me encontraba yo al acercarme al caso Whistlefield. No los conocía a ninguno personalmente y carecía de prejuicios sobre ustedes.

—Los hechos son más importantes que las opiniones en un caso de este calibre, así que creo que eso deja la balanza a su favor —sugirió Ardsley.

—Muy cierto... Eso sí, una vez que dispones de los hechos —admitió *sir* Clinton—. Ahora, analicemos los hechos en el orden en el que se presentaron. Las cosas que vi cuando me convocaron en el laberinto fueron muy simples. Habían usado una escopeta de viento para disparar dardos envenenados. Roger Shandon recibió impactos en los hombros y en el cuello, y a Neville Shandon le habían dado más abajo, en el cuerpo. No hubo ningún intento de robo, salvo por las hojas de notas arrancadas de las manos de Neville. Se habían abierto aspilleras en el seto, evidentemente de antemano, ya que nadie se pone a hacer agujeros así con su víctima a unos metros. Habían metido una caja de dardos en la aspillera desde la que dispararon a Roger Shandon. El asesino logró esquivar a la señorita Forrest o al joven Torrance, o a ambos, ya que salió del laberinto. Por último, mi perro demostró que el asesino había seguido una ruta muy indirecta para salir del laberinto. Salió hasta cerca de la orilla del río. Cruzó hacia un grupo de árboles, en uno de los cuales había una marca a casi un metro del suelo. A continuación, había atravesado los pastos hasta la carretera. Y al llegar allí, el rastro se interrumpía de repente.

—Sí, soltaste muchas paparruchas sobre el asesino montándose en su avión privado y escapando por aire, lo recuerdo —intervino Wendover.

*Sir* Clinton sonrió ligeramente.

—A efectos prácticos, tampoco me alejé tanto, como verás, Escudero. Ahora, pasemos a lo que consideré razonable inferir de los hechos. En primer lugar, una escopeta de viento la puede disparar un hombre o una mujer, así que el arma ni siquiera sugería el sexo del criminal. El veneno, obviamente, iba a ser una buena pista, pues convertía el crimen en algo fuera de lo normal, por decirlo así. Y cuanto menos común sea el método en un asesinato, más se

limitan las posibilidades en lo relativo a la identidad del asesino. A continuación, era bastante evidente que a Roger le habían disparado mientras estaba sentado en la silla, de espaldas al asesino. En esa posición solo quedarían expuestos los hombros y el cuello como dianas, y fue ahí donde le acertaron. A Neville, por el contrario, le habían disparado de frente, o ligeramente de lado. Eso sugería la posibilidad de que a Roger pudieran haberlo matado por error confundiéndolo con Neville, mientras que a Neville no lo podían haber tomado por Roger, dado que el asesino, al disparar desde delante o de lado, le vio la cara.

—¿Le dio usted mucha importancia a eso? —preguntó Stenness.

—No mucha en el momento. Eso sugería que a Roger podían haberlo matado primero, por error, y que Neville era el hombre tras el que de verdad iba el asesino. Pero por sí solo, ese dato suponía poca cosa. Luego viene el hecho de que no parecía que a ningún cuerpo le hubiesen quitado nada, salvo las notas arrancadas de la mano de Neville. Por supuesto, yo había estado siguiendo el caso Hackleton, y estaba muy claro que a Neville Shandon podían habérselo quitado de en medio para evitar que interrogase a Hackleton. No habría sido la primera vez... Recuerdo cómo dispararon a Maitre Labori por la espalda mientras se dirigía al tribunal a interrogar al general Mercier durante el caso Dreyfus. Simplemente, archivé la información en mi memoria y mantuve la mente abierta a esa posibilidad. No disponía de datos suficientes para que valiese la pena hacer nada más en ese sentido.

»El siguiente punto fue el descubrimiento de las aspilleras. Eso establecía premeditación: el crimen lo habían pensado y preparado de antemano. Y significaba, además, que el asesino era alguien que sabía que uno u otro Shandon probablemente estuviese en el laberinto esa tarde, o al menos en algún momento cercano. Tal hecho apuntaba a primera vista a un criminal del lugar. Aunque siempre hay que conservar el juicio crítico, y era muy evidente que un crimen premeditado podía haber ido precedido de un considerable trabajo de espionaje discreto, con lo que alguien de fuera podría haber llegado a conocer los hábitos de los Shandon. No había que darle mucho peso a eso.

—Así que ¿en ese momento no sabía usted si el caso Hackleton estaba relacionado o no? —preguntó Stenness.

—No. Sencillamente dejé la mente abierta a esa posibilidad. Lo siguiente fue la caja de los dardos que Skene encontró esparcidos. Aquello tenía una fácil lectura: el asesino debió de tirar la caja al buscar a tientas mientras disparaba a Roger, porque estaba en la aspillera de Roger. Iría con una prisa tremenda; si no, habría recogido los dardos. Evidentemente, tenía algo que hacer con urgencia y pretendía volver a por los dardos. Está bastante claro, parece, que después de disparar a Roger le vio la cara a quien había atacado y se dio cuenta de que le había dado al hombre equivocado. Aún tenía que hacerse cargo de Neville y, en mi opinión, el asesino contaba con que Neville estuviera en el laberinto justo entonces. Supongo que tenía información personal. Así que agarró tres dardos del suelo y corrió para acabar con él, cosa que hizo. Neville debió de alertarse con algo, lo que explicaría que estuviese de pie cuando le dispararon. En esas, el asesino pretende volver a por los dardos perdidos, pero ve que hay alguien más en el laberinto. Oye voces. Probablemente se encuentra con que el camino de vuelta al Cenador de Elena está bloqueado por esos extraños, así que corre todo lo que puede para deshacerse de la escopeta de viento, que es la evidencia fatal contra él. Sin embargo, tiene dificultades para evitar a los desconocidos del laberinto y le lleva algo de tiempo salir.

—¿Sospechabas de alguien en particular en ese punto? —lo interrumpió Wendover.

—Podría haberse tratado del joven Torrance, por supuesto —admitió *sir* Clinton—. Podría haber jugado a dos bandas y ser también el asesino. No me cerré a esa teoría.

—Y supongo que también la señorita Forrest, si tiene a todo el mundo en cuenta —comentó Ardsley.

—No especulé mucho en esos momentos —respondió *sir* Clinton—. Lo que de verdad me hizo ponerme a pensar definitivamente fue la pista que nos dio mi perro. Recuerden que nos llevó a través del laberinto haciendo un recorrido muy sinuoso: evidentemente, las idas y venidas se debían a que el asesino estaba esquivando a alguien en los pasajes. Luego, nos acercamos al

río, lo que sugería que había lanzado la escopeta de viento al agua al pasar. A continuación, el perro nos condujo a un árbol concreto de un grupito que había cerca. Wendover se percató de una marca en el tronco, a casi un metro del suelo, y sugirió que podría haberla hecho la bota del asesino al intentar trepar. Sin embargo, después de eso, el rastro seguía y llegaba a la carretera, y allí moría. El perro sencillamente retrocedió ahí: no encontró nada más. —Sir Clinton hizo una breve pausa para dejar que ese punto calase—. Un rastro solo muere de ese modo por dos razones: la primera, que un hombre se quede quieto y espere, pero dado que el hombre no estaba allí, obviamente no había estado esperando. El otro motivo de que ocurra algo así es que el hombre salga volando de la carretera en ese sitio.

—¡Ajá! El avión privado, supongo —dijo Wendover con sarcasmo.

La réplica de *sir* Clinton aplastó ligeramente al Escudero.

—O el coche particular, o incluso la humilde bicicleta. Si te subes a un coche o te montas en una bicicleta, tu rastro desaparecerá en lo que a las pisadas se refiere.

Wendover admitió el golpe.

—Qué burro no haberlo visto de inmediato. Y, claro, la carretera era dura como una roca y no tenía tierra, así que los neumáticos no dejaron rastro.

—Ninguno que yo pueda jurar haber visto. Eso sí, la bicicleta despejó muchas dudas. Exculpaba de inmediato a Torrance, a la señorita Forrest y, con toda probabilidad, a Costock también. Debo decir ahora mismo que nunca me tomé en serio a Costock. Es una criatura lamentable que no habría podido enfrascarse en un asesinato aunque lo hubiese intentado. Aunque lo tuve bajo vigilancia, nunca sospeché de verdad que hubiese hecho nada más que un fútil intento de chantajear a Roger Shandon. Ni siquiera tenía arrestos suficientes para eso. La pistola que llevaba era realmente para defenderse de Shandon, estoy seguro, como él mismo dijo.

Wendover remitió de nuevo al problema de las huellas.

—Pareces muy seguro de que se trataba de una bicicleta y no de un coche.

—¿No está bastante claro? —preguntó *sir* Clinton—. Si el asesino hubiese usado un coche, lo habrían visto los guardeses al salir de las tierras, y ese es solo el mínimo riesgo que habría corrido. Pero una bicicleta es fácil sacarla a

mano de la carretera y meterla por un hueco entre los setos. Dado que el asesino evidentemente no querría que lo vieran, la bicicleta es lo obvio. De todos modos, dejémoslo en que era una bicicleta, por conveniencia ahora mismo. Mi problema era que no podía demostrar qué camino había seguido la bicicleta, si hacia la casa o hacia la entrada este. Dejé el asunto estar por el momento, con la esperanza de que apareciese algo más. Por supuesto, puse a mis hombres a trabajar en busca de cualquier posible bicicleta escondida en los terrenos, pero no encontraron nada.

—¿Por qué no hiciste preguntas sobre la bicicleta en Whistlefield? —quiso saber Wendover.

—Porque no quería destapar la cuestión de la bicicleta. No quería ganarme fama de ser demasiado listo, en lo que al asesino respectaba. Era mucho mejor dejar que pensara que su método había pasado desapercibido.

—Así que en ese punto no sabía usted si el asesino había regresado a la casa o había salido de los terrenos —expuso Stenness.

—No. No lo sabía. Lo siguiente, si se acuerdan, fue mi visita a la casa y mis interrogatorios a algunas personas, usted mismo incluido. Tengan en cuenta que en ese momento no sabía si el asesino era alguien de la casa o había aparecido de la nada desde fuera. Necesitaba aclarar ese aspecto lo antes posible y me costó bastante.

»Cuando acudí a interrogar a las diferentes personas de la casa, la cuestión radicaba sencillamente en conocer a una serie de extraños por primera vez. Debía recopilar toda la información que pudiese y al mismo tiempo ir con cuidado de no adoptar prejuicios por las primeras impresiones. Eso es más complicado de lo que piensan. Torrance y la señorita Forrest ya habían quedado descartados, así que no necesitaba prestarles mucha atención, aparte de su propio testimonio. Usted, Stenness, fue un ligero quebradero de cabeza, lo admito. En aquel momento no logré calarlo bien.

El secretario lo reconoció con una leve sonrisa y *sir* Clinton se apresuró a continuar su narración sin darles a los demás oportunidad de interrumpir.

—En todo caso, Arthur Hawkhurst me hizo pararme a pensar. Stenness me dejó caer lo de su ataque de la enfermedad del sueño y el joven entró con una escopeta de viento en la mano. Parecía un muchacho irresponsable, pero eso

era todo. Hay un abismo enorme entre eso y la manía homicida. Simplemente, lo archivé en mi memoria y dejé el asunto ahí.

En ese punto, pareció que a *sir* Clinton su propia historia le resultaba cada vez más interesante. Se enderezó en la silla y miró a su público antes de ocuparse de la siguiente parte del tema.

—El último personaje era Ernest Shandon, ya que, por supuesto, descarté de inmediato a la señorita Hawkhurst. A primera vista, el amigo Ernest resultaba un tipo desangelado. En primer lugar, obviamente era insensible hasta el extremo; no parecía lamentar las muertes de sus hermanos y el dedo del pie herido resaltó con mucha más prominencia en su conversación, cosa que en el momento me resultó un poco grotesca. Se me quedó grabado en la memoria solo por eso. Segundo, parecía un completo egoísta. En apariencia, su ego era lo único que de verdad le interesaba. Quería un té y no iba a consentir no tomárselo. Me pareció poco normal, aunque no se puede colgar a una persona por querer tomarse un té, claro. Y en tercer lugar, me dio la impresión de ser uno de los hombres más anodinos y estúpidos que se pueden conocer. En general, se diría que no había mucho que sacar de una persona como él: anodina, egoísta, insensible y estúpida. Y aun así, si ahora miramos atrás, veremos que la base de la tragedia de los Shandon reside justo en esas cualidades. Quedará bastante claro cuando ahondemos en ello.

»He señalado que mi dificultad residía en determinar lo antes posible si había sido un “trabajo desde dentro” o uno llevado a cabo por alguien de fuera. Aparte, existían muchas posibilidades de que surgiesen nuevos problemas en Whistlefield. Había tenido especial cuidado en indicar que el asesino conocía el laberinto a la perfección. Así que, como posibilidad remotísima, dejé caer la pista del hilo de Ariadna: el que guiaría por el laberinto al hombre que no lo conociese muy bien. La lancé de modo casual. No tenía muchas esperanzas de sacar mucho de ahí, ya que por entonces me costaba creer que fuese a haber más problemas. De todos modos, no podía perjudicar en nada, así que solté la sugerencia en presencia de algunos de los posibles criminales.

—¡Hum! Ahora empiezo a ver algo de luz —comentó Wendover.

—El siguiente punto es la naturaleza del veneno —continuó *sir* Clinton—.

El médico de la zona lo propuso a usted como experto, Ardsley, así que fui a verle de inmediato para conocer su opinión. Una vez que supe que se trataba de curare, tuve la sensación de que ya había algo lo bastante definitivo sobre lo que avanzar. No se trata de una sustancia común. Por supuesto, seguramente tuviese usted suministro propio, pero opté por no meter mano en sus asuntos. Me parecía muy evidente que, de haber cometido usted el asesinato, habría evitado usar una sustancia que le apuntase directamente. Por tanto, pregunté por otro suministro en la zona y usted me llevó a la vasija del museo de Whistlefield.

»Aquello le dio un giro distinto al caso entero. Resultaba evidentemente esencial hacerse con ese suministro de inmediato. Si el asesino había retirado una cantidad de la vasija para su uso personal, no podríamos evitarlo ya. Si solo había usado lo suficiente para poner veneno en los dardos, entonces, confiscando la vasija, podríamos evitar que siguiera suministrándose. Por eso les mandé a usted y a Wendover para ponerla sobre seguro.

—A Wendover para vigilarme, supongo —planteó Ardsley con una sonrisa sombría.

—No lo negaré. Usted habría hecho lo mismo en mi lugar —señaló *sir* Clinton.

—¿Por qué no fuiste tú por tu cuenta? —preguntó Wendover.

—Porque tenía otra cosa pendiente que hacer cuanto antes. Debo confesar, sinceramente, que no disponía de nada definitivo con lo que avanzar. Era todo mera intuición, si les gusta esa expresión, o podemos hablar también de un ejemplo de adopción de precauciones ante contingencias que uno no espera que ocurran. Fue muy parecido a lo del hilo de Ariadna: probar suerte aunque no llevase a nada. Y creí que esto tenía más posibilidades de dar fruto. Esos dardos venenosos eran una especie de hilos de los que tirar, pero también eran armas. Por tanto, si al asesino se le presentaba la oportunidad de cogerlos, pensé que se vería tentado. De todos modos, no iba a permitirle que usara los verdaderos, ni por asomo. Le di unos sustitutos, muy similares en apariencia, pero apenas dañinos en realidad. Así que, si seguía con su juego, había posibilidades de que utilizara los dardos que yo le había dado y no provocara ningún daño grave con ellos. Incluso aunque le quedasen uno o dos

dardos mortales, seguramente los juntase todos y eso reduciría el riesgo de envenenamiento con un dardo elegido al azar entre la mezcla de dardos mortales e inofensivos.

»Así pues, cuando pasamos por el pueblo, te pedí que me dejases allí, Wendover. Compré algunos dardos, los perforé igual que los dardos mortales, simulé una apariencia similar a la de los cristales de Condy, les puse algo de tornasol para identificar mi lote de dardos con una prueba sencilla y con eso concluí. Y de paso, creo que me gané cierta reputación de loco. Necesitaba una lata para guardar los dardos mortales, porque no me los iba a meter sueltos en el bolsillo, y además tenía que dejar la lata real para que el asesino la cogiese si quería. Así que mandé a alguien a comprarme Navy Cut, usé las latas para los dardos letales y dejé atónito al sargento cuando le regalé el tabaco. Todavía estará desconcertado con aquello, supongo.

»Ya saben qué ocurrió a continuación. Dejé los dardos falsos en la repisa de la chimenea del museo adrede y el asesino los cogió. Como Ardsley no los tocó (salió de la habitación delante de mí y los dardos seguían allí) y Wendover no era el asesino, eso solo los dejaba a usted, Stenness, y a la señorita Hawkhurst, al joven Hawkhurst y a Ernest Shandon como posibles ladrones. Si la lata desaparecía, me quedaría un campo muy limitado en el que moverme.

—Veo que para entonces me había excluido —dijo Ardsley.

—Ah, casi del todo —admitió *sir* Clinton—. Por supuesto, mis convicciones no eran nada sólidas. Estaba preparado para reconsiderar las cosas en cualquier momento. El siguiente punto fue repasar las coartadas lo mejor que pudiese. Wendover me echó una mano en eso. Una vez metidos en materia, estaba bastante claro que los únicos posibles sospechosos eran usted mismo, Stenness, el joven Hawkhurst, usted, Ardsley (porque no sabía nada sobre sus movimientos de ese día) y, por último, alguien con una bicicleta. Pero en cuanto entra la bicicleta en juego, la coartada de Ernest Shandon se cae a pedazos. Les demostraré cómo.

»A continuación, les expondré mi reconstrucción de los asesinatos en el laberinto: no digo que sea correcta hasta el último detalle; solo importan de verdad los rasgos principales. Ernest Shandon salió con la señorita

Hawkhurst en el coche. Sospecho que él sabía que sus hermanos iban a ir esa tarde al laberinto. Ya había cogido la bicicleta antes y se la había llevado para ocultarla en un pequeño sembrado cercano a la entrada este, donde también había escondido la escopeta de viento.

»Se bajó del coche en la entrada este, caminó por la carretera a paso rápido y atravesó el seto hasta el sembrado. Sacó la bicicleta y la escopeta de viento y pedaleó lo más rápido que pudo hacia el laberinto. El único riesgo que corría era encontrarse a alguien por la carretera. Si hubiese ocurrido, habría tenido que posponer el asunto hasta otro día. No se topó con nadie: es una carretera de poco tránsito, creo. Llegó al laberinto y entró hasta la aspillera que dominaba el Cenador de Elena. Allí vio a alguien a quien tomó por Neville Shandon. Sospecho que tenía el caso Hackleton rondándole la cabeza cuando lo planeó todo y pretendía hacer que pareciese que habían matado a Neville por ese motivo. Ustedes mismos saben lo problemática que terminó siendo esa pista falsa al principio.

»Lo que yo creo es que estaba sudando como un puerco por la carrera hasta el laberinto; cabe recordar que su coartada dependía por completo del factor tiempo y que no tenía ni un minuto que perder. Es muy probable que tuviese la nariz grasosa y los quevedos le causaran problemas. ¿Se acuerdan de que siempre los tenía torcidos o se le caían? Sea como sea, dio la casualidad de que no reconoció a Roger por detrás y le disparó a él en primer lugar. Le disparó en la nuca, y soy de la idea de que Roger no gritó porque la alta dosis de curare le paralizó los músculos vocales casi al instante.

»A continuación, al caer Roger, Ernest se dio cuenta de que había metido la pata. Había matado al hombre equivocado y el asunto Hackleton no serviría para complicar ese caso. Diría que se aturrulló, y no me sorprende. Supongo que tiraría los dardos, se le caerían los quevedos y, en general, se encontraría en un considerable estado de confusión. Y aún le quedaba por liquidar a Neville.

»En ese momento, Ernest no tenía ni idea de que el laberinto no estaba vacío, sin contar a Neville, apostado en el otro centro. Por tanto, abandonó los dardos después de recoger tres del suelo y se alejó para matar a su otro hermano antes de que ocurriese nada más. Tengan en cuenta que la velocidad

lo significaba todo para él y se harán una idea de las prisas que llevaría. Supongo que, en cuanto hubiese terminado con Neville, pretendía regresar a por los dardos y la lata que habían quedado esparcidos por el suelo.

»Sabemos por los testimonios de Torrance y de la señorita Forrest que el primer asesinato pasó inadvertido por lo que a ellos respecta. Ni siquiera les llamaron la atención los ruidos de la escopeta de viento en el caso de Roger. Tomando en consideración la extraña acústica del laberinto, eso no tiene nada de asombroso. Sin embargo, creo bastante probable que Neville Shandon sí escuchase algo y Ernest lo pilló justo cuando se estaba poniendo en pie, preguntándose si debía salir en busca de la causa del curioso ruido que había oído.

»Cualesquiera que fuesen los detalles, Ernest pescó a su hermano de lleno, aunque le disparó en el cuerpo y Neville fue capaz de emitir unos gritos antes de caer en redondo. Así se explican los gritos que la señorita Forrest oyó y también los ruidos de la escopeta de viento. Y con eso, los problemillas del amigo Ernest de repente se incrementaron, ya que oyó voces en el laberinto cuando esas dos personas empezaron a llamarse entre sí, y Ernest debió saber que tendría que hacer frente a aquello. —La voz de *sir* Clinton adquirió gravedad—. Fue un simple golpe de pura suerte que no se topase con ninguno de los dos de camino a la salida. De haber podido, les habría disparado sin ninguna duda. Mi lectura es que se vio impedido por dos elementos: primero, había gastado todos los dardos y no se atrevía a perder tiempo y arriesgarse a ser visto regresando a buscar los que había tirado; y segundo, estaba perdiendo tiempo, y el tiempo era la esencia de su coartada. Así pues, se estuvo escabullendo por el laberinto, sin duda agonizando de terror, y al final logró salir a salvo sin que lo viesan. Tiró el arma al río de inmediato y fue a por la bicicleta. Al levantarla, le hizo una muesca al árbol con el freno del manillar, creo. No se encontraría en un estado ideal para hacer las cosas con cuidado. Esa fue la marca que atisbó Wendover. Cruzó los pastos con la bicicleta, cargándola para no dejar un rastro de briznas aplastadas que sí habría creado de ir pedaleando. Y a continuación, una vez en la carretera, se montó y desaparecieron las huellas, por lo que al perro respectaba.

»Recorrió la carretera con prisas hasta la cercana entrada este, llevó el biciclo al sembrado y allí lo ocultó. Ordené a mis hombres buscarlo, pero no lo encontraron. Es teoría pura, pero creo que es muy probable que tuviese preparado algún aparejo para alzarlo a un árbol. Ningún agente de campo normal pensaría jamás en mirar hacia arriba en busca de una bicicleta, que además estaría bien escondida entre las hojas. De todos modos, esto es una simple conjetura.

»Una vez despojado de la bicicleta, atravesó de nuevo el seto para salir a la carretera pública, avanzar a toda prisa por ella y sentarse junto al camino a esperar el carro del cartero, que sabía que debía pasar por allí a una hora concreta. Cuando apareció el cartero, Ernest tenía preparada la historia del dedo herido y todo lo demás.

—Es de un ingenio notable —declaró Ardsley—. Aunque de haber sido usted, yo no le habría otorgado a Ernest Shandon el crédito de tener tanto cerebro como para todo eso.

—Ha de recordar que yo no sabía nada sobre el cerebro de Ernest —indicó *sir* Clinton—. Solo lo había visto en circunstancias en las que uno no espera que el cerebro haga mucho acto de presencia en la mayoría de los casos. Tenía la mente abierta en lo que a él respectaba. Lo único que reconocía era que, después de todo, Ernest Shandon no disponía de una coartada sólida.

—Muy sensato —comentó Ardsley—. Debería dedicarse usted al ámbito científico, Driffield. Algunos de nosotros no somos tan cautos.

—Luego llegó el robo —continuó el jefe de policía—. Por lo que aparentaba, podía ser auténtico o bien fingido. Quizá hubiera sido un intento real de llegar a algo vinculado al caso Hackleton, o podía tratarse de la típica torpeza de un asesino que intenta reforzar el caso contra otra persona. En aquel momento no estaba seguro. Sin embargo, cuando la señorita Hawkhurst me devolvió la lata de dardos esa mañana y cuando descubrí con la prueba a la que los sometí que no eran mis dardos falsos, me hice una idea bastante clara de cómo estaban las cosas. El asesino había tenido cuidado de no robar la lata de dardos directamente. Me había devuelto algunos dardos, sí, falseados como los míos, solo que no tenían el tornasol.

»Eso me dijo dos cosas en el mismo momento: el asesino era una de las

personas que había estado en el museo esa noche y, algo mucho más importante, aún le quedaba trabajo por hacer, ya que quería esos dardos a cualquier precio. Aquello me preocupó un poco, lo confieso, pues no podía tenerlas todas conmigo de que estuviese desarmado. Quizá le quedase algún dardo mortal en reserva. Era un asunto complicado al que enfrentarse y, a decir verdad, no me sentía nada cómodo.

—¿Fue entonces cuando te mostraste tan desconcertado? —preguntó Wendover.

—Sí.

—Ahora no me sorprende.

*Sir* Clinton abandonó ese asunto.

—Ahora voy a por el primer gran error de Ernest Shandon. Al contarme la historia del robo, coló algo sobre unas transacciones relacionadas con su difunto hermano.

Stenness no mostró ninguna señal externa de turbación, pero el jefe de policía supo ver que se sentía intranquilo con respecto a la siguiente fase de la narración. Con una mirada, *sir* Clinton lo tranquilizó. El secretario, al darse cuenta de que sus asuntos no saldrían a la luz, se recostó de nuevo en la silla.

—No es necesario que entre en detalles —continuó el jefe de policía—. Lo único que tengo que decir es que hacía falta ser un hombre bastante listo para ver lo que Ernest vio. Así que, como es natural, reconsideraré mis ideas sobre el amigo Shandon. Después de todo, no era ningún burro, ni de lejos. Aquello me hizo pensar mucho. Y lo que más me hizo reflexionar fue su evidente deseo de arrojar sospechas sobre usted, Stenness. Trató de convencerme, indirectamente, de que tenía miedo de que usted atentase contra su vida.

—¿Yo? —preguntó sorprendido el secretario.

—Les estoy contando los hechos. —Se limitó a señalar *sir* Clinton—. Bueno, el siguiente asunto fue la noticia de que al propio Ernest le habían atacado en el laberinto. En ese punto empecé a sentirme bastante seguro del terreno que pisaba. Era la línea más obvia que podría haber tomado Ernest para desviar las sospechas de su persona. Y, cosa que me intranquilizaba más, aquel era un posible paso preliminar a un ataque contra otra persona. Había matado a sus dos hermanos. Si se cometía un tercer ataque, se podría recelar

de él, y una ligera sospecha podría bastar. Así que visiblemente fingió un ataque contra sí mismo. De ese modo, si se producía otro intento, ¿quién iba a sospechar de la pobre víctima que casi había perdido la vida unos días antes?

—Hay que reconocer que demostró cierta perspicacia —dijo secamente Ardsley.

—En ese momento, el caso empezó a aclararse un poco en mi cabeza. Asumiendo que Ernest fuese el asesino, ¿qué iba buscando? Cuanto más pensaba sobre ello, más claro me parecía que el dinero debía estar en el fondo del asunto. Quería dinero. Nunca en la vida había trabajado. ¿Cómo podía ponerle las manos encima al dinero? Por supuesto, la cosa estaba más que clara: si lograba matar a sus hermanos, heredaría parte de la fortuna; eso lo supe fácilmente gracias al hecho de que no había más parientes cercanos salvo él mismo, Arthur y la señorita Hawkhurst. Sin embargo, las ansias de dinero no se satisfacen con facilidad. Obviamente, si podía eliminar a su sobrino y a su sobrina, se quedaría no solo con toda la fortuna de sus dos hermanos, sino también con el dinero de la familia Hawkhurst.

»Al analizar la criminología, se descubre que los asesinos por razones económicas son de un tipo bastante definido. Suelen ser lo suficientemente inteligentes como para idear un nuevo método de asesinar o de deshacerse del cuerpo. Aparte de eso, no muestran demasiada cabeza. Y tienen una facilidad pasmosa para repetir el mismo método en crímenes sucesivos. Supongamos que hay que cruzar una corriente hirviendo por un camino de piedras y la primera vez pasas a salvo. Si tienes que cruzar otra vez, elegirás las mismas piedras que la primera. Ya has probado que son seguras. El resto de las piedras pueden no serlo y hacerte caer. Ese es precisamente el razonamiento del asesino múltiple al abordar su trabajo. Lleva a cabo el primer crimen siguiendo un método novedoso. No lo identifican. Así que cuando vuelve a probar, sigue el primer procedimiento servilmente, hasta en el más mínimo detalle. Esas son las piedras seguras para él. Ocurrió en el caso de Smith, que repitió todas las minucias de la historia del baño una vez tras otra. Deeming solía colocar un suelo de cemento nuevo en una habitación para cubrir los cuerpos de sus víctimas. Lo hizo en más de una ocasión. Había comprobado que era seguro la primera vez, ya ven. Si leen sobre las hazañas de Burke y

Hare, descubrirán una repetición constante del mismo método aplicado sin ninguna variación. Es la marca del asesino múltiple.

»Así pues, como es natural, yo esperaba que los dardos envenenados y la escopeta de viento entrasen de nuevo en juego, si Ernest llevaba su trabajo a una fase ulterior. Y decidí que elegiría yo a su próxima víctima. Tuvo dos deslices enormes en esa entrevista que mantuvimos con él, Wendover. No sé si te diste cuenta.

El Escudero negó con la cabeza.

—Después de hablar con él, me dijiste que debía saber quién era el asesino, pero no lo adiviné. ¿Cuáles fueron esos deslices?

—El primero fue cuando afirmó tener una bicicleta y haberla usado para bajar al laberinto. Cuando recibí la noticia de que tenía una bicicleta, su coartada del dedo herido desapareció al instante de mi mente. El segundo desliz fue peor aún. Nos contó que no había bajado al laberinto desde los asesinatos, y luego se le escapó que conocía la ubicación de la aspillera por la que habían disparado a Roger Shandon. Al hablar de su agresor fantástico, dijo: “Estaba en la misma aspillera que había usado para matar a Roger”. Si no había estado siquiera cerca del laberinto, ¿cómo podía saber dónde se encontraba la aspillera? A lo mejor piensan ustedes que pudo haberse enterado por quienes estuvieron allí. Pero de haber sido así, dudo que hubiese expresado la frase tal y como lo hizo. Me pareció que optó por describir así la ubicación simplemente porque era lo más fácil que tenía a mano, lo que significaba que estaba exteriorizando una certeza que guardaba en su cabeza.

»Eso acabó con él en lo que a mí respectaba. Aunque me tomé la molestia de bajar al laberinto, por satisfacción propia. Había estado allí esa mañana y había notado la telaraña que cubría todo el seto de la aspillera; parte de ella, de hecho, cubría el hueco del seto. Cuando bajé, después de interrogar al amigo Ernest, los hilos de la telaraña seguían allí. No podían haber metido ningún arma en el hueco sin romperlos. Introduje la mano para comprobarlo y por supuesto se me cubrió de tela de araña.

—¡Así que por eso fue por lo que te limpiaste la mano en el seto y armaste tanto alboroto con las arañas! —exclamó Wendover—. Pensé que lo hacías para tomarme el pelo...

—Sí que estaba de buen ánimo, sí —confesó *sir* Clinton débilmente—. Creo que tenía todo el derecho a estarlo. Había corroborado por completo mis sospechas, aunque en realidad no necesitaba esa prueba confirmatoria. Sigamos con la historia. Recogimos de allí la petaca del amigo Ernest y me la guardé. Tenía cierta idea de que no se la había dejado sin mayor propósito. Y además, pensé que las huellas que pudiera tener de Ernest quizá fuesen de utilidad en algún momento. Al final resultó que no las necesitamos. Fue simple precaución por mi parte. Verán, había poca cosa que hacer con las huellas dactilares de las escopetas de viento. Parece que el amigo Ernest se había cuidado de organizar una gran competición de tiro con escopetas de viento la mañana del día en el que mató a sus hermanos. Había hecho que las armas pasaran de mano en mano, así que las huellas de casi todo el mundo estarían impresas en ellas, aparte de las suyas propias. Por supuesto, me quedaba la lata que contenía los dardos espurios y que él había manejado. Pero no me molesté en examinarla para sacar huellas. Estaba seguro de que habría usado guantes para tocarla.

»A continuación, me topé con otra cosa que medio esperaba. Había dejado caer la pista del hilo de Ariadna y la posibilidad de que alguien de fuera hubiese recurrido a una idea similar. Pues bueno, Wendover y yo encontramos unos metros de hilo negro cuidadosamente colocados donde no pudimos evitar verlos. No se había encontrado hilo negro cuando los Shandon fueron asesinados, pero después de dejar yo caer esa pista en presencia de Ernest Shandon, ¡voilà! Tenemos el hilo que pretende sugerir que el asesino es de fuera. ¿No era esa prueba, teniéndolo todo en cuenta, suficiente para levantar sospechas contra él?

»Puedo decirles que Wendover pensó que había tratado a nuestro amigo Ernest con cierta brutalidad en nuestro interrogatorio tras el fantasioso ataque contra él. Desde luego, después le confesé a Wendover que creía que Ernest había pasado un mal rato. A lo que me refería, Escudero, era al mal rato que había pasado mientras nos exponía su historia sin saber con seguridad qué era lo que yo pensaba al respecto. Ese fue el momento duro para él. De hecho, no me tomé ninguna molestia en ocultarle al amigo Ernest que pensaba que su relato no eran más que mentiras. Quería hacerle sentir miedo de mí, miedo de

adónde estaba llegando en el caso Whistlefield. Entonces, haría un intento de quitarme de en medio antes de que me convirtiese en alguien realmente peligroso, estaba seguro.

»Para ayudarlo en esa buena obra, organicé una partida de *bridge* una noche en Whistlefield. Así le permitiría trabajar en su propio terreno. En caso de accidente, había dispuesto que Ardsley acudiera y se hiciera cargo de la víctima. Tuve en cuenta la mayoría de los elementos, no me quedaba otra, y por si acaso el amigo Ernest hería a alguien más con las prisas, acordé con Ardsley que la persona herida debía “morir” figuradamente. Así, el amigo Ernest quedaría convencido de la eficacia de los dardos falsos que yo había puesto en sus manos y podría continuar con más crímenes.

»No hace falta que ahonde en este tema. No me siento orgulloso de ello. En ningún momento pretendí poner en peligro a la señorita Hawkhurst de ese modo. Por supuesto, supe de inmediato que no había quedado envenenada por curare. Pero aunque había hecho todo lo posible para esterilizar los dardos falsos, tenía miedo de que se produjese una septicemia. Lo pasé mal con este tema, se lo garantizo. Uno nunca puede estar seguro en casos así.

»Bueno, pues ahí estábamos. Ernest había logrado salir corriendo hasta el jardín de invierno antes de que Wendover fuese tras él, convencido de que la señorita Hawkhurst estaba muerta y que la vida de Arthur era lo único que lo separaba de todo el dinero de las familias Shandon y Hawkhurst. Para entonces, como todos los asesinos múltiples que se salen con la suya, había empezado a sentir auténtico desprecio hacia el riesgo de que lo pillasen. Igual que en el caso de Burke y Hare.

»Así pues, el joven Hawkhurst estaba en el punto de mira. Y aquella vez, el amigo Ernest pretendía labrarse una coartada perfecta. Debió suponer que dudé de su coartada anterior y decidió evitar la más mínima sombra de sospecha. Permanecería ante mis ojos en el mismo momento en el que se estuviese cometiendo el asesinato en el laberinto, a más de un kilómetro. Fue un golpe maestro, lo admito.

»Utilizó la petaca como cebo: consiguió el apoyo de Arthur muy hábilmente con el tema de la cobardía. Y de antemano había colocado una trampa: había fijado la escopeta de viento en posición de disparo a la altura

apropiada y había atado un hilo al gatillo. Cuando el joven Hawkhurst llegó a la entrada del laberinto, se dio contra el hilo extendido delante del acceso, el arma se activó y el dardo le impactó cerca del corazón. ¡Así de simple! Y luego Ernest bajó con nosotros, tropezó “accidentalmente” con la escopeta de viento y arrancó el hilo del gatillo antes de darnos el arma. Entonces, nos “descubrió” el hilo de Ariadna, el que él había colocado como pantalla, para hacernos pensar que se trataba del trabajo de un extraño, de alguien que venía del río.

—Fue más listo de lo que le habría creído capaz —confesó Stenness, con bastante rencor—. Siempre pensé que era un bruto anodino.

—El contenido del testamento de Roger Shandon despejó mis últimas dudas —continuó *sir* Clinton—. Aparte de eso, sometí a una prueba el dardo que Ernest había usado contra la señorita Hawkhurst y descubrí que era de los falsos, robados del museo aquella noche. Así que para entonces solo quedaba una duda: «¿Qué hacer con el amigo Ernest?».

*Sir* Clinton hizo una pausa y se encendió un nuevo cigarro antes de seguir hasta el final de su narración. Cuando volvió a hablar, su público estaba algo sorprendido con el tema.

—De cuando en cuando, en los periódicos se habla mucho sobre «misterios sin explicar», «crímenes sin resolver», «ineficacia policial» y demás. Pues voy a plantearles un caso. Imaginen que son un detective implicado en algún asunto horrendo, como el de Jack el Destripador. Y supongan que al final descubren que el criminal era un lunático, como evidentemente era el caso de Jack el Destripador. Y, por último, piensen que ese estado de locura ya se ha descubierto y que lo han internado en un manicomio tras su último crimen. ¿Qué harían? ¿Destaparían los resultados de su investigación? E incluso aunque no estuviese aún en un manicomio, ¿qué podrían hacer? ¿Juzgarlo y que lo ingresaran en Broadmoor? Colgarlo no podrían, ya que es un demente. ¿Harían eso? Si la respuesta es sí, el resultado final sería que la situación terminaría salpicando con el fango de ese crimen a todos los parientes inocentes y no harían ustedes ningún bien con ello. Hay bestias dormidas a las que es mejor no despertar. Cuidado, simplemente les estoy dando mi opinión personal. No pretendo que interpreten que eso equivale al

procedimiento policial normal. Solo les digo lo que me parece a mí el asunto.

Ardley asintió como gesto de acuerdo.

—Mientras el bruto reciba su merecido, no creo que importe cómo ocurra. Y coincido con usted en lo que ha dicho sobre provocar sufrimiento en una familia inocente que no ha hecho nada malo.

*Sir Clinton* reconoció el apoyo de Ardsley.

—Así es como veía yo el caso Shandon —dijo—. Podría haber arrestado a ese bruto. Luego, habríamos celebrado un juicio y los Hawkhurst habrían quedado marcados como parientes de un asesino. Creí que las cosas podrían terminar siendo igual de eficaces convirtiendo a Ernest Shandon en su propio ejecutor. De hecho, mi método fue más duro que la simple horca, bien lo saben. Y si fracasaba, bueno, la justicia seguiría su curso.

»Había encontrado una maleta preparada en el laberinto la noche en la que el joven Hawkhurst fue atacado. Me esperaba algo similar y fui a buscarlo a conciencia. Tenía cierta idea de que Ernest procuraría escabullirse de la casa con una maleta en la mano en el último momento, si huía. La habría escondido en algún sitio, para poder salir con las manos vacías sin levantar sospechas, ya me entienden. Yo sabía que necesitaría una muda completa; así podría cambiar por completo de aspecto y alejar de sí la cacería. El amigo Shandon había mostrado en todo momento predilección por el laberinto, metiéndolo incluso en la historia del ataque que él mismo había sufrido, así que estaba claro que tenía bien presente aquel lugar. Conté con ello al ir allí a buscar la maleta. Era una buena opción. Ernest podría escabullirse de la casa, recoger la maleta, cruzar hasta la casa de botes y remar hasta el pueblo sin que nadie lo viese portando el equipaje por la carretera pública. Un plan bastante bueno, en mi opinión.

—Admito que no había entendido por qué Ernest Shandon había bajado al laberinto —dijo Stenness—. Casi me parecía mágico que hubiese usted adivinado eso.

—En cuanto encontré la maleta, lo único que quedaba era disponer el momento de su huida, para poder atraparlo ahí —continuó el jefe de policía—. No tenía sentido esperar a que se le antojase a él fijar ese momento. Le di a entender con claridad que prefería que desapareciese, le hice pensar que

quería evitar el escándalo de un juicio. En eso no mentí. De verdad quería evitar llevarlo al estrado.

»Resultó además que Stenness había estado cobrando unos cheques por entonces, así que le pedí que metiera el dinero en la caja fuerte del estudio esa noche. Y le conté al amigo Ernest que el dinero estaba allí: una buena suma. Eso le dio el vigor de un soldado para huir, libre de culpa, ¿se dan cuenta? Solo tenía que cogerlo al marchar. Y en cuanto me percaté de que había mordido el anzuelo, envié por teléfono un mensaje cifrado a la comisaría, una tontería sobre el tabaco Navy Cut. Mediante ese mensaje acordado de antemano, en comisaría sabían que tenían que abrir un sobre sellado que yo les había dejado previamente y seguir las órdenes que contenía. Se presentaron en el laberinto durante la noche y vieron a Ernest entrar sobre las seis de la mañana. Yo había mantenido un ojo pegado a su habitación a lo largo de la noche, para que no nos diese esquinazo de ningún modo. Entonces, en cuanto entró en el laberinto, mis hombres cerraron las puertas tras él. ¡Y el juego había acabado!

»El resto de la historia ya lo conocen. Tuvimos que llevar a cabo una investigación, por supuesto, pero habrán visto que apenas aportamos el mínimo legal de pruebas requerido, lo justo para demostrar el suicidio. Seguro que se hablará algo, claro. Eso es inevitable. Sin embargo, hemos sofocado las habladurías en la medida de lo posible y los reporteros disponían de tan poca información que el asunto apenas ha salido en los periódicos. —Sir Clinton sonrió con un aire divertido y a la vez sarcástico—. ¡Me pregunto qué habrían montado de haberse enterado de los métodos que usamos! Quizá fui poco ortodoxo. Quizá debí hacer que lo colgasen por las buenas y de paso imponerle a la opinión pública la enorme factura de su enjuiciamiento. Solo puedo decir que tengo la conciencia bastante tranquila; no me causa ni una mínima molestia. Las conciencias son cosa extraña.

Le lanzó entonces una mirada a Stenness con un destello cómico en los ojos que el resto no alcanzó a percibir.

—Bueno, ¿echamos una partidita de *bridge*?

